Asalto al cielo

Antología poética

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial



el perro y la rana



Asalto al cielo

Antología poética



Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio
Caracas - Venezuela / 1010
Teléfonos: 0212-7688300 / 7688399

Correos electrónicos:
elperroylaranacomunicaciones@yahoo.es
atencionalescritor@yahoo.es

Páginas web:
www.elperroylarana.gob.ve
www.ministeriodelacultura.gob.ve

Compilador y editor de la primera edición
David Chericián

Selección de textos para la primera edición
Ángel Augier, David Chericián, Roberto Díaz, Roberto Fernández Retamar, Nicolás Guillén, Luis Marré, Luis Suardíaz

Revisión e inclusión de textos para la presente edición:
Elis Labrador

Diseño y diagramación
Kervin Falcón

Transcripción:
Morella Cabrera

Corrección:
Daniela Pervan
Jenaro Rueda

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal lf40220108003576
ISBN 978-980-14-1336-3
Impreso en Venezuela





Asalto al cielo

Antología poética

A manera de presentación para esta edición

Muchas cosas han pasado en los últimos 35 años después que fuera compilado e impreso Asalto al cielo, por la Editorial Arte y Literatura del Instituto Cubano del Libro, en 1975. Cuba cumplía 16 años de Revolución, y para celebrar el primer Congreso Comunista se editó esta antología poética de espíritu revolucionario con poemas de casi todos los países del mundo.

Había pasado la invasión de Bahía de Cochinos (1961), neutralizada en menos de 72 horas. Un año después sobrevino la crisis de los misiles. En el momento en que fue compilado este libro, muchos países de Latinoamérica, Oriente, Europa y África se encontraban intervenidos por la diplomacia del dólar: en 1973 un golpe de Estado no sorprende a Salvador Allende, ya había advertido sobre la injerencia norteamericana en las decisiones de su país. En Uruguay, la CIA apoya el golpe de Juan María Bordaberry, ideando el "Plan Cóndor" desde 1970 hasta 1980 con la colaboración de los gobiernos de Argentina, Chile, Paraguay, Brasil y Bolivia. En Nicaragua la ultraderecha recibe dinero para financiar a sus grupos armados en la década de 1980-1990 con el objetivo de derrocar al gobierno sandinista: dinero obtenido a través de Irán, producto de la venta de armamento autorizada por el gobierno de Ronald Reagan, operación conocida como Irán-Contra. Una dictadura transversal en todo el continente suramericano y parte del Caribe se configura desde los Estados Unidos.

Libia es bombardeada en 1986, destruyendo varias bases militares "terroristas"; también Panamá en 1989, Iraq en 1998 (la segunda invasión es en el 2003), Serbia en 1999 y Afganistán en 2001.

En el 2002 apoyan el golpe de Estado contra Hugo Chávez (neutralizado en menos de 48 horas por la intervención directa del pueblo). En el 2009 dirigen y financian el golpe de Estado en Honduras y oficializan las bases militares en Colombia; más recientemente, aprovechan el terremoto del 2010 en Haití para formar otra base en El Caribe. En fin, ven las ganancias hasta en las desgracias naturales. Palestina aún sigue inédita y cotidiana en su dolor (jamás nos acostumbraremos a ese grito), causado por Israel y los Estados Unidos. ¿Quién es Caín y quién es Abel? La lista es interminable.

En 1991, la URSS se desmembró y algunos países como Yugoslavia y Checoslovaquia copiaron el modelo separatista e hicieron lo mismo con sus naciones. La primera se dividió en seis territorios y la segunda en dos. Esto dio más fuerza a un fenómeno que propulsaron los de Wall Street llamado neoliberalismo: como una receta se diseñaron planes para controlar y regular la economía con base en restricciones y que con el tiempo se evidenció que todo había sido un invento patrocinado por los banqueros del Fondo Monetario Internacional. Si el sistema comunista no había funcionado en la Europa del Este, tampoco lo hizo el neoliberalismo y menos, recientemente, lo que ha comenzado a llamarse "la globalización"; para muestra, la última crisis financiera norteamericana del 2008.

En Venezuela, luego de los eventos del Caracazo (1989), los del 4 de febrero y 27 de noviembre de 1992, se empezó a madurar y a pensar en otro sistema de gobierno para reemplazar al que teníamos hasta entonces: el país pedía sinceramente un cambio. Una derecha conservadora se alternaba el poder con el visado norteamericano, la "democracia representativa" beneficiaba los intereses extranjeros, a los partidos políticos y a las grandes trasnacionales. El país estaba al borde de la quiebra por el

"modelo democrático"; los escenarios pasados estaban latentes cuando Hugo Chávez ganó la presidencia con una propuesta diferente y un proyecto de país inédito y, sobre todo, democrático: el Estado Socialista. Se tomó el cielo por asalto reescribiendo lo que se consideraba el fin de la historia. No estaba, es verdad, la URSS, pero bajo libre elección los países de Suramérica y el Caribe comenzaron a idear otras alternativas posibles para el desarrollo de sus naciones, a través de acuerdos, convenios y colaboraciones sin que esto fuera una interferencia a la soberanía de cada Estado.

Ciertamente, muchas cosas han cambiado en estos 35 años: Cuba no está sola y ningún país de Latinoamérica y el Caribe plurilingüe debería volver a la condición de virreinato diplomático de los intereses norteamericanos.

En vista de los eventos sufridos a través de todos estos años, un libro como el presente también tenía que cambiar, se realizaron algunas mejoras a la edición original: se actualizaron datos como el lugar de nacimiento del autor, la fecha de fallecimiento y la incorporación de poetas de otros países. Su contenido nos pedía más testimonios locales y vivenciales, así que las voces seleccionadas buscan ampliar ese registro conservando el espíritu contemporáneo y revolucionario, por no decir actual, de Asalto al Cielo.

Estos cambios no han alterado la propuesta original, hemos respetado la intencionalidad de la antología y al mismo tiempo se ha enriquecido. Quizás esto se convierta en una práctica a imitar por otro país al momento de ser editado Asalto al cielo. Estos poemas con tono de propaganda, de manifiesto, de proclamas, van acompañados de una estética de la reflexión y la contemplación hacia lo social sin perder su originalidad. Sus imágenes mueven a la conciencia de pertenecer a un ahora histórico; a la lucha por las injusticias en que se ven sometidos los menos privilegiados; el amor hacia el otro, no el católico sino su antecesor, el cristiano y verdaderamente humano visto como una poética del cambio; una Revolución verdadera, (¿acaso no es el fin último del poema que esto ocurra en el universo del lector?), donde la historia personal se convierta en ejemplo, advertencia y búsqueda de la verdad, donde el poeta señale el porvenir desde el presente material y real porque sabemos que toda revolución social es también una revolución cultural. Si el arte "debe instruir y perfeccionar, espolear a la acción y dar el ejemplo verdadero, inspirado e inspirador (…) contribuir a la felicidad del público en general y convertirse en posesión de toda la nación"[1], entonces estos poemas logran lo anterior, queda como un testamento no solo de vida, sino de esperanza a través de la escritura, queda de ellos la palabra, la poesía y la constancia como una confesión de fe política y poética.

Elis Labrador
Fundación Editorial El perro y la rana

1 Harnold Hauser: "Revolución y arte en Historia social de la literatura y el arte". 1968, p. 327.

Prólogo a la primera edición

Se reúnen en este volumen de poesía, que se publica en saludo al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, más de cien poetas en un conjunto de cincuenta países.

A nadie puede ocultarse que una antología de poemas revolucionarios de todo el mundo y de todos los tiempos habría requerido una masa colosal de papel impreso, inadmisible en un volumen como el presente. Adoptamos por ello una restricción que adquiere, sin embargo, cierto honor simbólico, pues nos permite abarcar dos grandes fechas de la historia contemporánea: el año 1848, que abre la antología y en que "un fantasma recorre Europa, el fantasma del comunismo", y se publica el célebre Manifiesto, y la fecha que la cierra, aquella en que estalla la gran revolución de 1917, cuando las banderas del socialismo y el comunismo ondearon por primera vez en un palacio oficial y quedó establecido de modo irreversible el primer Estado obrero y campesino del mundo.

Debemos añadir que se ha preferido insertar aquellos textos en que al ímpetu creador revolucionario va unida una alta calidad artística: es la obra de grandes poetas que en todas las épocas y en todos los países han puesto su voluntad y su talento al lado de los oprimidos, aun con riesgo de la vida. Esto, cuidándonos al mismo tiempo de cualquier riesgo de dogmatismo, de cualquier criterio esteticista estrecho o apasionado. Muestra de ello puede ofrecerla el grupo de poetas de la Comuna de París, que si no todos alcanzan una alta categoría lírica[2], escribieron sus mejores poemas tras las barricadas y se hicieron merecedores de la frase con que Carlos Marx calificó aquella heroica actitud, el asalto al cielo con que hemos titulado esta selección.

Nos ha parecido justo, más aún, indispensable, la inclusión de los poetas mártires de nuestra América —Javier Heraud, peruano; Otto René Castillo, guatemalteco; el haitiano Jacques Viaux; el nicaragüense Leonel Rugama; los cubanos Raúl Gómez García, Agustín Gómez Lubián y Sergio Saíz. Algunos de ellos habían ya alcanzado notables logros en su producción; otros fueron sorprendidos por la muerte en plena lucha, apenas estrenadas sus armas literarias y cuando acababan de rebasar el temprano límite de la adolescencia.

Inclúyese también un conjunto de poetas, como justísimo homenaje a los luchadores palestinos, que enfrentan ahora mismo la agresión sionista del Estado de Israel, realizada con la ayuda técnica y material —incluso directa— del imperialismo norteamericano. En esta lucha participan los poetas no sólo con sus versos, sino con el ejemplo de su abnegación y heroísmo. Algunos guardan prisión en las cárceles israelíes, otros empuñan las armas en los destacamentos guerrilleros, otros, en fin, afrontan el dramático y cotidiano riesgo de la clandestinidad.

La misma razón nos obliga a incluir poemas encontrados en cadáveres de guerrilleros vietnamitas caídos en combate; héroes que no lograron gozar de la victoria contra el imperialismo norteamericano, cuya derrota hace aún más ostensible el desplome del vencido invasor.

Bien que no exenta de rigor, como ya hemos advertido, esta selección está lejos de constreñirse a poetas comunistas y socialistas, pues incluye a quienes supieron, en su tiempo y de acuerdo con su circunstancia, entregar obra y vida a los humil-

---

2 Los textos de poetas de la Comuna, que incluyen "La Internacional", aparecen transcritos literalmente para mejor información del lector.

des, y combatieron en todos los campos, con todas las armas, con toda su poesía, al opresor.

Abre las páginas de esta antología un poema de Heine "Los tejedores de Silesia", en versión de José Martí. La cierran los versos presurosos y férvidos de quien alcanzó en sí mismo las más altas calidades del hombre de letras y del hombre de acción, arquetipo ya en nuestra época del hombre nuevo: Ernesto Che Guevara.

Nota de la primera edición sobre la traducción de los poemas

Los poemas traducidos llevan al pie el nombre del traductor. Cuando aparecen dos traductores, el primero es el autor de la versión literal, y el segundo, de la literaria. El traductor, o traductores, de dos o más poemas de un mismo autor figura al final del último poema. En los casos en que nada se consigna, no había indicación alguna en la fuente de donde los poemas se tomaron.



HEINRICH HEINE

Alemania, 1797-1856

Los tejedores de Silesia

Con ojos secos, lúgubres y ardientes,
Rechinando los dientes,
Se sienta en su telar el tejedor:
¡Germania vieja, tu capuz zurcimos!
Tres maldiciones en la tela urdimos;
¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Maldito el falso Dios que implora en vano,
En invierno tirano,
Muerto de hambre el jayán en su obrador!
¡En vano fue la queja y la esperanza!
Al Dios que nos burló, guerra y venganza:
¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Maldito el falso rey del poderoso
Cuyo pecho orgulloso
Nuestra angustia mortal no conmovió!
¡El último doblón nos arrebata,
Y como a perros luego el rey nos mata!
¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Maldito el falso Estado en que florece,
Y como yedra crece
Vasto y sin tasa el público baldón;
Donde la tempestad la flor avienta
Y el gusano con podre se sustenta!
¡Adelante, adelante el tejedor!
¡Corre, corre sin miedo, tela mía!

¡Corre bien noche y día,
Tierra maldita, tierra sin honor!
Con mano firme tu capuz zurcimos:
Tres veces, tres, la maldición urdimos:
¡Adelante, adelante el tejedor!

Versión: José Martí

Himno

Yo soy la espada, soy la llama.

Yo he iluminado tu sendero oscuro; cuando las líneas chocaban, en la batalla, yo iba delante de ti, en las primeras filas.

Yacen en torno a mí los cadáveres de mis amigos, pero salimos victoriosos; salimos victoriosos, pero en torno a mí yacen los cadáveres de mis amigos. Entre el júbilo, a la canción de triunfo, se mezclan las lamentaciones por los muertos. Pero no es tiempo de llorar ni de regocijarse. Suena de nuevo la trompeta, otra vez vamos al frente a la batalla—

Yo soy la espada, soy la llama.

Versión: David Chericián

SÁNDOR PETÖFI

Hungría, 1823-1849

El pueblo

Con una mano a la esteva
y la otra al arma prendida,
va el pobre, buen pueblo andando,
sangre o sudor derramando
mientras le dure la vida.

¿A qué el sudor que le corre?
Si todo lo que quisiera
para cubrirse o comer,
de sí misma, puede ser
que madre tierra le diera.

Y si el enemigo viene,
¿a qué la sangre, la espada?
¿Por la patria?... ¡Si es un hecho
que donde hay patria hay derecho
y el pueblo no tiene nada!

1846
Versión: Andrés Simor y Eliseo Diego

La guerra siempre

La guerra siempre fue el mejor
pensamiento de mi pensar,
¡la guerra donde el corazón
se entrega por la libertad!

¡Un sacramento que hay que merece
la amarga pena de cavar
nuestra tumba con nuestras armas,
por el cual debemos sangrar:

Y no es otro que el sacramento
de la querida libertad!
Locos, los que por otra causa
su vida fueron a entregar.

Paz, paz al mundo, pero nunca
la de un tirano al gobernar;
paz solamente de la mano

sagrada de la libertad.

Cuando haya paz en todo el mundo,
en todo el mundo en general,
arrojaremos nuestras armas
hasta el mismo fondo del mar.

Mientras así no sea, ¡armas,
armas hasta la muerte habrá!
¡Aunque dure la guerra justa
hasta el día del juicio final!

1847

Canto nacional

¡Ponte, húngaro, en pie, la patria te implora!
¡Ahora o nunca, la hora es ahora!
¿Seremos esclavos o libres? ¡Decid!
Ésa es la cuestión del momento, ¡elegid!
¡Al Dios de los húngaros
juramos
no ser más esclavos,
juramos!

Hasta hoy a esclavos fuimos condenados.
Rabian en sus tumbas los antepasados,
que libres supieron morir y vivir
y en un suelo esclavo no pueden dormir.
¡Al Dios de los húngaros
juramos
no ser más esclavos,
juramos!

Bribón y malvado quien por su bandera
no diera la vida si preciso fuera,
el que considera su vida mejor
que de nuestra patria el sagrado honor.
¡Al Dios de los húngaros
juramos
no ser más esclavos,
juramos!
Brilla más la espada que la vil cadena,
mejor luce el brazo si su luz lo llena;
tú, pueblo, no obstante, con cadena vas.
¡Vieja espada nuestra, dinos dónde estás!
¡Al Dios de los húngaros

juramos
no ser más esclavos,
juramos!

Será el nombre de húngaro otra vez hermoso,
digno de la fama de su nombre honroso;
la infamia que siglos yugo al pueblo fue,
¡hemos de lavarla ya puestos de pie!
¡Al Dios de los húngaros
juramos
no ser más esclavos,
juramos!

Donde nuestras tumbas se eleven del suelo
se hincarán los nietos mirando hacia el cielo,
y en entrecortadas voces de oración
dirán nuestros nombres con su bendición.
¡Al Dios de los húngaros
juramos
no ser más esclavos,
juramos!

1848

Se rebeló el mar

Se rebeló el mar del pueblo,
se salió de su caudal
y el cielo y la tierra espanta
cuando olas bravas levanta
su fuerza descomunal.

¿Veis esta fiesta, esta danza?
¿Oís la música fuerte?
Los que aún no lo sabíais
ahora aprender podríais
cómo el pueblo se divierte.

Se estremece y ruge el mar,
los buques, a la deriva,
se hunden en el infierno,
el timón ya sin gobierno,
quebrada la vela altiva.

Enloquece tú, diluvio,
y arrebata cada cosa;
muestra tu fondo profundo

y a las nubes, iracundo,
lanza tu espuma furiosa;
escribe con ella al cielo
como una verdad eterna:
aunque el galeón esté arriba,
el agua, abajo, está viva,
¡y es el agua quien gobierna!

1848

¡Ahorcad a los monarcas!

Lamberg, Latour[3] —puñal, soga en sus cuellos,
y tal vez otros vengan detrás de ellos;
¡pueblo mío, a ser grande al fin empiezas!
Está muy bien, muy bien cortar cabezas,
pero han de andar más lejos tus abarcas—
¡Ahorcad a los monarcas!

Puedes segar la hierba noche y día,
que mañana la habrá donde hoy no había.
Puedes quebrarle al árbol su ramaje,
que ostentará después nuevo follaje;
hay que arrancarlos sin dejar ni marcas—
¡Ahorcad a los monarcas!

¿No has aprendido todavía, oh mundo,
a odiar al rey desde lo más profundo?
¡Si entre vosotros derramar pudiera
el odio indómito que mi alma fiera
hincha y agita como el mar las barcas!
¡Ahorcad a los monarcas!
No hay nada bueno que en sus pechos entre,
son malos ya desde el materno vientre,
su vida toda es infamia y sevicia,
su pérfida mirada el aire vicia,
la tierra en que se pudren cría charcas—
¡Ahorcad a los monarcas!

La patria es triste campo de batalla,
la muerte en ella con furor estalla,
aquí arde una ciudad, allá una aldea,
el aire, con los ayes, se caldea;
el rey con el dolor llena sus arcas—
¡Ahorcad a los monarcas!

3 Ferenc Fülöp Lamberg (1791-1848), comandante militar de Hungría en 1858; el pueblo lo ajustició. Theodor Latour (1780-1848), ministro de la Guerra del gobierno de Viena, ejecutado por el pueblo vienés.

Héroes, en vano vuestra sangre fluye
si la corona al fin no se destruye.
El monstruo alza otra vez la faz horrenda
y hay que empezar de nuevo la contienda.
¿Habrán ardido en vano las comarcas?
¡Ahorcad a los monarcas!

Amistad y piedad sean las leyes
para todos, ¡menos para los reyes!
Arrojo mi laúd, mi espada al viento,
y el cadalso usaré como instrumento
si nadie quiere ahorcar a los jerarcas—
¡Ahorcad a los monarcas!

1848
Versiones: Andrés Simor y David Chericián

GEORG WEERTH

Alemania, 1822-1856

Canción de los mozos errantes

Florecían los cerezos
Cuando allí nos alojamos.
Florecían los cerezos:
En Fráncfort nos alojamos.

Nos dijo el vil posadero:
«¡Qué ropa más sucia y corta!»
¡Tú, piojoso posadero,
Métete en lo que te importa!

Danos un poco de vino
Y también danos cerveza,
Y a más de cerveza y vino,
Un asado a la francesa.

Como un gallo el grifo canta:
¡Esta bebida es divina!
Pero deja en la garganta
El regusto de la orina.

Trajo entonces una liebre
Con perejil adobada.
Y viendo muerta a la liebre
Se nos quedó el alma helada.

Y cuando fuimos al lecho,
Ya rezada la oración,
Nos picaron en el lecho
Chinches en toda ocasión.

Esto en Fráncfort sucediera,
En esa linda ciudad:
Quien un tiempo allí viviera
Sabe que esto es la verdad.

El pobre Tom

La muerte al pobre Tom dijo:
«¡Pobre Tom, oh ven, mi hijo!
Ven a la fosa tan fría
Que te espera todavía.

Sé valiente, noble y fiero,
Oh, pobre Tom: yo te quiero.
Ven, te ruego, ven conmigo
Si quieres hallar abrigo.

Te cubriré con hermosas
Flores: las horas penosas
Ya no habrás de verlas más:
Por eso ven, oh, Tomás.
Tu cama está preparada».
Como nocturna balada
Una melodía se oyó:
«Ven, Tom» — y Tom descendió.

Versiones: Otto Dill y R. Fernández Retamar

POETAS DE LA COMUNA DE PARÍS

JEAN-BAPTISTE CLÉMENT

1836-1903

El tiempo de las cerezas

A la valiente ciudadana Louise, la ambulanciera
de la calle Fontaine-au-Roi, el domingo
28 de mayo 1871

Cuando vuelva el tiempo de las cerezas,
Y el ruiseñor alegre y los mirlos burlones
Estén todos de fiesta,
Las muchachas tendrán pasión en sus cabezas
Y los enamorados sol en el corazón.
Cuando vuelva el tiempo de las cerezas
Silbarán mejor los mirlos burlones.

Pero es muy corto el tiempo de las cerezas,
En el que las parejas van a coger en sueños
Los hermosos pendientes:
Las cerezas de amor con sus trajes iguales
Ruedan bajo las hojas como gotas de sangre.
Pero es muy corto el tiempo de las cerezas
—Pendientes de coral que recogen en sueños.

Cuando estéis en el tiempo de las cerezas,
Si tenéis miedo de las penas de amor
Evitad a las muchachas.
Yo que no temo a las penas crueles
Viviré hasta sufrir su visita algún día.
Cuando estéis en el tiempo de las cerezas
Tendréis también penas de amor.

Amaré siempre el tiempo de las cerezas:
Desde aquel tiempo guardo abierta una herida
Que daña el corazón.

Y la dama Fortuna, que me está prometida,
No sabrá nunca aliviar mis pesares.
Amaré siempre el tiempo de las cerezas
Y el recuerdo de entonces que daña el corazón.

1871

GASTON CRÉMIEUX

1836-1871

A Clovis Hugues

Deja que duerman en su hábito
nuestros mártires de la libertad,
no entreabras el santuario
del reposo merecido:
nos basta, cuando contemples
sus trazos y sus nombres gloriosos,
que revivan por sus ejemplos.
¡Nos pertenece morir como ellos!

17 de octubre de 1871

CLOVIS HUGUES

1851-1907

En una inscripción

En las inscripciones se leen extrañas cosas.
Ayer hojeaba yo una lista. Los lugares
ostentaban ciertos nombres deslumbrantes. Tuve
dulces sorpresas. Habría encontrado mal
que otro no hubiese visto como yo las tempestades
de la multitud germinar bajo esta ola de epítetos
o no hubiese respirado como yo perfumes
de familia y de paz en lo que algunos
escribieron. Pero lo que me llegó más hondo al alma,
lo que me hace llorar como llora una mujer
y me llenó de espanto, de sollozos asfixiantes,
de odio por este siglo en el que aun nuestros niños
son mártires, lo que me embriagó de cólera
en esta eclosión del alma popular,
fueron estas ocho palabras que la piedra estremecieron:
«Un pequeño prisionero de cuatro años y medio».

Prisión celular de Tours, 1873

VÍCTOR HUGO
1802-1885

El proceso a la revolución

Cuando citáis, jueces, ante las barras
A la Revolución, que fue dura y bárbara
Y feroz al punto de cazar los búhos
Y que, sin respetar faquires, derviches, morabitos
Molestó a todas las gentes de iglesia y puso en fuga,
Sin miramientos, al abad y al jesuita,
La cólera os domina.
                                        Sí, es verdad, desde entonces
El hombre-rey, el hombre-dios, fantasmas de las cumbres,
Se esfuman, se vuelven guerreros, legiones papales;
Un viento misterioso sopla sobre estas frentes pálidas;
Y vosotros, los del tribunal, os indignáis.
¡Cuánto duelo!, las negras breñas están de lágrimas bañadas,
Las fiestas de la noche voraz han terminado;
El mundo tenebroso expira, ¡cuánto luto!
Se hace el día, ¡es horrible! El murciélago
Está ciego y la garduña vaga dando gritos;
El gusano pierde su esplendor; ay, el zorro llora;
Bestias que a la tarde salían a cazar en el instante
En el que el pequeño pájaro se aletarga acosado;
La desolación de los lobos colma los bosques;
Los espectros oprimidos no saben ya qué hacer.
Si eso continúa, y si esta luz
Persiste en aterrar al pigargo y al cuervo,
El vampiro morirá de hambre en la tumba;
El rayo, sin piedad, apresa a la sombra y la devora…
Oh, jueces, juzgáis los crímenes del alba.

1871

ACHILLE LE ROY

1841-1929

El canto de los proletarios

(fragmentos)

La principal causa de la miseria pública es el número de zánganos ociosos que se alimentan del sudor y del trabajo de los otros
TOMÁS MORO

Creo firmemente que un día no habrá parias en el banquete de la vida
BLANQUI

Oh, trabajadores que la miseria oprime.
¿Es que hay para nosotros más lamentable suerte?
Porque los poderosos dominan por el crimen,
¿Tendremos que sufrir siempre hasta la muerte?
Pues el obrero, como el viejo esclavo,
Sufre aún las más inicuas leyes.
Los opresores tienen una buena política:
Ahogan la voz del sufrimiento.
¡Adelante, proletarios!
Luchemos por la Igualdad.
Tiranos y mercenarios,
¡Den paso a la Libertad!

Cuando a un rico, el pobre proletario,
Tras lamentarse de un trabajo ingrato,
Reclama en fin un más justo salario,
Hacen llamar al gendarme o al soldado.
Ése es el argumento aterrador, sin réplica,
De los usurpadores hartos de capital;
Pues también los burgueses a la *amable* República
Fusilan sin piedad, eso es fatal.

Proscritos arrojados a mortales riberas,
Que en la cárcel tratan como bandidos,
Sentimos como nuestros estos mismos ultrajes:
¿Y vuestros proscriptores impunes quedarán?
Pues a los héroes fugitivos de nuestras fronteras,
Los Mac-Mahon, Galliffets y Garcins,
A estos bravos verdugos de nuestros camaradas
Les quedará el título de asesinos.

Desdichados los campos, las aldeas,
Bajo la misma carga, gimen todos.
Abandonemos las estériles querellas

Para agruparnos bajo una misma bandera.
Colectivismo, esperanza de la indigencia,
Por ti sellemos nuestra Santa Alianza,
Y guerra a muerte a todo vil explotador.
De la Croix-Rousse a la Ricamarie,
En nuestra sangre ha germinado el porvenir,
Y la Comuna, indignamente traicionada,
¡Para vengarse verá su día venir!
¡Marcha al cañón, Revancha social!
¡Sé nuestra guía, Internacional,
Y venceremos bajo tu rojo estandarte!

La humanidad en pro del Socialismo,
Verá entonces brillar días mejores:
Los dirigentes de infernal despotismo
No tendrán más soldados ametralladores.
El mundo al fin será de la alegría
Cuando reine la Solidaridad;
Pues cada hombre ignorando la pobreza
Sólo conocerá Fraternidad.

Versión (literal): David Cherician

LOUISE MICHEL

1830-1905

A mis hermanos

Prisión de Versailles, 8 de septiembre de 1871

¡Pasad, pasad días y horas!
¡Que la hierba crezca sobre los muertos!
Caed, cosas apenas nacidas;
Buques, id lejos de los puertos.

Pasad, pasad, noches profundas,
Deshaceos, oh, viejos montes;
Los calabozos, las tumbas, las olas,
Proscritos o muertos volveremos.

Volveremos, multitud innumerable;
Volveremos, por todos los caminos,
Espectros vengadores saliendo de la sombra,
Volveremos, apretando las manos.

Unos en sus pálidos sudarios,
Otros todavía sangrantes,
Pálidos, bajo las banderas rojas,
Los huecos de las balas en sus flancos.

¡Todo acabó! Los fuertes, los bravos,
Todos han caído, oh, mis amigos,
Y ya se arrastran los esclavos,
Los traidores y los viles.

Ayer, yo os vi, mis hermanos,
Hijos del pueblo victorioso,
Fieros y valientes como nuestros padres,
Marchar, la Marsellesa en los ojos.

Hermanos, en la lucha gigante,
Amé vuestro coraje ardiente,
La metralla rugiente y tonante,
Las banderas flotantes en el viento.

Versión (literal): David Cherician

EUGÈNE POTTIER

1816-1887

La Internacional

Al ciudadano Gustave Lefrançais,
miembro de la Comuna

Es la lucha final:
Agrupémonos y mañana
La Internacional
Será el género humano.

¡De pie los condenados de la tierra!
¡De pie, los forzados del hambre!
La razón truena en su cráter,
Es la erupción del final.

Hagamos del pasado tabla rasa,
Esclava multitud, ¡de pie!, ¡de pie!
El mundo va a cambiar de base
Nada somos, ¡todo vamos a ser!

No más salvadores supremos:
Ni Dios, ni César, ni tribuno,
Productores, ¡salvémonos nosotros!
¡Decretemos el saludo común!
Para que rinda cuentas el ladrón,
Y sacar de su cárcel al espíritu,
Avivemos nosotros nuestra forja,
¡El golpe al hierro cuando está caliente!

El Estado oprime y la ley engaña,
El impuesto desangra al desdichado;
Ningún deber al rico se le impone;
El derecho del pobre es letra muerta.
No más languidecer bajo tutela,
Quiere otras leyes la igualdad:
«¡Nada de derechos sin deberes, dice,
Y nada de deberes sin derechos!».

Horrendos en sus apoteosis,
Los reyes de la mina y del riel
¿Han hecho alguna vez alguna cosa
Que no sea apropiarse del trabajo?
En las cajas fuertes de la pandilla
Lo que él ha creado se ha reunido.

Al decretar que todo lo devuelvan
No pide el pueblo más que lo debido.

Los reyes nos hartan de humo,
¡Paz a nosotros, guerra a los tiranos!
Apliquemos la huelga a los ejércitos,
¡Rompamos filas, el garrote en mano!
Si se obstinan estos caníbales
En hacer héroes de nosotros,
Pronto sabrán que nuestras balas
Son para nuestros propios generales.

Obreros, campesinos, nosotros somos
El gran partido de los trabajadores;
La tierra no pertenece más que a los hombres,
El ocioso irá a vivir en otra parte.
¡Con cuánta carne nuestra se alimentan!
Pero si los cuervos, los buitres
Desaparecen, una de estas mañanas,
¡El sol por siempre brillará!

Es la lucha final:
Agrupémonos y mañana
La Internacional
Será el género humano.

París, junio de 1871

Versión (literal): David Chericián

JULES VALLÈS

1832-1885

Horas de exilio

XXVI — Londres

Por azar, un domingo, él empujó esa puerta,
un día en que la ciudad vacía parece muerta;
vagaba triste y solo, como hace el proscrito,
buscando el sol de Francia en el cielo infinito...

Ciudad muerta, a pesar de sus arrabales negros de usinas,
el torrente de la multitud y el grito de las máquinas,
a pesar de sus huracanes de oro, de barro y hierro;
—¡no se oye un corazón latir en este infierno!
No parecen nacidos para el amor o el odio
estos ingleses que hacen los niños por docenas,
que lanzan sobre el mar los buques a millares
y creen tener al mundo bajo sus pies esclavo,
¡pero que no saben lo que es la fantasía,
que nunca beberán el viento[4] de la poesía!
¡Se matarán una noche de asco y tedio,
mas morirán sin haber adorado ni odiado!

Así no estamos hechos nosotros los franceses,
que nos embriaga todo, la fe nos enardece,
que sentimos correr temblores en la piel
junto a una mujer, a la sombra de una bandera,
que pasamos de golpe de la alcoba a la calle,
que la pasión siempre atormenta y mata a menudo.
La abeja de nuestros corazones no sabe dónde alojarse.
Amamos el azar, buscamos el peligro
y queremos ver siempre que una llama ilumina
los ojos de los insurrectos o las miradas femeninas.

Así estaba hecho al menos aquel proscrito...
Él había gastado su juventud en eso,
toda la primavera, la mitad del otoño...
Había tenido la vida, después de todo, alta y buena,
había amado mucho, luchado y sufrido mucho,
guardado su corazón de llama y su salud de hierro,
a su hora había seguido su fantasía,
comido con Lúculo, cenado con Aspasia.
Pero en los días de combate, hasta en los días sin esperanza,
él estaba allí siempre para cumplir su deber.
Los que viven así conservan de esa mezcla

4 Se trata indudablemente de un lapso por «vino».

en los ojos y el corazón algo extraño...
Él empujó la puerta... no vio nada más al principio
que algunos alegres dibujos y molduras de oro,
cortinas que parecían trozos de banderas rojas;
no era levadura y ese olor de pocilga
que llena la taberna donde el granuja sucio y borracho
en los vasos de *gin* arroja sus últimos centavos.
Un café —como los que brillan y chacharean
en esos grandes bulevares donde los vividores se entretienen
en el París que ríe y galantea y corre,
corre tras el pan, o la gloria, o el amor.
Le llegó un perfume de patria a las narices,
uno de esos frescores que hinchan el pecho
como una reminiscencia de las dueñas de antaño...

¿Por qué pensó pues en el amor al instante?
Acababa de oír a través del silencio
tintinear una voz de oro en una risa de Francia.
Buscó de dónde venían esa risa y esa voz
y vio caer sobre él cálida y dulce a la vez
una mirada que traicionaba un alma de soñadora...
¡Esto place a los mártires de la vida borrascosa!
Todo lo que esconde un sueño, una pena, lo desconocido
hace soñar a un bravo, cavilar a un vencido.

Yo no sé, niña, cuál es tu origen...
(tienes algunas veces actitudes de huérfana)
pero te veo ganar bravamente tu pan,
como tú yo fui pobre y te tiendo la mano.
Me gusta tu coraje y amo tu gracia.
Has sabido guardar los aires de tu raza,
seguir siendo una dama que se saluda al pasar.
¡Una sonrisa, una mirada, de llama, de sangre!—
¡En este mundo de ingleses tú sola eres viviente,
tú sola pareces dulce y pareces ardiente!

¿Quién te amará, pues? ¿A quién amarás?
Seguramente más de uno se postrará a tus pies,
pero, ¿a quién querrás tú hacer la vida dichosa?
Alguien te llamaba delante de mí «la Encantadora».
«¿A quién aprovechará el encanto?» —añadía—.
«No a uno de los que sufren en el exilio.
Ella debe creer con los héroes de Versalles
que la sangre vencida es de los canallas».
Yo no respondí nada y miré hacia ti:

¡Y esto en tus ojos cálidos y dulces no leí!

Para este papel pareces demasiado buena y también demasiado orgullosa,
tú tienes por momentos la cabeza demasiado altanera;
¡cuando se tiene esa mirada, no se desprecia
a pobres, a valientes, a muertos y a proscritos!

¡Pues bien! Somos de la misma familia,
ambos exiliados, yo viejo, tú muchacha...
Tú también vives lejos del país natal,
tú vives en un mundo insolente y brutal
y para el cual nunca tú habías sido hecha
con esa tierna risa y tus ojos de poeta.
Sí, somos un poco compañeros de desdicha;
tú eres, como yo, proscrita y sin felicidad.
¡Oh, no te enfades y perdona si oso,
como si se arrojara sangre sobre una rosa,
hilvanar a tu nombre un nombre de comunera!
—Te he hecho en mi corazón un lugar aparte—.
De otro serás la querida o la mujer,
yo quiero reservarte un rincón fresco en mi alma
allí hacerte un lugar a la sombra, lejos del día,
entre la amistad pura y el culpable amor.

No sé qué suerte me reserva la vida,
cuento con volver a ver pronto o tarde la patria,
¡vivir un gran amor, y morir fusilado!
Pero estoy seguro (yo sé cómo estoy hecho)
que lluevan ramilletes o sangre o lágrimas,
en el París en fiesta o el París en armas,
estoy seguro de guardar el conmovedor recuerdo
de este rincón de Inglaterra donde me gustaba venir,
donde he pensado los versos que acabas de leer,
pensando sólo en ti y soñar y sonreír,
donde he pasado alegre algunas horas de exilio,
donde entré —sin saber— una mañana de abril.

Versión (literal): Francisco de Oraá

JRISTO BOTEV

Bulgaria, 1848-1876

El ahorcamiento de Vasil Levski

Oh, madre mía, patria bendita,
¿por qué es tu llanto casi inaudible?
Y tú, oh, cuervo, ave maldita,
¿sobre qué tumba graznas terrible?

Oh, yo sé, madre, yo sé que lloras
porque es esclavo tu suelo amado,
tu voz doliente colma las horas
con el vacío de tu llamado.

Llora, allá cerca, junto a Sofía
se alza la horca, la más horrenda,
y de ella cuelga, Bulgaria mía,
un hijo tuyo, fuerza tremenda.

Perros y lobos el campo asuelan,
funesto el cuervo grazna a lo lejos,
los niños lloran, las madres velan,
ardientemente ruegan los viejos.

El viento azota campos de zarza,
canta el invierno su cruel canción,
el llanto al frío sin fe se engarza
y en dolor hunden al corazón.

Versión: José Martínez Matos y David Cherician

Jadyi Dimiter

¡Vivo, está vivo! En la montaña,
yace en su sangre, jadea inerme,
roto su pecho por la honda herida,
el joven héroe, viril y fuerte.

Hacia un costado cayó el fusil,
al otro el sable ya en dos partido;
sus ojos núblanse y el cuello inclina,
su boca al mundo todo maldijo.

Yace el héroe, y desde el cielo
el sol inmóvil con furor arde;

la segadora canta en el campo
y con más fuerza brota la sangre.

Madura el trigo... ¡Canten, cautivas,
tristes canciones! ¡Oh, sol, enciende
la tierra esclava! ¡Mas calla, calla,
corazón mío! Ya muere el héroe...

Quien por ser libre caiga en combate
jamás perece; luto le guardan
la tierra, el cielo, bosques y bestias,
y los poetas su gloria cantan.

De día el águila sombra le brinda,
y el lobo lame su herida, manso;
el bravo halcón sobre él se cierne
y al héroe cuida como a un hermano.
Viene la noche, la luna fulge,
los astros cubren la faz celeste,
susurra el bosque, el viento fluye,
del Balean surgen cantos rebeldes.

Y bellas ninfas, maravillosas,
níveos sus velos, rozando leves
la verde hierba, vienen, entonan
sus melodías en torno al héroe.

Una con hierbas venda su herida,
rocíalo aquélla con agua fresca,
otra sus labios besa de prisa
y él la contempla, sonriendo tierna.

Di, hermana, dónde Karadyá es ido,
y dónde es ida mi tropa fiel;
dímelo, hermana, llévate mi alma,
que aquí yo quiero morir después.

Luego, batiendo palmas, se abrazan
y con canciones al cielo van,
vuelan y cantan hasta la aurora
buscando el alma del Karadyá.

Pero amanece y en la montaña
el héroe yace, corre su sangre,
lámele el lobo la cruel herida,
y el sol de nuevo brilla implacable.

Mi plegaria

Alabado Dios nuestro…

Dios mío, Dios justiciero,
no tú que en el cielo estás,
sino tú, Dios, que en mí entero
vives y la luz me das.

No tú, ante quien de hinojos
las monjas y los prelados
prenden cirios a tus ojos,
bestias de ortodoxia hinchados.

No tú quien de barro creó
al hombre y a la mujer
y al ser humano dejó
esclavo en la tierra ser.
No tú, que a papas, patriarcas
y reyes tiendes las manos
y con la desdicha marcas
a mis humildes hermanos.

No tú, que al esclavo cuentas
rezos, dolor y añoranza
y hasta morir lo alimentas
sólo de vana esperanza.

No tú, Dios de la mentira,
de miserables tiranos,
no tú, fetiche que inspiras
la opresión de los humanos.

Sino tú, Dios del decoro,
de los esclavos guardián,
a quien los pueblos en coro
gran fiesta celebrarán.

Inspíranos amor vivo
por la libertad, señor,
y que combata el cautivo
a su amo, y sea vencedor.

¡Haz que mi brazo sea fuerte
cuando se rebele el siervo
y que encuentre yo la muerte
en ese combate acerbo!

¡No dejes que se me enfríe
lejos el corazón yerto
ni que mi voz se extravíe
silenciosa en el desierto!...

Versiones: José Martínez Matos y Eliseo Diego

Compartimos

Nuestro sentir igual es de profundo
y nos hermana el mismo pensamiento
y sé que no habrá nada en este mundo
que nos obligue al arrepentimiento.

El bien o el mal que en esta vida hagamos
que lo enjuicien los años venideros,
ahora, hombro con hombro, unidos vamos
con paso firme a inaugurar senderos.

En nuestra vida en tierras extranjeras
como buenos hermanos compartimos
miserias, penas, fieles compañeras,
y mañana seremos como fuimos.

Juntos sabremos compartir reproches
y del necio sufrir la burla vana,
sin gemir sufriremos en las noches
todo el azar de la existencia humana.

Ante ídolos humanos y pasiones
jamás se perderá nuestra cabeza,
porque encontramos nuestros corazones
pulsando nuestras liras de tristeza.

Adelante los pechos y la idea
a cumplir la palabra que empeñamos,
compartiendo nuestra última pelea
a la muerte también juntos vayamos.

Lucha

La vida pasa en desventura y penas,
la sangre con furor bulle en las venas,
la mirada es sombría, el pensamiento

no ve si el bien o el mal es su alimento...
En el alma el recuerdo yace fuerte
y se repite con rencor airado,
¡no hay amor en el pecho, fe en la suerte
ni esperanza que pueda al hombre honrado
sacar del sueño largo de la muerte!

Al hombre honrado se le juzga loco
y es venerado el tonto dondequiera,
dicen: «Es rico», y nadie piensa un poco
en cuántos el rufián mandó a la hoguera,
en cuánto desvalido destruyera
y cómo ante su dios ha hurtado el daño
con ruegos, juramentos, con engaño.

Y al que a su pueblo infiere tal ultraje
sirve la iglesia con marcado esmero,
ante él se inclina el profesor salvaje,
reflexiona con él el gacetero
que en el temor a dios está la esencia
de la sabiduría... Ésta es la ciencia
de unos lobos con pieles de cordero,
primera piedra de un mentir sagrado
que al pensamiento humano ha pretendido
mantener para siempre encadenado.

Salomón, el tirano corrompido,
lanzado al paraíso en el pasado,
en su rosario de proverbios dijo
entre tantos la estúpida sentencia
que aún hoy el padre le repite al hijo:
«Teme a dios y al monarca reverencia».

¡Oh, santa estupidez! Siglos enteros
contra ella ha combatido la conciencia;
en desventura y penas han caído
quienes lucharon, di, ¿qué han conseguido?
El mundo acostumbrado a llevar yugo
respeta el despotismo y la maldad,
besa el hierro en la mano del verdugo
y oye con fe al que oculta la verdad:
calla y ruega ante el palo que te azota,
cuando muerda una fiera tu piel rota
y te beba la sangre una serpiente,
cree en el dios eterno solamente:
«Dios, perdona a este pobre pecador»—,
Dios no perdona el odio: es todo amor...

¡Mentira, esclavitud, he aquí la esencia
de lo que reina en esta tierra impía!
Y en garantía de la descendencia
eternamente pugnan noche y día.
En este reino de pecado, cruento,
reino de llanto, infamia y corrupción,
de maldad infinita y aflicción,
bulle hoy la lucha y, con un largo aliento,
raudos pasos a un fin sagrado van…
Nosotros gritaremos: «Plomo o pan».

Versiones: José Martínez Matos y David Chericián

MIHAI EMINESCU

Rumania, 1850-1889

Emperador y proletario

Sentados en los bancos de la oscura taberna,
donde la luz traspasa los sucios vidrios pálidos,
junto a las mesas largas en que adusto se apoya,
con su rostro sombrío, el rebaño de nómadas:
los hijos de los pobres, la plebe proletaria.

¡Ah! —dijo uno—, ¿dijisteis que el hombre es una luz
en este mundo amargo tan lleno de tormento?
Ni una chispa hay en él inocente y fecunda,
vil y sucia es su luz como el globo de fango,
sobre el que reina el hombre de manera absoluta.

Decidme, ¿qué es justicia? Los poderosos viven
circundando de leyes su amor y su fortuna;
los bienes que robaron les sirven para eso
y para conspirar contra aquellos que sufren
uncidos al trabajo para toda la vida.

Los unos, placenteros, pasarán la existencia,
deslizando sus días, sus horas sonrientes.
En verano, las fiestas —el ámbar de los vinos,
el frescor de las frondas y los Alpes helados—,
la noche haciendo día hasta dormirse al alba.
La virtud para ellos ya no existe. Predican
porque les son precisos los brazos vigorosos,
para empujar con fuerza los carros del Estado
y combatir por ellos en la guerra encendida.
Así, mientras morimos, ellos pueden ser grandes.

Las flotas poderosas y los grandes ejércitos,
las coronas que ponen los reyes en su frente,
y todos los millones de riqueza lujosa
que amontonan los ricos oprimiendo a los pobres,
salen de los sudores del pobre pueblo esclavo.

Religión, esa frase por ellos inventada,
para que con más fuerza se inclinen ante el yugo,
porque si al corazón faltase la esperanza
de ser recompensados después de la miseria,
¿podríais soportarlo como bestias de carga?

Con sombras irreales os velan vuestra vista,
haciendo que creáis que habrá una recompensa...
¡No!, la muerte concluye la vida y el placer,
y aquel que en este mundo sólo ha sufrido penas
nada encuentra, los *muertos* no son más que los muertos.

Mentiras, frases, eso sostienen los Estados
no buscan ofrecernos un orden natural;
por defender sus bienes, su bienestar, su gloria,
han armado tu brazo para que te golpees
y luches contra ti mientras ellos te empujan.

¿Por qué seréis esclavos de la riqueza espuria,
vosotros, que vivís apenas del trabajo?
¿Por qué para vosotros la enfermedad, la muerte,
mientras ellos, espléndidos, en su opulencia hueca
se pasean felices sin tiempo de morir?

¿Por qué olvidáis que sois el número y la fuerza?
Fácilmente podríais repartiros la tierra.
No construyáis más muros que guarden sus tesoros,
ni otros muros en donde encierren vuestro grito
si un día reclamáis el derecho a la vida.

Las leyes los protegen, los placeres son suyos
y sorben de la tierra los jugos más sabrosos;
voluptuosidad llaman a sus fiestas ruidosas,
atrayendo hacía ellas las más bellas muchachas
que dejan su hermosura entre seniles brazos.

Y si nos preguntásemos, ¿entonces, qué nos queda?
El trabajo, que a ellos aumenta sus placeres,
la esclavitud por vida, el llanto y el pan negro,
niños envilecidos, vergüenzas y miseria...
¡Ellos, todo, tú, nada; ellos, cielo, tú, horror!

Leyes no necesitan —la virtud vive sólo
donde está la riqueza—, la ley es para ti,
es a ti a quien la imponen, a quien echan la pena
cuando alargas la mano hacia el bien tentador,
pues no han de perdonarte aunque mueras de hambre.
¡Aplastad este orden tan cruel como injusto,
que entre ricos y pobres el mundo ha dividido!
Pues después de la muerte no existe recompensa,
haced que en este mundo os den la parte justa.
¡Igualdad para todos y vivid como hermanos!

Romped la estatua antigua de la Venus desnuda,
quemad todos los lienzos con sus cuerpos de nieve;
ellos traen al espíritu la perniciosa idea
de la perfección viva del hombre, mientras caen
en la trama del vicio las hijas de los pobres.

Destruid lo que excite su corazón enfermo,
destruid los palacios, templos que esconden crímenes,
echad al fuego estatuas de todos los tíranos
y que la lava corra royendo los escombros
hasta borrar la huella de los que los imiten.

Destruid lo que enseña vanidad y fortuna,
oh, despojad la vida de su pétreo vestido,
del oro, de la púrpura, del horror, de las lágrimas;
que sea sólo un sueño, que sólo un sueño quede,
que sin pasión resbale hacia el tiempo infinito.

Alzad con los escombros pirámides gigantes,
como un *memento mori* en lo alto de la historia;
así ha de ser el arte que se abrirá a tu alma
ante la eternidad, y no un cuerpo desnudo
con aire de venderse bajo los ojos viles.

¡Oh, traed el diluvio, ya esperasteis bastante,
y veréis cómo el bien por el bien traerá el alba!
El puesto de la hiena lo ocupó el charlatán,
la crueldad antigua, el dulzón envidioso;
han cambiado las formas, pero siguen los males.

Mas cuando regreséis a las edades de oro,
a los mitos azules que murmurando ofrecen
alegrías iguales por igual compartidas,
aunque la muerte llegue extinguiendo la lámpara,
os parecerá un ángel de abundantes cabellos.

Entonces será fácil morir sin amargura,
vivirán vuestros hijos el mundo deseado,
no gemirán campanas ni llorarán sus bronces
por aquel que cumplió su destino total;
nadie lo llorará, porque vivió su vida.

Y las enfermedades que la miseria incuba
en los pobres mortales desaparecerán,
germinando en el mundo lo que está destinado,
apurando la copa hasta el fin, si lo quiere,
muriendo al no encontrar razón para vivir.

. . . .
Por la orilla del Sena, en faetón de gala,
pasa el César hundido, pálido en sus pasiones;
el sordo rumor bronco de cientos de carruajes,
golpeando el granito, no enturbia sus ideas;
el pueblo, enmudecido, le abre paso, humillado.

Su sonrisa profunda, callada, inteligente,
su mirada que lee el fondo de las almas,
su mano conductora del destino del mundo,
saludan al tropel de harapos que lo mira.
Su grandeza está unida secretamente a ellos.

Engreído en su altura, orgullo solitario
y privado de amor, que es principio del mal,
conduce con dos riendas: injusticia y mentira.
A través de los siglos la histeria va pasando,
y siempre el mismo cuento del martillo y el yunque.

Y él —vértice orgulloso de todos los que oprime—
saluda, mientras pasa, a su defensor mudo.
Si en el mundo faltase vuestra humilde presencia,
ese origen oscuro que hace radiar su gloria,
en medio de derrumbes el César se hundiría.

Con vuestras sombras mudas que no creen en nada,
con vuestra risa fría, desnuda de piedad,
con vuestro buen sentido de justicia y de bien,
con vuestra poderosa y terrible presencia,
curva bajo su yugo a aquellos que lo odiaron.
. . . .
París en oleajes de tempestad se enciende
y torres como antorchas arden en pleno viento;
a través de las llamas, flotan en torbellino
los aullidos, entrando en ese mar caliente.
El siglo es un cadáver, París sólo es su tumba.

En las calles sangrando de llamas cegadoras,
sobre las barricadas de losas de granito,
la plebe proletaria, mueve sus batallones,
con las armas brillantes, al aire el gorro frigio,
y doblan las campanas con su sonido ronco.

Blancas como de mármol, y como él impasibles,
cruzan el aire rojo las mujeres en armas,
los endrinos cabellos sueltos sobre los hombros,
cubriéndoles los senos, y en los ojos profundos

la miseria y la rabia que arden desesperadas.

¡Oh, combates velados por tus ricos cabellos,
—qué valiente que es hoy esa niña perdida—,
pues la bandera roja, su sombra justiciera,
santifica tus horas de fango y de pecado!
¡No eres tú la culpable, sí los que te vendieron!
....
Tranquilo el mar relumbra y por sus placas grises
desliza sucesivas láminas de cristal,
que corren hacia el mundo; del bosque misterioso
surge la luna llena de los campos de arar,
inundándolo todo con sus ojos triunfales.

Sobre las ondas quietas, mecidos, acunados,
flotan viejos veleros, esqueletos desnudos,
sombras lentas que miran inflar su arboladura
mientras la luna pasa como un halo de fuego
y amarilla mantiene su imagen como un blanco.

En las costas batidas por el furor del mar,
el César vela siempre cerca del tronco curvo
del sauce desmayado, que a los aires del agua,
en círculos radiantes se inclina bajo el soplo
del céfiro nocturno y resuena en cadencia.

Y piensa que a través de la noche estrellada
marcha sobre las aguas y la cima del bosque,
con su gran barba blanca —en la frente sombría
la corona de paja pendiéndole marchita—,
el viejo Rey Lear.

Estupefacto mira el César a las nubes,
y en sus pliegues temblando las estrellas le muestran
todo el sentido oculto de su vida brillante,
abriéndole los ojos... El eco de los pueblos
se parece a las voces de amargura del mundo:

En cada hombre vivo un mundo hace su ensayo,
el viejo Demiurgo se esfuerza vanamente;
en todo ser el mundo repite la pregunta:
¿Adónde va la flor, dime, de dónde vienen
sus oscuros deseos sembrados en la nada?

El sentido del mundo, sus ansias y su gloria,
el alma de los vivos —surtidor arriesgado
cual árbol floreciente— los esconde en su centro;

en cada flor levanta su savia toda entera,
pero antes de dar fruto casi todas perecen.

Así el humano fruto se hiela en su camino,
el uno es un esclavo, emperador el otro,
cubriendo con engaños su pobre, triste vida,
y exhibiendo ante el sol su miserable imagen
—imagen— pues los dos tienen igual destino.
Bajo distintos hábitos van los mismos deseos,
y la humanidad es tan sólo un mismo hombre,
bajo distintas formas aparece la vida,
con su cruel misterio, que a nadie se revela,
fundada de infinitos deseos sobre un átomo.

Si sabes que este sueño con la muerte se acaba,
que detrás de nosotros todas las cosas quedan,
hagamos lo que hagamos, entonces te fatiga
el perseguir estéril... y una idea te asalta:
«Que el sueño de la muerte es la vida del mundo».

Versión: María Teresa León y Rafael Alberti

A. GUERRA JUNQUEIRO

Portugal, 1850-1923

A la mocedad de las escuelas

Rota su túnica a pedazos
la Patria agonizando está.
Mocedad, dale tus abrazos,
bésala y álzala en tus brazos,
¡no morirá!

Con siete lanzas los traidores
la traspasaron, vedla allá...
Mocedad, unge sus dolores
háblale y cúbrela de flores,
¡no morirá!

Turba de esclavos libertina,
no oyen los gritos que ella da...
¡Oh, mocedad, loca heroína!
¡Besa su espada diamantina!,
¡no morirá!

Ya desfallece, tiembla, llora,
vacila, cae... ha muerto ya...
¡No, Mocedad renovadora!,
¡dale tu sangre ebria de aurora!,
¡no morirá!
Tus propias venas atropella,
dale tu sangre: ¡es hora ya!
¡Oh, Mocedad heroica y bella!
¡Muere cantando!... ¡Muere!... ¡Y ella
revivirá!

8 de diciembre de 1890

El cazador Simón

A Fialho d'Almeida

Yace el rey impedido y moribundo
en el castillo lóbrego y silente;
turba el grave mutismo el mar profundo...
La reina llora inconsolablemente...

—Papagayo real, ¿qué hay por la plaza?
—El príncipe Simón que va de caza.

Los bronces doblan por el rey que ha muerto...
¡Muerte tremenda, pavoroso horror!
Lloran las almas, en un gesto yerto,
lágrimas de amargura y de dolor...

—Papagayo real, ¿qué hay por la plaza?
—Es el rey don Simón que va de caza.

El extranjero audaz escupe afrentas
en el sagrado de las patrias ruinas...
Se crispan unas manos violentas,
llenan los pechos furias leoninas...

—Papagayo real, ¿qué hay por la plaza?
—Es el rey don Simón que va de caza.

¡Muerta la libertad, la patria muerta!
¡Noche sin luz en páramos desiertos!
¡El extranjero ríe a nuestra puerta!
¡La infamia guarda el polvo de los muertos!

—Papagayo real... ¿qué hay por la plaza?
—Es el rey don Simón que va de caza.

¡Tiros!... La lucha y el clamor no cesa...
Pasa la multitud en rebelión...
¡Resuena en el clarín la Marsellesa!
Un trono estalla en súbita explosión...

—Papagayo real... ¿qué hay por la plaza?
—¡Es alguien, alguien, que ha salido a caza
del cazador Simón!

Vianna do Castelho, 8 de abril de 1890

La bendición de la locomotora

Completa está la obra. La máquina ya alienta
dando en ondas al aire su hálito singular;
pero antes de arrancar dan al párroco cuenta,
que es preciso que un cura la venga a bautizar.

Como ella es, de seguro, producto de Caín,

hija de la razón y de la fuerza humana,
échenle en las entrañas un poco de latín,
y afírmenla en la fe católico-romana.

Han de existir en ella diabólicos pecados
porque es de cobre y hierro; porque estos dos metales
salen de la cantera sucios y excomulgados,
como los niños de los vientres maternales.

¡Aprisa!, conjuradle los demonios que encierra,
¡extraed la herejía del acero brillante!
Como procede de las forjas de Inglaterra,
no cabe duda que es un poco protestante.

Para que el monstruo cruce, perdiéndose de vista,
como un sueño febril, la domada extensión,
necesita un hisopo —y al lado un maquinista—
algo de teología —con algo de carbón.

La comunión acerquen a su boca de fiera;
predíquenle sermones, enséñenle a rezar
y con agua bendita llénenle la caldera,
que con agua del cielo tal vez no pueda andar.

A Inglaterra
(fragmento)

¡Oh cínica Inglaterra, oh beoda imprudente!
¿Qué deben tus colonias a tu gran corazón?
La hipocresía, la Biblia y el aguardiente:
la mortaja de Cristo les diste largamente
partida en taparrabos de punto de algodón.

Vendes amor a metros con tus manos bastardas
y vendes a tu Dios sólo atenta a tu fin;
¡de su vieja cruz haces culatas de espingardas,
su cuerpo lo conviertes en pólvora y bombardas,
su sangre la transformas en aguarrás y *gin*!

Tus apóstoles van, prostituta insolente,
con el fin de salvar a la negra ralea,
en busca de los negros de Oriente y Occidente,
bautizándolos en Jordanes de aguardiente,
mostrándoles tu Dios en tu hostia —¡la guinea!

Tu honra te importa menos que moneda contante,

y tu pudor es como un Matabal en cueros;
ladrón de cuenta abierta, bárbaro traficante
das a los negros, para hacer de ellos corderos,
tu Biblia a cambio de colmillos de elefante.
¡Tu religión, tu Biblia!... Tu Biblia es una agenda
donde en números truecas las virtudes humanas,
y un Dios de compra y venta es el Dios de tu ofrenda:
Cristo resucitado para abrir una tienda
de alcohol, de carbón, de corchos y de panas.
Por las sendas del tiempo —¡oh, milano dañino!—
anda un pueblo a los logros de su estrella polar,
y tú eres el ladrón que le sale al camino,
con las mañas del lobo y el coraje del vino
a exigirle la bolsa para dejarle andar.

Si ves un pobre, al hombro te echas la carabina,
si ves un fuerte, callas y esperas que te dé.
Ahora pide limosna tu mano, ahora asesina,
y es tu orgullo cobarde, Boyardo vil de esquina,
un tigre que anda a rastras y un lacayo de pie.
....
Cuando ya surge, en oros, el arco de la alianza
que a los siglos futuros dará entrada triunfal;
por donde diez naciones marchando en pos de Francia
con palmas en las manos y cantos de esperanza
llegarán a la nueva Jerusalén ideal;

cuando rompe la aurora feliz del magno día
y nos llama un clarín frenético a lo lejos...
Cuando abierta en el cielo la inmensa Profecía,
el coloso de hierro y oro, la Tiranía,
comienza a vacilar en sus cimientos viejos;

cuando París entona una epopeya homérica
con el timbre inmortal de su voz de héroe griego;
cuando, como una ráfaga espléndida y quimérica,
aquel ciclón de luz que dio la vuelta a América
retorna hacia nosotros las dos alas de fuego;

cuando, en fin, de la patria el corazón radiante
palpitaba en un claro vaticinio de gloria,
a ojos del mundo entero, sin causa, de repente,
brutalísimamente,
en plena Europa, en pleno día y en plena historia,

como si fuera noche y en matorral espeso,
se estrangula de un pueblo heroico el porvenir;

se roba una nación, como un can roba un hueso,
y el sol, viendo esta infamia, no deja de lucir,
y ríe, en pleno sol, el bandolero ileso.

¡Y perdona la tierra la rapiña en acecho!
¡Y no sumerge al monstruo la cólera del mar!
¡Y no estalla en rugidos de dolor ningún pecho!
¡Oh quimera, oh tristeza, oh Justicia, oh Derecho!
¿Dónde estás, Providencia… que te quiero insultar?
....
Las naciones un día, como hienas dementes,
tu imperio han de rasgar en feroz convulsión...
Y en el torvo alalí, dando saltos ardientes,
con espumas de rabia bañándoles los dientes,
¡te han de dar cada una su tremenda sanción!

Y sola quedarás en tu isla normanda
con tus viejos varones de los tiempos de Arthús;
devorará tu pecho como un cáncer, la Irlanda,
y en tu carne has de ver, oh meretriz nefanda,
que la sangre da lodo y que el oro da pus,

Y como unos brutales monstruos de pesadilla
en las tristes entrañas de una nave sin rumbo
a la luz que proyecta la tormenta amarilla,
sintiendo a cada embate que se parte la quilla,
sintiendo que son presa del mar a cada tumbo,

se degüellan, febriles, roncos, dilacerantes,
ardiendo las pupilas en brasas infernales,
panteras contra hienas, osos contra elefantes,
culebras retorciendo los anillos sonantes,
búfalos embistiendo leopardos y chacales;

asimismo vosotros, dura raza asesina,
sobre la patria nave que azota el mar rugiendo,
habéis de devoraros en feroz degollina
de la que sólo quede, bajo densa neblina
y entre charcos de sangre, una Gomorra ardiendo.

Y millones, millones de bocas afamadas
han de dilacerarte los miembros con furor,
y tu piedra a estallidos, tu carne a puñaladas,
han de caer, del mismo látigo ensangrentadas,
entre crujir de huesos y blasfemias de horror...

Sobre tu sangre el Támesis desbordará su risa,
del cuerpo de tu rey comerá un perro hambrón,
tu suelo ha de temblar como una pitonisa
y la raez sin ley, sin dios y sin camión
¡rasgará tus entrañas pútridas, Dios Millón!

Bancos, *docks*, almacenes, prisiones, monumentos,
reventarán, ni resto ni rastro ha de quedar...
Y al fragor que levanten tus últimos lamentos,
responderán —¡ladrando!— las furias de los vientos,
responderá —¡escupiendo!— la ironía del mar.

Febrero de 1890

JOSÉ MARTÍ

Cuba, 1853-1895

Versos sencillos

XXX

El rayo surca, sangriento,
El lóbrego nubarrón:
Echa el barco, ciento a ciento,
Los negros por el porrón.

El viento, fiero, quebraba
Los almácigos copudos;
Andaba la hilera, andaba,
De los esclavos desnudos.

El temporal sacudía
Los barracones henchidos:
Una madre con su cría
Pasaba, dando alaridos.

Rojo, como en el desierto,
Salió el sol al horizonte:
Y alumbró a un esclavo muerto,
Colgado a un seibo del monte.

Un niño lo vio: tembló
De pasión por los que gimen:
¡Y, al pie del muerto, juró
Lavar con su sangre el crimen!
XXXIV

¡Penas! ¿Quién osa decir
Que tengo yo penas? Luego,
Después del rayo, y del fuego,
Tendré tiempo de sufrir.

Yo sé de un pesar profundo
Entre las penas sin nombres:
¡La esclavitud de los hombres
Es la gran pena del mundo!

Hay montes, y hay que subir
Los montes altos; ¡después
Veremos, alma, quién es
Quien te me ha puesto al morir!

XLI

Cuando me vino el honor
De la tierra generosa,
No pensé en Blanca ni en Rosa
Ni en lo grande del favor.

Pensé en el pobre artillero
Que está en la tumba, callado:
Pensé en mi padre, el soldado:
Pensé en mi padre, el obrero.

Cuando llegó la pomposa
Carta, en su noble cubierta,
Pensé en la tumba desierta,
No pensé en Blanca ni en Rosa.

Académica

Ven, mi caballo, a que te encinche: quieren
Que no con garbo natural el coso
Al sabio impulso corras de la vida,
Sino que el paso de la pista aprendas,
Y la lengua del látigo, y sumiso
Des a la silla el arrogante lomo:—
Ven, mi caballo: dicen que en el pecho
Lo que es cierto, no es cierto: que la estrofa
ígnea que en lo hondo de las almas nace,
Como penacho de fontana pura
Que el blando manto de la tierra rompe
Y en gotas mil arreboladas cuelga,
No ha de cantarse, no, sino las pautas
Que en moldecillo azucarado, y hueco
Encasacados dómines dibujan:
Y gritan: «¡Al bribón!» —¡cuando a las puertas
Del templo augusto un hombre libre asoma!—
Ven, mi caballo, con tu casco limpio
A yerba nueva y flor de llano oliente,
Cinchas estruja, lanza sobre un tronco
Seco y piadoso, donde el sol la avive,
Del repintado dómine la chupa,
De hojas de antaño y de romanas rosas
Orlada, y deslucidas joyas griegas—.
Y al sol del alba en que la tierra rompe
Echa arrogante por el orbe nuevo.

Hierro

Ganado tengo el pan: hágase el verso—
Y en su comercio dulce se ejercite
La mano, que cual prófugo perdido
Entre oscuras malezas, o quien lleva
A rastra enorme peso, andaba ha poco
Sumas hilando y revolviendo cifras.
Bardo, ¿consejo quieres?
Pues descuelga
De la pálida espalda ensangrentada
El arpa dívea, acalla los sollozos
Que a tu garganta como mar en furia
Se agolparán, y en la madera rica
Taja plumillas de escritorio y echa
Las cuerdas rotas al movible viento.

Oh alma! oh alma buena! mal oficio
Tienes!: póstrate, calla, cede, lame
Manos de potentado, ensalza, excusa
Defectos, tenlos —que es mejor manera
De excusarlos—, y mansa y temerosa
Vicios celebra, encumbra vanidades:
Verás entonces, alma, cuál se trueca
En plato de oro rico tu desnudo
Plato de pobre!
Pero guarda ¡oh alma!
¡que usan los hombres hoy oro empañado!
Ni de eso cures, que fabrican de oro
Sus joyas el bribón y el barbilindo;
Las armas no, —¡las armas son de hierro!

Mi mal es rudo: la ciudad lo encona:
Lo alivia el campo inmenso: ¡Otro más vasto
Lo aliviará mejor! —Y las oscuras
Tardes me atraen, cual si mi patria fuera
La dilatada sombra.

¡Oh, verso amigo;
Muero de soledad, de amor me muero!
No de vulgar amor; estos amores
Envenenan y ofuscan: no es hermosa
La fruta en la mujer, sino la estrella.
La tierra ha de ser luz, y todo vivo
Debe en torno de sí dar lumbre de astro.
¡Oh, estas damas de muestra! ¡Oh, estas copas
De carne! ¡Oh, estas siervas, ante el dueño

que las enjoya y que las nutre echadas!
¡Te digo, oh, verso, que los dientes duelen
De comer de esta carne!
                                        Es de inefable
Amor del que yo muero, del muy dulce
Menester de llevar, como se lleva
Un niño tierno en las cuidosas manos,
Cuanto de bello y triste ven mis ojos.

Del sueño, que las fuerzas no repara
Sino de los dichosos, y a los tristes
El duro humor y la fatiga aumenta,
Salto, al Sol, como un ebrio. Con las manos
Mi frente oprimo, y de los turbios ojos
Brota raudal de lágrimas. ¡Y miro
El Sol tan bello y mi desierta alcoba,
Y mi virtud inútil, y las fuerzas
Que cual tropel famélico de hirsutas
Fieras saltan de mí buscando empleo;
Y el aire hueco palpo, y en el muro
Frío y desnudo el cuerpo vacilante
Apoyo, y en el cráneo estremecido
En agonía flota el pensamiento,
Cual leño de bajel despedazado
¡Que el mar en furia a playa ardiente arroja!
¡Sólo las flores del paterno prado
Tienen olor! ¡Sólo las ceibas patrias
Del sol amparan! Como en vaga nube
Por suelo extraño se anda; las miradas
Injurias nos parecen, y el Sol mismo,
¡Más que en grato calor, enciende en ira!
¡No de voces queridas puebla el eco
Los aires de otras tierras: y no vuelan
Del arbolar espeso entre las ramas
Los pálidos espíritus amados!
De carne viva y profanadas frutas
Viven los hombres —¡ay! ¡mas el proscripto
De sus entrañas propias se alimenta!
¡Tiranos: desterrad a los que alcanzan
El honor de vuestro odio: ya son muertos!
Valiera más ¡oh, bárbaros! que al punto
De arrebatarlos al hogar, hundiera
En lo más hondo de su pecho honrado
¡Vuestro esbirro más cruel su hoja más dura!
Grato es morir, horrible, vivir muerto.
¡Mas no! ¡mas no! La dicha es una prenda
De compasión de la fortuna al triste

Que no sabe domarla: a sus mejores
Hijos desgracias da Naturaleza:
Fecunda el hierro al llanto, el ¡golpe al hierro!

Banquete de tiranos

Hay una raza vil de hombres tenaces
De sí propios inflados, y hechos todos,
Todos, del pelo al pie, de garra y diente:
Y hay otros, como flor, que al viento exhalan
En el amor del hombre su perfume.
Como en el bosque hay tórtolas y fieras
Y plantas insectívoras y pura
Sensitiva y clavel en los jardines.
De alma de hombres los unos se alimentan:
Los otros su alma dan a que se nutran
Y perfumen su diente los glotones,
Tal como el hierro frío en las entrañas
De la virgen que mata se calienta.

A un banquete se sientan los tiranos
Donde se sirven hombres: y esas viles
Que a los tiranos aman, diligentes
Cerebro y corazón de hombres devoran:
Pero cuando la mano ensangrentada
Hunden en el manjar, del mártir muerto
Surge una luz que les aterra, flores
Grandes como una cruz súbito surgen
Y huyen rojo el hocico, y pavoridos
A sus negras entrañas los tiranos.

Los que se aman a sí: los que la augusta
Razón a su avaricia y gula ponen:
Los que no ostentan en la frente honrada
Ese cinto de luz que el yugo funde
Como el inmenso sol en ascuas quiebra
Los astros que a su seno se abalanzan:
Los que no llevan del decoro humano
Ornado el sano pecho: los menores
Y segundones de la vida, sólo
A su goce ruin y medro atentos
Y no al concierto universal.

Danzas, comidas, músicas, harenes,
Jamás la aprobación de un hombre honrado.
Y si acaso sin sangre hacerse puede

Hágase... clávalos, clávalos
En el horcón más alto del camino
Por la mitad de la villana frente.
A la grandiosa humanidad traidores,
Como implacable obrero
Que un féretro de bronce clavetea.
Los que contigo
Se parten la nación a dentelladas.

Contra el verso retórico...

Contra el verso retórico y ornado
El verso natural. Acá un torrente:
Aquí una piedra seca. Allá un dorado
Pájaro, que en las ramas verdes brilla,
Como una marañuela entre esmeraldas—
Acá la huella fétida y viscosa
De un gusano: los ojos, dos burbujas
De fango, pardo el vientre, craso, inmundo.
Por sobre el árbol, más arriba, sola
En el cielo de acero una segura
Estrella; y a los pies el horno,
El horno a cuyo ardor la tierra cuece—
Llamas, llamas que luchan, con abiertos
Huecos como ojos, lenguas como brazos,
Savia como de hombres, punta aguda
Cual de espada: ¡la espada de la vida
Que incendio a incendio gana al fin, la tierra!
Trepa: viene de adentro: ruge: aborta.
Empieza el hombre en fuego y para en ala.
Y a su paso triunfal, los maculados,
Los viles, los cobardes, los vencidos,
Como serpientes, como gozques, como
Cocodrilos de doble dentadura,
De acá, de allá, del árbol que le ampara,
Del suelo que le tiene, del arroyo
Donde apaga la sed, del yunque mismo.
Donde se forja el pan, le ladran y echan
El diente al pie, al rostro el polvo y lodo,
Cuanto cegarle puede en su camino.
Él, de un golpe de ala, barre el mundo
Y sube por la atmósfera encendida
Muerto como hombre y como sol sereno.
Así ha de ser la noble poesía:
Así como la vida: estrella y gozque;
La cueva dentellada por el fuego,

El pino en cuyas ramas olorosas
A la luz de la luna canta un nido
Canta un nido a la lumbre de la luna.

Antes de trabajar

Antes de trabajar, como el cruzado
Saludaba a la hermosa en la arena,
La lanza de hoy, la soberana pluma
Embrazo, a la pasión, corcel furioso
Con mano ardiente embrido, y de rodillas
Pálido domador, saludo al verso.

Después, como el torero, al circo salgo
A que el cuerno sepulte en mis entrañas
El toro enfurecido. Satisfecho
De la animada lid, el mundo amable
Merendará, mientras expiro helado,
Pan blanco y vino rojo, y los esposos
Nuevos se encenderán con las miradas.

En las playas el mar dejará en tanto
Nuevos granos de arena: nuevas alas
Asomarán ansiosas en los huevos
Calientes de los nidos: los cachorros
Del tigre echarán diente: en los preñados
árboles de la huerta, nuevas hojas
Con frágil verde poblarán las ramas.

Mi verso crecerá: bajo la yerba
Yo también creceré: ¡Cobarde y ciego
Quien del mundo magnífico murmura!

Bien: yo respeto

Bien: yo respeto
A mi modo brutal, un modo manso
Para los infelices e implacable
Con los que el hambre y el dolor desdeñan,
Y el sublime trabajo; yo respeto
La arruga, el callo, la joroba, la hosca
Y flaca palidez de los que sufren.
Respeto a la infeliz mujer de Italia,
Pura como su cielo, que en la esquina
De la casa sin sol donde devoro

Mis ansias de belleza, vende humilde
Piñas dulces y pálidas manzanas.
Respeto al buen francés, bravo, robusto,
Rojo como su vino, que con luces
De bandera en los ojos, pasa en busca
De pan y gloria al Istmo donde muere.

Pollice verso

¡Sí!, ¡yo también, desnuda la cabeza
De tocado y cabellos, y al tobillo
Una cadena lurda, heme arrastrado
Entre un montón de sierpes, que revueltas
Sobre sus vicios negros, parecían
Esos gusanos de pesado vientre
Y ojos viscosos que en hedionda cuba
De pardo Iodo lentos se revuelcan!
Y yo pasé, sereno entre los viles
Cual si en mis manos, como en ruego juntas,
Sus anchas alas púdicas abriese
Una paloma blanca. Y aún me aterro
De ver con el recuerdo lo que he visto
Una vez con mis ojos. Y espantado
¡Póngome en pie, cual a emprender la fuga!
¡Recuerdos hay que queman la memoria!
¡Zarzal es la memoria; mas la mía
Es un cesto de llamas! A su lumbre,
El porvenir de mi nación preveo.
Y lloro. Hay leyes en la mente, leyes
Cual las del río, el mar, la piedra, el astro,
Ásperas y fatales: ese almendro
Que con su rama oscura en flor sombrea
Mi balconzuelo, viene de semilla
De almendro: y ese rico globo de oro
De dulce y perfumoso jugo lleno
Que en blanca fuente una niñuela cara,
Flor del destierro, cándida me brinda,
Naranja es, y vino de naranjo.
Y el suelo triste en que se siembran lágrimas
Dará árbol de lágrimas. La culpa
Es madre del castigo. Y se derrama
La sangre que se vierte. No es la vida
Una copa de ajenjo, que se torna
En hiel para los míseros, y en férvido
Tokay para el feliz: la vida es grave,
Y hasta el pomo ruin la daga hundida,

al flojo gladiador clava en la arena.

(...)Porción del Universo; frase unida
A frase colosal, sierva ligada
A un carro de oro que a los ojos mismos
De los que arrastra en rápida carrera
Ocúltase en el áureo polvo: sierva
Con invisibles riendas
¡A la incansable Eternidad atada!

Circo la tierra es, como el romano,
Y junto a cada cima una invisible
Panoplia al hombre aguarda, donde lucen,
Cual daga cruel que hiere al que la blande
Los vicios, y cual límpidos escudos
Las virtudes; la vida es la ancha arena,
Y los hombres, esclavos gladiadores;
Pero el pueblo y el rey —callados miran
En grada excelsa en la desierta sombra!—
—Pero miran! Y a aquel que en la contienda
Bajó el escudo, o lo dejó de lado,
O suplicó cobarde, o abrió el pecho
Laxo y servil a la enconosa daga
Del enemigo, las vestales rudas
Desde el sitial de la implacable piedra
Condenan a morir, *pollice verso*!—
Y hasta el pomo ruin la daga hundida
Al flojo gladiador clava en la arena.

Alza ¡oh, pueblo! el escudo, que esta vida
Es cosa grave, y cada acción es culpa
Que como aro servil se lleva luego
Cerrado al cuello —o premio generoso
Que del futuro mal próvido libra.

¿Veis los esclavos? Como cuerpos muertos
Atados en racimo, a vuestra espalda
Irán vida tras vida, y con las frentes
Pálidas y angustiosas, la sombría
Carga en vano halaréis, hasta que el viento,
De vuestra pena bárbara apiadado,
Sus átomos postreros evapore!
¡Oh, qué visión tremenda! ¡Oh, qué terrible
Procesión de culpables! Como en llano
Negro los miro, torvos, anhelosos,
Sin fruta el arbolar, secos los píos
Bejucos, por comarca funeraria

¡Donde ni el sol da luz, ni el árbol sombra!
Y bogan en silencio, como en magno
Océano sin agua, y a la frente
Llevan, cual yugo el buey, la cuerda uncida,
Y a la zaga, listado al cuerpo flaco
De hondos azotes, el montón de siervos!
¿Veis las carrozas, las ropillas blancas
Risueñas y ligeras, el luciente
Corcel de crin trenzada y riendas ricas,
Y la albarda, de plata suntuosa
Prendida y el menudo zapatillo,
Cárcel a un tiempo de los pies y el alma!
Pues ved, que los extraños os desdeñan
Como a raza ruin, menguada y floja!

Al buen Pedro

Dicen, buen Pedro, que de mí murmuras
Porque tras mis orejas el cabello
En crespas ondas su caudal levanta;
¡Diles, bribón, que mientras tú en festines,
En rubios caldos y en fragantes pomas,
Entre mancebas del astuto Norte,
De tus esclavos el sudor sangriento,
Torcido en oro descuidado bebes—
Pensativo, febril, pálido, grave,
Mi pan rebano en solitaria mesa
Pidiendo ¡oh triste! al aire sordo modo
De libertar de su infortunio al siervo
¡Y de tu infamia a ti! Y en estos lances,
Suéleme, Pedro, en la apretada bolsa
Faltar la monedilla que reclama
Con sus húmedas manos el barbero.

Dos patrias

Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche.
¿O son una las dos? No bien retira
Su majestad el sol, con largos velos
Y un clavel en la mano, silenciosa
Cuba cual viuda triste me aparece.
¡Yo sé cuál es ese clavel sangriento
Que en la mano le tiembla! Está vacío
Mi pecho, destrozado está y vacío
En donde estaba el corazón. Ya es hora

De empezar a morir. La noche es buena
Para decir adiós. La luz estorba
Y la palabra humana. El universo
Habla mejor que el hombre.
Cual bandera
Que invita a batallar, la llama roja
De la vela flamea. Las ventanas
Abro, ya estrecho en mí. Muda, rompiendo
Las hojas del clavel, como una nube
Que enturbia el cielo, Cuba, viuda, pasa...

Yugo y estrella

Cuando nací, sin sol, mi madre dijo:
«Flor de mi seno, Homagno generoso,
De mí y de la Creación suma y reflejo
Pez que en ave y corcel y hombre se torna,
Mira estas dos, que con dolor te brindo,
Insignias de la vida: ve y escoge.
Éste es un yugo: quien lo acepta, goza.
Hace de manso buey, y como presta
Servicio a los señores, duerme en paja
Caliente, y tiene rica y ancha avena.
Ésta, oh misterio que de mí naciste
Cual la cumbre nació de la montaña,
Ésta, que alumbra y mata, es una estrella.
Como que riega luz, los pecadores
Huyen de quien la lleva, y en la vida,
Cual un monstruo de crímenes cargado,
Todo el que lleva luz, se queda solo.
Pero el hombre que al buey sin pena imita,
Buey vuelve a ser, y en apagado bruto
La escala universal de nuevo empieza.
El que la estrella sin temor se ciñe,
Como que crea, crece!:
¡Cuando al mundo
De su copa el licor vació ya el vivo:
Cuando, para manjar de la sangrienta
Fiesta humana, sacó contento y grave
Su propio corazón: cuando a los vientos
De Norte y Sur vertió su voz sagrada—
La estrella como un manto, en luz lo envuelve,
Se enciende, como a fiesta, el aire claro,
Y el vivo que a vivir no tuvo miedo,
Se oye que un paso más sube en la sombra!».

—Dame el yugo, oh mi madre, de manera
Que puesto en él de pie, luzca en mi frente
Mejor la estrella que ilumina y mata.

RUBÉN DARÍO

Nicaragua, 1867-1916

A Roosevelt

¡Es con voz de la Biblia o verso de Walt Whitman,
Que habría de llegar hasta ti, Cazador!
Primitivo y moderno, sencillo y complicado,
Con algo de Washington y cuatro de Nemrod.
Eres los Estados Unidos,
Eres el futuro invasor
De la América ingenua que tiene sangre indígena,
Que aún reza a Jesucristo y aún habla español.
Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;
Eres culto, eres hábil; te opones a Tolstoi.
Y domando caballos o asesinando tigres,
Eres un Alejandro-Nabucodonosor.
(Eres un profesor de energía,
Como dicen los locos de hoy).
Crees que la vida es incendio,
Que el progreso es erupción,
Que donde pones la bala
El porvenir pones.
No.
Los Estados Unidos son potentes y grandes.
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor
Que pasa por las vértebras enormes de los Andes.
Si clamáis, se oye como el rugir del león.
Ya Hugo a Grant le dijo: las estrellas son vuestras.
(Apenas brilla, alzándose, el argentino sol
Y la estrella chilena se levanta…) Sois ricos.
Juntáis el culto a Hércules el culto de Mammón;
Y alumbráis el camino de la fácil conquista,
La libertad su antorcha en Nueva York.
Mas la América nuestra, que tenía poetas
Desde los tiempos de Netzahualcoyotl,
Que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,
Que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;
Que consultó los astros, que conoció la Atlántida
Cuyo nombre nos llega resonando en Platón,
Que desde los remotos momentos de su vida
Vive de luz, de fuego, perfume, de amor,
La América del grande Moctezuma, del Inca,
La América fragante de Cristóbal Colón,
La América católica, la América española,
La América en que dijo el noble Guatemoc:
"Yo no estoy en un lecho de rosas"; esa América

Que tiembla de huracanes y que vive de Amor;
Hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.
Y sueña. Y ama, y vibra, y es la hija del Sol.
Tened cuidado. ¡Vive la América española!
Hay mil cachorros sueltos del León Español.
Se necesitaría, Roosevelt, ser por Dios mismo,
El riflero terrible y el fuerte Cazador,
Para poder tenernos en vuestra férreas garras.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!

AHMED CHAUKI

Egipto, 1868-1932

Oh velas sobre el Tíger

Vela que sobre el Tíger navegas al ocaso,
Que mis lágrimas te preserven de desgracias
Por las tranquilas aguas,
Por donde en otros tiempos el profeta
Pasó, deslízate por el agua como rayos de luz.
Desde el embarcadero a las orillas donde nadan
Perfumes de jardines,
Hacia maravillosos valles en donde reinan
La alegría y la paz.
Obtuviste mi perdón en esta tierra
Ante los ojos de los antílopes
De las tristes miradas,
En la tierra lejana donde vive mi gran pueblo
Que obtuvo la libertad: la mejor
De toda recompensa.

Versión:Victoria Carneado y David Chericián

ANTONIO MACHADO

España, 1875-1939

El mañana efímero

A Roberto Castrovido

La España de charanga y pandereta,
cerrado y sacristía,
devota de Frascuelo y de María,
de espíritu burlón y de alma quieta,
ha de tener su mármol y su día,
su infalible mañana y su poeta.
El vano ayer engendrará un mañana
vacío y ¡por ventura! pasajero.
Será un joven lechuzo y tarambana,
un sayón con hechuras de bolero;
a la moda de Francia realista,
un poco al uso de París pagano,
y al estilo de España especialista
en el vicio al alcance de la mano.
Esa España inferior que ora y bosteza,
vieja y tahúr, zaragatera y triste;
esa España inferior que ora y embiste,
cuando se digna usar de la cabeza,
aún tendrá luego parto de varones
amantes de sagradas tradiciones
y de sagradas formas y maneras;
florecerán las barbas apostólicas,
y otras calvas en otras calaveras
brillarán, venerables y católicas.
El vano ayer engendrará un mañana
vacío y ¡por ventura! pasajero,
la sombra de un lechuzo tarambana,
de un sayón con hechuras de bolero,
el vacuo ayer dará un mañana huero.
Como la náusea de un borracho ahíto
de vino malo, un rojo sol corona
de heces turbias las cumbres de granito;
hay un mañana estomagante escrito
en la tarde pragmática y dulzona.
Mas otra España nace,
la España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.
Una España implacable y redentora,
España que alborea

con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea.

A don Francisco Giner de los Ríos

Como se fue el maestro,
la luz de esta mañana
me dijo: Van tres días
que mi hermano Francisco no trabaja.
¿Murió?... Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren, y las sombras pasan;
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!

Y hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alba,
del sol de los talleres,
el viejo alegre de la vida santa.
...¡Oh, sí, llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama!
Allí hay barrancos hondos
de pinos verdes donde el viento canta.
Su corazón repose
bajo una encina casta,
en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas...
Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de España.

Baeza, 21 febrero, 1915

El crimen fue en Granada

I

El crimen...

Se le vio, caminando entre fusiles,

por una calle larga,
salir al campo frío,
aún con estrellas, de la madrugada.
Mataron a Federico
cuando la luz asomaba.
El pelotón de verdugos
no osó mirarle la cara.
Todos cerraron los ojos;
rezaron: ¡ni Dios te salva!
Muerto cayó Federico
—sangre en la frente y plomo en las entrañas—
...Que fue en Granada el crimen
sabed —¡pobre Granada!— en su Granada...

II

El poeta y la muerte

Se le vio caminar solo con Ella,
sin miedo a su guadaña.
—Ya el sol en torre y torre; los martillos
en yunque —yunque y yunque de las fraguas.
Hablaba Federico,
requebrando a la muerte. Ella escuchaba.
«Porque ayer en mi verso, compañera,
sonaba el golpe de tus secas palmas,
y diste el hielo a mi cantar, y el filo
a mi tragedia de tu hoz de plata,
te cantaré la carne que no tienes,
los ojos que te faltan,
tus cabellos que el viento sacudía,
los rojos labios donde te besaban...
Hoy como ayer, gitana, muerte mía,
qué bien contigo a solas,
por estos aires de Granada ¡mi Granada!».

III
Se le vio caminar...
                    Labrad, amigos,
de piedra y sueño, en el Alhambra,
un túmulo al poeta,
sobre una fuente donde llore el agua,
y eternamente diga:
el crimen fue en Granada ¡en su Granada!

Meditación del día

Frente a la palma de fuego
que deja el sol que se va,
en la tarde silenciosa
y en este jardín de paz,
mientras Valencia florida
se bebe el Guadalaviar
—¡Valencia de finas torres,
en el lírico cielo de Ausías March,
trocado su río en rosas
antes que llegue a la mar!—
pienso en la guerra. La guerra
viene como un huracán
por los páramos del alto Duero,
por las llanuras de pan llevar,
desde la fértil Extremadura
a estos jardines de limonar,
desde los grises cielos astures
a las marismas de luz y sal.
Pienso en España, vendida toda
de río a río, de monte a monte, de mar a mar.

Sonetos

I

La primavera

Más fuerte que la guerra —espanto y grima—
cuando con torpe vuelo de avutarda
el ominoso trimotor se encima
y sobre el vano techo se retarda,

hoy tu alegre zalema el campo anima,
tu claro verde el chopo en yemas guarda.
Fundida irá la nieve de la cima
al hielo rojo de la tierra parda.

Mientras retumba el monte, el mar humea,
da la sirena el lúgubre alarido,
y en el azul el avión platea,

¡cuan agudo se filtra hasta mi oído,
niña inmortal, infatigable dea,
el agrio son de tu rabel florido!

II

El poeta recuerda las tierras de Soria

¡Ya su perfil zancudo en el regato,
en el azul el vuelo de ballesta,
o, sobre el ancho nido de ginesta,
en torre, torre y torre, el garabato

de la cigüeña!... En la memoria mía
tu recuerdo a traición ha florecido;
y hoy comienza tu campo empedernido
el sueño verde de la tierra fría,

Soria pura, entre montes de violeta.
Di tú, avión marcial, si el alto Duero
a donde vas recuerda a su poeta

al revivir su rojo Romancero;
¿o es, otra vez, Caín, sobre el planeta,
bajo tus alas, moscardón guerrero?

III

Amanecer en Valencia desde una torre

Estas rachas de marzo, en los desvanes
—hacia la mar— del tiempo; la paloma
de pluma tornasol, los tulipanes
gigantes del jardín, y el sol que asoma,

bola de fuego entre morada bruma,
a iluminar la tierra valentina...
¡Hervor de leche y plata, añil y espuma,
y velas blancas en la mar latina!

Valencia de fecundas primaveras,
de floridas almunias y arrozales,
feliz quiero cantarte, como eras,

domando a un ancho río en tus canales,
al dios marino con tus albuferas,
al centauro de amor con tus rosales.

IV

La muerte del niño herido

Otra vez en la noche... Es el martillo
de la fiebre en las sienes bien vendadas
del niño. —Madre, ¡el pájaro amarillo!
¡las mariposas negras y moradas!

—Duerme, hijo mío. —Y la manita oprime
la madre, junto al lecho. —¡Oh flor de fuego!
¿quién ha de helarte, flor de sangre, dime?
Hay, en la pobre alcoba olor de espliego;

fuera, la oronda luna que blanquea
cúpula y torre a la ciudad sombría.
Invisible avión moscardonea.

¿Duermes, oh dulce flor de sangre mía?
El cristal del balcón repiquetea.
—¡Oh, fría, fría, fría, fría, fría!

V

De mar a mar entre los dos la guerra,
más honda que la mar. En mi parterre,
miro a la mar que el horizonte cierra.
Tú, asomada, Guiomar, a un finisterre,

miras hacia otro mar, la mar de España
que Camoens cantara, tenebrosa.
Acaso a ti mi ausencia te acompaña,
A mí me duele tu recuerdo, diosa.

La guerra dio al amor el tajo fuerte.
Y es la total angustia de la muerte,
con la sombra infecunda de la llama

y la soñada miel de amor tardío,
y la flor imposible de la rama
que ha sentido del hacha el corte frío.

VI

Otra vez el ayer. Tras la persiana,
música y sol; en el jardín cercano,
la fruta de oro, al levantar la mano,

el puro azul dormido en la fontana.

Mi Sevilla infantil ¡tan sevillana!
¡cuál muerde el tiempo tu memoria en vano!
¡Tan nuestra! Aviva tu recuerdo, hermano.
No sabemos de quién va a ser mañana.

Alguien vendió la piedra de los lares
al pesado teutón, al hambre mora,
y al ítalo las puertas de los mares.

¡Odio y miedo a la estirpe redentora
que muele el fruto de los olivares,
y ayuna y labra, y siembra y canta y llora!

ENDRE ADY

Hungría, 1877-1919

El nieto de György Dózsa

Soy el nieto de György Dózsa, un hombre noble,
triste y pobre que llora la angustia de su pueblo.
¡Eh, señores!, sería bueno hablar a los hombres
que usan guadaña porque el verano es violento.

Violento es el verano y es recta la guadaña.
¡Eh, señores!, hay muchos puños almidonados.
¿Qué será si el errante pueblo de György Dózsa
fluye con rabia enorme en un torrente airado?

Si viene el pueblo, ¡eh, señores!, ¿qué será
de los palacios viles, este ejército infame
adonde correrá cuando vengamos todos
con llaves tintineantes las puertas a cerrar?

Alzó el vuelo el pavorreal

«Por liberar a los pobres, a la casa provincial
Del gobierno, decidido, alzó el vuelo el pavorreal».

Delicados, orgullosos, con plumas de luz lozana,
Proclaman esta noticia: distinto será el mañana.

Será el mañana distinto, por fin distinto, y verán
Nuevos ojos, nuevas caras que al cielo sonreirán.

Los árboles ancestrales hacen gemir nuevos vientos,
Ya esperamos, ya esperamos nuevos húngaros portentos.

O estamos locos y a todos nos destruye la maldad
O esta fe que proclamamos será pronto realidad.

Nuevos hornos, nuevos santos, nuevas fes y llamaradas,
Si no sois ciertos, hundíos de nuevo en la niebla-nada.

O inunda el fuego la casa de gobierno ya anticuada,
O nuestra alma permanece como hasta hoy sojuzgada.

O cobran los verbos húngaros sentido nuevo, o perdida
quedará entre los despojos la triste húngara vida.

«Por liberar a los pobres, a la casa provincial
gobierno, decidido, alzó el vuelo el pavorreal».

Canción del hijo proletario

Día y noche mi padre, en fatigosa
labor corre sudando aquí y allá,
otro hombre más grande que mi padre
no hay en ningún lugar.

Las ropas de mi padre están raídas,
pero a mí va a comprarme un traje nuevo
y con amor me habla de un hermoso
futuro para el pueblo.

Mi padre es prisionero de los ricos,
le hacen daño, lo humillan, lo maltratan,
pero siempre nos trae por la noche
la voz de la esperanza.

Mi padre es luchador, es un gran hombre,
nos da orgullo a nosotros, nos da fuerzas,
porque incapaz sería de humillarse
ante algunas monedas.

Es mi padre hombre pobre y afligido,
pero si a su hijo tanto no atendiera,
podría detener esta terrestre,
comedia gigantesca.

Si mi padre quisiera, ya no habría
ricos, sería suyo su sudor,
y serían mis compañeros todos
lo mismo que yo soy.
Si mi padre dijera una palabra,
¡ay!, muchos temblarían al oírle,
y ya no vivirían esos muchos
contentos y felices.

Mi padre sin cesar trabaja y lucha,
no existe otro, quizás, más fuerte que él,
pues mi padre es también más poderoso
que el mismo rey.

Versiones: Susana Vályi Nagy y David Cherician

TUDOR ARGHEZI

Rumania, 1880-1967

Yo, sombra

En la puerta de la eternidad, al acecho, como una gata,
olfateándote, estuve escondida durante siglos.
En los negros arcoiris de las noches te esperé.
Tu surgir de la nada se realizó muy lentamente.
Incorporaste los hombros, te apoyaste en los codos
y comprobaste que no era posible sostenerte en la cintura.

Intentaste girar lentamente sobre las caderas
pero el esfuerzo grande te hizo caer.
Y rodaste sobre las piedras como la serpiente herida.
Pero a pesar de caer una y otra vez, tu fe no te abandonó.

No podré olvidar nunca la lucha que sostuviste contigo
ni la vasta llanura tendida entre círculos de horizontes.
En medio de ella estaba el hombre atado
luchando en la gran soledad, cuerpo a cuerpo con su sombra.

El mismo silencio contenía su aliento esperando
la decisión de la lucha entre la tierra y tu esfuerzo.
Un solo segundo, un instante en medio de la eternidad,
decidiría si el sonido sería claro o rajado.
La victoria, si la suerte no la roba y la oculta,
depende por completo de un fragmento de segundo.
Pero vedlo, caído en la batalla se levanta de nuevo
como si luchase pecho a pecho contra el cielo.
Se le revuelve la bilis en lo hondo de las entrañas
y con renovadas fuerzas rompe las cadenas, se pliega
y protegiéndose el pecho y los riñones con la mano
cae vencido de nuevo con las rodillas abiertas.
Así se asciende y tal es el precio que se paga
con penas, sufrimientos y glorias humanamente.

Versión: Félix Pita Rodríguez

¿Por qué estar triste?

¿Por qué estar triste? Si es bello el tardío otoño,
cada balcón es una nupcial cesta de flores
y la ventana se me llena
de la hiedra enredada con venas de glicina
y en hilos las derrama y me las deja
cuando se queda el sol a hospedarse en mi casa.

Una frescura nueva se sonríe y renace,
frescura de bautismo, de boda y castidad.

¿Por qué estar triste? Paz cariñosa me lleva
como una barca sobre la silenciosa luz.
Hasta en los libros una sonrisa me acaricia.
Vidas nuevas palpitan fuerte en cansados huesos.
Veo descender hojas y hojas, lentamente,
herrumbrosas de escarcha, plateadas por la luna.

Oigo aún el arrullo que hace un amor lloroso
que está entre las palomas de pie sobre mi techo.

Por la noche cosecho centelleantes luceros
con una inmensa cola de pavorreal abierta.
Duerme la soledad acostada a mi lado.
Y a veces me pregunta, despierta por el sueño:
—¿Aún estás aquí encerrado conmigo?—
Yo soy audaz con ella, que no siente vergüenza
y huye del mundo para esconderse en mi casa.

¿Por qué estar triste? ¿Acaso no doy forma mejor,
con quejas de violín, al jarro de la tierra?
¿Y la casa no está sobre Trotus erguida,
entre bosques? ¿Por qué estar triste? Y sin embargo…

Versión: Francisco de Oraá

Una ambulancia

Construida con estacas en la mitad del llano,
recibe una ambulancia a los heridos,
que llevan en camilla como un montón de trapos
empapados de sangre oscura, y retorcidos.
Son dos mil entre otras multitudes de hermanos
y en pleno campo el tórrido calor es un castigo.
Rotos, acribillados a balazos, deformes,
sin mentón, sin mandíbula, sin hombros, se lamentan.

Uno cerca del otro están contra la tierra,
y así, como al azar, los apartan tres médicos.
Los que no tienen brazo pueden quedarse aún.
Se llevan sólo a aquellos mutilados a medias.

En cubetas, del río que está hirviendo, les traen
un agua de lejía: las bocas tienen sed.

Antes de ser llevados hacia los hospitales,
las lentas agonías les esperan.

Una nube de moscas, cubriendo a los heridos,
imposibilitados de poder defenderse,
se los va devorando trozo a trozo
y les chupa el absceso de los ojos hinchados.

A lo lejos los cuervos ya saben la noticia
y sobre el campamento descienden en bandadas.
Helos ya encarnizándose en lucha con los ciegos,
arrancando sus picos los vendajes sangrantes.

Versión; Rafael Alberti y María Teresa León

ALEXANDR BLOK

Rusia, 1880-1921

Los doce

1

Tarde negra.
Nieve blanca.
¡Viento, viento!
Sobre sus pies no puede sostenerse un hombre.
¡Viento, viento
sobre el mundo de Dios!

El viento ondea
la blanca nieve.
Bajo la nieve, hielo.
Resbaladizo, viscoso
es cada paso. ¡Resbala el pobretón!

De edificio a edificio
hay tendido un cable.
En el cable, un cartel:
«¡Todo el poder para los Soviets!».
Se consume y llora la vieja.
No puede entender qué cosa significa.
¿Para qué semejante cartel,
tan gran cartel?
¿Cuántas medias saldrían para nuestros muchachos!
Y cualquiera está desnudo y descalzo...
La vieja, como una gallina,
aleteando de cualquier forma, cruza el montón de nieve.
—¡Ay, Virgen Protectora!
—¡Ay, los bolcheviques a la tumba nos llevan!

Viento que azota.
También el frío azota.
Y el burgués, en la bocacalle,
esconde la nariz en el cuello,
Y este, ¿quién es? Tiene cabellos largos
y habla a media voz:
—¡Traidores!
—¡Rusia ha muerto!
Debe ser un escritor,
algo más que un orador.
Y aquí uno de falda larga
escondiéndose tras el montón de nieve…
Qué, ¿estás hoy triste,

camarada pope?

¿Recuerdas cómo antes
marchabas con tu panza,
y con la cruz encima resplandecía
la panza sobre el pueblo?

La dama enfundada en caracul
se dirige a otra:
—Cuánto hemos llorado, llorado...
Resbala y —¡zas!—
se cae.
¡Ay, ay!
¡Arriba, párate!

Viento alegre,
dorado y dichoso.
Mueve las faldas,
azota a los transeúntes.
Rompe, arruga y agita
el gran cartel:
«¡Todo el poder para los Soviets!»
Y va arrastrando las palabras:

...Tuvimos una reunión...
...Aquí, en este edificio...
...Discutimos
y lo resolvimos:
Por un rato: diez; por una noche: veinticinco...
...Y no recibir menos de nadie...
...Vamos a dormir...

Anochece.
La calle va quedando desierta.
Sólo un vagabundo
se encoge de hombros,
y, además, el viento silba...

¡Eh, pobretón!
Acércate:
besémonos...

¡Pan!
Por delante, ¿qué hay?
¡Pasa!

Negro, negro cielo.

Cólera, triste cólera
hierve en el pecho...
Negra cólera, santa cólera...
¡Camarada! ¡Mira
a los dos!

2

Pasea el viento, revolotea la nieve.
Marchan doce hombres.

Negras son las correas de los fusiles.
Alrededor hay fuego, fuego, fuego...
Entre los dientes, el cigarrillo. El gorro hasta las cejas.
¡Para la espalda haría falta un as de oros!

Libertad, libertad,
¡ay, ay, sin la cruz!

¡Tra-ta-ta!

¡Hace frío, camarada, hace frío!

—Vanka y Katka están en la taberna.
—Katka tiene dinero en la media.
—Ahora Vanka es rico...
—¡Era nuestro Vanka y ahora es soldado!

—¡Vanka, hijo de perra, burgués!
Prueba la mía, ¡besa!

Libertad, libertad,
¡ay, ay, sin la cruz!
¡Katka está con Vanka:
¿ocupada en qué estará?

¡Tra-ta-ta!

Alrededor hay fuego, fuego, fuego...
Sobre el hombro, la correa del fusil…
¡Mantengan el paso revolucionario!
¡Inquieto, no duerme el enemigo!

¡Camarada, no temas, sostén el fusil!
¡Hagamos fuego sobre la Santa Rusia:
a la del pasado,

a la de las isbas,
la del gran trasero!

¡Ay, ay, sin la cruz!

3

Así fueron nuestros muchachos
a servir en la guardia roja,
a servir a la guardia roja:
¡a perder la cabeza con locura!
¡Ay, la pena pena!
¡Ay, la vida dulce!
El abrigo roto.
El fusil austriaco.

Para desgracia de todos los burgueses
un incendio mundial desencadenaremos,
Un sangriento incendio mundial:
¡Señor, la bendición!

4

La nieve gira, el cochero grita.
Vanka vuela con Katka.
El farolito eléctrico
en el timón...
¡Eh, eh, arre!

Con capote de soldado,
con fisonomía estúpida,
tuerce y tuerce el bigote negro.
Sí, lo tuerce.
Sí, bromea...

Y éste es Vanka: ancho de hombros.
Y éste es Vanka: hablador.
A Katka, estúpido, abraza
y enamora.

Echa hacia atrás la cabeza.
Los dientecitos brillan como perlas...
¡Ay Katka, Katka mía,
boquita gordezuela!

5

Katka, tienes en el cuello
la herida de un cuchillo.
Katka, tienes todavía en el pecho
aún fresco aquel arañazo.
¡Ea, ea, baila, baila!
¡Hasta el dolor son espléndidos tus pies!

Andaba con ropa blanca de encaje:
¡Anda, anda!
Con los oficiales fornicaba:
¡Fornica ahora, fornica!
¡Ea, ea, fornica!
¡El corazón se estremece en el pecho!

¿Recuerdas, Katka, al oficial?
No se fue por el cuchillo...
¿No te acuerdas, peste inmunda?
¿No está fresca tu memoria?
¡Ea, ea, refréscala!
¡Ponlo a dormir contigo!

Usabas polainas grises.
Chocolate «Millón» devorabas.
Con los cadetes tú paseabas.
Ahora: ¿Te fuiste con el soldado?

¡Ea, ea, peca, peca!
¡Será un alivio para el alma!

6

...Otra vez al encuentro se precipita, galopando.
Vuela, vocifera, grita el cochero.

¡Para, para y ayuda, Andruska!
¡Pietruska, corre por detrás!

¡ Trac-tararac-tac-tac-tac-tac!
En remolino el polvo de nieve sube hacia el cielo.

El cochero —con Vanka— se da a la fuga... ¡Otra vez!
¡Cría gallinas!

¡Trac, tararac! ¡Vas a saber
....

lo que es andar con mujer ajena!...

Huyó el canalla. Pero ya verás.
Mañana me las arreglo contigo.

¿Pero Katka dónde está? ¡Está muerta, muerta está!
Con metralla en la cabeza.

Di, Katka: ¿Estás contenta? Nada dices...
Quédate ahí en la nieve.

¡Mantengan el paso revolucionario!
¡Inquieto, no duerme el enemigo!

7

Y otra vez pasan los doce,
en la espalda, los fusiles.
Sólo al pobre asesino
nada se le ve la cara.

Cada vez más rápido
acelera el paso.
Le anudó un pañuelo al cuello
pero no puede arreglarse...

—¿Qué, compañero, no estás contento?
—¿Qué, amigo, te has quedado pasmado?
—¿Qué, Pietruska, te has vanagloriado
o tuviste lástima de Katka?

—Ay, camaradas queridos,
a esta muchacha la quise yo...
Noches negras, embriagadoras,
con esta muchacha pasé yo...

Por la mirada osada
en sus ojos de fuego,
por el lunar redondo
junto al hombro derecho,
maté yo, hombre sin juicio,
maté yo, en un arrebato.

—¡Ey, infame, le diste cuerda al organillo!
—¿Qué Pietka, es que eres mujer?
—¿Es que el alma al revés
pensaste tú volcar? ¡Por favor!

—¡Mantén tu jactancia!
—¡Mantén tu control!
¡No son éstos los tiempos
para andarte mimando!
Otros tiempos serán aún más difíciles,
querido camarada.

Y Pietruska hace lentos
sus pasos apresurados...

Levanta la cabeza,
otra vez está contento...

¡Eh, eh!
¡Divertirse no es pecar!

¡A cerrar las casas!
¡Hoy será el saqueo!

¡Abran las despensas,
que la turba anda de paseo!

8

¡Oh, tú, pena amarga!
Tedio tedioso,
¡mortal!
Sí, un tiempecito
pasaré, pasaré...

¡Oh, los cabellos
me mesaré, me mesaré!...

¡Ay, semillas de girasol comeré
y las cáscaras escupiré!..

¡Oh, con el cuchillo
rasgaré, rasgaré!

¡Vuela tú, burgués, cual gorrioncito!
Sangre tomaré, tomaré,
por mi amada
cejinegra...

Tranquiliza, Señor, el alma de tu sierva.
¡Tedio!

9

No se oye el ruido de la ciudad.
Sobre la torre del Neva hay tranquilidad
y ya no hay guardias en la ciudad:
¡Vamos de juerga, muchachos, no hay culpa en ello!

Parado está el burgués en la bocacalle
y esconde la nariz en el cuello.
Y contra él roza su piel áspera
un perro sarnoso con el rabo entre las patas.

Parado está el burgués, como un perro hambriento.
Parado está en silencio, como una pregunta.
Y el viejo mundo, como un perro inmundo,
está tras él, con el rabo caído.

10

Se desató la ventisca.
                    ¡Ay, la ventisca!
No nos podemos ver
                    a cuatro pasos.

Se arremolina la nieve como un cono
y en columna se levanta...
—¡Ay, qué ventisca: sálvame!
—¡Ey, Pietka, no te excedas!
A ver de qué te salvó
el icono dorado.
Inconsciente eres, de verdad.
Analízalo, piénsalo sensatamente:
¿No tienes acaso las manos con sangre
por el amor de Katka?
—¡Manten el paso revolucionario,
que está cerca el enemigo, infatigable!

¡Adelante, adelante, adelante,
pueblo trabajador!

11

...Y van, sin invocación sagrada
los doce, muy lejos.
                    Están listos para todo,
                    sin deplorar nada.

Sus pequeños fusiles de acero
sobre el enemigo ineludible...
en callejones sin salida
donde sólo ruge la tormenta...
Y de los blandos montículos de nieve
es difícil sacar los pies.

Salta a la vista
la bandera roja.
Se produce
la marcha rítmica.
Y ahora despierta
el enemigo cruel.
Y la tormenta ciega los ojos
día y noche,
sin descanso...
¡Adelante, adelante,
pueblo trabajador!

12

...Van muy lejos con potente paso...
—¿Quién más está ahí? ¡Fuera!
Es el viento que, con la bandera roja,
juguetea allá delante...

Por delante: un montículo helado,
—¿Quién está ahí? ¡Fuera!
Sólo un miserable perro hambriento
cabecea por detrás...

—¡Vete, perro inmundo, pues con la bayoneta
te voy a hacer cosquillas!
¡Viejo mundo, perro,
húndete: te remataré!

...Enseña los dientes, es un lobo hambriento.
El rabo aprieta, no se queda atrás,
perro helado, perro callejero.
—Ey, responde: ¿Quién va?

—¿Quién agita la bandera roja?
—¡Fíjate qué neblina!
—¿Quién va con paso apresurado
escondiéndose detrás de las casas?

—¡Da igual, te alcanzaré!

¡Mejor te entregas vivo!
—¡Ey, camarada, vas mal,
sal o comenzaremos a disparar!

¡Trac-tac-tac! Y sólo el eco
se escucha en las casas…
Sólo la tormenta, con una risa larga,
se extiende por la nieve...

¡Trac-tac-tac!
Trac-tac-tac…

...Así van, con potente paso.
Detrás, el perro hambriento.
Delante, con una bandera de sangre,
por la tormenta invisible
e inmune a las balas,
con delicado paso sobre la tormenta,
delicada perla nívea,
con blanca corola de rosas,
delante, Jesucristo va.

Enero de 1918

LEÓN FELIPE

España, 1884-1968

Romero sólo

I

Ser en la vida romero,
romero sólo que cruza siempre por caminos nuevos.
Ser en la vida romero,
sin más oficio, sin otro nombre y sin pueblo.
Ser en la vida romero, romero... sólo romero.
Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo,
pasar por todo una vez, una vez sólo y ligero,
ligero, siempre ligero.

Que no se acostumbre el pie a pisar el mismo suelo,
ni el tablado de la farsa, ni la losa de los templos
para que nunca recemos
como el sacristán los rezos,
ni como el cómico viejo
digamos los versos.
La mano ociosa es quien tiene más fino el tacto en los dedos,
decía el príncipe Hamlet, viendo
cómo cavaba una fosa y cantaba al mismo tiempo
un sepulturero.
No sabiendo los oficios los haremos con respeto.
Para enterrar a los muertos
como debemos
cualquiera sirve, cualquiera... menos un sepulturero.
Un día todos sabemos
hacer justicia. Tan bien como el Rey hebreo
la hizo Sancho el escudero
y el villano Pedro Crespo.
Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo.
Pasar por todo una vez, una vez sólo y ligero,
ligero, siempre ligero.
Sensibles a todo viento
y bajo todos los cielos,
poetas, nunca cantemos
la vida de un mismo pueblo
ni la flor de un solo huerto.
Que sean todos los pueblos
y todos los huertos nuestros.

Revolución

Siempre habrá nieve altanera

que vista al monte de armiño
y agua humilde que trabaje
en la presa del molino.

Y siempre habrá un sol también
—un sol verdugo y amigo—
que trueque en llanto la nieve
y en nube el agua del río.

El llanto... el mar

Y aquellos... ¿los del norte?
La elegía de la zorra
que la cante la zorra,
el buitre
la del buitre
y el cobarde
la suya.
Cada raza y cada pueblo
con su lepra y con su llanto.
Yo lloro solamente las hazañas
del rencor
y del polvo...
y la gloria
del hacha.
Luego,
mañana...
¡para todos el mar!
Habrá llanto de sobra para el hombre
y agua amarga
para las dunas calcinadas...
¡salitre para todos!
Mañana,
¡para todos el mar!
El mar *solo otra vez,* como al principio,
y el hombre *solo, al fin,* con su conciencia.
¡Para todos el mar!
y el hombre solo, solo...
sin tribu,
sin obispo
y sin espada.
Cada hombre solo, solo,
sin Historia y sin grito,
con el grito partido
y las escalas y las sondas rotas.
Cada hombre solo. Yo solo,

solo, sí,
solo,
solo,
flotando sobre el mar,
sobre el lecho profundo de mi llanto
y bajo el palio altivo de los cielos...
altivo,
silencioso
y estelar.
Si hay una luz que es mía,
aquí ha de reflejarse y rielar,
en el espejo inmenso de mis lágrimas,
en el mar...
¡en el mar!
Mañana,
para todos el mar:
el que mece las cunas
y derriba los cielos,
el que cuenta los pasos de la luna
y los de la muía de la noria,
el que rompe los malecones
y los jebecillos,
el eterno comienzo
y el eterno acabar.
Mañana
sobre todos el mar...
sobre la zorra y sobre el buitre, el mar;
sobre el cobarde, el mar;
sobre el obispo y su amatista, el mar;
sobre mi carne, el mar;
sobre el desierto, el mar;
y sobre el polvo y sobre el hacha, el mar.
¡El mar,
el mar,
el mar solo otra vez, como al principio!
¡el llanto... el mar!

No he venido a cantar

No he venido a cantar, podéis llevaros la guitarra.
No he venido tampoco, ni estoy aquí arreglando mi expediente para
que me canonicen cuando muera.
He venido a mirarme la cara en las lágrimas que caminan hacia el mar,
por el río
y por la nube...
y en las lágrimas que se esconden

en el pozo,
en la noche
y en la sangre...
He venido a mirarme la cara en todas las lágrimas del mundo.
Y también a poner una gota de azogue, de llanto, una gota siquiera de
mi llanto
en la gran luna de este espejo sin límite, donde me miren y se reconozcan
los que vengan.
He venido a escuchar otra vez esta vieja sentencia en las tinieblas:
Ganarás el pan con el sudor de tu frente
y la luz con el dolor de tus ojos.
Tus ojos son las fuentes del llanto y de la luz.

Comunión

En alguna parte se ha dicho:
Dios se come a los hombres
y los hombres un día se comerán a Dios.

Y también está escrito:
no es más que un pez el hombre
en su mar de tinieblas y de llanto.

Y en alguna otra parte se pregunta:
¿Para qué está allá arriba sentado
en el alto cantil de las nubes heladas
ese Gran Pescador?
¿Para qué está allá arriba
con su cebo,
su anzuelo
y su larga caña de pescar
ese Gran Pescador?

¿No es más que un pez el hombre,
un pez para las brasas del infierno
y para que después, «puro y dorado»,
se lo coma allá arriba
ese Gran Pescador?

Y ahora... aquí... el pez... el hombre es el que arguye:
un día me tragaré el mar...
toda el agua del mar...
todas las tinieblas del mar como una perla negra,..
un día me tragaré el mar
toda el agua del mar
toda la amargura del mar como una sola lágrima...

y dejaré al descubierto
el cebo,
el anzuelo
y la larga caña de pescar
de ese Gran Pescador
¡toda su mentira y su verdad!
Luego me sentaré a llorar sobre la última roca seca del mundo,
a llorar, a llorar otra vez
hasta llenar de nuevo la tierra
con otro mar inmenso,
mucho más negro
y mucho más amargo que el de ahora...
con otro mar que llegue hasta los cielos,
anegue las estrellas
y ahogue a ese Gran Pescador
con su cebo,
su anzuelo
y su larga caña de pescar.
Entonces
yo seré el pescador
y Dios, el Gran Pez, sorprendido y pescado.
Aquel día el Hombre... todos los hombres se comerán a Dios.
Será el día... el Gran Día de la verdadera,
de la gloriosa
y de la sagrada comunión.

Al Che Guevara, mi gran amigo

Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante;
vuelvo al camino con mi adarga al brazo
Del Che, en carta última a sus padres

Siempre fuiste un condotiero apostólico y evangélico y un niño atleta y valiente que sabías dar el *triple salto mortal* y caer siempre en tu sitio. Yo sé dónde estás, y ahí mismo, te mando un abrazo y estos versos:

El gran relincho

The most beautiful neigh of the world
La gente suele decir, los americanos,
los norte-americanos suelen decir:
León-Felipe es un «Don Quijote».
No tanto, *gentlemen,* no tanto.
Sostengo al héroe nada más...
y sí, puedo decir...

y me gusta decir:
que yo soy Rocinante.

No soy el héroe
pero le llevo sobre el magro espinazo de mis huesos...
y le oigo respirar...
y he aprendido a respirar como él...
y a injuriar
y a blasfemar
y a maldecir
y a relinchar.
«¡Oh, hi-de-putas!... estos malos encantadores que me persiguen».

Cómo es aquel relincho, *americanos?*
Aquel que empieza:
¡¡ Justí-í-í-í-cia !!
Aquí el acento cae sobre la í,
muy agudo y sostenido
como un vibrante y estridente cornetín:
¡¡ Justí-í-í-í-cia !!
¡Qué bonito relincho!

A Rocinante le gusta mucho relinchar.
Y a mi también me gusta mucho relinchar.
Tenéis que aprender, americanos.
Venid. Vamos a relinchar ahora,
ahora mismo todos juntos,
desde el capitolio de Washington...
fuerte, fuerte, FUERTE...
hasta que el relincho llegue a Vietnam
y lo oigan todos los vietnamitas
y a Cuba también
y lo oigan todos los cubanos,
como el cornetín
de la gran victoria universal,
hasta que lo oigan los hombres todos
de la tierra
como el cese definitivo de todas las hostilidades
del planeta.
¡¡ Justí-í-í-í-cia!!
¡Oh, qué hermoso relincho!
The most beautiful neigh of the world.!

HO CHI MINH

Viet Nam, 1890-1969

La visita de la mujer del preso

Él tras las rejas, ella al otro lado.
Tan cerca ambos están y sin embargo
como el cielo y la tierra separados.
Lo que los labios callan, se lo dicen
los ojos desolados. Los ojos,
oh, dolor, que antes de hablar ya estaban
de lágrimas cuajados.

En camino

Una cuerda amarraron a mis piernas y los brazos me ataron.
Pero el suave perfume de las flores y el canto de los pájaros
desde el bosque me llegan. ¿Cómo impedir podrían que esta dicha
me acompañara? Ahora, ni es tan largo el camino, ni estoy solo.

Leyendo la Antología de los mil poetas

Los antiguos poetas se complacían cantando
a la naturaleza: las nubes, las flores, la luna y el viento,
los ríos y montañas sus cantos celebraban.
Hoy debemos fundir los versos en acero
y ser cada poeta un bravo combatiente.

Buen tiempo

Todo cambia, es la ley, gira y gira la rueda
de la naturaleza: tras la lluvia el buen tiempo
siempre llega. En un instante, el mundo se despoja
de sus ropas mojadas, y en diez mil li a la redonda
sus tapices brillantes el paisaje despliega.
Al tierno sol, por la brisa ligera acariciada
se abre una flor y cándida sonríe. Allá arriba,
en las ramas más altas, por la lluvia lavadas,
armonizan en coro los pájaros sus cantos.
Llena los corazones la alegría, todo siente el renuevo.
La amargura vencida, deja su sitio al júbilo. Es la vida.

Versiones: Félix Pita Rodríguez

Luna llena de enero

Hay luna llena en esta noche de primavera,
El río une sus aguas a la bóveda astral.
Asuntos militares entre olas discutimos,
Nos trae a medianoche un bote envuelto en luz lunar.

1948

Noticias de la victoria

La luna en mi ventana viene a exigirme su poema,
Enfrascado en la lucha, no se lo puedo aún dar.
De pronto, con noticias de triunfo en la Interzona,
Las campanas del templo del monte me despiertan de mi sueño otoñal.

1948

Poema dedicado al anciano Bui Bang Doan

Al leer, los pajarillos vienen a la ventana,
Al firmar documentos, se reflejan flores en el tintero.
Noticias de victoria fatigan los caballos.
Versos de primavera dedico a su recuerdo.

1948

Sin título

Vienen los visitantes por el monte florido,
Llegan tropas al bosque cuando las aves alzan vuelo.
Ya discutí la táctica militar, nuestra causa,
Y marcho junto a un niño a regar nuestro huerto.

Versiones: Nguyen Dinh Bin y David Cherician

CLAUDE MAC KAY

Jamaica, 1889-1948

Si debemos morir

Si debemos morir, que no sea como cerdos,
cazados y cercados en sitio de vergüenza,
rodeados por los perros hambrientos y rabiosos,
mofándose de nuestra desventurada suerte.

Si debemos morir, que sea con nobleza,
de manera que nuestra sangre no se derrame
inútilmente: y hasta los monstruos que enfrentamos
no tendrán más remedio que honrarnos aunque muertos.

Hermanos, afrontemos al común enemigo:
aunque ellos sean más, mostrémonos valientes,
y a sus mil golpes demos sólo un golpe mortal:
¿qué si frente a nosotros está abierta la fosa?

La descarga cobarde virilmente enfrentemos,
apretados al muro, muriendo, pero en lucha.

Versión: Mario Benedetti

Volveré

Otra vez volveré para reír y amar
y contemplar al bosque con ojos sorprendidos,
abrasar con su fuego el mediodía de oro
y alzar su humo azul-negro a cielos de zafiro.

Volveré a demorarme en la orilla de ríos
que bañan tenues briznas de hierbas abatidas,
y realizar de nuevo mis mil sueños de aguas
que por entre montañas altas se precipitan.

Volveré para oír el violín y la flauta
de bailes aldeanos, tiernos y amados cantos
que conmueven la hondura ancestral de mi vida:
perdidos aires viejos vagamente escuchados.

Otra vez volveré para librar mi mente
de largos, largos años de dolor inclemente.

Versión: David Cherician

ERICH WEINERT

Alemania, 1890-1953

La canción de la bandera roja

Cuando el pueblo del sótano infamante
se alzó, de los cuarteles de la muerte,
ella se irguió sobre la noche humeante,
primera llama de la aurora fuerte.
    Por las calles su clamor
    el pueblo a unión convocara,
    sobre sangre y sobre horror
    se irguió visionaria y clara.

A la canción de lucha del obrero
sirvió su fuego como aliento diario.
Y sobre el ataúd del comunero
sangriento quiso serle su sudario.
    Mas la alzaron nuevas manos
    sobre las ruinas, ¡y presto
    fue en corazones hermanos
    un ardiente manifiesto!

Por siempre en el combate renaciente
llamó a las masas a ponerse en pie.
Más viva rebelión urgió impaciente,
de un brazo en alto al otro brazo fue.
    Cayó mil veces manchada
    por la sangre a borbotones,
    pero un postrer camarada
    llevó sus bravos girones.

Un pueblo la condujo a la victoria,
el que mora en un sexto de la tierra:
aplastó a los injustos con su gloria,
deshizo a los señores de la guerra.
    Y el pendón en sus bastiones
    alba fue sobre los mundos
    de los despiertos millones
    limpios de ídolos inmundos.

Éste es el canto de la roja bandera
que sobre tierras y mares proclama
el fuego vivo de la primavera
que a corazones opresos inflama.
    Calma la última tormenta,
    flameará sobre los montes,

tras de la noche sangrienta,
¡por los libres horizontes!

A un muchacho obrero alemán

No llores, hijo mío, ya pasó.
No podrás ver más a tu padre, no.
Muerto al huir por la guardia alertada.
¡Hijo, el que fuera el mejor camarada!

¡Muerto en fuga! La frase así se explica,
¡Bien sabes, hijo, lo que significa!
Dos balas en la frente, en el pulmón.
¡Lo asesinaron, hijo, corazón!

Me miras con espanto, sientes frío.
¡Nada te oculto, valor, hijo mío!
Como a un perro arrancáronle la piel:
halló la muerte más atroz y cruel.

Cuando se lo llevaban, diste un grito.
Su caricia cortó un puño maldito.
No te dijo el adiós que al pecho toca.
Le habían destrozado ya la boca.

Tres días le pegaron con vergajos,
la rota piel colgando de los tajos.
¡No tiembles, hijo! ¡Escucha, ten valor!
¡No debo yo ocultarte lo peor!

Contra el pecho el fusil amenazante.
Ha de cantar con su boca sangrante.
Ha de entonar sus incendiarios cantos,
mientras salían sus pies, esos espantos.

Sin saber de quién es su rostro hendido,
dieras de sólo verlo un alarido.
¡Un guiñapo, la espalda desollada!
¡Hijo, el que fuera el mejor camarada!

¡No lloraremos, hijo, en adelante!
¡Lo nuestro es hoy sentir ira abrasante!
¡Y ese fuego ha de arder en llamas lentas
hasta que al fin les ajustemos cuentas!

Versiones: Eliseo Diego

JOHANNES R. BECHER

Alemania, 1891-1958

El que conmovió el sueño del mundo — Lenin

Él conmovió el sueño del mundo
con palabras relámpagos: venían
a través de países y fronteras,
de boca en boca, sobre ferrocarriles,
atravesando ríos,
izadas como rojas banderas
en los grandes desfiles:
«¡Proletarios de todos los países, uníos!».

Él conmovió el suelo del mundo
con palabras fusiles,
palabras hachas y cañones,
barricadas, ejército iracundo—
marcharon bolcheviques batallones
desde Minsk a Samara—
jinetes rojos, chispas voladoras—
un sol metálico en el horizonte
es cada cúpula que dora
centelleante el Moscova.

Él conmovió el sueño del mundo
con palabras de trigo y aceituna,
con palabras que fueron un ejército
contra la hambruna;
sus palabras, columnas, de año en año
de Rusia araron el terrón profundo.
Palabras que determinaban:
«¡Nuestro ha de ser todo este mundo!».

Él conmovió el sueño del mundo.
Cuando en los continentes su voz suena,
suena como campanas a rebato
y como si quebrara las cadenas.
Revoluciona su palabra. Subterráneo
fuego, revolución,
de los obreros y los campesinos
carne y sangre y corazón.

Él conmovió el sueño del mundo
con palabras que fueron usinas,
fueron tractores, pozos, máquinas,

casas, minas—
martilleo en las fábricas,
eléctrica corriente—
con imborrable fuego escritas
están en todo corazón y mente.

Él conmovió el sueño del mundo,
¡ay, de los hartos y de los durmientes!
Sus palabras golpean como la resaca,
sacuden a las masas indolentes.
Conmueve Lenin el sueño del mundo
con puños, con los puños de millones,
con huelgas, mítines, trabajo anónimo
y manifestaciones.

Nosotros conmovemos el sueño del mundo
con palabras enterradas en prisión,
con palabras que han sido fusiladas
y que tienen cerebro y corazón—.
Sacudimos el sueño del mundo
y el mundo de su sueño se recobra,
nuestro verbo es acción, no descansamos
hasta que al fin culmine nuestra obra.

Versión: Francisco de Oraá

Alemania

Mi patria, tú, mi tristeza,
Mi tierra en penumbra gris,
Mi cielo, tú, mi azul, esa
Patria, tú, mi estar feliz.

Vendrán un día a contarte
Que estando yo desterrado
Te envié, para alabarte,
Una canción de recado.
Una canción escribí
Para ti, para tu unión,
Y para llorar por ti
En lo oscuro, una canción...

Brilló un cielo solo, a esa
Tierra volvió una paz gris—
Alemania, mi tristeza,
Patria, tú, mi estar feliz.

Versión: Malena Barro y David Cherición

La bandera

Mientras yacía en la tierra, un camarada
vino a cubrirle el rostro con un paño.
La sangre de la cara acribillada
tiñó la tela con su rojo baño.

Quedó tendido. No tenía semblante.
En vez de cara, la bandera roja.
¡Amigo, adiós! Permite que recoja
tu cara por bandera, ¡y adelante!

Sé que este tiempo

Sé que este tiempo en el que vivo inmerso
lo puede todo. Ningún otro habría
tan grande como él. ¡Haz y reverso
del tiempo auguran que comienza el día!

Con ímpetu tremendo voy cambiándome,
por no perder mi tiempo, crezco y crezco.
Y el nuevo tiempo, mira, va formándome
y transformándome: ¡le pertenezco!

Su entraña me convence, me demuestra
que él es el tiempo, ¡el mío! Y si tuviese
que escoger otra vez entre los días

de nuevo lo escogiera, y me parece
que escuchara en veladas lejanías:
¡siglo veinte, a nosotros, edad nuestra!

Versiones: Eliseo Diego

PAVLO TICHINA

Ucrania, 1891-1967

Rondeles

I

Dejo el taller donde laboro:
¡va a desfilar la masa obrera!
La ciudad toda grita a coro:
«¡Libertad!» se oye dondequiera.

Ríe en el cielo el sol de oro:
carrera de caballos de humo...
Dejo el taller donde laboro
y a la concentración me sumo.

Paisaje mío, primavera
mía, que truenas en mi pecho...
«¡Al mundo la corona obrera,
que a eterna unión marcha derecho!»
Dejo el taller y me incorporo.

II

Del cerro, en marcha a la ciudad
bajan los álamos guerreros...
Partiendo el mundo, a voz de acero
invocamos la libertad.

¡Libertad! ¡Fuera los llorones
clamando al hado como un perro!
Bajo el viento sombrío del cerro,
los álamos en batallones...

Huirán las nubes al clamor
valiente, su eco rueda por
fábricas, tierras y caminos.
Y bajo el raudo torbellino,
los álamos en batallones.

Versión: Francisco de Oraá

HUGH MAC DIARMID

Gran Bretaña, 1892-1978

A casi todo el mundo en Europa

¿Dicen que una guerra para salvar la civilización?
¿Entonces que han hecho con ella, por favor?
Un intento por lograrla mostraría más amor
Que la lucha por algo de lo que nada saben, digo yo.

Otro epitafio para un ejército de mercenarios

Es una puerca mentira decir que estos
Salvaron, o supieron, algo digno del orgullo del hombre.
Eran asesinos profesionales y tomaron su dinero
Sangriento y corrieron riesgos impíos y murieron.
A pesar de todos los de su clase algunos elementos de valor
Persisten con dificultad aquí y allá en la tierra.

El esqueleto del futuro

Rojo granito y diorita blanca, con el azul
De los cristales de labradorita brillantes como piedras preciosas
En la luz que se refleja de la nieve; y tras ellos
El relámpago eterno de los huesos de Lenin.

Versiones: David Chericián

CÉSAR VALLEJO

Perú, 1892-1938

Himno a los voluntarios de la República

Voluntario de España, miliciano
de huesos fidedignos, cuando marcha a morir tu corazón,
cuando marcha a matar con su agonía
mundial, no sé verdaderamente
qué hacer, dónde ponerme; corro, escribo
aplaudo,
lloro, atisbo, destrozo, apagan, digo
a mi pecho que acabe, al bien, que venga,
y quiero desgraciarme;
descúbrome la frente impersonal hasta tocar
el vaso de la sangre, me detengo,
detienen mi tamaño esas famosas caídas de arquitecto
con las que se honra el animal que me honra;
refluyen mis instintos a sus sogas,
humea ante mi tumba la alegría
y, otra vez, sin saber qué hacer, sin nada, déjame,
desde mi piedra en blanco, déjame,
solo,
cuadrumano, más acá, mucho más lejos,
al no caber entre mis manos tu largo rato extático,
quiebro contra tu rapidez de doble filo
mi pequeñez en traje de grandeza!
Un día diurno, claro, atento, fértil
¡oh bienio, el de los lóbregos semestres suplicantes,
por el que iba la pólvora mordiéndose los codos!
¡Oh dura pena y más duros pedernales!
¡Oh frenos los tascados por el pueblo!
Un día prendió el pueblo su fósforo cautivo, oró de cólera
y soberanamente pleno, circular,
cerró su natalicio con manos electivas;
arrastraban candado ya los déspotas
y en el candado, sus bacterias muertas...
¿Batallas? ¡No! ¡Pasiones! Y pasiones precedidas
de dolores con rejas de esperanzas,
¡de dolores de pueblo con esperanzas de hombres!
¡Muerte y pasión de paz, las populares!
¡Muerte y pasión guerreras entre olivos, entendámonos!
Tal en tu aliento cambian de agujas atmosféricas los vientos
y de llave las tumbas en tu pecho,
tu frontal elevándose a primera potencia de martirio.

El mundo exclama: «¡Cosas de españoles!» Y es verdad,
Consideremos,
durante una balanza a quemarropa,
a Calderón, dormido sobre la cola de un anfibio muerto,
o a Cervantes, diciendo: «Mi reino es de este mundo, pero
también del otro»: ¡punta y filo en dos papeles!
Contemplemos a Goya, de hinojos y rezando ante un espejo
a Coll, el paladín en cuyo asalto cartesiano
tuvo un sudor de nube el paso llano,
o a Quevedo, ese abuelo instantáneo de los dinamiteros,
o a Cajal**,** devorado por su pequeño infinito o, todavía
a Teresa, mujer, que muere porque no muere,
o a Lina Odena, en pugna en más de un punto con Teresa...
(Todo acto o voz genial viene del pueblo
y va hacia él, de frente o trasmitidos
por incesantes briznas, por el humo rosado
de amargas contraseñas sin fortuna.)
Así tu criatura, miliciano, así tu exangüe criatura,
agitada por una piedra inmóvil,
se sacrifica, apártase;
decae para arriba y por su llama incombustible sube,
sube hasta los débiles,
distribuyendo españas a los toros,
toros a las palomas...

Proletario que mueres de universo, ¡en qué frenética armonía
acabará tu grandeza, tu miseria, tu vorágine impelente**,**
tu violencia metódica, tu caos teórico y práctico, tu gana
dantesca, españolísima, de amar, aunque sea a traición, a tu enemigo!
Libertador ceñido de grilletes,
sin cuyo esfuerzo hasta hoy continuaría sin asas la extensión,
vagarían acéfalos los clavos,
antiguo, lento, colorado, el día,
¡nuestros amados cascos, insepultos!
Campesino caído con tu verde follaje por el hombre,
con la inflexión social de tu meñique,
con tu buey que se queda, con tu física,
también con tu palabra atada a un palo
y tu cielo arrendado
y con la arcilla inserta en tu cansancio
y la que estaba en tu uña, caminando!
Constructores
agrícolas, civiles y guerreros,
de la activa, hormigueante eternidad: estaba escrito
que vosotros haríais la luz entornando
con la muerte vuestros ojos;
que, a la caída cruel de vuestras bocas,

vendrá en siete bandejas la abundancia, todo
en el mundo será de oro súbito.
y el oro,
fabulosos mendigos de vuestra propia secreción de sangre,
y el oro mismo será entonces de oro!

Se amarán todos los hombres
y comerán tomados de las puntas de vuestros pañuelos tristes
y beberán en nombre
de vuestras gargantas infaustas!
Descansarán andando al pie de esta carrera,
sollozarán pensando en vuestras órbitas, venturosos
serán y al son
de vuestro atroz retorno, florecido, innato,
ajustarán mañana sus quehaceres, sus figuras soñadas y cantadas!
Unos mismos zapatos irán bien al que asciende
sin vías a su cuerpo
y al que baja hasta la forma de su alma!
Entrelazándose hablarán los mudos, los tullidos andarán!
Verán, ya de regreso, los ciegos
y palpitando escucharán los sordos!
Sabrán los ignorantes, ignorarán los sabios!
Serán dados los besos que no pudisteis dar!
Sólo la muerte morirá! La hormiga
traerá pedacitos de pan al elefante encadenado
a su brutal delicadeza; volverán
los niños abortados a nacer perfectos, espaciales,
y trabajarán todos los hombres,
engendrarán todos los hombres,
comprenderán todos los hombres!

Obrero, salvador, redentor nuestro,
¡perdónanos, hermano, nuestras deudas!
Como dice un tambor al redoblar, en sus adagios:
¡qué jamás tan efímero, tu espalda!
¡qué siempre tan cambiante, tu perfil!
Voluntario italiano, entre cuyos animales de batalla
un león abisinio va cojeando!
Voluntario soviético, marchando a la cabeza de tu pecho universal!
Voluntarios del sur, del norte, del oriente
y tú, el occidental, cerrando el canto fúnebre del alba!
Soldado conocido, cuyo nombre desfila en el sonido de un abrazo!
Combatiente que la tierra criara, armándote
de polvo,
calzándote de imanes positivos,
vigentes tus creencias personales,
distinto de carácter, íntima tu férula,

el cutis inmediato,
andándote tu idioma por los hombres
y el alma coronada de guijarros!
Voluntario fajado de tu zona fría,
templada o tórrida,
héroes a la redonda,
víctima en columna de vencedores:
en España, en Madrid, están llamando
a matar, voluntarios de la vida!

Porque en España matan, otros matan
al niño, a su juguete que se para,
a la madre Rosenda esplendorosa,
al viejo Adán que hablaba en alta voz con su caballo
y al perro que dormía en la escalera.
Matan al libro, tiran a sus verbos auxiliares,
a su indefensa página primera!
Matan el caso exacto de la estatua,
al sabio, a su bastón, a su colega,
al barbero de al lado —me cortó posiblemente,
pero buen hombre y, luego, infortunado;
al mendigo que ayer cantaba enfrente,
a la enfermera que hoy pasó llorando,
al sacerdote a cuestas con la altura tenaz de sus rodillas...

Voluntarios,
por la vida, por los buenos matad
a la muerte, matad a los malos!
Hacedlo por la libertad de todos,
del explotado y del explotador,
por la paz indolora— la sospecho
cuando duermo al pie de mi frente
y más cuando circulo dando voces
y hacedlo, voy diciendo,
por el analfabeto a quien escribo,
por el genio descalzo y su cordero,
por los camaradas caídos,
sus cenizas abrazadas al cadáver de un camino!

Para que vosotros,
voluntarios de España y del mundo, vinierais,
soñé que era yo bueno, y era para ver
vuestra sangre, voluntarios...
De esto hace mucho pecho, muchas ansias,
muchos camellos en edad de orar.
Marcha hoy de vuestra parte el bien ardiendo,
os siguen con cariño los reptiles de pestaña imanente

y, a dos pasos, a uno,
la dirección del agua que corre a ver su límite antes que arda.

Masa

Al fin de la batalla,
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: «¡No mueras; te amo tanto!».
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.
Se le acercaron dos y repitiéronle:
«¡No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!».
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando: «¡Tanto amor, y no poder nada contra la muerte!».
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Le rodearon millones de individuos,
con un ruego común: «¡Quédate hermano!».
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Entonces todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado:
incorporóse lentamente;
abrazó al primer hombre; echóse a andar...

10 de noviembre de 1937

España, aparta de mí este cáliz

Niños del mundo,
si cae España —digo, es un decir—
si cae
del cielo abajo su antebrazo que asen,
en cabestro, dos láminas terrestres;
niños, ¡qué edad la de las sienes cóncavas!
¡qué temprano en el sol lo que os decía!
¡qué pronto en vuestro pecho el ruido anciano!
¡qué viejo vuestro 2 en el cuaderno!

¡Niños del mundo, está
la madre España con su vientre a cuestas;
está nuestra maestra con sus férulas,
está madre y maestra,
cruz y madera, porque os dio la altura,

vértigo y división y suma, niños;
está con ella, padres procesales!
Si cae —digo, es un decir— si cae
España, de la tierra para abajo,
niños, ¡cómo vais a cesar de crecer!
¡cómo va a castigar el año al mes!
¡cómo van a quedarse en diez los dientes,
en palote el diptongo, la medalla en llanto!
¡Cómo va el corderillo a continuar
atado por la pata al gran tintero!
¡Cómo vais a bajar las gradas del alfabeto
hasta la letra en que nació la pena!

Niños,
hijos de los guerreros, entretanto,
bajad la voz, que España está ahora mismo repartiendo
la energía entre el reino animal,
las florecillas, los cometas y los hombres.
¡Bajad la voz, que está
con su rigor, que es grande, sin saber
qué hacer, y está en su mano
la calavera hablando y habla y habla,
la calavera, aquella de la trenza,
la calavera, aquella de la vida!

¡Bajad la voz, os digo;
bajad la voz, el canto de las sílabas, el llanto
de la materia y el rumor menor de las pirámides, y aun
el de las sienes que andan con dos piedras!
¡Bajad el aliento, y si
el antebrazo baja,
si las férulas suenan, si es la noche,
si el cielo cabe en dos limbos terrestres,
si hay ruido en el sonido de las puertas,
si tardo,
si no veis a nadie, si os asustan
los lápices sin punta, si la madre
España cae —digo, es un decir—
salid, niños del mundo; id a buscarla!...

¡Cuídate, España...!

¡Cuídate, España, de tu propia España!
¡Cuídate de la hoz sin el martillo!
¡Cuídate del martillo sin la hoz!
¡Cuídate de la víctima a pesar suyo,

del verdugo a pesar suyo
y del indiferente a pesar suyo!
¡Cuídate del que, antes de que cante el gallo,
negárate tres veces,
y del que te negó, después, tres veces!

¡Cuídate de las calaveras sin las tibias,
y de las tibias sin las calaveras!
¡Cuídate de los nuevos poderosos!
¡Cuídate del que come tus cadáveres,
del que devora muertos a tus vivos!
¡Cuídate del leal ciento por ciento!
¡Cuídate del cielo más acá del aire
y cuídate del aire más allá del cielo!
¡Cuídate de los que te aman!
¡Cuídate de tus héroes!
¡Cuídate de tus muertos!
¡Cuídate de la República!
¡Cuídate del futuro!...

Los nueve monstruos

Y, desgraciadamente,
el dolor crece en el mundo a cada rato,
crece a treinta minutos por segundo, paso a paso,
y la naturaleza del dolor, es el dolor dos veces
y la condición del martirio, carnívora, voraz,
es el dolor, dos veces
y la función de la yerba purísima, el dolor
dos veces
y el bien de ser, dolemos doblemente.
Jamás, hombres humanos,
hubo tanto dolor en el pecho, en la solapa, en la cartera,
en el vaso, en la carnicería, en la aritmética!
Jamás tanto cariño doloroso,
jamás tan cerca arremetió lo lejos,
jamás el fuego nunca
jugó mejor su rol de frío muerto!
Jamás, señor ministro de salud, fue la salud
más mortal
y la migraña extrajo tanta frente de la frente!
Y el mueble tuvo en su cajón, dolor,
el corazón, en su cajón, dolor,
la lagartija, en su cajón, dolor.
Crece la desdicha, hermanos hombres,
más pronto que la máquina, a diez máquinas, y crece

con la res de Rousseau, con nuestras barbas;
crece el mal por razones que ignoramos
y es una inundación con propios líquidos,
con propio barro y propia nube sólida!
Invierte el sufrimiento posiciones, da función
en que el humor acuoso es vertical
al pavimento,
el ojo es visto y esta oreja oída,
y esta oreja da nueve campanadas a la hora
del rayo, y nueve carcajadas
a la hora del trigo, y nueve sones hembras
a la hora del llanto, y nueve cánticos
a la hora del hambre, y nueve truenos
y nueve látigos, menos un grito.

El dolor nos agarra, hermanos hombres,
por detrás, de perfil,
y nos aloca en los cinemas,
nos clava en los gramófonos,
nos desclava en los lechos, cae perpendicularmente
a nuestros boletos, a nuestras cartas;
y es muy grave sufrir, puede uno orar...
Pues de resultas
del dolor, hay algunos
que nacen, otros crecen, otros mueren.
y otros que nacen y no mueren, y otros
que sin haber nacido, mueren, y otros
que no nacen ni mueren (son los más).
Y también de resultas
del sufrimiento, estoy triste
hasta la cabeza, y más triste hasta el tobillo,
de ver el pan, crucificado, al nabo,
ensangrentado,
llorando, a la cebolla,
al cereal, en general, harina,
a la sal, hecha polvo, al agua, huyendo,
al vino, un eccehomo,
tan pálida a la nieve, al sol tan arduo!
Cómo, hermanos humanos,
no deciros que ya no puedo y
ya no puedo con tanto cajón,
tanto minuto, tanta
lagartija y tanta
inversión, tanto lejos y tanta sed de sed!
Señor Ministro de Salud: qué hacer?
Ah!, desgraciadamente, hombres humanos,
hay, hermanos, muchísimo que hacer.

Traspié entre dos estrellas

Hay gentes tan desgraciadas, que ni siquiera
tienen cuerpo; cuantitativo el pelo,
baja, en pulgadas, la genial pesadumbre;
el modo, arriba;
no me busques la muela del olvido,
parecen salir del aire, sumar suspiros mentalmente, oír
claros azotes en sus paladares.

Vanse de su piel, rascándose el sarcófago en que nacen
y suben por su muerte de hora en hora
y caen, a lo largo de su alfabeto gélido, hasta el suelo.
Ay de tanto! ay de tan poco! ay de ellas!
Ay en mi cuarto, oyéndolas con lentes!
Ay en mi tórax, cuando compran trajes!
Ay de mi mugre blanca, en su hez mancomunada!

Amadas sean las orejas Sánchez,
amadas las personas que se sientan,
amado el desconocido y su señora,
el prójimo con mangas, cuello y ojos!

Amado sea aquel que tiene chinches,
el que lleva zapato roto bajo la lluvia,
el que vela el cadáver de un pan con dos cerillas,
el que se coge un dedo en una puerta,
el que no tiene cumpleaños,
el que perdió su sombra en un incendio,
el animal, el que parece un loro,
el que parece un hombre, el pobre rico,
el puro miserable, el pobre pobre!

Amado sea
el que tiene hambre o sed, pero no tiene
hambre con qué saciar toda su sed,
ni sed con qué saciar todas sus hambres!

Amado sea el que trabaja al día, al mes, a la hora,
el que suda de pena o de vergüenza,
aquel que va, por orden de sus manos, al cinema,
el que paga con lo que le falta,
el que duerme de espaldas,
el que ya no recuerda su niñez; amado sea
el calvo sin sombrero,
el justo sin espinas,
el ladrón sin rosas,

el que lleva reloj y ha visto a Dios,
el que tiene un honor y no fallece!

Amado sea el niño, que cae y aún llora
y el hombre que ha caído y ya no llora.
Ay de tanto! Ay de tan poco! Ay de ellos!

VLADIMIR MAYAKOVSKI

Rusia, 1893-1930

¡Danos un motor!

Así al descuido
no saldrá una nave,
y aérea,
mucho menos.
Hacen falta
hélices
y alas
para que muy suavemente
suba y descienda
y vuele firme y alta.
Pero es
lo principal
el corazón:
el motor,
que desate un huracán
para que zumbe
sin interrupción
o de lo alto
en picada
al suelo van.
Hasta el gorrión
también
tiene motor:
un corazón
que late
en las costillas.
Pues si falla
el motor,
el volador
a tierra
cae muerto
y hecho astillas.
Si es preciso
el motor
para el gorrión
¿cómo el hombre
lo va a pasar
sin él?
Pesa él
cuatro onzas
y mi peso son
cinco y media

arrobitas
en el fiel.
Eso aún es poco:
sólo un ser humano.
¿Y las máquinas?
¿Pesan
cuánto ahora?
Y a la guerra
las bombas
lleva,
hermano,
con tus minas
y tu ametralladora.
Por que al cielo
el piloto
el rumbo tuerza
dejando atrás
al ave,
el extranjero
motores
de mil caballos
de fuerza
por millones
construye
el día entero.
Los nuestros
son ancianos…
ataúdes,
aún hoy
los nuestros
a la cola van;
pero irán
desatándose
en aludes
y en su nariz
cual bala
estallarán.
En el cielo
de Francia
el Renault bronco
zumba,
en el de Inglaterra
el Rolls Royce truena.
No los alcanzarás
montando un tronco.
¡Obrero,
a hacer motores

en cadena!
Si en seguida
no triunfas,
recomienza:
un día de labor
da poco fruto.
Los Wright
con su primer motor
la inmensa
tierra
volaron no más
de un minuto.
Pero hoy vuelan,
¡alcánzalos,
porfía!
Tan sólo nubes
lanza al viento;
Ahora
con flechas,
sin posarse,
en todo un día—
¡cuatrocientos
kilómetros
por hora
¿Que el motor
lo inventó
la inteligencia
burguesa?
¿Que es la flor
de sus saberes?
No,
que esta maravilla
de la ciencia
la creó
el proletario
en los talleres.
¿Por qué el estancamiento,
ruso obrero?
Si está
en tus propias manos
el poder,
por la defensa
del estado obrero
un motor
trimejor
debes nacer.
He aquí

que ya se acerca
ese momento:
sobre los campos,
la hélice tronante,
Saratov
y Riazan
verán al viento
nuestro motor
soviético
pujante.
El ruso
a veces
gusta
del azar;
al parecer
le sale bien.
Yo quiero
el azar
del motor
eliminar,
venciendo
con trabajo
al extranjero.
La tarea
organiza
de otro modo.
Temprano
al torno
da esfuerzos titánicos,
y según
la O.C.T.[5]
revisa todo
cada hora.
Crea nuevos
mecánicos...
Por que más pronto
llegue
el tiempo claro
al que los comunistas
van atléticos,
suda y afánate
a diario,
«Icaro»,
en el natal
motor
de los soviéticos.

5 Organización Científica del Trabajo.

Proletario,
recuerda:
abriste el dique
de la tierra
hacia el cielo
con tu avión.
Piensa en ese
motor:
«El Bolchevique»,
el corazón
de toda
la aviación.
Porque es
lo principal
el corazón:
el motor,
que desate un huracán
para que zumbe
sin interrupción
o de lo alto
en picada
al suelo van.
Así al descuido
no saldrá una nave,
y aérea,
mucho menos.
Hacen falta
hélices
y alas
para que muy suave-
mente suba y descienda
y vuele firme
y alta.

1923

Versión: Desiderio Navarro y David Cherición

Negro y blanco
(Black and white)

A un vistazo
La Habana
se revela
paraíso,
país afortunado.
Flamencos en un pie

bajo una palma.
Florece
el coralillo
en el Vedado.
En La Habana
las cosas
son muy claras:
blancos con dólares,
negros — sin un *cent*.
Por eso
Willy
con su escoba barre
cerca de «Henry Clay and Bock, Limited».
Mucho
en su vida
ha Willy barrido—
tanto polvo
formaría una montaña.
Por eso
su cabello
se ha caído
y apenas
la barriga
le acompaña.
Hay poco espacio para su alegría:
seis horas de dormir sobre un costado.
O cuando
el inspector
le concedía
la mísera
propina de un centavo.
¡Si pudiera evitar tanta basura!
Sólo
quizás
andando de cabeza.
Pero entonces
pegárase más fango:
pelos, son miles;
sólo dos
las piernas.
Junto a mí
pasea el Prado
suntuoso.
El *jazz*
de pronto estalla
o centellea.
Que en La Habana

se encuentra el paraíso
un bobo solamente
lo creyera.
El cerebro de Willy
es limitado,
muy poca siembra,
pocos brotes, creo,
pero grabó
una cosa en su memoria,
sólida,
cual la estatua
de Maceo:
«Tócale al
blanco
la piña madura,
y la podrida
sólo alcanza
el negro,
el trabajo más blanco
es para el blanco,
y el trabajo más negro—
para el negro».
Pocas cuestiones se planteaba Willy.
Pero alguna
le hincó con más tesón.
La escoba
se escapaba
de sus manos
Cuando a Willy
le hincaba
esta cuestión
Hay que ver
lo ocurrido en ese instante:
visitó a Henry Clay,
rey del tabaco,
del azúcar,
el rey más poderoso.
Más que las nubes, piel y traje blancos.
El negro
se acercó
al bulto de grasa:
«Perdón, míster
—le dijo—
pero quiero
saber
¿si es el azúcar
blanco blanco

por qué
tiene que hacerla
el negro negro?
El tabaco
no asienta
a sus bigotes,
más bien a un negro
de pelambre oscura.
Y si usted gusta
del café
bien dulce
haga usted lo mismo,
entonces,
el azúcar».
Cuestión planteada así
no queda en vano.
El rey
su blanco rostro
tornó en verde.
Se revolvió
furioso con los
puños,
lanzó dos golpes,
presuroso fuese.
Los jardines
en torno
florecían,
los plátanos
trenzaban
sus penachos.
Sus blancos
pantalones
manchó el negro
de la sangre
nasal
que ardía en su mano.
Luego aspiró
por las narices rotas,
la escoba recogió
casi al tuntún.
¡Cómo él podría saber
que estas cuestiones
al Komintern
plantéanse
en Moscú.

La Habana, 5 de julio de 1925

Conversación con el camarada Lenin

Con la escolta de afanes,
su tropel de sucesos
el día, lentamente,
a la sombra se fue.
Dos en el cuarto estamos:
estamos yo
y Lenin—
en la fotografía
de la blanca pared.
Tiene abierta la boca
en tensión de discurso,
los pelos del bigote
se adelantan
enhiestos,
los pliegues de la frente
aprietan
la idea humana,
de tan inmensa frente
el pensamiento inmenso.
Parece
que ante él
pasan miles de brazos...
Un bosque de banderas...
un hierbazal de manos...
De la silla levántame
un júbilo radiante,
¡ganas dan
de ir también,
saludar,
reportarle!
«Camarada Lenin,
aquí rindo mi informe
no por obligación,
por devoción del alma.
Camarada Lenin,
una tarea infernal
es la que
se realiza
y ya está realizada.
Damos luz,
y vestimos a pobres y desnudos,
se ensancha
la extracción:
carbón y minerales.
Pero junto con esto,

claro,
que existe mucho,
mucho
de varia
hez y muchas nulidades.
Cansa a la defensiva
estar, a dentelladas. Muchos
al irse usted
por el atajo fueron.
Demasiados
canallas
de variadas especies
andan
por nuestra tierra
y en torno a nuestro suelo.
Son inmensos
en número,
no sé cómo llamarlos,
una siniestra
banda de estos tipos
se extiende.
Los *kùlaks*, los burócratas,
adulones,
sectarios
y borrachos—
caminan
ostentosos,
y de sus pechos penden
muchas estilográficas
e insignias que no entienden.
Nosotros,
por supuesto,
ya los aplastaremos,
aunque
aplastar a todos
sabemos que es difícil.
Camarada Lenin,
en las humeantes fábricas,
en las tierras,
cubiertas
de nieves
y de trigos,
con vuestro
corazón,
camarada,
y vuestro nombre
pensamos,

respiramos,
luchamos
y vivimos!».
Con su escolta de afanes,
su tropel de sucesos,
el día, lentamente,
a la sombra se fue.
Dos en el cuarto estamos:
estamos yo
y Lenin—
en la fotografía
de la blanca pared.

1929

Versiones: Nina Bulgákova y Ángel Augier

Marcha de izquierda

¡A desplegarse en marcha!
No es ya hora de juegos de palabras.
Silencio, oradores.
Tiene
la palabra,
camarada máuser.
Basta ya de vivir según la ley
de Adán y Eva. Debemos derrengar
de una vez al jamelgo de la historia.
¡Izquierda!
¡Izquierda!
¡Izquierda!

¡Eh, camisazules!
¡A ondear!
¡A los océanos!
¿Acaso
nuestros acorazados en la rada
tienen quillas melladas!
Que,
irguiendo la corona
lance el león británico su aullido.
Hoy no será abatida la comuna.
¡Izquierda!
¡Izquierda!
¡Izquierda!

Allá
tras las montañas de dolor

hay tierras infinitas y soleadas.
Por hambre
y mar de muerte
más firmes van millones y millones.
Que nos cerque la banda mercenaria
y el torrente de acero corra airado:
¡No vencerán a Rusia los aliados!
¡Izquierda!
¡Izquierda!
¡Izquierda!

¿Se apagará quizá el ojo del águila?
¿Fijaremos la vista en el pasado?
¡A afincar
en la garganta del mundo
los dedos duros del proletariado!
¡El pecho enhiesto y firme hacia adelante,
cubre con tus banderas todo el cielo!
¿Quién va con la derecha en este instante?
¡Izquierda!
¡Izquierda!
¡Izquierda!

Versión:Valeri Gurenko y David Cherición

JAROSLAW IWASZKIEWICZ

Polonia, 1894-1980

Morir en París

I

Viviendo en nuestra tierra, viviendo pese a todo,
hemos sentido ascender la vida.
¿Por qué morir aquí? Llueve.
París se duerme y se arrebuja,
como cuando la luna se emboza entre la nube.
París despierta y vive. ¿Por qué morir?

Desde la ventana miro los jardines helados.
Veo la mimosa seca:
su pelusa es una estrella de mar,
una estrella que ha brotado del agua.
Mi hermano de hace treinta años retorna,
sigue siendo el mismo...
...Y, sin embargo, ¡cómo ha cambiado!
Con su sonrisa, que le envuelve como un manto,
con la sonrisa que trae de Oswiecim.

Siento un poema que sueña dentro de mí,
pero no sabría escribir sus palabras.
El tono gris se tiende sobre la ciudad,
con el vuelo,
con el Arco de Triunfo.

Siento una mano fría. ¿Por qué morir aquí,
con la flor escarlata de sangre en la boca?

II

Amigos míos,
amigos muertos hace mucho tiempo,
vosotros sabéis que aquí
todo es indiferente,
ya irguiéndose esbelto sobre nuestras cabezas, como un arco gótico,
ya abrumándonos, como el azulejo de porcelana blanca
que cubre los bajos techos del Metro.
La mimosa se secará como el corazón de un hombre,
como un corazón perdido en la ciudad inmensa.
¡Cuán vasto es, oh Dios, el arco iris
por encima de la Torre Eiffel,
como un jumento que triscara en el prado húmedo de nuestros tejados!

Dime, Rene, ¿conoces
el gusto del veneno?

III

En el hogar reina la calma,
mientras, fuera, los abedules se aprestan para la primavera,
abedules que no han sido tallados por León…
Ese niño que llora es mi nieto.

En el hogar reina la calma
y todo está tranquilo aquí también.
Un patio con unas cuantas rosas,
muchos guijarros puntiagudos
y un arco bajo el cielo.
¡Qué difícil expresar con palabras
a un tiempo la muerte y la vida
de flores de sangre escarlatas!
En el hotel, abajo, hay fiesta: un matrimonio.
En los Inválidos montan la guardia soldados de oro.
Y el tango, el tango que musita suavemente:
morir, morir en París.

Paz

No vendrá hasta nosotros, paloma que desciende,
ni de las estaciones del año brotará.
No se abrirá encendida, lo mismo que un relámpago,
la paz sobre la tierra.

No asomará en los pétalos de un ramo perfumado
ni del trueno que rompe la nube bajará.
No llegará tampoco del hermoso arco iris
la paz sobre la tierra.

Podrá nacer de nuestra voluntad solamente,
fluimos del costado como fluye la sangre,
lentamente crecer de nuestro esfuerzo
la paz sobre la tierra.

Brotará, cual la llama, del trabajo constante,
de la mano tendida, del paso acompasado,
del clamor poderoso de los pueblos:
«¡Que haya paz en el mundo!».

Suspiro

Ladrillo en mano, el albañil,
aunque le apremia la cuchara,
mira un instante el cielo añil
y en él flotar la nube clara,
desmelenada plata en vuelo,
hija del mar alta en el cielo.

Así, querría que la gente
que cree que el canto está en la mente,
con emoción curiosa oyera,
como albañil ladrillo en mano,
mi verso, nube pasajera
perdiéndose hacia lo lejano.

Versión: Francisco de Oraá

KIM JIONG ZIK

Corea, 1894-1926

El pino verde de la colina Nam San

Aquel pino verde de la colina Nam San,
cubierto de nieve y escarcha,
está sufriendo mil dolores.
Pero quién duda, compañero, que reavivará
con el retorno de la templada primavera.

Si no logro la independencia del país,
qué valor tendrá mi vida.
Aunque mi cuerpo se vuelva sangre y polvo,
confíen, compatriotas, en que no cederé
en el camino de la restauración.

El país del sol

A pesar del fuego que arde en el mundo
y quema mis esposas,
la roja y bella flor florece.
En el país en que todos unidos
trabajan y avanzan cantando.
Es el país del Sol redondo y brillante.

No está lejos el día de la independencia

Nuestro pueblo, perdida su patria,
flota y es llevado como una hoja en el mar.
Pero no llora por haberla perdido,
no está lejos el día de la Independencia
de nuestro pueblo y de nuestro país.

Versiones: Raimundo Pino

MANUEL NAVARRO LUNA

Cuba, 1894-1966

Raíces bravas

¡El Turquino

y el Cauto...!
¡Los músculos de la eternidad
nos engendraron...!

¡Nos engendró la fuerza
de lo más hondo
y lo más alto...!

La montaña nos dio su corazón tremendo:
¡brava raíz de excelsitud y de infinito...!
¡No tenemos más sangre que la sangre encendida
que es llama en las arterias, siempre en llamas, del río...!

Mientras los otros duermen...
¡nosotros degollamos el sueño con los cuchillos de la madrugada.
¡Y salimos al claro de la muerte...!
¡Siempre saldremos a los claros de la muerte
sin que volvamos, hacia atrás, la cara...!

¿Para qué somos hijos
de la Sierra Maestra
y del Cauto...?
¡Tenemos que morir, antes que nadie;
debemos de morir, antes que nadie...!
¡Siempre en lo más hondo...!
¡Siempre en lo más alto...!

El General Antonio

¡Si habláis de la vergüenza;
si queréis señalar las altas cumbres del decoro...
sobre llamas y túmulos y banderas estremecidas
tenéis que alzar la voz y dar el nombre puro y hondo!
¡Tenéis que dar la excelsitud de un grito:
¡EL GENERAL ANTONIO!

Para que escuche el monte, y la piedra, y la nube, y los oídos claros, y los oídos obscuros y sordos:
¡EL GENERAL ANTONIO!

Con Mariana y con Marcos,
el Capitán Rondón tuvo armas, y dinero, y caballos, y todo.
¡Se alzaban las primeras amapolas sangrientas de la guerra
entre los rudos filos del resplandor heroico!
El Capitán Rondón dijo después a Marcos:
¿Y cuál de los muchachos me vas a dar ahora...?
Guardó silencio el padre. Un silencio de padre, fuerte y doloroso.
Pero tres de los hijos respondieron por Marcos:

José,
Justo
y Antonio.

¡El último,
más fuerte y más pronto!
¡El último,
más pronto que los otros!

Cuando habléis de la Patria,
del dolor y el denuedo y el largo y cruento batallar sin reposo;
y en mil batallas veintisiete heridas cual veintisiete surcos;
de las marchas con hambre y del camino áspero y torvo;
de la gloria en la herida y la gloria en la sangre,
¡tenéis que hablar del General Antonio!

Con dos balas, se acaba la guerra: dijo Cánovas.
¡Tal vez con una sola para el guerrero epónimo!

Pero aún no la tenían los fusiles de España
y el Pacto del Zanjón no fue Paz, sino tregua y encono.
La bandera —sudario, que alguien dijo, bordado en Camagüey por manos de mujeres—,
¡la izó en Mantua el machete del General Antonio!

«¡Esto va bien!» exclama, cuando se siente herido en Punta Brava.
¡Es la muerte! Él lo sabe y sonríe victorioso.
¡Ya ni la muerte misma podrá vencerlo! ¡Nada
podrá vencer al General Antonio!

Cuando habléis de la Patria,
si queréis señalar las altas cumbres del decoro
en la cumbre del hombre... buscad entre latidos de montaña,
sobre raíz de trueno y palpitar de troncos,
la presencia profunda que nos cerca y nos manda:

¡EL GENERAL ANTONIO!

1936

¡Adelante...!

Era joven y fuerte. Y yo sé que tenía
la obsesión de una estrella que fulgía
en la sombra de un cielo horripilante.
Dicen que estaba loco, porque sólo sabía
miraría, y exclamar: ¡Adelante...! ¡Adelante...!

En la mazmorra fúnebre donde fue sepultado
en una noche horrenda, y allí martirizado
por la guardia feroz y repugnante,
se levantó del suelo ensangrentado
para exclamar tan sólo: ¡Adelante...! ¡Adelante...!

Perseguido en la tierra y en el mar perseguido,
él, que sólo quería que en un cielo encendido
irradiara su estrella deslumbrante
sólo exclamó al sentirse, ya mortalmente herido:
¡Adelante...! ¡Adelante...!

Aunque nada en las sombras se despierte
sobre la llama inerte,
siempre se escuchará su clamor delirante
sobre los propios hierros de la muerte:
¡Adelante...! ¡Adelante!

Julio, 1953

Santiago de Cuba

Deja que los muertos entierren a sus muertos

Es Santiago de Cuba!
No os asombréis de nada!

Por allí anda la madre de los héroes!
Por allí anda Mariana!
Estaréis ciegos
si no veis ni sentís su firme y profunda mirada...!
Estaréis sordos si no escucháis sus pasos;
si no oís su tremenda palabra!

«¡Fuera. Fuera de aquí!
¡No aguanto lágrimas!»

Así exclamó aquel día, junto al cuerpo de Antonio
—¡de Antonio, nada menos, que sangraba
herido mortalmente!— cuando todas

las mujeres allí gemían y lloraban...!

«¡Fuera. Fuera de aquí!
¡No aguanto lágrimas!».

Es Santiago de Cuba!
No os asombréis de nada!

Allí las madres brillan
como estrellas heridas y enlutadas.
Recogieron el cuerpo de sus hijos
derribados por balas mercenarias,
y, después, en la llama del entierro,
iban cantando el himno de la Patria.

También lo iba cantando, junto a ellas,
el corazón, sin sueño, de Mariana...!

«¡Fuera. Fuera de aquí!
¡No aguanto lágrimas!».

Hay muertos que, aunque muertos, no están en sus entierros;
hay muertos que no caben en las tumbas cerradas
y las rompen, y salen, con los cuchillos de sus huesos,
para seguir guerreando en la batalla...!

Únicamente entierran los muertos a sus muertos!
Pero jamás los entierra la Patria!
La Patria viva, eterna,
no entierra nunca a sus propias entrañas...!

Es Santiago de Cuba!
No os asombréis de nada!

Los ojos de las madres están secos
como ríos sin agua!
Están secos los ojos de todas las mujeres!
Son fuentes por la cólera agostadas
que están oyendo el grito
heroico de Mariana:

«¡Fuera. Fuera de aquí!
¡No aguanto lágrimas!».

¡Venid! ¡Venid, clarines!
¡Venid, ¡Venid, campanas!

¡Venid, lirios del fuego,
a saludar las rosas de vuestras propias llamas!

Agosto, 1957

Canto de las azadas

Las azadas rendidas,
doblegadas bajo el castigo de un costra negra y milenaria,
despertarán golpeadas por el rencor que sube de los troncos enloquecidos
para levantarse sobre la línea cuajada de las pavuras.

Después, la chispa fiera encenderá los surcos,
y habrá una clara risa de simientes en los senos radiantes,
alimentados en el torbellino de la sangre con abono de vísceras
castigadas,
con abono de vísceras recolectadas delante de un enarbolamiento de
alaridos.

Las azadas serán antorchas...!
Y regresarán arrastrando su filo rudo por la tierra,
sobre cuya piel resonarán los pasos de una luz asfixiada
que se agarró al corazón conturbado y roto de la vida
para oscurecer el resplandor de los latidos insurrectos anudándolos a
la muerte.

Las azadas serán antorchas...!
Las azadas serán antorchas...!

Y las criptas sedientas, en donde estaban encarcelados los caminos maravillosos
y cuyas fauces abrió la claridad tenebrosa de los días bastardos,
aventarán al polvo brillante de los cielos las ruinas de las auroras
destruidas
y los escombros de las primaveras mutiladas.
En las rompientes aturdidas donde las nubes guerrean y cantan;
en los regazos tibios y transparentes donde duermen las rosas;
en la residencia desolada de los gusanos
y en los rincones ásperos de las tormentas aguerridas;
en la marejada fúnebre cosida de naufragios
y en el desfiladero enronquecido de las osamentas;
cerca de la luz,
y sobre la luz;
cerca de la sombra,
y sobre la sombra,
en dondequiera que se estremezcan los renuevos del alba fragante;
en dondequiera que se rompan y se hundan los himnos decrépitos,
se escuchará el canto,
joven y potente,

firme y redentor
de las antorchas.

El color de la tierra será un color de azadas...!
El olor de la tierra será un olor de azadas...!
El pulso de la tierra será un pulso de azadas...!

Entonces,
los niños, serán niños;
los hombres, serán hombres.
El niño negro y el niño blanco saltarán sobre la alegría de los caminos
resucitados
y hundirán sus manos en los manantiales animados de estrellas,
mientras corren entre los lirios del canto redimido.

Podrán reír...!
Podrán cantar...!
Podrán vivir...!

Dios no estará en el cielo...!
Dios no estará en la tierra...!
Dios no estará en el mar...!
Dios habrá muerto...!
Frente a la montaña entenebrada donde rompió sus nervios el relámpago rojo;
sobre los tremendos muros donde un coro de sangres guerreó con los
sepulcros;
encima de las nubes corpulentas que nutren la cólera del trueno,
se alzará la presencia del hombre como la presencia de la vida y de la luz.

Sus brazos romperán las madrigueras encapotadas del crimen,
y las entrañas de la noche pasarán por el filo de los caminos vengadores.
La sangre de Dios ya estará pudriéndose en las cavernas atormentadas,
en el pozo de espanto de donde lo sacaron los dedos de la sombra...!

Dios, verdugo de auroras,
crespón de simas,
cáliz de tinieblas,
no será en las vertientes deslumbradas del día que renazca...
ni siquiera las cuatro letras de su nombre...!

Hijo mío:
en el fragor de esta caída de banderas;
en el asalto erguido que en las cumbres heridas construye trágicos
festines;
en el alud de llamas que corre aplastando cordilleras sañudas;
en los horrendos túmulos que abandona la noche despedazada,
se harán carbones fríos los huesos vacilantes del mundo

y sucumbirán las llagas que conduce la carne de tus hermanos
oprimidos...!

Hijo mío:
Sé tú de los primeros en echar a guerrear las quemaduras de tu frente,
en echar a guerrear tu pecho para que la tierra se levante;
sé tú de los primeros en afilar la boca para derribar las espesuras intactas
de la sombra;
en socavar el corazón de las tinieblas,
en romper las vértebras sacralizadas del horror
y en golpear, con tus brazos, el duro silencio del monte;
sé tú de los primeros en precipitar la sangre de Dios al laberinto de la».
tumbas;
sé tú de los primeros en morir para que nazca el hombre...!

PABLO DE ROKHA

Chile, 1894-1968

Marx

La voluntad socrática, ardiendo con fuego aritmético,
cuadrado y helado, regía
aquel gran corazón sin entrañas.

Su horizonte astronómico
de las máquinas biológicas la precisión teniendo, y lo
 dramático y lo dinámico,
era del material relativo del infinito;
algo muy duro, como hecho, limitable en volumen inminente,
y cuya expresión cristalina buscaba las aguas.

Piedra y hierro besándose por amor preciso y definitivo.
Amaba con el cerebro,
a aquella humanidad eterna de su laboratorio.

Un mapa sonoro atravesábale las vísceras,
y el animal que habla y que llora,
era un hecho, no era un sueño en su estatura.

Y anhelaba, matemáticamente, lo armónico.

Su sentimiento era un pensamiento pensando,
y existir era su misterio.
Sin embargo, creía en la vida regida por el hombre.

Huían los dioses hacia la superestructura histórica,
frente al puñal cerebral del materialismo y sus métodos,
como una gran bandada de navíos;
la canalla metafísica, hoy, en el instante de la verdad
 heroica y el enorme cara a cara a la existencia,
el celeste crimen ahorca en el palo solar del oriente que adviene.

Primero el hombre, el hombre y su dominio,
la verdad-sociedad, generando la historia expresada y
 definida en héroes,
mañana el arte gigante y sin clase, como mito.

Comer y procrear, certidumbres,
flor de la lira marxista, escalonándose en pirámides,
santo del álgebra, poesía comunista.

Expresando la razón técnica,

en la escala jerárquica de los valores, la conciencia específica,
intuye los fondos obscuros,
arrasa la causalidad temporal-espacial y emerge
su actitud, goteada de espanto,
ortodoxa y estupenda de razonamientos,
y la pálida matemática.
Cabeza de libro, Marx,
y un orden del orden que canta, rimando su gramática,
clavel de miel sociológica.
Bramaba la tonada de la plusvalía,
el poema de los cálculos matemáticos, y la belleza y
la justicia económica,
la canción funeral, a la verdad burguesa;
y el viento de fuego de los héroes, azotando su esperanza,
hacía flamear su ideal, como un pabellón rojo.

Lección de virtud científica,
piedad ecuménica, bondad astronómica, arrasando
la compasión capitalista.

Presencia, energía, dureza,
un metal infantil, modelándose en grandes edades.

Dios sin leyenda.

Oda a la memoria de Gorki

Desnudo y despavorido,
todo rojo, en la sombra tremenda, resonando y avanzando, contra
las cosas y las formas,
regresas a la nada, de donde viniste.
Un silencio de tormenta, francamente como preñado y cuajado de
la heroicidad insurreccional, cubriendo los sindicatos,
abatió la gran águila de la bandera roja,
y tu agonía llenó de clamor a todos los obreros del orbe, arañando
las masas humanas,
haciendo bramar las máquinas, como libres bestias,
paralizando los tentáculos trágicos de las fábricas y las heladas
plantas hidráulicas,
como si se le hubiese partido el corazón a la humanidad obrera,
y tu puñado de cenizas llenase de cal funeral todos los ámbitos,
de mundo a mundo.

¡Oh!, escritor, hombre de clase, piedra y fuego, criatura de basalto
y de quejido,
Alexis Maximovich Pyeshkoff,

desde que caíste adentro de una mujer, y mamaste dolor en los
pechos maternos,
el destino se te enroscó, como una culebra, a las vísceras,
y, muerto, eternamente muerto, en la gran agua morada, navegando
hacia el origen de todas las sombras,
Gorki —el Amargo—, una inmensa gota de sudor, corre por la
barba de la vida.
Rebasando los desheredados, la antigua hoja marchita de los
ex hombres y los vagabundos del Mar Negro,
tu estilo dio el sentido a la insurrección proletaria,
alto y santo bolchevique, poeta del explotado, ilusión de los
desterrados y los presidiarios sociales;
¡en qué raudal de horror mundial bebiste tanta inmensa agua!
porque nada de lo humano te era extraño, te era lejano e indiferente,
he ahí que creciste, hinchado de temporales violentos.

Ya te llorarán los inmensos presos políticos, los flagelados y
los torturados
por los esbirros, el humilde y el valiente, con toda la cara,
los amarillos, los negros, los mulatos,
la sociedad comunista, desde todo lo hondo de la URSS,
resplandeciendo, y las mesnadas italianas y alemanas,
enarbolando los puños cerrados, de todas las razas, en tu homenaje,
contra sus caudillos, contra sus corsarios, contra sus bandidos
«contra el fascismo y la guerra».

Desde tu lengua, a mucha altura e ímpetu,
clamaron los desesperados, toda la historia de los hechos y los
siglos y los sueños,
y, ahora, las anchas murallas del Kremlin te acunan;
no; vas, oliendo a soledad, entre las multitudes insurrectas,
muerto, entre las muchedumbres subversivas,
soldado del Partido y gran aurora ensangrentada,
tu pasión militar de militante, energía y eufonía de la causa obrera,
inicia la marcha de los regimientos proletarios,
la marcha inmensa de todos los tristes y todos «los pobres del mundo»,
la marcha eterna y soberbia, hacia el comando,
el grande avance concreto, marxista, rotundo de los conquistadores
sudorosos,
contra la bestia fascista-capitalista, arrasando el imperialismo
y los lacayos del imperialismo, contra el bruto nacista,
hijo del pueblo, honra del pueblo,
cien millones de pechos te llevan adentro, como cimiento y estatua, amparándote
contra el olvido.

La entonación política ciñe tu anhelo,
aquella canción lograda, sudando todos los oficios, todas las

costumbres, todos los empleos y humildes artesanías,
y fue recto y serio tu lenguaje campesino.

Corre tu muerte abierta, de aldea en aldea,
porque tu voz, atropellada y obscurecida por la verdad sepulcral
de lo infinito,
busca la boca humana —niños, mujeres, viejos—,
en donde echarse a llorar, como un pájaro trágico y sin ventura,
y tu ilusión está durmiendo en proyectos de tristeza;
pero la epopeya egregia te calienta los helados huesos, amargos
de desventura,
y la mano sagrada de Lenin saluda, en la inmortalidad, tu retorno.

Exprimiendo lo humano de lo humano, hallaste lo divino,
héroe a mártir, mito y signo del hecho, en tempestad forjado,
tu realismo «comunista», a grandeza relampaguea,
y un enigma de sol relumbra y hace misterios en el vértice de tu
espíritu,
como el recuerdo de las primeras frutas;
es la ley de errores y horrores, echada en la submemoria,
como un toro del dios de los herejes.

Y, aunque aquella baba espesa del aristócrata y los amarillos
asesinos del imperialismo
gritaba en ti, síntesis, buscando los brazos de tu dicterio,
tenías la dulzura suficiente para sellar la medalla del sueño
y del llanto,
al dominar el veneno y el dinero,
dominando la propiedad y su clan de terrores elementales;
máquina de luz, deshecha y vencida,
entonces, irás a errar con los huesos de los dedos, cargados
de naranjas.
En obsesión de andrajos y lamentos,
todos los heridos, los desamparados, los congojosos, los enfermos,
los siniestros, los objetos del espía y el *krumiro*,
el que no alojó jamás en dulces colchones,
junto a una mujer desnuda, y no tuvo vestidos, ni tabaco, ni
alcohol, ni caballos, en los crepúsculos,
fue sirviente, y los malos esclavos lo abofetearon,
y los que murieron en la horca del sicario, sonando y clamando,
como grandes campanas,
te saludan, Gorki, siguiendo tu féretro,
siguiendo tu grito, siguiendo tu canto y tu frente sudando,
y crucificada en las estrellas,
el horror que empieza ya a inundar tu figura,
como si nunca hubieses vivido y nunca amado y nunca llorado, Gorki.
Un gran huracán te desganchó, camarada,

te derrumbó, arrasándote, como los altos castaños, a la orilla
del océano,
o a la montaña de las epopeyas.

Olor a multitud, pasada a cuchillo, te circunda,
y aquel ataúd de dios, abandonado en los precipicios del idólatra,
se te ofrece, como un barco, en la ansiedad de las aguas eternas;
de abismo en abismo, vas cayendo, ¡oh!, solitario,
de cabeza, ¡oh!, desterrado, azotándote contra los muros que
no existen;
¿quién detendrá tu potro de fuego,
arrancado de la historia humana, rebasando y superando su límite,
más allá de la voluntad social, desgarrándose?;
a grasa quemada en tiendas de tribus aventureras, a puñal, a gran
montura,
a comida, a cuero, a vasija, a licor animal, a crónica,
a sol y a camello, y a gusano, huele tu grandeza de obscuro
macho cabrío,
compañero proletario, y la Internacional flamea
adentro del drama tremendo, que juega la materia con tus entrañas;
Esquilo y Satanás y Dionysos, comen tu comida,
junto a claras palomas de corazón indescriptible, y a justas y puras
canciones,
porque es el *mundo* tu mundo, y se derrumba,
arrastrando en la gran catástrofe histórica, techos de pueblos y verdades, como un
continente que desaparece, tiempo, mar, cielo abajo.

Entre sus ojos, el cargador de Marsella te recuerda,
y los ferroviarios y los marineros, desde Nueva York a Hong-Kong,
te destinan su tabaco de naufragios,
los mineros, los petroleros, los caucheros, de sol a sol, encadenados
a la lágrima,
suspiran tu nombre, entre sus chiquillos y sus salarios, a la ribera
de la flor de sus mujeres,
y los artistas revolucionarios montan guardia frente a tus restos
mortales,
mientras los brazos obreros de Stalin te conducen, gloriosamente,
a la Plaza Roja,
llenando de soberbia las banderas.

El látigo de los amos
restalla en la tonada acumulada, echando sangre y suerte, a la
egregia humareda de las novelas,
tu canción popular esculpe soldados y lacayos,
mártires, o esclavos encanallados en el régimen del bruto, del
miserable, del siervo;
aun el verdugón del *mujik* te avergüenza la miseria;

palanquero, pinche de cocina, zapatero, mensajero, farolero del
año lluvioso,
amansando burguesía asesina y mercachifles sin leyenda,
atorrantes, criminales, comerciantes, organilleros, y aventureros,
ladrones y cabrones apuñaleados,
bramaba e iba creciendo la revolución en tus infiernos
la maldad *burguesa,* expresó su crimen de clase, negando la maldad
humana,
y «el hombre es bueno» en tus relatos,
bueno como el pan, como el agua, como el sol y el animal de
las marinas islas,
contradiciendo al capitalismo, que crea malvados.

Por todo aquello emergen tus «poesías»,
y, enormemente —collares de dolores—, aúlla «la insurrección»
en sus entrañas,
como un buitre, rugiendo por adentro,
escarbando y sollozando hacia la justicia social y la dialéctica;
es el marxista-leninista, desarrollándose;
sí, el comunismo le dio ámbito y fruto a tu persona,
y conociste tu sentido y tu destino,
como un rol concreto, en la poesía infinita de los fenómenos,
Máximo, ¡oh!, agrandado en la ausencia;
ejemplo de varones, excelso y eterno ejemplar de mi oficio,
resplandor de verdad, escrito en rubíes sangrientos,
atmósfera, hipérbole, relámpago, torre y símbolo, leyenda, conciencia,
novela de la naturaleza,
como un cosmos, forjando, con barro sagrado, su órbita.

La popularidad —su enorme enredadera—
anidó en tus formidables campanarios comunistas, la gran alondra,
emigrando del infierno del fascismo,
y hoy arría, de polo a polo, sus banderas de luto.

Sonando en los espacios deshabitados,
tu espíritu raja la nada y hacia la nada avanza, heroicamente,
enarbolando la hoz y el martillo,
cerrado el puño macabro de cadáver combatiente, en incognoscibles
ejércitos,
girando, girando contra sí mismo,

Alexis Maximovich Pyeshkoff, Gorki,
«caído en actos del servicio».

PAUL ÉLUARD

Francia, 1895-1952

Advertencia

La noche antes de su muerte
Fue la más corta de su vida
La idea de vivir aún
Quemaba en su pulso la sangre
Lo asqueaba el peso de su cuerpo
Su fuerza lo hacía gemir
Y fue en el fondo de este horror
Que él empezó a sonreírse
No tenía un camarada
Pero millones y millones
Para vengarlo lo sabía
Y para él se alzó la aurora.

Valor

París tiene frío París tiene hambre
París no come más castañas en la calle
París se ha puesto viejos vestidos de vieja
París duerme de pie sin aire en el «metro»
Todavía más males impuestos a los pobres
Y la cordura y la locura
De París en la desgracia
Es el aire puro es el fuego
Es la belleza es la bondad
De sus trabajadores en el hambre
No grites socorro París
Vives con una vida sin igual
Y tras la desnudez
De tu palidez de tu flacura
Todo lo que es humano se revela en tus ojos
París mi ciudad bella
Fina como una aguja fuerte como una espada
Ingenua y sabia
Tú no soportas la injusticia
Es para ti el único desorden
Te vas a liberar París
Tembloroso como una estrella
Nuestra esperanza sobreviviente
Te vas a liberar del cansancio y el barro
Hermanos tengamos valor
Nosotros que no tenemos cascos

Ni botas ni guantes ni buena educación
Un rayo se enciende en nuestras venas
Vuelve a nosotros nuestra luz
Los mejores de nosotros murieron por nosotros
Y a nuestro corazón viene ahora su sangre
Y otra vez es de mañana una mañana de París
El despuntar de la liberación
El espacio de la naciente primavera
La fuerza idiota está en desventaja
Esos esclavos nuestros enemigos
Si han comprendido
Si son capaces de comprender
Se alzarán.

Las hermosas balanzas del enemigo

Los saludos ajustan cuentas con la dignidad
Las botas ajustan cuentas con nuestros paseos
Los imbéciles ajustan cuentas con nuestros sueños
Los bribones ajustan cuentas con la libertad
Las privaciones han ajustado cuentas con los niños
Hermano han ajustado cuentas con tu hermano
El plomo ha ajustado cuentas con el más bello rostro
El odio ha ajustado cuentas con nuestro dolor
Y nuestras fuerzas vuelven
Ajustaremos cuentas con el mal.

«Un pequeño número de intelectuales franceses se ha puesto al servicio del enemigo»

Espantados espantosos
Llegó la hora de contarlos
Porque su reino ya se acaba

Nos elogiaron los verdugos
Nos detallaron todo el mal
No hablaron inocentemente

Hermosas palabras de alianza
Os han manchado de basura
Sus bocas dan sobre la muerte

Pero ha llegado la hora
De amarse de estar unidos
Para vencerlos y castigarlos.

Tontos y malvados

Viniendo de adentro
Viniendo de afuera
Nuestros enemigos
Vienen desde arriba
Vienen desde abajo
De cerca y de lejos
De izquierda y derecha
Vestidos de verde
Vestidos de gris
La chaqueta corta
El abrigo largo
La cruz de través
Grandes de fusiles
Cortos de cuchillos
Seguros de espías
Fuertes de verdugos
Y gordos de penas
Con armas de muerte
Y armas en la muerte
Duros de saludos
Y duros de miedo
Ante sus pastores
Llenos de cerveza
Y llenos de luna
Cantan gravemente
Canciones de botas
Ya se han olvidado
Qué es ser amado
Cuando dicen sí
Todo dice no
Cuando hablan de oro
Todo se hace plomo
Mas contra su sombra
Todo será oro
Todo se hará joven
Que salgan que mueran
Su muerte nos basta

Amamos los hombres
Podrán evadirse
Nos encargaremos
AI alba gloriosa
De un nuevo mundo
De un mundo al derecho.

En España

Si hay en España un árbol tinto en sangre
Es el árbol de la libertad

Si hay en España una boca parlanchina
Habla de libertad

Si hay en España un vaso de vino puro
El pueblo lo beberá.

A la memoria de Paul Vaillant-Couturier

Vivo en el barrio de la Chapelle
Y el diario de mi célula se llama
Los Amigos de la Calle os hablan
No lo vendemos lo distribuimos
Sólo nos cuesta un poco de nuestro tiempo

Y mi corazón está con los Amigos de la Calle
Ellos me hablan me estimulan
A ser un hombre de la calle
Multiplicado por la amistad por el deseo
De estar unidos para ser fuertes

Las gentes de mi calle tienen las mismas penas
Las mismas esperanzas de no tanta desgracia
Y los mismos amores mi corazón está con ellos
Todo mi corazón en su inocente corazón
Lo sé yo hablo por ellos

Ellos hablan por mí nuestras palabras son iguales
Nuestra calle nos lleva a otras calles a otros hombres
A otros tiempos y en el tiempo a ti
Paul Vaillant-Couturier que eras como nosotros
Jurabas por nosotros y nosotros por ti

Juramos que la vida será mejor un día.

Versiones; Marcelo Ravoni

Libertad

En mis cuadernos de escolar
En mi pupitre y en los árboles
En la arena y en la nieve
Escribo tu nombre

En todas las páginas leídas
En todas las páginas blancas
Piedra sangre papel o cenizas
Escribo tu nombre

En las imágenes doradas
En las armas de los guerreros
En la corona de los reyes
Escribo tu nombre
En la selva y el desierto
En los nidos y las retamas
En el eco de mi infancia
Escribo tu nombre

En las maravillas de las noches
En el pan blanco de los días
En las estaciones enamoradas
Escribo tu nombre

En todos mis jirones de cielo azul
En el estanque sol enmohecido
En el lago luna viviente
Escribo tu nombre

En los campos en el horizonte
En las alas de los pájaros
Y en el molino de las sombras
Escribo tu nombre

En cada bocanada de aurora
En el mar en los navíos
En la montaña demente
Escribo tu nombre

En la espuma de las nubes
En los sudores de la tormenta
En la lluvia espesa y sosa
Escribo tu nombre

En las formas centelleantes

En las campanas de los colores
En la certidumbre física
Escribo tu nombre

En los senderos despiertos
En los caminos desplegados
En las plazas que desbordan
Escribo tu nombre

En la lámpara que se alumbra
En la lámpara que se extingue
En mis casas reunidas
Escribo tu nombre

En la fruta cortada en dos
Del espejo y de mi cuarto
En mi lecho concha vacía
Escribo tu nombre

En mi perro glotón y tierno
En sus orejas erguidas
En su pata peluda y torpe
Escribo tu nombre

En el trampolín de mi puerta
En los objetos familiares
En la ola del fuego bendito
Escribo tu nombre

En toda carne acordada
En la frente de mis amigos
En cada mano que se tiende
Escribo tu nombre

En el vidrio de las sorpresas
En los labios expectantes
Muy por encima del silencio
Escribo tu nombre

En mis refugios destruidos
En mis faros desmoronados
En los muros de mi aburrimiento
Escribo tu nombre

En la ausencia sin deseos
En la soledad desnuda
En los escalones de la muerte

Escribo tu nombre

En la salud recuperada
En el riesgo desaparecido
En la esperanza sin recuerdos
Escribo tu nombre
Y por el poder de una palabra
Yo recomienzo mi vida
Nací para conocerte
Para nombrarte

Libertad

Versión: Fayad Jamís

SERGUEI ESENIN

Rusia, 1895-1925

El ayer que desaparece

Los que a Lenin seguimos tras el triunfo,
muchas cosas aún no comprendemos.
Cantamos canciones nuevas
al viejo modo,
como nos enseñaron los abuelos.
    Amigos, amigos:
    ¡Qué escisión en el país!
    ¡Cuánta tristeza en medio de tan jovial ardor!
    ¡Qué ganas tengo
    de remangarme los pantalones
    y echar a correr tras del Komsomol!
Yo no reprocho
a los que se separan por mi pena.
Los viejos, de los jóvenes se atrasan.
Los viejos, cual centeno sin segar,
se pudren de raíz y se desgranan.
    No soy viejo ni joven.
    Y el tiempo me condena a ser estiércol.
    ¿Será por ello
    que las guitarras de las tabernas
    me provocan dulce sueño?
¡Suena, suena,
bruja guitarra!
Canta, gitana,
hazme olvidar
aquellos días amargos
sin caricias ni afecto.
    Con el Poder soviético
    me siento ofendido
    porque en mi juventud radiante
    no me enseñó a ver
    el ardor de otra gente en el combate.
¿Qué vi yo? Sólo batallas.
Y en lugar de canciones
oí sólo el estruendo de la guerra.
¿No será porque loco corría por el mundo
con mi amarillenta cabeza?
    De todos modos soy feliz.
    Entre multitud de tormentas
    presencié hechos maravillosos.
    Vistió el vértigo mi destino

con floreado paño de oro.
No soy un hombre nuevo.
¿Por qué ocultarlo?
Cuando intento alcanzar
a las huestes de acero,
me quedo con un pie en el pasado,
con el otro resbalo y caigo al suelo.
Pero hay otros hombres
más infelices y desconcertados.
Su incomprensión les impide
pasar por el tamiz
de la realidad en que viven.
Yo los conozco.
Triste mirada bovina
se asoma en sus ojos.
Y mientras los demás trabajan,
a ellos el verdín cubre su sangre
como en fétido estanque.
¡Que nadie tire piedras al estanque!
¡Que nadie lo toque!
Saldría un hedor espantoso.
¡Ellos mismos se pudrirán.
como las hojas de otoño!
Pero hay otros hombres.
Son los que creen,
los que, inciertos, al futuro miran,
los que, rascándose trasero y pecho,
hablan de la nueva vida.
Yo los escucho. Oigo decir
a estos campesinos con andrajos:
«Está bien el Poder soviético...
Pero si hubiera tela... Si hubiera clavos...».
¡Qué poco esas barbas necesitan!
Su obsesión son el pan y las patatas.
¿Por qué de noche maldigo mi suerte aciaga?
Yo envidio
a quienes a la lucha se entregaron,
a quienes defendieron la gran idea.
Estropeada ya mi juventud,
ni recuerdos me quedan.
¡Vaya escándalo!
¡Menudo escándalo!
Me encuentro en apurado lance,
pude otras cosas haber dado
en lugar de las que se me daban cual jugando.
¡Suena, suena,
bruja guitarra!

Canta, gitana,
hazme olvidar
aquellos días amargos
sin caricias ni afecto.
La pena no se ahoga con el vino,
ni se cura el alma
en la soledad y reclusión.
¡Qué ganas tengo
de remangarme los pantalones
y echar a correr tras del Komsomol!

1924

Carta a una mujer

Usted se acuerda,
usted, claro, de todo se acuerda,
cuando andaba nerviosa
por la estancia
—yo a la pared pegado—
y me reñía
con acerbas palabras.

Decía usted
que había llegado
la hora de separarnos,
que a causa de mis locuras
sufría mucho,
que iba a dedicarse a sus cosas,
y que yo estaba condenado
a rodar por la pendiente.

Querida:
Usted no me amaba.
Ignoraba que entre el gentío
era yo cual caballo espumeante,
espoleado por audaz jinete.
Ignoraba
que entre aquella humareda,
en la fosca tormenta de la vida
sufría yo, sin comprender
lo que se avecinaba.
De cara a cara
no se ve el rostro.
Lo grande se ve a distancia.
Cuando el mar se encrespa,
corren riesgo las naves.

¡Y de pronto
se convirtió la tierra
en una nave!
Alguien
empuñó majestuoso el timón
rumbo a la nueva vida prodigiosa
por entre vendavales y tormentas.
¿Quién no se cayó en la cubierta?
¿Quién no vomitó y no maldijo?
Pocos hubo que no se mareasen,
que venciesen aquel torbellino.
Entonces
entre un clamor salvaje,
sabiendo bien lo que me hacía,
bajé a la bodega
para no ver vomitar a la gente.
Aquella bodega
era eso: la taberna.
Yo me entregué al vino
para no padecer por nadie
y hundirme
en la embriaguez.
Querida:
La hice sufrir, es cierto.
En sus cansados ojos
se asomaba la pena
al ver que yo, ostentosamente,
me consumía en escándalos diarios.
Pero usted ignoraba
que entre aquella humareda,
en la fosca tormenta de la vida,
sufría yo,
sin comprender
lo que se avecinaba...
....
Han pasado los años,
Mi edad es ya otra.
Ahora pienso de distinto modo.
Ahora brindo en los días de fiesta
por el gran timonel.
Me embargan hoy
amables sentimientos.
Al recordar su angustia
quiero apresurarme
a decirle
lo que fui antes,
lo que soy ahora.

Querida:
Me complace comunicarle
que no rodé por la pendiente.
Vivo en el Territorio Soviético
como el más entusiasta adherente.
No soy ya
el de antes.
Ahora no la haría sufrir
como entonces.
Tras la bandera de la libertady del trabajo luminoso,
estoy dispuesto a ir
al fin del mundo.
Perdóneme...
Sé que usted no es la de ayer.
Ahora vive
con un marido serio, inteligente.
A usted no le hacen falta
nuestros duros quehaceres,
y yo tampoco
le hago la menor falta.
Viva bajo
el signo de su estrella,
bajo su mansión renovada.
La saluda su amigo
que jamás la olvida,

Serguei Esenin

Versiones: José Santacreu

ELMER DIKTONIUS

Suecia, 1896-1961

Obreros

A unos 50 metros de altura,
en tejados de hojalata cubiertos de hielo,
se mueven unos hombres.
Con pesadas planchas de zinc
en las manos heladas
afirman sus pies
como gatos ágiles
en las superficies fuertemente inclinadas,
saltan sobre abismos
donde acecha la muerte
disfrazada de vacío
y de fuerza de la gravedad—
ahora van andando por caballetes de un pie de ancho
bien erguidos
con una sonrisa en los rostros azules de frío
en la roja luz de un sol invernal.

¿Dioses? ¿Artistas de cine? ¿Profetas
que están haciendo nuevos milagros
para biblias modernas?
No: son obreros
que realizan su trabajo habitual
por un modesto salario.

Crea, creador

¡Crea, creador!
¡Saca tus herramientas, artista!
El mundo espera,
el mundo dormido espera impaciente
a aquel que lo despierte,
a su violento domador.
El mundo espera
la naciente mañana de su alma.

Letargo, podredumbre,
zumbidos de moscardas en la hedionda carne de los cadáveres,
vida putrefacta —eso es el mundo,
el mundo de los hombres, el mundo de las imágenes de los hombres.
Tu mano dura, artista,
tu alma robusta,

el martillo de hierro de tu pensamiento,
el abrazo de tu fogosa brutalidad—
eso es lo que necesita el mundo,
sí, el mundo, esa hembra cachonda,
la eternamente insatisfecha.

Por eso: ¡golpea, artista!
No te preocupes de gemidos ni de gritos,
no te preocupes de los arañazos de esa tarasca.
Siempre que nace algo nuevo hay gritos
y los arañazos son simplemente una de las locuras del amor.
Abraza todo con el palpitante ardor de tu corazón,
deja que se yerga la inmensa columna de fuego de tu pasión
y en lo íntimo de tu intimidad, artista:
¡arde!

Porque sólo lo que arde tiene fuego, sólo lo que tiene fuego resplandece. Tus quemaduras —sí, escuecen— pero tú resplandeces.
¡Arde y resplandece!

Quiero lanzar

Quiero lanzar
con palabras
duras afiladas
en pleno bramido caótico del mundo
mi rebeldía juvenil
y avanzar a empujones
mi odio
con pasión relampagueante
y arrancarme del pecho el corazón
y arrojarlo a los que
ávidamente pasan hambre.
Pero todo:
mi rebeldía mi amor y mi odio
quiero juntar todo
quiero fundirlo todo en una canción sobre ti
de ti por ti para ti
tú, vida.
Tú, vida donde las líneas rectas de la grandeza crean cielos
y el retorcido hocico de la pequeñez hoza en la basura
donde la muerte lame la vagina caliente tras el parto
y los gusanos se procrean en los ojos de un muerto
tú, cantar de los cantares y barroca prosa
donde se introdujo la lucha
la lucha siervo-señor

entre
lo que jamás se podrá fusionar:
Donde el bien y el mal rugen en su lucha de vida o muerte
se retuercen y agarran como serpientes
se derriban mutuamente
se muerden se despedazan entre sí
buscando con los dientes las respectivas
gargantas.

El dios de los pobres

I

En el torbellino de la gran ciudad
te he encontrado, dios.
Y estabas vendiendo periódicos en una esquina
y me miraste
desde el ojo amoratado de una prostituta,
y por la noche tú, dios
dormías en bancos y en las orillas de los muelles
y por la mañana salías volando
a ver si pescabas algo comestible
en los cubos de la basura
de las grandes avenidas
antes de que los basureros
llegasen con sus camiones;
hemos pasado juntos muchas miserias,
dios mío—
y nada tienes que ver
con las biblias
de publicanos o filisteos.

II

El dios de los pobres
es una enorme cacerola llena de comida
plantada en medio de la plaza.
No predica nada en absoluto—
es simplemente una cacerola que hierve a borbotones,
y entonces todos nos apresuramos
para conseguir nuestra ración
de la papilla celestial.
Mientras comemos juramos a todo pulmón
que por una vez hemos llenado nuestro estómago,
y cuando nos alejamos
intentamos convencernos mutuamente

de que ésta fue la última vez
que se repartía algo semejante—
para así poder ser
cada uno de nosotros
los primeros en la cola
al día siguiente.

III

Jamás vi tan hermoso
al dios de los pobres
como en la figura de una florista
menor de edad con carrillos azules
una tarde de invierno
en la Friedrichstrasse de Berlín.
Él tenía aspecto de violeta helada
y me habló
del poder milagroso del sol
en medio de aquel frío.
Entonces creí en él
y desde ese momento seguí
sus pasos,
abandoné todo
aunque sin derrocharlo completamente,
porque el hombre necesita un cálido rincón,
si no en otra parte
al menos en su pobre corazón—
porque allí vives tú,
dios de los pobres.

Versiones: F. J. Uriz

REGINO PEDROSO

Cuba, 1896-1983

Salutación fraterna al taller mecánico

Tensión violenta del esfuerzo muscular.
Lenguas de acero, las mandarrias,
ensayan en los yunques poemas estridentistas
de literatura de vanguardia.

Metalurgia sinfónica
de instrumentales maquinarias;
ultraístas imágenes de transmisiones y poleas;
exaltación soviética de fraguas.

¡Oh, taller, férreo ovario de producción! Jadeas
como un gran tórax que se cansa.
Tema de moda del momento
para geométrico cubismo
e impresionismo de metáforas.

Pero tienes un alma colectiva
hecha de luchas societarias;
de inquietudes, de hambre, de laceria,
de pobres carnes destrozadas:
alma forjada al odio de injusticias sociales
y anhelos sordos de venganza...
Te agitas, sufres, eres
más que un motivo de palabras.

Sé tu dolor perenne,
sé tu ansiedad humana,
sé como largos siglos de ergástula te han hecho
una conciencia acrática.

Me hablas de Marx, del Kuo Ming Tang, de Lenin;
y en el deslumbramiento de Rusia libertada
vives un sueño ardiente de redención;
palpitas, anhelas, sueñas; lo puedes todo y sigues
tu oscura vida esclava.

Y me abrumas, me entristeces el alma,
me haces escéptico, aunque a veces
vibre al calor de tus proclamas,
y diga siempre a mis hermanos
de labores:

«Buenos días, compañero, camarada».

Son tus hijos, los hijos
de cien generaciones proletarias,
que igual que hace mil años piden en grito unánime
una justicia igualitaria.

Son tus hijos, los tristes,
que angustiados trabajan, trabajan, trabajan
en un esfuerzo fértil de músculos y nervios;
pero estéril al sueño de gestas libertarias.

Son tus hijos que sueñan,
mientras los eslabones de sus días se enlazan,
que en los entristecidos cielos de sus pupilas
surge un fulgor de nuevas albas.

Son tus hijos, que a diario
te ofrendan las vendimias de sus vidas lozanas;
que gritan sus angustias al rechinar del torno
mientras tú, apenas óyesles, como a cosas mecánicas.

Oh, taller resonante de fiebre creadora!
Ubre que a la riqueza y la miseria amamanta!
Fragua que miro a diario forjar propias cadenas
sobre los yunques de tus ansias!

Esclavo del Progreso,
que en tu liturgia nueva y bárbara
elevas al futuro, con tus voces de hierro,
tu inmenso salmo de esperanza!

Ah, cómo voy sintiendo que también de mí un poco
te nutres; yo que odiaba,
sin comprender, tu triste alma colectiva
y tu tecnología mecánica.

Yo que te odié por absorbente;
que odié tus engranajes y tus válvulas;
que odié tu ritmo inmenso porque ahogaba
mi ritmo interno en ronca trepidación de máquinas.
¡Yo te saludo en grito de igual angustia humana!

¿Fundirán tus crisoles los nuevos postulados?
¿Eres sólo un vocablo de lo industrial: la fábrica?
¿O también eres templo
de amor, de fe, de intensos anhelos ideológicos

y comunión de razas?...
Yo dudo a veces, y otras,
palpito, y tiemblo, y vibro con tu inmensa esperanza;
y oigo en mi carne la honda verdad de tus apóstoles:
¡que eres la entraña cósmica que incubas el mañana!

1927

Y lo nuestro es la tierra

Dejadlos con sus dólares, con sus billetes y su Wall Street.
Ahora somos los tristes de las ciudades y los campos.
Dejadlos con sus dioses y con su lujo:
sus dioses siempre fueron sordos a nuestras quejas,
y su lujo es prestado:
están vestidos con nuestra miseria.

También nosotros somos ricos;
pero nuestro tesoro nadie podrá quitárnoslo!
Y lo nuestro es la inmensa fragua del sol,
y el canto del martillo,
y el gran tapiz del mar, bordado de peces,
la fuerza múltiple del taller y la fábrica,
el gesto rebelde, la esperanza,
y el músculo.

Y lo nuestro,
es el dolor de los que sufren... y esperan!
Llegarán los grandes días
como monedas nuevas rodando sobre la vida,
y entonces nuestras manos se colmarán de júbilo!
Dejadlos hoy, hidrópicos de oro,
que lo nuestro nadie podrá quitárnoslo!
Y lo nuestro es la tierra inmensa, toda
madura de anhelos y florecida de crepúsculos.
Y lo nuestro
es la gran hoz del viento,
que va segando en la mañana racimos de futuro!

1927

Mañana

Como forjamos el hierro forjaremos días nuevos.
Sudorosos y fuertes,
descenderemos a lo profundo
y arrancaremos a sus entrañas las nuevas conquistas
Ascenderemos a las montañas,
y el sol nos llenará de su vida:

seremos pedazos de sol!

Forjaremos otra vida grandiosa y humana;
la eternizaremos con un potente esfuerzo unánime.
Y bajo el ojo virgen de los amaneceres,
cantaremos a la fuerza creadora del músculo
y a la armonía fraterna de las almas.

Muchos,
y seremos sólo uno.
...Para el gran canto sólo tendremos una voz.

Cantaremos al hierro,
a la belleza fuerte y nueva de la máquina.

Los yunques, los tractores
que violan a la tierra en cópula mecánica;
la turbina, el dinamo;
la fuga infinita de los rieles
—sistema venoso de acero por donde circula la vida.
Los canales de luz de los cables eléctricos
—células cerebrales del mundo
donde vibra la fuerza.

Cantaremos al hierro porque el mundo es de hierro,
y somos hijos del hierro.
Pero estaremos sobre la máquina.

Un sentimiento nuevo surgirá en nuestros pechos,
y será tan inmenso,
que para amarlo se hará la tierra un corazón.
¿Dónde estará entonces nuestra amargura?
¿Dónde estos días miserables, inválidos?

Como forjamos el hierro forjaremos otros siglos.

Enjoyados de júbilos,
los días nuevos nos verán
musculosos y fuertes desfilar frente al sol.

Vendremos de los campos, de las ciudades, de los talleres:
cada instrumento de trabajo será como un arma
—una sierra, una llave, un martillo, una hoz—;
y ocuparemos la tierra como un ejército en marcha,
saludando a la vida con nuestro canto unánime!

1927

Canción de fragua

¡Llamea, llamea, llamea!
Más viva, más densa, más roja, más alta...
¡Más ágil, más ágil, más ágil!

Porque en esta noche de la tierra esclava,
hijo de los hombres,
ha nacido el Hambre.

Reyes de la noche de los infortunios,
vamos a ofrendarle los amargos dones:
el grito, la angustia, y la mirra ardiente del ansia.

¡Llamea, llamea, llamea!
Hasta que en el mundo sea una estrella nueva tu llama.
Y la tierra toda sepa que ha nacido
en la rica cuna del odio,
entre la miseria y la ira,
nuestro hermano el Hambre.

Se caldea el hierro para nueva forja,
y sobre los yunques, mandarria y martillos
cantan aleluyas de músculos.

¡Llamea, llamea, llamea!
Más viva, más densa, más roja, más alta...
¡más ágil, más ágil, más ágil!

Que bajo los cielos sin dioses,
en un gran pesebre de injusticia humana
ha nacido el Hambre.

Nueva canción

Yo he de vivir en ti...! Cuando nuestras manos
sean polvos de luz en el aire,
y nuestras bocas estén desnudas de palabras,
y nuestros ojos lejanos ya no roben paisajes,
viviremos en ti en un aliento de eternidad.

Será una mañana, una tarde, o en una noche cualquiera
de la de los rebaños de los días futuros;
cuando en las calles las mujeres
besen a los desconocidos en la explosión del júbilo;
o al doblar de una esquina,

en los espejos de las bayonetas;
o en las llamas de las pupilas,
cuando bajo los astros las nuevas masas canten.

En un beso de amor, una gesta guerrera, o en un grito de vida,
de algún modo sobre el mundo se asomarán nuestras imágenes.

Desde nuestras oscuras cárceles del presente
nos desdoblamos hasta ti, momento futuro.
Y nuestras manos, en plenitud cordial,
te lanzan en fragmentos de cantos pedazos vivos de nuestras vidas
a través de la noche en que el viento abanica el paisaje.

Estaremos en ti, porque no moriremos;
porque te sentimos hasta el dolor en nuestras carnes!
Viviremos en el gesto musculoso de los que te forjen
y en el potente aliento de los que lleguen!
Estaremos en ti en el gran grito unánime!
Cuando desborde el canto o el beso de júbilo;
o cuando el gran poema del triunfo canten las bayonetas;
o cuando millones de brazos gigantes construyan lo nuevo;
en el taller o en el tumulto!

Y aunque nuestras manos ya sean polvos de luz en el aire,
y nuestras bocas estén desnudas de palabras,
y nuestros ojos lejanos ya no roben paisajes,
como un gran grito de eternidad,
también, junto a las de mis fraternos compañeros de sombras,
en alguna ventana de la vida
se asomará mi imagen.

Una mañana clara cantaba en lo infinito

Una mañana clara cantaba en lo infinito.
¡Una mañana clara! ¡Una mañana clara!

Un paisaje de ensueño perdido en la distancia;
verdor sobre ciudades musicales de nidos;
alba de espuma el mar;
en las rosas, oro pálido;
remolino en el viento;
colgando de tu boca,
tu voz, fragante y cálida como un fruto encendido,
perfumando el silencio;
panal dorado abriéndose a la sed de mis labios,
goteando entre mis dedos sus palabras de música.

Y en la mañana clara, en la mañana clara,
un humano temblor cantando en lo infinito.

¡Oh, dicha que pasaste como nube en el viento!
La barca iba cantando por un cielo de agua,
danzando al sol naciente;
olas ebrias saltaban junto a la quilla,
y en las ondas azules,
como flechas fugaces el nácar de los peces.

Todo era claro, todo azul en el sueño.
Y todo fugitivo y cambiante en el tiempo.
¿Era el futuro? ¿Fue allí el pasado?
Igual que una acuarela, colgada de los días,
todo allí estaba hecho de ayer y de mañana,
y era también presente.

¿Desde qué cielo oscuro descendió la tiniebla?
Grité... y mi voz se hizo llanto.
Lancé mi anhelo al viento, desesperadamente...
Y mi anhelo, desnudo fue en la fuga del viento.
Pasaban tempestades de incendios y de voces,
y todo se hizo sordo, amargo, pétreo, negro.
Mis ojos se anegaron en una espesa angustia...
y hubo un morir sin eco de muerte sobre muerte.

Naufragaba en la noche;
me arranqué de mí mismo;
tú misma ante aquel viento te fuiste haciendo ausente.
Floté sobre las aguas como un desgarramiento,
y en las olas perdiose mi amor, como un juguete.

Mas la mañana clara, mas la mañana clara,
a pesar del morir de rosas,
de la fuga de alas,
del dolor de los sueños,
de aquel morir de muerte,
me quedó siempre adentro,
cantando adentro siempre!

Y ahora vuelves, despiertas, renaces...
Etérea, dulce, grácil,
carnal y musical, riente;
toda entrega, madura, grávida de tus mieses;
plena de goces, de cantos, de imágenes, de ritmos;
humilde, fresca, trémula como una brizna leve.

¡Ah, este naufragio! ¡Este naufragio!
Ahora que voy sin voz, sin pupilas, desnudo,
cuando llevo entre algas prisioneras las manos.
Cuando en esta agonía del canto ya no quedan
rosas para los ojos,
alas para los sueños,
mieles para las bocas.
¡Cuándo ya para el beso se han quemado los labios!
Mas, ¿desde cuándo naufrago?
¿Cuándo fue aquella fuga del vuelo
y aquel morir de muerte?

Yo no sé en qué fragmento del tiempo me he perdido.
Ignoro si hace un año, si hace un día,
si quizás hace un siglo,
si sólo fue un instante,
y en un instante acaso si viví lo infinito!

Yo no sé si fue un sueño, si esto existió algún día;
si ahora tal vez lo vivo o si sólo es un sueño.
Si esta canción me llega como una despedida
o como eterno anhelo,
y locamente estrofas fugaces voy regando
en las aguas del tiempo.

Tal vez no partí nunca.
Quizá si siempre estuvo esta mañana clara
llenándome los ojos,
cantándome en las manos
como el rumor dichoso del agua que va y vuelve;
y tú, soñando en ella, corrías encantada;
y yo, sin descubrirte, ausente;
y bebiéndote estaba con mis labios sin músculos...
Y andaba por el mundo buscándote, soñándote, llorándote
como perdida siempre.

¡Pero ya que te encuentro...!
¿En qué país te encuentro?
¿Estás en el pasado o el presente
—que es ya futuro, fuga,
ahora mismo ha llegado y ya se pierde?

Te soñé en muchas aguas,
te besé en muchas bocas;
en playas extranjeras busqué tu concha ardiente;
te presentí gozosa, riendo en muchas risas;
en otros senos cálidos te perseguí mil veces;

pero estabas ahí, en mí mismo, escondida
—río que va y regresa cantando de la muerte—,
eterna en mi canción,
única siempre!

¡Pero ya que te encuentro...!
¡Ah!... ¡Llegas! ¡Llegas!
Te siento al fin —¡canción de tu presencia!—,
eternizada en mar, en tierra y cielo.

Recoge estos despojos,
este morir de muerte;
lava con aguas dulces mis ojos, mis cabellos;
haz palpitar mis sienes,
limpia de sal mi boca...
aún guarda un canto que no he dicho
—nunca encontré palabras para decirlo—;
lo sembraré en la tierra profunda de ti misma
que está cantando al viento más hondo que mi muerte.

En la tierra que sueña, que en ti está, que en ti grita,
madura de simiente y de mañana
—¡canción sin fin, río eterno hacia el mar, árbol de ensueño y vida!—;
amor que hace infinito el grito de la arcilla...
Y en tu canción, cantando iré al futuro,
yo, con mi voz eterna,
desgarrando de gozo tus entrañas.

Tierra tú de mi amor.
Tierra en que encuentre
ancha voz para el mundo;
cantos para los hombres;
alas para llegar en vuelo a lo infinito;
pupilas luminosas para incendiar crepúsculos;
manos que se hundan en ti, en tus dolores cósmicos,
en tus sueños, en tus carnes, en tus mieses,
se nutran, infinitas, de tus jugos,
se agiten, como espigas, en tus cabellos,
y en el alba del mundo el campo siembren.
Sé tú la tierra!
Y renaceré en el polvo, y en la luz, y en el agua, y en las ramas,
con voz de vida y muerte!

¡Oh esplendor! ¡Oh esplendor luminoso
de esta mañana clara, de esta mañana clara!
Naufragio de los días, de los sueños lejanos.
Naufragio de mí mismo en las aguas amargas.

En mi pupila ayer cantaba una mañana...
¡Una mañana clara! ¡Una mañana clara!
Pasó un viento, un viento...
¡un viento pasa siempre!

¡Una mañana clara cantaba en lo infinito!
Llegaron días turbios,
y sueño y vela y vida se hicieron sombras, sombras...
Tú misma, en la agonía, te fuiste haciendo ausente.
Pero sobre mi vida cantaba una mañana...
¡y una mañana clara cantando está en mi muerte!

LOUIS ARAGON

Francia, 1897-1982

¿Conoces el país de los obreros?

¿Conoces
el país
que mece la eglantina?
Huyó el águila cuando
la insurrección de octubre
derrotó a los rentistas.
¿Conoces
el país
donde se abren los ojos
de la infancia al futuro, y no sobre el pasado;
en donde la mujer
ya no es tu sirvienta,
ya no es tu querida,
ya no es tu
mujer, pero
sí una mujer;
el país sin patronos, sin putas y sin curas;
el país
donde no
tienen dueños las flores,
el país de las granjas,
mineros,
marineros,
metalúrgicos, tipógrafos, ferroviarios?
¿Conoces el país
de las grandes cocinas?
¿Conoces
el país que brilla en la mañana,
que es rocío en los labios del África oprimida,
miel
en el corazón del Asia,
la meta de los negros y el cielo de los blancos?
¿Conoces
el país
donde la noche da la mano al día,
el país
de la esperanza y la canción que nace,
el país
del trigo verde aún del materialismo,
el país
que es la pupila del Universo,

la salamandra del sol;
el país
de los granos,
crisol
de las semanas,
el país, el país donde el llanto del mundo
formará un bello día el diamante del día?

¿Conoces el país de los obreros?

Versión: Rafael Alberti

La rosa y la reseda

El que en el Cielo creía,
el que no creía en él,
los dos con idolatría
amaban a la rehén.
Uno a mirarla subía,
otro tendíase al pie,
el que en el Cielo creía,
el que no creía en él.
Nada importa cuál sería
la luz que alumbrando fue;
uno del templo salía,
otro esquivó su dintel,
el que en el Cielo creía,
el que no creía en él.
Cuerpo y alma en alegría,
cada cual amante fiel,
qu'ella vive, se decía,
y quien viva lo ha de ver,
el que en el Cielo creía,
el que no creía en él.
Loco es pedir cortesía,
viendo arrasada la mies,
rumiando melancolía
de la metralla al vaivén,
el que en el Cielo creía,
el que no creía en él.
Desde lo alto el vigía
tiró una y otra vez,
uno tras otro caía;
¿cuál de ellos muerto fue,
el que en el Cielo creía,
el que no creía en el?

En la prisión, ¿cuál sería
el de más duro yacer,
cuál de los dos prefería
de las ratas el tropel,
el que en el Cielo creía,
el que no creía en él?
Sollozar de rebeldía,
¿a quién puede conmover
dejar la terrena vía
al rayar el alba cruel,
el que en el Cielo creía,
el que no creía en él?
Al caer nombrar se oía
a la que adorada fue,
con brillo igual relucía
la roja sangre al caer
del que en el Cielo creía,
del que no creía en él.
Cárdeno arroyo teñía
la tierra de su nacer
para que madure un día
vendimias de moscatel
el que en el Cielo creía,
el que no creía en él.
Corren, vuelan a porfía,
el bretón y el lorenés;
vuelve el grillo a su tonía
en el huerto y el vergel.
Flauta o viola en melodía
en doble amor van a arder
las aves entre la umbría
rosa y reseda también.

Versión: Carlos López Narváez

WLADYSLAW BRONIEWSKI

Polonia, 1897-1962

¡No pasarán!

En su agonía los republicanos
mojan la calle con su sangre y han
escrito en las paredes con su mano,
con su sangre: ¡No pasarán!

Lo grabaron con fuego y sangre en medio
de barricadas de alma y adoquín.
Nació la libertad en el asedio,
más que la muerte ya no tiene fin.

Madrid: dos años el fascista intento
de a hierro y fuego su forma horadar.
La libertad es patrio monumento
que violencia y presión quieren quebrar.

Libertad, equidad, fraterna suerte
en mi verso que en sangre brota están.
Si muere, anuncie a través de su muerte
la esperanza: ¡No pasarán!

A los pioneros

¡Si el corazón tuyo sufriera,
arráncalo al pecho en pedazos!
Salga, triunfal, la primavera
en sangre, al puente de los brazos.

Basta que el rojo cañón ruja
si en tu canción la sangre no obra.
¡El ojo firme, el diente cruja!
¡Alerta! La palabra sobra.

¿Qué, si la fuerza, a culatazos,
nos rompe rostros y costillas?
¡Al muro, por la brecha, a pasos
de triunfo! El hoy es la Bastilla.

La maza el pecho no quebranta.
Aprieta los labios sangrantes...
Vendrá el día límpido que canta
hermosos cantos exultantes.

1925
Versiones: Francisco de Oraá

En nuestra tierra

Al Norte, veo nuestra casa en ruinas,
mas veo también libertad, justicia y trabajo.
Ya es hora de que nuestras manos empuñen
el arado, el pico y la pluma.
Ya es hora de que edifiquemos nuestro hogar,
ya es hora de que retornemos a nuestra tierra.

Como las aves que llegan de lejanas orillas,
ganaremos de nuevo nuestras tierras,
donde, sobre las tumbas, tañe la campana de los cementerios,
donde, entre las ruinas y los escombros, ronda todavía la miseria.

Ya es hora de que volvamos, ya es hora
de sacudir la tierra de las tumbas,
de transformar toda la vida;
y nuestras manos son fuertes...

Engancharemos a los arados viejos
la fuerza del caballo de vapor...
¡La tierra para quien la trabaje! ¡Ya no hay esclavos!
¡Igualdad! ¡Instrucción! ¡Y tractores!

Marchad, mineros, a vuestras profundas galerías,
haced que grite el pico y cante la perforadora,
de un tajo a otro, arrancad, extraed
el carbón que os entrega vuestra tierra natal.

Esos lingotes negros partirán
hacia Szczecin, hacia Gdynia, hacia Gdansk...
¡Oh, Trabajo, oh Trabajo, oh, Trabajo!
Ya no eres avasallada, Polonia laboriosa.

Que brote todo un bosque de chimeneas,
que zumben los telares de Lodz,
Tejiendo ropas para aldeas y ciudades:
hay que vestir a los niños de los suburbios.

Que silbe el acero en los hornos,
¡Al asalto, las fábricas de abonos!
Ferroviarios, haced que bramen a lo lejos
mil locomotoras nacidas de nuestro sudor.

A los mástiles, marinos! ; ¡Izad nuestra bandera clara
sobre el esplendor del Báltico polaco!
¡Que el héroe que hundió al «Águila»
cruce las aguas en travesía triunfal!

Soldados de Narvik y de Cassino,
leones furiosos, leones blindados,
la nueva Polonia reclama hazañas nuevas.
¡Manos a la obra, sin tardar!

¡Y vosotros, aviadores, santos de nuestro tiempo,
saltad a los aviones con presteza!
Berlín, para vuestros ojos bien abiertos,
no es ya más que un castillo de naipes...
Y el mismo día aterrizaréis en Varsovia.

¡En pie, Varsovia, aplasta la violencia!
No, que no sea la antigua, ésa no...
Hoy en día, he ahí tu nuevo cuerpo
que forjan el arquitecto, el albañil y el poeta.

Miles de corazones forman hoy uno solo:
ésa es, Polonia, tu imagen de hoy en día;
regresemos, hermanos, y levantemos en Varsovia
mil casas de cristal.

¡Arranquemos a puñados la tierra!
¡Arranquemos los ladrillos de las ruinas!
Construyamos la casa para alojar nuestro corazón
en la Polonia independiente y libre.

Con el brazo, con el corazón, con la cabeza,
hagamos realidad nuestro sueño de siempre.
Es nuestro hogar el que edificamos...
¡Canto, enséñanos a amar!

1945

Mazovia

VIII

A la orilla del Vístula está la ciudad más bella que nuestra muerte
cuando las vidas se extravían en las historia:
la ciudad donde es hermoso vivir y morir,
la ciudad de la buena esperanza.

¡Varsovia,
columna quebrada,
Varsovia,
aplastada como María, mi mujer,
Varsovia la orgullosa,
estás viva!

El Vístula corre desde Cracovia, desde Sandomierz,
viene desde todas las tierras de Polonia.
Mira:
aquí está Varsovia.
Para aquel que contra ella levante la mano
¡un balazo en la frente!

Detrás de los andamios no puede verse la ciudad,
crecen edificios, altas fábricas…
Así al socialismo surge
de Mazovia nuestra visible casa.

BERTOLT BRECHT

Alemania, 1898-1956

Cantata por el aniversario de la muerte de Lenin

1

Al morir Lenin,
un soldado de la guardia, según se cuenta,
dijo a sus camaradas: Yo no quería
creerlo. Fui donde él estaba
y le grité al oído: «Ilich,
ahí vienen los explotadores». No se movió.
Ahora estoy seguro de que ha muerto.

2

Si un hombre bueno quiere irse,
¿con qué se le puede detener?
Dile para qué es útil.
Eso lo puede detener.

3

¿Qué podía detener a Lenin?

4

El soldado pensó:
Si oye que los explotadores vienen,
puede que estando sólo enfermo se levante.
Quizás; venga con muletas.
Quizás haga que lo traigan
pero se levantará y vendrá
para luchar contra los explotadores.

5

El soldado sabía que Lenin
había peleado toda su vida
contra los explotadores.

6

Cuando terminaron de tomar por asalto
el Palacio de Invierno, el soldado
quiso regresar a su hogar, porque allí

se habían repartido ya las tierras de los propietarios.
Entonces Lenin le dijo: Quédate.
Todavía hay explotadores.
Y mientras haya explotación
hay que luchar contra ella.
Mientras tú existas,
tienes que luchar contra ella.

7

Los débiles no luchan. Los más fuertes
quizás luchan una hora.
Los que aún son más fuertes, luchan unos años. Pero
los más fuertes de todos luchan toda su vida. Éstos son los
indispensables.

8

Elogio del revolucionario

Cuando la opresión aumenta,
otros se desaniman
pero su valor crece.

Él organiza la lucha
por un centavo de sueldo, por el agua de té,
por el poder del Estado.

Le pregunta a la propiedad:
¿De dónde surgiste?
Le pregunta a las opiniones:
¿A quién sirven ustedes?

Donde siempre callan todos,
allí hablará él.
Y donde reina la opinión y se habla del destino,
él dará los nombres.

Donde él se sienta a la mesa,
se está sentando la inconformidad a la mesa.
La comida se echa a perder
y en seguida se ve lo estrecho que es el cuarto.

A donde le echen, allí
irá la insurrección, y en el sitio
de donde lo expulsen
seguirá reinando la intranquilidad.

9

Por la época en que Lenin murió y faltó
se había obtenido la victoria, pero el país estaba destruido.
Las masas habían despertado,
pero el camino estaba oscuro,
Al morir Lenin,
los soldados se sentaron sobre las piedras del camino y lloraron
y los obreros abandonaron las máquinas
y agitaron los puños.

10

Al irse Lenin, fue
como si el árbol le dijera a las hojas:
Me marcho.

11

Desde entonces han pasado quince años.
Una sexta parte de la tierra
está liberada de la explotación.
Cuando se grita: «Ahí vienen los explotadores»,
las masas siempre se yerguen de nuevo
dispuestas a luchar.

12

Lenin está inscrito
en el gran corazón de la clase obrera.
Él fue nuestro maestro.
Él luchó con nosotros.
Él está inscrito
en el gran corazón de la clase obrera).

Versiones: Olimpia Sigarroa y Víctor Casaus

Loa al Partido

Tú tienes dos ojos
El Partido tiene mil ojos.
El Partido ve siete estados
El individuo ve una ciudad.
El individuo tiene su hora
Pero el Partido tiene muchas horas.
El individuo puede ser destruido

Pero el Partido no puede ser destruido.
Pues es la vanguardia de las masas
Y guía su lucha.
Con los métodos de los clásicos, que son tomados
Del conocimiento de la realidad.

A los soldados alemanes en el Este

1

Hermanos, si yo me hallara entre ustedes
En las estepas nevadas del Este fuera uno de ustedes
Uno de miles, entre chatarras
También diría lo que ustedes dicen: Seguro
Debe haber un camino de vuelta al hogar.

Pero, hermanos, hermanos míos
Debajo del casco, dentro del cráneo
Sabría lo que ustedes saben: que
No hay ningún camino de retorno al hogar.

En el mapa del atlas escolar
El camino hacia Smolensk no es más grande
Que el meñique del Führer, pero
En los campos nevados es más largo,
Muy largo, tan largo.

La nieve no es eterna, sólo llega hasta la primavera
Pero tampoco el hombre es eterno, a la primavera
No llega

Así debo morir, lo sé.
Con el ropaje del bandido debo morir
Morir con la camisa del incendiario.
Como uno entre muchos, uno entre miles
Acosado por bandido, lapidado por incendiario.

2

Hermanos, si yo estuviera entre ustedes
Y con ustedes, trotara sobre el helado desierto
Preguntaría lo que ustedes preguntan: ¿Por qué
He venido aquí, de donde
Ningún camino jamás nos conducirá al hogar?

¿Por qué me puse el ropaje del bandido?

¿Por qué me puse la camisa del incendiario?
No fue por hambre, ni
Fue por el placer de matar, no.

Sólo porque era un esclavo
Y me reclutaron
Partí para matar e incendiar
Y ahora seré acosado
Y ahora seré lapidado.

3

Porque irrumpí brutalmente
En la pacífica tierra de los campesinos y obreros
Del gran orden, de la construcción incesante
Hollando y destrozando sembrados y koljoses
Saqueando fábricas, molinos y represas
Interrumpiendo las clases de las mil escuelas
Impidiendo las reuniones de los soviets incansables:
Por eso debo morir ahora como una rata
A la que el campesino ha cazado.

4

Para que de mí quede limpia
La faz de la tierra
¡De mí, lepra! Para que se estatuya un ejemplo
Conmigo para todos los tiempos, cómo se debe proceder
Con bandidos e incendiarios
Y con los esclavos de los bandidos e incendiarios.

5

Y así dirán las madres, no tenemos hijos.
Y así dirán los niños, no tenemos padres.
Y así habrá túmulos, que nada dirán.

6

Y nunca más veré
La tierra de donde partí
Ni los bosques de Baviera, ni las montañas del Sur
Tampoco el mar, ni las llanuras de la Marca, ni el pino
Tampoco los viñedos en las riberas de la Franconia.
Ni en la mañana gris, ni al mediodía
Y tampoco al caer la tarde.

Ni las ciudades y la ciudad donde nací.
Ni el taller, y nunca más el cuartucho
Y tampoco la silla.
Todo esto jamás lo volveré a ver.
Y ninguno de los que partió conmigo
Lo ha de volver a ver siquiera una vez más.
Ni yo, ni tú
Oiremos la voz de las madres y mujeres
El viento batiendo contra la chimenea del hogar
El alegre bullicio de la ciudad, o el amargo.

7

Sino que moriré en la madurez de la vida
No amado, no extrañado
Loco conductor de una máquina de guerra.

Incorregible, salvo en la hora final
Inexperto, salvo para matar
No extrañado, salvo por los matarifes.

Y yaceré bajo la tierra
Que he destrozado
Un parásito, por el que no se siente lástima,
Junto a mi fosa se sentirá alivio.

Pues, ¿qué han tirado ahí?
Un quintal de carne en un tanque, que pronto se pudrió.
¿Qué es lo que se pierde?
Un arbusto seco, que se congeló
Una mierda, que fue paleada
Una peste, que el viento se llevó.

Hermanos, si ahora estuviera entre ustedes
En el camino de retorno a Smolensk
De Smolensk de retorno, hacia la nada

Sentiría lo que ustedes sienten: Siempre
Supe debajo del casco, dentro del cráneo
Que lo malo no es bueno
Que dos más dos son cuatro
Y que morirá quien vaya con él
Con el sanguinario gritón
Con el sanguinario imbécil.

Que no sabía que el camino hacia Moscú es largo
Muy largo, tan largo.
Que el invierno en las tierras orientales es frío

Muy frío, tan frío.
Que los campesinos y obreros del nuevo Estado
Defenderían su tierra y sus ciudades
Hasta arrasar con todos nosotros.

9

Ante los bosques, tras los cañones
En las calles y en las casas
Bajo los tanques, en las aceras
Por los hombres, por las mujeres, por los niños
En el frío, en la noche, en el hambre
Seremos todos arrasados
Hoy o mañana o al siguiente día
Yo y tú y el general, todo
Lo que aquí vino a desolar
Lo que la mano del hombre levantó.

10

Porque cuesta tanto trabajo cultivar la tierra
Porque cuesta tanto sudor construir una casa
Talar los árboles, dibujar el plano
Levantar los muros, cubrir el techo,
Porque cansaba tanto, porque la esperanza era tan grande.

11

Durante milenios se oyeron risotadas
Cuando se violaban las obras del hombre.
Mas ahora correrá la voz por todos los continentes:

El pie, que hollara los campos de los nuevos tractoristas
Está seco.

La mano, que se levantará contra la obra de los nuevos constructores
Está cortada.

Versiones: Malena Barro y Julio Babruskinas

FEDERICO GARCÍA LORCA

España, 1898-1936

Romance de la Guardia Civil española

A Juan Guerrero,
Cónsul general de la Poesía

Los caballos negros son.
Las herraduras son negras.
Sobre las capas relucen
manchas de tinta y de cera.
Tienen, por eso no lloran,
de plomo las calaveras.
Con el alma de charol
vienen por la carretera.
Jorobados y nocturnos,
por donde animan ordenan
silencios de goma oscura
y miedos de fina arena.
Pasan, si quieren pasar,
y ocultan en la cabeza
una vaga astronomía
de pistolas inconcretas.

¡Oh ciudad de los gitanos!
En las esquinas banderas.
La luna y la calabaza
con las guindas en conserva.
¡Oh ciudad de los gitanos!
¿Quién te vio y no te recuerda?
Ciudad de dolor y almizcle,
con las torres de canela.

Cuando llegaba la noche,
noche que noche nochera,
los gitanos en sus fraguas
forjaban soles y flechas.
Un caballo malherido,
llamaba a todas las puertas.
Gallos de vidrio cantaban
por Jerez de la Frontera.
El viento, vuelve desnudo
la esquina de la sorpresa,
en la noche platinoche
noche, que noche nochera.

La Virgen y San José,
perdieron sus castañuelas,
y buscan a los gitanos
para ver si las encuentran.
La Virgen viene vestida
con un traje de alcaldesa
de papel de chocolate
con los collares de almendras.
San José mueve los brazos
bajo una capa de seda.

Detrás va Pedro Domecq
con tres sultanes de Persia.
La media luna, soñaba
un éxtasis de cigüeña.
Estandartes y faroles
invaden las azoteas.
Por los espejos sollozan
bailarinas sin caderas.
Agua y sombra, sombra y agua
por Jerez de la Frontera.

¡Oh ciudad de los gitanos!
En las esquinas banderas.
Apaga tus verdes luces
que viene la benemérita.
¡Oh ciudad de los gitanos!
¿Quién te vio y no te recuerda?
Dejadla lejos del mar,
sin peines para sus crenchas.

Avanzan de dos en fondo
a la ciudad de la fiesta.
Un rumor de siemprevivas
invade las cartucheras.
Avanzan de dos en fondo.
Doble nocturno de tela.
El cielo, se les antoja,
una vitrina de espuelas.

La ciudad libre de miedo,
multiplicaba sus puertas.
Cuarenta guardias civiles
entran a saco por ellas.
Los relojes se pararon,
y el coñac de las botellas

se disfrazó de noviembre
para no infundir sospechas.
Un vuelo de gritos largos
se levantó en las veletas.
Los sables cortan las brisas
que los cascos atropellan.
Por las calles de penumbra
huyen las gitanas viejas
con los caballos dormidos
y las orzas de monedas.
Por las calles empinadas
suben las capas siniestras,
dejando atrás fugaces
remolinos de tijeras.

En el portal de Belén
los gitanos se congregan.
San José, lleno de heridas,
amortaja a una doncella.
Tercos fusiles agudos
por toda la noche suenan.
La Virgen cura a los niños
con salivilla de estrella.
Pero la Guardia Civil
avanza sembrando hogueras,
donde joven y desnuda
la imaginación se quema.

Rosa la de los Camborios,
gime sentada en su puerta
con sus dos pechos cortados
puestos en una bandeja.
Y otras muchachas corrían
perseguidas por sus trenzas,
en un aire donde estallan
rosas de pólvora negra.
Cuando todos los tejados
eran surcos de la tierra,
el alba meció sus hombros
en largo perfil de piedra.

¡Oh ciudad de los gitanos!
La Guardia Civil se aleja
por un túnel de silencio
mientras las llamas te cercan.

¡Oh ciudad de los gitanos!

¿Quién te vio y no te recuerda?
Que te busquen en mi frente.
Juego de luna y arena.

Oda al rey de Harlem

Con una cuchara,
arrancaba los ojos a los cocodrilos
y golpeaba el trasero de los monos.
Con una cuchara.

Fuego de siempre dormía en los pedernales
y los escarabajos borrachos de anís
olvidaban el musgo de las aldeas.

Aquel viejo cubierto de setas
iba al sitio donde lloraban los negros
mientras crujía la cuchara del rey
y llegaban los tanques de agua podrida.

Las rosas huían por los filos
de las últimas curvas del aire,
y en los montones de azafrán
los niños machacaban pequeñas ardillas,
con un rubor de frenesí manchado.

Es preciso cruzar los puentes
y llegar al rubor negro
para que el perfume de pulmón
nos golpee las sienes con su vestido
de caliente piña.

Es preciso matar al rubio vendedor de aguardiente,
a todos los amigos de la manzana y de la arena,
y es necesario dar con los puños cerrados
a las pequeñas judías que tiemblan llenas de burbujas,
para que el rey de Harlem cante con su muchedumbre,
para que los cocodrilos duerman en largas filas
bajo el amianto de la luna,
y para que nadie dude de la infinita belleza
de los plumeros, los ralladores, los cobres y las cacerolas de
las cocinas.

¡Ay Harlem! ¡Ay Harlem! ¡Ay Harlem!
¡No hay angustia comparable a tus ojos oprimidos,
a tu sangre estremecida dentro del eclipse oscuro,

a tu violencia granate sordomuda en la penumbra,
a tu gran rey prisionero con un traje de conserje!

Tenía la noche una hendidura y quietas salamandras de marfil.
Las muchachas americanas llevaban niños y monedas en el vientre,
y los muchachos se desmayaban en la cruz del desperezo.

Ellos son.
Ellos son los que beben el *whisky* de plata junto a los volcanes
y tragan pedacitos de corazón, por las heladas montañas del oso.

Aquella noche el rey de Harlem,
con una durísima cuchara
arrancaba los ojos a los cocodrilos
y golpeaba el trasero de los monos.
Con una cuchara.
Los negros lloraban confundidos
entre paraguas y soles de oro,
los mulatos estiraban gomas, ansiosos de llegar al torso blanco,
y el viento empañaba espejos
y quebraba las venas de los bailarines.

Negros, Negros, Negros, Negros.

La sangre no tiene puertas en vuestra noche boca arriba.
No hay rubor. Sangre furiosa por debajo de las pieles,
viva en la espina del puñal y en el pecho de los paisajes,
bajo las pinzas y las retamas de la celeste luna de cáncer.

Sangre que busca por mil caminos muertes enharinadas
y ceniza de nardo,
cielos yertos en declive, donde las colonias de planetas
rueden por las playas con los objetos abandonados.

Sangre que mira lenta con el rabo del ojo,
hecha de espartos exprimidos, néctares de subterráneos.
Sangre que oxida el alisio descuidado en una huella
y disuelve a las mariposas en los cristales de la ventana.

Es la sangre que viene, que vendrá
por los tejados y azoteas, por todas partes,
para quemar la clorofila de las mujeres rubias,
para gemir al pie de las camas ante el insomnio de los lavabos
y estrellarse en una aurora de tabaco y bajo amarillo.

Hay que huir,
huir por las esquinas y encerrarse en los últimos pisos,

porque el tuétano del bosque penetrará por las rendijas
para dejar en vuestra carne una leve huella de eclipse
y una falsa tristeza de guante desteñido y rosa química.

Es por el silencio sapientísimo
cuando los camareros y los cocineros y los que limpian con
la lengua
las heridas de los millonarios
buscan al rey por las calles o en los ángulos del salitre.

Un viento sur de madera, oblicuo en el negro fango,
escupe a las barcas rotas y se clava puntillas en los hombros;
un viento sur que lleva
colmillos, girasoles, alfabetos
y una pila de Volta con avispas ahogadas.

El olvido estaba expresado por tres gotas de tinta sobre el
monóculo,
el amor por un solo rostro invisible a flor de piedra.
Médulas y corolas componían sobre las nubes
un desierto de tallos sin una sola rosa.

A la izquierda, a la derecha, por el Sur y por el Norte
se levanta el muro impasible
para el topo, la aguja del agua.
No busquéis, negros, su grieta
para hallar la máscara infinita.
Buscad el gran sol del centro
hechos una piña zumbadora.
El sol que se desliza por los bosques
seguro de no encontrar una ninfa,
el sol que destruye números y no ha cruzado nunca un sueño,
el tatuado sol que baja por el río
y muge seguido de caimanes.

Negros, Negros, Negros, Negros.

Jamás sierpe, ni cebra, ni mula
palidecieron al morir.
El leñador no sabe cuándo expiran
los clamorosos árboles que corta.
Aguardad bajo la sombra vegetal de vuestro rey
a que cicutas y cardos y ortigas turben postreras azoteas.

Entonces, negros, entonces, entonces,
podéis besar con frenesí las ruedas de las bicicletas,
poner parejas de microscopios en las cuevas de las ardillas

y danzar al fin, sin duda, mientras las flores erizadas
asesinan a nuestro Moisés casi en los juncos del cielo.

¡Ay, Harlem disfrazada!
¡Ay, Harlem, amenazada por un gentío de trajes sin cabeza!
Me llega tu rumor,
me llega tu rumor atravesando troncos y ascensores,
a través de lágrimas grises,
donde flotan sus automóviles cubiertos de dientes,
a través de los caballos muertos y los crímenes diminutos,
a través de tu gran rey desesperado,
cuyas barbas llegan al mar.

New York

Oficina y denuncia

A Fernando Vela

Debajo de las multiplicaciones
hay una gota de sangre de pato;
debajo de las divisiones
hay una gota de sangre de marinero;
debajo de las sumas, un río de sangre tierna.
Un río que viene cantando
por los dormitorios de los arrabales,
y es plata, cemento o brisa
en el alba mentida de New York.
Existen las montañas. Lo sé.
Y los anteojos para la sabiduría.
Lo sé. Pero yo no he venido a ver el cielo.
Yo he venido para ver la turbia sangre.
La sangre que lleva las máquinas a las cataratas
y el espíritu a la lengua de la cobra.
Todos los días se matan en New York
cuatro millones de patos,
cinco millones de cerdos,
dos mil palomas para el gusto de los agonizantes,
un millón de vacas,
un millón de corderos
y dos millones de gallos,
que dejan los cielos hechos añicos.
Más vale sollozar afilando la navaja
o asesinar a los perros
en las alucinantes cacerías,
que resistir en la madrugada
los interminables trenes de leche,
los interminables trenes de sangre

y los trenes de rosas maniatadas
por los comerciantes de perfumes.
Los patos y las palomas,
y los cerdos y los corderos
ponen sus gotas de sangre
debajo de las multiplicaciones,
y los terribles alaridos de las vacas estrujadas
llenan de dolor el valle
donde el Hudson se emborracha con aceite.
Yo denuncio a toda la gente
que ignora la otra mitad,
la mitad irredimible
que levanta sus montes de cemento
donde laten los corazones
de los animalitos que se olvidan
y donde caeremos todos
en la última fiesta de los taladros.
Os escupo en la cara.
La otra mitad me escucha
devorando, orinando, volando en su pureza,
como los niños de las porterías
que llevan frágiles palitos
a los huecos donde se oxidan
las antenas de los insectos.
No es el infierno, es la calle.
No es la muerte, es la tienda de frutas.
Hay un mundo de ríos quebrados
y distancias inasibles
en la patita de ese gato
quebrada por el automóvil,
y yo oigo el canto de la lombriz
en el corazón de muchas niñas.
Óxido, fermento, tierra estremecida.
Tierra tú mismo que nadas
por los números de la oficina.
¿Qué voy a hacer? ¿Ordenar los paisajes?
¿Ordenar los amores que luego son fotografías,
que luego son pedazos de madera
y bocanadas de sangre?
San Ignacio de Loyola
asesinó un pequeño conejo
y todavía sus labios gimen
por las torres de las iglesias.
No, no, no, no; yo denuncio.
Yo denuncio la conjura
de estas desiertas oficinas
que no radian las agonías,
que borran los programas de la selva,

y me ofrezco a ser comido
por las vacas estrujadas
cuando sus gritos llenan el valle
donde el Hudson se emborracha con aceite.

Grito hacia Roma

(Desde la Torre del Chrysler Building)

Manzanas levemente heridas
por los finos espadines de plata,
nubes rasgadas por una mano de coral
que lleva en el dorso una almendra de fuego,
peces de arsénico como tiburones,
tiburones como gotas de llanto, para cegar una multitud,
rosas que hieren
y agujas instaladas en los caños de la sangre,
mundos enemigos y amores cubiertos de gusanos
caerán sobre ti. Caerán sobre la gran cúpula
que untan de aceite las lenguas militares
donde un hombre se orina en una deslumbrante paloma
y escupe carbón machacado
rodeado de miles de campanillas.

Porque ya no hay quien reparta el pan ni el vino,
ni quien cultive hierbas en la boca del muerto,
ni quien abra los linos del reposo,
ni quien llore por las heridas de los elefantes.
No hay más que un millón de herreros
forjando cadenas para los niños que han de venir.
No hay más que un millón de carpinteros
que hacen ataúdes sin cruz.
No hay más que un gentío de lamentos
que se abren las ropas en espera de la bala.
El hombre que desprecia la paloma debía hablar,
debía gritar desnudo entre las columnas,
y ponerse una inyección para adquirir la lepra
y llorar un llanto tan terrible
que disolviera sus anillos y sus teléfonos de diamante.
Pero el hombre vestido de blanco
ignora el misterio de la espiga,
ignora el gemido de la parturienta,
ignora que Cristo puede dar agua todavía,
ignora que la moneda quema el beso de prodigio
y da la sangre del cordero al pico idiota del faisán.

Los maestros enseñan a los niños
una luz maravillosa que viene del monte;
pero lo que llega es una reunión de cloacas
donde gritan las oscuras ninfas del cólera.
Los maestros señalan con devoción las enormes cúpulas sahumadas;
pero debajo de las estatuas no hay amor,
no hay amor bajo los ojos de cristal definitivo.

El amor está en las carnes desgarradas por la sed,
en la choza diminuta que lucha con la inundación;
el amor está en los fosos donde luchan las sierpes del hambre,
en el triste mar que mece los cadáveres de las gaviotas
y en el oscurísimo beso punzante debajo de las almohadas.
Pero el viejo de las manos traslúcidas
dirá: Amor, amor, amor,
aclamado por millones de moribundos;
dirá: amor, amor, amor,
entre el tisú estremecido de ternura;
dirá: paz, paz, paz,
entre el tirite de cuchillos y melones de dinamita;
dirá: amor, amor, amor,
hasta que se le pongan de plata los labios.
Mientras tanto, mientras tanto, ¡ay!, mientras tanto,
los negros que sacan las escupideras,
los muchachos que tiemblan bajo el terror pálido de los directores,
las mujeres ahogadas en aceites minerales,
la muchedumbre de martillo, de violín o de nube,
ha de gritar aunque le estrellen los sesos en el muro,
ha de gritar frente a las cúpulas,
ha de gritar loca de fuego,
ha de gritar loca de nieve,
ha de gritar con la cabeza llena de excremento,
ha de gritar como todas las noches juntas,
ha de gritar con voz tan desgarrada
hasta que las ciudades tiemblen como niñas
y rompan las prisiones del aceite y la música,
porque queremos el pan nuestro de cada día,
flor de aliso y perenne ternura desgranada,
porque queremos que se cumpla la voluntad de la Tierra
que da sus frutas para todos.

DESANKA MAKSIMOVI

Serbia, 1898-1993

Fábula sangrienta

Ocurrió en un país de campesinos
en el Balkán agreste,
sufrió un día la muerte de los mártires
todo un destacamento
estudiantil.
Nacieron en un mismo año, iguales
sus jornadas de estudio transcurrían,
andaban juntos a las mismas fiestas,
tuvieron las mismas enfermedades
y un mismo día perecieron todos.
Ocurrió en un país de campesinos
en el Balkán agreste,
sufrió un día la muerte de los mártires
todo un destacamento
estudiantil.

Y sin embargo unos minutos antes
del instante supremo
todo aquel infantil destacamento
sentado estaba frente a sus pupitres
y en sus carteras, entre sus cuadernos,
yacían sin sentido el dos y el cinco:
Sólo un puñado de los mismos sueños,
secretos amorosos y patrióticos
llenaban en silencio sus bolsillos.
Y cada uno soñaba que muy larga
sería su carrera bajo el cielo
hasta arreglar los problemas del mundo.

Ocurrió en un país de campesinos
en el Balkán agreste,
sufrió un día la muerte de los mártires
todo un destacamento
estudiantil.

Filas enteras de muchachos
tomados de las manos
de su última clase
fueron tranquilos al fusilamiento
como si nada fuera aquella muerte.
Filas enteras de camaradas

fueron así llevadas
hacia la calma eterna.

Fábula del fusil de la sublevación

...Como agua irrumpe la sublevación,
todo lo inunda.
En el transcurso de una sola noche
ocurrieron prodigios increíbles:
El niño aún sin bozo
creció hasta hacerse hombre,
los desnudos pichones maduraron
en el nido frondosas alas de águila,
ya no lloró la madre al hijo muerto,
guardó el pañuelo negro igual que si esperara
a compadres en traje de domingo.
Se sublevó la madre que en la cuna
duerme a su primer hijo,
con el nieto cogido de la mano
fue el abuelo a morir.
En el transcurso de una sola noche
se hizo bosque el barbecho.
Fue la sublevación más rápida
que una tempestad de julio
sobre profundas aguas sin un barco
sobre el abismo,
encima de la ciénaga,
donde la turba en cieno arde y se quema,
en alta mar y en el desierto.
Truenan juntos, solloza el bosque viejo,
viejísimos fusiles de trabuco,
el fusil del abuelo, remo largo
acuñado en su aldea natal.
Escopeta de dos cañones simples
que fue de padre a hijo,
fusiles blancos de oropel ornados
como ramas cubiertas por las flores.
Fusiles que por vez primera estaban
en las manos de los combatientes:
¡Al fusil!
Respondió la voz unánime
desde toda la tierra, todo el mundo.

Versiones: Miomira Dakovic y David Cherician

JRISTO SMIRNENSKI

Bulgaria, 1898-1923

Mineros de la hulla

¡Hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo!
Al abismo sin sol descended,
donde cuerpos con frío y trabajo
van curvados pared tras pared;
donde el músculo férreo se tensa
y su golpe resuena en clamor
de tiniebla terrible e inmensa
por los días de luz y de sol,
por hallar libertad y reposo,
aire, espacio, calor, vastedad.
Hacia abajo, hacia abajo, hacia el pozo
del abismo siniestro, ¡bajad!

Descended a la entraña más ciega
de la tierra, esa madre rapaz,
donde hermanos esclavos navegan
en un mar de perpetua oquedad,
y tu lámpara pobre allá abajo
clara estrella en la mina será,
y en el templo brutal del trabajo
con sus rayos nos alumbrará
esos valles de lágrimas densas
donde días y noches no hay.
Hacia abajo, hacia abajo, a la inmensa
soledad del abismo, ¡bajad!

Allí siglos y edades remotas
capa y capa tras capa a poner
han venido, infinitas, ignotas,
que a nosotros nos ven por doquier,
que la vida tejió de hoja en hoja
en alfombra de piedra al crecer,
que están frías como la congoja
pero en fuego y en humo han de arder.

Descended y con mano certera
destruid, derribad, removed,
quebrantad esas capas arteras,
¡y a las almas esclavas también!

Y en el horno feroz de la lucha
arrojad ese negro montón

y aguardad el momento en que surja
entre nieblas de plomo el ardor,
brillen ríos de chorros de fuego
y olas rojas, como un nuevo mar,
en embates violentos y ciegos
brotarán desde todo lugar,
y entre un cúmulo de resplandores
esa tierra hervirá y arderá
con sus fuegos y fuegos y ardores,
¡y una lluvia de chispas habrá!

Versión: Desiderio Navarro y David Chericián

Los escuadrones rojos

En un alba luminosa con nueva fe como antorcha,
orgullosos escuadrones de valeroso tropel
se acercan y aves rapaces tal las águilas terríficas
caen y esparcen el estruendo de las salvas a granel.

Desplómase en tierra muerto, alcanzado, algún guerrero,
y con sus últimas fuerzas relincha, se alza un corcel,
azorado se detiene pero alcanza de repente
la impetuosa marcha del unánime tropel.

Sus melenas desplegando sobre los segados campos
como las ventiscas pasan escuadrón, tras escuadrón.
Bajo los cascos el polvo levantan en nubes grises
y opacan el horizonte con broncíneo resplandor.

Adelante, junto a sauces resuenan armas ocultas:
pecho con pecho se encuentra; la fría trepidación
de los aceros estalla, la tormenta despiadada
y ola sangrienta... y de nuevo emprende cada escuadrón.

¡Emprended vuelo, escuadrones! Vuestro ímpetu millones
de miradas ya contemplan con esperanza y amor.
Hoy el mundo se levanta su ruda diestra apretando,
estremecido por vuestra victoriosa invocación.

Que entre sorpresa y espanto desplome cada edificio
de la injusticia terrena y encuentre la humanidad
en su clamor sofocado, tras las puertas entreabiertas,
muertas las viejas quimeras de las leyes sin piedad.
¡Ah volad entre masacres y lluvias de ígnea metralla,
vosotros de días sin nubes el furioso precursor!

¡Con relámpagos y estruendos anunciad las orgullosos
oleadas rojas de esclavos rebelados, en acción!

Y cuando enlazada en llamas se desprenda en las cenizas
la piedra postrer de vieja y corrompida mansión,
descended de los corceles, besad la tierra, y el reino
sobre el mundo instalad de justicia eterna y amor.

Versión: Pedro de Oraá

Esto es la calle

Esto es la calle, esto, la calle populosa
que ríe a carcajadas y que llora en los miles
de transeúntes que a diario, como truenos civiles,
leen su poesía tenaz, maravillosa,
en la que cada verso es un sangriento tajo
que ha inscrito golpe a golpe el cincel del trabajo
sobre el mármol oscuro de las humanas penas;
esto es la calle, a cuyo grito la vida airosa
de mil rostros da oído, y así, vertiginosa,
arrastra nuevamente sus pesadas cadenas...

Cuando el amanecer violeta se distiende
con su fresca pereza, o en el azul ceniza
de la tarde, en las grandes sombras de ociosa prisa
que despliega la noche y despaciosa extiende:
sobre la calle siempre la vanidad embate,
un corazón de miles allí siempre así late,
un estruendo cercano y un lejano sonido
se entrelazan: disparos, y risas, y alboroto,
y la rutina diaria llena de polvo roto,
y el eterno afán mudo, ahogado en férreo aullido.

Esto es la calle, esto. Luce tan impotente
y tan paciente... Pero tan pronto el gris hastío
se sobresalta y una vestimenta de brío
se pone, fuego púrpura como una lava ardiente,
se echa sobre sus hombros de piedra, en cuanto a aullar
comienza la tormenta y a tronar, y a azotar,
en el oscuro abismo de horizonte profundo
las estrellas detienen su eterno curso alado
y presta oído el mundo, ya tranquilo y calmado:
¡Esto es la calle, esto que hoy habla a todo el mundo!

Versión: David Cherician

PÍO TAMAYO

Venezuela, 1898-1935

Homenaje y demanda del indio

A su majestad Beatriz I,
reina de los estudiantes

Sangre en sangres dispersa,
almagre oscuro y fuerte
estirpe Jirajara,
cacique Totonó,
—baile de pinches, rezo de quenas—
Soy un indio Tocuyo
yo.

Meseta brava y bella
que abre su arcada a los llanos
y sus patios a la luna;
patíbulo de Carvajal,
espinas de cardonales,
polvo y sol.
Altiplano tocuyano
que nutre su carne en jugos
blancos de cañamelar
y los hace sangre roja
en la flor del cafetal;
bueno y santo
por la madre,
y porque me enlaza hermano
del de la selva en Oriente
y el de la sierra al Sur.

Yo llegué de ese altiplano
a avivarme en mis hermanos
los de la Universidad
—savia en afanes quemada,
delirio del roble erguido—
y a rendirte mi homenaje
de indio triste,
majestad.

Fracasa entre mi canto y mi altivez indígena
la intención en hinojos.
Humo leve de inciensos
como el que ardió en las aras de Tenochtitlán,
quemo en mi corazón,

y humillo el desgreñado orgullo de los vientos
con aguas de remansos,
cenizas de volcanes
y cánticos de amor.
—Así en la tierra antigua donde voló el faisán
usaba la liturgia de la proclamación—.

Los miles de estudiantes
—cada estudiante, reina,
en un mundo en promesas y un trajín de tormentas—
han abierto hoy sus pechos sobre más infinitos,
al ver que oraculiza en tus manos llaneras
el tripartito escudo de su Federación.
Mañana, anhelo, pueblo,
mirandinos colores de la emancipación.

Beatriz del estudiante,
cetro de rebeldías,
corona de futuros;
bajo el patio de auroras de vuestro trono eres
la juvenil canción de amanecer.
El ensueño durmiente al amparo del alma
jubilosa y dinámica de la Federación,
hecha viva esperanza
en tu luz de mujer.

Y digan con mis voces palabras de tus súbditos
que es tu reinado, reina, el único que no hace
cesarismo anacrónico,
en esta nutrida selva de Guaicaipuro,
de Mara y Yaracuy,
y del equino trueno
de los cien mil corceles,
sobre el que galopan
libertadas naciones.

Fugitivo perfil de garza morena,
¡Oh, perfume caliente de mazorcas tempranas!
durazno de oro en la rama;
cosa dulce y romántica cuando se dice "amada";
ternura inacabable de la venezolana;
orgullo de nosotros.
Reina en cuya belleza
riman nobles y claras mis palabras agrestes,
divinizo tu boca
tan ingenua y traviesa
diciendo la dulzura que oí yo ayer.

"Cuando yo sea abuelita
luciré mis trofeos y le diré a mis nietos
que fui reina alguna vez".
¡Nuncio cándido y bello que sube a vuestros labios
la ternura sagrada que hará de vuestro ocaso
epílogo adorable de un cuento de Perrault!
Os verán esos nietos luciendo edades regias
y sonreirán con vos.
El mejor cortesano
—tendrá una voz mimada de Delfín—
solemne afirmará:
Abuelita: Santa Isabel de Portugal,
que convirtiera en rosas el pan de la bondad,
una noche de Reyes se entretuvo en decirme
que tú eras heredera de su linaje real.
Abuelita: desde aquel día te he visto
de reina el corazón.
Oyéndolo, el más pícaro de ellos
vencerá en pugilatos:
¿Desde aquel día? ¡Si ella nació con él!
Santa Isabel tenía muchísima razón.

Y ahora, majestad
con el sollozo esclavote un jacaney rendido
el súbdito presenta su demanda ante vos
descarnado de insomnios
se consume mi rostro
y los tiempos incrustan sus cauces en mis sienes.
Retornan a romper las abras de los montes
baladros caquetíos.
Se desatan los ecos de vencidos lamentos
corren sobre el área salvaje de los llanos
o se extinguen muriendo en los senos intactos
de un Pacaraima hermético.

¡Me han quitado mi novia!
La novia que me quiso; ¡mi novia enamorada!
Palabras que se dicen con la pena infinita
de quien ya no podrá volverlas a cambiar…
Que bien decirte tú,
como a mi novia, reina.
En ti la miro a ella
y al mirarte me acuerdo…
Era de sol su carne y de un frágil metal.
El eco de sus voces era de acero azul.
Estaba hecha de alturas. A ti se parecía.

Yo fui su novio niño,
—ya lo hemos sido tantos—.
Cantar, correr, soñar,
en el soleado campo, en la vega porosa,
junto al lirio morado,
al laurel
y al signo rojo de las rosas.

Se adornaron mis labios con su nombre armonioso
con su nombre que es música de banderas y estrellas.
Se miraron mis ojos en el ópalo grande
de sus ojos,
iguales al fanal de los tuyos.
¡Y el abrazo materno que de la tierra avanza
la confiada amorosa sobre mi corazón!

¡Cómo me acuerdo, reina!
Temblando bajo sombras la amaba con angustias.
En mis venas corrieron los miedos por su vida.
Y un día me la raptaron.
Un día se la llevaron.

Desde los horizontes,
allá donde hace señas de adioses el crepúsculo,
vi encenderse los últimos luceros de sus besos.

Aprestarse a la andanza, porque la hemos perdido,
¡y salir a buscarla!
¡Mirar cómo levantan asfixias hasta el cielo
las crestas de los cerros!
Agotarse llamándola en los senderos mudos.
Oscurecerse en noches solitario y rendido,
¡y sentirla que sufre y que se está muriendo!
¡Ah! Ya no puedo más, reina Beatriz. ¡No puedo!
Vuele a llorar el indio en su llanto agorero.

Pero no, majestad,
que he llegado hasta hoy,
¡y el nombre de esa novia se parece a vos!
Se llama: ¡LIBERTAD!
Decidle a vuestros súbditos
—tan jóvenes que aún no pueden conocerla—
que salgan a buscarla, que la miren en vos,
¡Vos, sonriente promesa de escondidos anhelos!
Vuestra justicia ordene.
Y yo, enhiesto otra vez,
—alegre el junco en silbo de indígena romero—

armado de esperanza como la antigua raza,
perseguiré en marcha.
Pues con vos, reina nuestra,
juvenil, en tu trono, se instala el porvenir!

RUBÉN MARTÍNEZ VILLENA

Cuba, 1899-1934

San Pedro

Al fin cayó el león; aquí la historia
hubiera vuelto con cariño arredro:
éste fue su Tabor; este San Pedro
le abrió las puertas de la misma gloria.

Aquí finalizó su ejecutoria,
la progresión gigante de su medro
aquel titán de robustez de cedro,
aquel rebelde de feliz memoria.

Y aquí, en el delirar de su agonía,
se juzgó necesario todavía
para las libertades y la guerra,

sintióse derrotado por la suerte
y clavó las espuelas en la tierra,
¡para cargar contra la misma muerte!

1919

La ruta de oro

Concurren a la exacta rectitud de la estela,
el lastre de prudencia, la estiba de ambición:
y el rumbo —resultante del timón y la vela—
prolonga una serena bisectriz de ilusión.

El velamen preñado por la racha sonora
incuba, como un vientre, su anhelo de volar,
y el casco enfila dócil, del timón a la proa,
el amor de la brújula con la estrella polar.

¿Y adónde va la barca tenaz en energías?
¿Adónde va en la eterna sucesión de los días
que tras el desengaño de todos los crepúsculos

sigue abriendo las aguas a babor y estribor?
(Tiembla en la arboladura un esfuerzo de músculos.
Hay un jirón de cielo sobre el palo mayor).

1922

El gigante

¿Y qué hago yo aquí donde no hay nada
grande que hacer? ¿Nací tan sólo para
esperar, esperar los días,
los meses y los años?
¿Para esperar quién sabe
qué cosa que no llega, que no puede
llegar jamás, que ni siquiera existe?
¿Qué es lo que aguardo? ¡Dios! ¿Qué es lo que aguardo?
Hay una fuerza
concentrada, colérica, expectante
en el fondo sereno
de mi organismo; hay algo
hay algo que reclama
una función oscura y formidable.
Es un anhelo
impreciso de árbol; un impulso
de ascender y ascender hasta que pueda,
¡rendir montañas y amasar estrellas!
¡Crecer, crecer hasta lo inmensurable!

No por el suave
placer de la ascensión, no por la fútil
vanidad de ser grande...
sino para medirme, cara a cara,
con el Señor de los Dominios Negros,
con alguien que desprecia
mi pequeñez rastrera de gusano
áptero, inepto, débil, no creado
para luchar con él, y que no obstante,
a mí y a todos los nacidos hombres,
goza en hostilizar con sus preguntas
y su befa, y escupe y nos envuelve
con su apretada red de interrogantes.
¡Oh, Misterio! ¡Misterio! Te presiento
como adversario digno del gigante
que duerme sueño torpe bajo el cráneo;
bajo este cráneo inmóvil que protege
y obstaculiza en dos paredes cóncavas
los gestos inseguros y las furias
sonámbulas e ingenuas del gigante.
¡Despiértese el durmiente agazapado,
que parece acechar tus cautelosos
pasos en las tinieblas! ¡Adelante!

Y nadie me responde, ni es posible

sacudir la modorra de los siglos
acrecida en narcóticos modernos
de duda y de ignorancia; ¡oh, el esfuerzo
inútil! ¡Y el marasmo crece y crece
tras la fatiga del sacudimiento!

¡Y pasas tú, quizás si lo que espero,
lo único, lo grande, que mereces
la ofrenda arrebatada del cerebro
y el holocausto pobre de la vida
para romper un nudo, sólo un viejo
nudo interrogativo sin respuesta!

¡Y pasas tú el eterno, el inmutable,
el único y total, el infinito!
¡Misterio! Y me sujeto
con ambas manos trémulas, convulsas,
el cráneo que se parte, y me pregunto:
¿qué hago yo aquí, donde no hay nada, nada
grande que hacer? Y en la tiniebla nadie
oye mi grito desolado. ¡Y sigo
sacudiendo al gigante!

1923

Mensaje lírico civil

A José Torres Vidaurre, poeta peruano
En Madrid

José Torres Vidaurre: ¡Salud! Salud y gloria,
hermano apolonida: Salud para la escoria

miserable del cuerpo y gloria para el alma
exquisita y doliente; que el beso de la palma

y del laurel descienda sobre tu sien fecunda.
¡Lucha con las tormentas! ¡Que tu bajel se hunda!

¡Quizás qué bella playa deparará el naufragio!
Lucha y confía siempre: tu apellido es presagio

de brillantes combates y de triunfo sonoro;
que sobre las anónimas tinieblas del Olvido,

Vidaurre, *Vita aurea,* por su vida de oro
fulgirán las simbólicas torres de tu apellido.

(Otra etimología, de origen vizcaíno,
me da también Vidaurre como «primer camino»).
Y tras de mi saludo, te contaré mis penas
por las cosas de Cuba que no te son ajenas,

y que no pueden serte ajenas por hermano
mío, y por tu fervor de sudamericano.

Yo bien sé que la tierra de los Inca-Yupanqui
no padeció del triste proteccionismo yanqui,

—aunque un temor futuro bien que lo justifica
el apelar a Washington sobre Tacna y Arica—

pero la patria mía, que también amas tú
como amo yo los timbres gloriosos del Perú,

nuestra Cuba, bien sabes cuán propicia a la caza
de naciones, y cómo soporta la amenaza

permanente del Norte que su ambición incuba:
la Florida es un índice que señala hacia Cuba.

Tenemos el destino en nuestras propias manos
y es lo triste que somos nosotros, los cubanos,

quienes conseguimos la probable desgracia,
adulterando, infames, la noble Democracia,

viviendo entre inquietudes de Caribdis y Scila,
e ignorando el peligro del Norte que vigila.

Porque mires de cerca nuestra demencia rara
te contaré la historia dulce de Santa Clara,

convento que el Estado —un comerciante necio—
quiso comprar al triple del verdadero precio.

Y si en el gran negocio existía un «secreto»
con un cambio de letra se convirtió en «decreto».

Tal cosa llevó a cabo el señor Presidente,
comprar ¡y por decreto! devotísimamente,

si bien que nuestra Carta, previendo algún exceso,
dejó tan delicada facultad al Congreso.

(Mas el Jefe Honorable respecto a Santa Clara
dijo que se adquiriera, mas que no se pagara).

Así, como abogado, se encomendó a San Ivo,
urdió su fundamento, improvisó un motivo,

y consecuente para sus propios desatinos,
se amuralló en sofísticos razonamientos chinos.

Mas, como entonces era Secretario de Hacienda
un coronel insigne de la noble contienda,

que portaba las llaves sagradas del Tesoro
con méritos iguales e idéntico decoro

que sus galones épicos y su apellido inmáculo,
el Honorable Jefe neutralizó el obstáculo,

y esto fue lo que vimos con unánime pasmo;
¡le refrendó el decreto el seráfico Erasmo!,

señor incapaz hasta el Pecado y el Vicio,
con un delito máximo: su drama «El Sacrificio».

Así la triste fábula del antiguo convento
fue bochornoso pacto de zorra y de jumento,

pues que la vil astucia y la imbecilidad
se unieron a la sombra de una sola maldad.

Y, ¿quién te dice, amigo, que porque hice uso
de un derecho de crítica a lo que se dispuso

por el decreto mágico, y al mismo Secretario
le dije frente a frente cómo era de contrario

el pueblo a tal medida, me juzgan criminal?
¡Vivo en el primer acto de un drama judicial!

Y como me apoyaron doce ilustres amigos
padeceremos juntos enérgicos castigos.

¡Al Ministro seráfico le mordieron las Furias:
sufrimos un ridículo proceso por injurias!

Pero esto es sólo un síntoma: hace falta una valla

para salvar a Cuba del oleaje maldito:

hay la aspiración de perpetuar el delito
y la feroz política se rinde a la canalla.

Hay patriotismo falso, de relumbrón y pompa,
con acompañamiento de timbales y trompa;

se cambian Secretarios en situación muy crítica
por mezquinas «razones de elevada política».

Mas, ¿adónde marchamos, olvidándolo todo:
Historia, Honor y Pueblo, por caminos de lodo,

si ya no reconoce la obcecación funesta
ni aun el sagrado y triste derecho a la protesta?

¿Adónde vamos todos en brutal extravío
sino a la Enmienda Platt y a la bota del Tío?

José: nos hace falta una carga de aquéllas,
cuando en el ala bélica de un ímpetu bizarro,

al repetido choque del hierro en el guijarro,
iba el tropel de cascos desempedrando estrellas!

Hace falta una carga para matar bribones,
para acabar la obra de las revoluciones;

para vengar los muertos, que padecen ultraje,
para limpiar la costra tenaz del coloniaje;

para poder un día, con prestigio y razón,
extirpar el Apéndice de la Constitución;

para no hacer inútil, en humillante suerte,
el esfuerzo y el hambre y la herida y la muerte;

para que la República se mantenga de sí,
para cumplir el sueño de mármol de Martí;

para guardar la tierra, gloriosa de despojos,
para salvar el templo del Amor y la Fe,

para que nuestros hijos no mendiguen de hinojos
la patria que los padres nos ganaron de pie.

Yo juro por la sangre que manó tanta herida,
ansiar la salvación de la tierra querida,

y a despecho de toda persecución injusta,
seguir administrando el cáustico y la fusta.

Aumenta en el peligro la obligación sagrada.
(El oprobio merece la palabra colérica).

Yo tiro de mi alma, cual si fuera una espada,
y juro, de rodillas, ante la Madre América.

1923

Grito

Decirlo es fácil y sencillo,
no es necesario alzar la voz:
¡Un golpe fuerte del martillo,
un relámpago de la hoz!

¡Ferroviarios, rueda motora!
¡Dios de la comunicación,
detienes la locomotora
y paralizas la nación!

Te dirigieron adversarios,
te traicionaron cien por cien
ferro-policías, perro-viarios,
Li-falderillos de ten cen.

¡Fuera y abajo los sicarios
y que los bravos proletarios
conduzcan su propio tren!

Arrolla al pillo que te enchucha
al patio de la Judicial.
¡Engánchate al convoy de lucha:
Confederación Nacional!

Tabaquero que allá en el Norte
colaboraste con Martí,
hoy representa aquel aporte
látigo y hambre para ti.
……………………………………..
Fuiste a la huelga y con los modos
de la democracia civil,

la «con todos y para todos»
te respondió con el fusil.

¿Aprendiste lo que es la base
de una perfecta sociedad?
Dominio burgués de clase,
al pie un letrero: «Libertad».

Bien comprendo tu desventura
veneno de la traición;
tus diligentes de basura
y el Niágara de literatura
a tutiplén sin ton ni son.

¡Diez mil horas de tal lectura
y dé usted luego su opinión!

Mas hoy aprendes en la seca
prosa de la vida real:
dice más que una biblioteca
cada rebaja de jornal.

¿Qué esperas, pues?
¿Tu propio entierro?
La hora reclama unión y acción.
¡Entra al ejército de hierro!
¡Forma en la Confederación!

Y así juntos, en haz continuo,
nuestro esfuerzo se hará mayor;
que el semiesclavo campesino
sea nuestro aliado mejor;

y que la mano que se mancha
de grasa, de carbón, de cal,
estreche la terrosa y ancha
mano del obrero rural.

¡Juntos en pie, proletariado!
¡Nada perturbe nuestra fe!
¡Juntos y en pie contra Machado,
contra el imperialismo odiado,
contra la UN y el ABC!

Contra métodos anarquistas
en virtud de cuya labor
diez hombres son protagonistas

y el pueblo un simple espectador.

Por la admisión amplia, sin tasa,
del pueblo presto a combatir;
sólo en la acción pueden las masas
labrar su propio porvenir.

Así hacerlo será sencillo
si obedecemos a una voz:
¡guerra al patrono, al amarillo,
al latifundista pillo,
al imperialismo feroz!

¡Un golpe firme del martillo,
un relámpago de la hoz!

Y tú que marchas a la conquista
de las masas de la nación,
¡corre, Partido Comunista,
tren de la Revolución!

¡Prepara el brazo, maquinista!
¡Pronto la vía estará lista en
la penúltima estación!

Nueva York, 1933

VITZSLAV NEZVAL

República Checa, 1900-1958

A orillas del río Svratka

A orillas del Svratka florece la raspilla
—el dulce nomeolvides—, y la hierba es esbelta,
cada día nadaba y soñaba en su orilla,
a orillas del Svratka florece la raspilla
y el agua es densa y fría, y es oscura y revuelta.

Aquí tiene una sombra especial el verano
como en el viejo cuadro que en casa hay todavía,
aquí huele a ajo, a eneldo y aromático grano,
aquí tiene una sombra especial el verano
como el jardín aquel que visitar solía.

Podrá haber ríos más bellos, de esplendores extraños,
que el oscuro río Svratka de tan triste arenilla,
y no obstante aquí tuve que vivir tantos años,
podrá haber ríos más bellos, de esplendores extraños,
pero no iba mi madre a pasear en su orilla.

Acaso aguas azules haya en otros países,
cielo azul y montañas de tanto azul celestes,
mi eterno país es esta Moravia de aguas grises,
acaso aguas azules haya en otros países,
pero no son países tan queridos como éste.
Podrá haber cementerios de más blanco decoro,
pero éste de granito me hace mucho más tierno,
y aunque haya cementerios de más blanco decoro,
y en el pecho de Praga Vysehrad, joya de oro,
para mí el más querido es aquél sobre Brno.

El nomeolvides junto al río Svratka florece
y en el verano espigan maíz, avena y trigo,
oh madre, si hasta hoy contigo aquí viviese,
el nomeolvides junto al río Svratka florece,
si en los muros de Brno viviese hasta hoy contigo.

Más esplendor acaso haya en ríos más bellos
que el oscuro río Svratka, triste orilla materna,
y aquí contigo, madre, viviera a pesar de ello,
más esplendor acaso haya en ríos más bellos,
pero tú eres mi patria, mi patria, madre eterna.

Versión: Sergio Valdés Bernal y Francisco de Oraá

Tú, seas quien seas

Quienquiera que tú seas, te conozco:
muchacho de la prensa, compañero,
y tú que vagas solitario y hosco,
o tú en tejados cantador jilguero.

Nunca nos separó el mísero fiambre
de la rima, o el traje diferente.
Electricista, me enrolló tu alambre
conectando la idea mente a mente.

De monte o mar o una ciudad cualquiera,
la pieza somos para el engranaje
de destinos comunes en la estera,

y llevamos al más feliz paraje
y a pie, la era humana que cojea.
Nos conocemos todos, seas quien seas.

Versión:Vera Pravdova y Francisco de Oraá

En Las Tres Flores

En la mesa en que el mismo viejo Goethe escribía,
en ese hotel decrépito y ventrudo, mi mano
hoy escribe, aunque no soy viejo todavía,
en la mesa en que el mismo viejo Goethe escribía,
cuando ya no era joven ni aún era un anciano,
ah cuánta primavera por el cielo en verano
cruzó, era el año mil ochocientos y tantos,
ocho tal vez o cinco, yo no recuerdo cuántos,
le besaban el cuello los primeros albores
inclinado a la mesa del hotel Las Tres Flores.

Pero esa mesa en Frantiskovy Iazne, esa casa
que salpican de escarcha las fuentes, el oliente
aliento del otoño, cuando ya el temor pasa,
pero esa mesa en Frantiskovy Iazne, esa casa
a dos pasos de las medicinales fuentes,
dos años piedras que alguien arrojó a la corriente,
cuando la vida, pasos que crujen en la arena
un surtidor parecen, el rumor de su vena,
¿cuánto amaste a María?, dime de tus amores.
Esa casa, esa mesa, casa de Las Tres Flores.

Esa mesa, ese palco en el que duermo a veces,
checo orgulloso, y él orgulloso germano,
me mezo con la vieja lámpara que se mece,
esa mesa, ese palco en el que duermo a veces,
ese oreado pueblo pequeño, comarcano
de Bohemia, país dueño de mi aliento, esa mano
que a través de otros tiempos se tiende hacia los míos
y esos subterráneos y turbulentos ríos
de los que nadie bebe, ni sus raros licores
el gato en los cristales grises de Las Tres Flores.

En las fronteras hoy escuchamos un ruido,
sonó el ruido y después se alejó a paso lento.
Corazón mío, ése no ha sido tu latido,
ese raro, ese turbio, sospechoso sonido
que después fue alejándose paso tras paso lento,
convirtiéndose en sombra movida por el viento
no obstante la distancia cerca de la frontera,
la guerra fue ese ruido que retrocede, y era
un estrellado ejército conjurando terrores
lejos, a tres kilómetros de Las Tres Flores.

Tú que a cantar aprendes para épocas tranquilas
en la mesa en que el viejo Goethe escribió sus sueños,
lees de los pioneros las azules pupilas
como prados en épocas de cosecha, tranquilas,
y aquel ruido alejándose aun más de los risueños
prados, de los poemas de Goethe, de sus sueños,
y era tan radiante, tan hermosa la gente
que salía del balneario, bebiendo largamente,
bebiendo agua, a salvo de todos los temores,
como el viejo poeta del sol en Las Tres Flores.

Versión: Sergio Valdés Bernal y Francisco de Oraá

JIRI WOLKER

República Checa, 1900-1924

Balada de los ojos del fogonero

Las fábricas y calles quedaron silenciosas,
las estrellas se durmieron junto a la luna,
y en toda la ciudad, a esa hora avanzada,
solamente una casa no ha cerrado los ojos,
ojos de fuego que gritan a las tinieblas
que tras ellos, entre máquinas y palancas, calderas y barras de hierro,
diez obreros mezclaron con el hierro sus músculos
para que luz se vuelvan sus manos y sus ojos.

«Antonio, fogonero de la central eléctrica,
alimenta las calderas!».

Antonio, hoy, como hace veinticinco años,
con pala de hierro abre el horno,
llamas rojas de él vuelan y silban,
una forja ardiente y un joven.
Antonio, con sus manos que el fuego ha endurecido
echa una paletada de carbón,
y como que la luz sólo nace del hombre,
siempre tras el carbón arroja un trozo de sus ojos,
y aquellos claros ojos azules, como flores,
en torrentes de cables por la ciudad navegan:
en tabernas, teatros, de preferencia sobre la mesa del hogar,
se encienden en alegres luces.

«Compañeros obreros de la central eléctrica:
rara mujer la mía.
Cada vez que la miro yo a los ojos,
llora y dice que estoy maldito,
que yo tengo otros ojos, diferentes a los de hace unos años.
Dice que cuando ella fue conmigo al altar,
eran como dos bellas hogazas de pan, grandes:
y ahora, como en un plato vacío,
me quedan de ellos sólo dos migajas en la cara».

Ríen los compañeros, Antonio ríe también,
y en medio de la noche de eléctricas estrellas,
recuerdan por un instante a sus mujeres:
ellas, que con frecuencia pensaron puerilmente
que el hombre vino al mundo para pertenecerles.

Y Antonio, otra vez, como hace veinticinco años,
sólo que ahora la pala es más pesada, abre el horno.
Difícil es comprender siempre a la mujer,
tiene ella otra razón: no obstante, verdadera.
Antonio, aun ignorándolo —mas debe hacerlo—, vierte
flor de ojos en pedazos de carbón,
pues siempre el hombre, con los ojos bien abiertos,
quiere ponerse en marcha sobre la tierra, y tenerla ante sí,
y como el sol y la luna desde ambas partes del planeta,
con rayos de amor y cosecha, irrumpir en sus puertas.

En ese instante, Antonio, calloso fogonero,
conoció aquellos veinticinco años de horno y de pala,
en los que el cuchillo de llamas le cortara los ojos,
y comprendiendo que con eso tiene el hombre suficiente para morir
como hombre,
gritó en la vastedad de la noche a todo el mundo:

«¡Compañeros obreros de la central eléctrica:
estoy ciego —no veo!».

Se agolparon los compañeros,
todos llenos de susto.
Con dos noches
a casa lo llevaron.
En el umbral de una de las noches,
una mujer y un niño gimen;
en el umbral de la otra noche,
cielos abiertos.

«Antonio,
mi único hombre,
¿por qué regresas así a mí,
a estas horas?
¿Por qué te enamoraste
de esa maldita muchacha,
de esa amante de hierro,
con fuego y pala?
¿Por qué en este mundo, el hombre
tiene siempre dos amores,
por qué a uno lo mata,
por qué muere del otro?».
El ciego no oye: cae en las tinieblas,
y las tinieblas lo abrazan y lo envuelven.
El corazón herido ya abandona su pecho
en busca de otras curas en el mundo,
pero sobre la negra ceguera cuelga una alegre lámpara.

No es una alegre lámpara —son los ojos de alguien,
son tus ojos, que a todo el mundo se entregaron
para que vieran más claramente, y no murieran nunca.
Eso eres, fogonero, sobreviviente de tu cuerpo martirizado por cacharros;
que a ti mismo te miras, aun cuando yaces ciego.

El obrero es mortal,
pero vive el trabajo.
Antonio muere,
el bombillo canta:

Mujer mía —mujer mía,
¡no llores!

Versión: Sergio Valdés y Roberto Fernández Retamar

Los ojos

El más ancho mar son los ojos del hombre,
llevan consigo el mundo entero,
el mundo entero en mil barcos por su superficie navega:
estrellas, flores, pájaros, ciudades, fábricas, hombres,
todo lo que ha sido, todo lo que es,
todo lo que vendrá.

He visto cosas felices y amenas
que por ser aéreas nunca naufragaron.
He visto estrellas y flores, he visto pájaros
que antes del invierno volaban a los países del Sur,
eran los barcos de ligeras cargas, de esbelto flanco de cisne,
que en los ojos se echan felizmente a navegar y felizmente los atraviesan navegando,
también eras tú, amada de blanco velamen,
que llegaste, y partiste: te vi
y ya no te veré.

Pero también conozco cosas pesadas y muy pesadas
que en vano zarparon rumbo al paraíso,
conozco hospitales y suburbios, gentes a quienes dios no consuela
conozco barcos de plomo que siempre naufragan.
Conozco al marinero que no sonríe,
resto de naufragios, prisiones y galeras
que con el peso de sus cargas se resquebrajaron a mitad del camino,
y en los ojos tomamos puerto, para irnos a pique en ellos.

El más profundo mar son los ojos del hombre,
en su día llegarán hasta el corazón.
Lo que en los ojos naufraga, se hundirá hasta el corazón,
en el corazón crecerá y al corazón dominará,
para anclarse en él profundamente
en una belleza distinta y terrible,
que de todas las bellezas del mundo es la más intensa,
porque no acaricia,
sino que carga
todos los tímidos sentidos
con balas de fuego y acero.

Versión: Desiderio Navarro

El mar

En la costa de la isla de Krk, toda de roca,
busqué seis tristes días el mar que en ella choca,
pero no lo encontré, sólo vi un ave errante
volando todo el día como un ala ondulante,
posarse ya de noche en la luna y cansada
caer entre las piedras con su canción plateada,
y ella me persuadía, entre las caracolas,
de que es el ave misma el mar de azules olas,
que basta, como un prado, el mundo recorrer
y que para ver basta embriagarse de ver.

Se abrían las ventanas del hotel a la fría
costa y tras cada una, una muchacha había,
y cada una de ellas que en la noche soñó
creó su mar para ahogarlo en sus ojos que no
ven desde su vidriosa bóveda astral en ruinas
pan en el mundo, sino frascos de medicinas.
Vi aquellos secos ojos, aquellos mares vi
y, no obstante, yo extraño, ciego permanecí.
No bastan las espumas ni el oleaje del sueño,
quise saber más, quise conocer con empeño
el mar real que choca contra costas y peñas
de Dalmacia, conmigo y sin mí, entre las breñas.

En la costa de la isla de Krk, toda de roca,
busqué seis tristes días el mar que en ella choca,
pero no lo encontré —el mundo es pudoroso
y con sus manos blandas hurtará el cuerpo airoso
en telones y féretros floreados, pero allá,
en sitios más terrenos, él resucitará.

Sólo al séptimo día, cuando en la aldea oí
la campana, borracho de mis ojos salí
como obrero en domingo, no huésped del balneario,
vague por ella alegre, jovial y solitario.
Y por eso de noche en la taberna del puerto
vi el mar en torno mío, el mar real, el cierto,
cuando en mesas de roble vi los rostros austeros
de ustedes, marineros, pescadores, barqueros,
hermanos de nudosos puños, que en harapientas
ropas la tierra cargan, y buen tiempo, y tormentas,
los obreros eternos, por el sol abrasados,
¡que el mar aquí construyen y de él están formados!

Ronco aristón, mi pájaro más querido, da ardientes
notas, bailan los mares con cinco continentes,
yo asumí todo baile y soy el más dichoso,
como el árbol de frutos yo de callos reboso,
soy pescador, barquero, soy obrero portuario,
en mil barcos navego, navegaré a diario,
no con unas, con miles de manos me apodero
del mar, con esas miles construyo el mar entero.

Ronco aristón, el mundo sólo son los que alientan
por él, los que de él viven, lo nutren, lo sustentan;
mar: nosotros, obreros del mundo por igual,
la realidad, la única, ¡la realidad más real!

Versión:Vera Pravdova y David Cherician

JULIÁN PRZYBOS

Polonia, 1901-1970

Los amurallados

Todo el día cimentaron el horizonte.
Ladrillo tras ladrillo,
ladrillo tras ladrillo como en un horno,
ladrillo tras ladrillo quemaban
al rojo,
la cal en los cubos se recalentó al blanco tórrido,

del muro surgió una llama sangrienta: ¡la banderola!

De pronto:
el rumor del tambor—
las cosas se rebelaron contra la doma y escaparon,
la ametralladora ladró—

Veo: La Tarde.
Crecieron dimensiones en las armazones.
Los andamiajes como trincheras en el aire.
El último obrero
levantó con sus manos la casa
en alto con un ladrillo más,

la casa: una llama apagada.

El día construido oscureció.
Ante los ojos, nube[6] del paisaje: la pared.
Los amurallados
velan la barricada de la mirada mía,
ellos:
las manos enladrilladas de heridas.

1934

El carbón y el mármol

Escucho el silbido de los trenes, cuento, me equivoco,
cuento los días en toneladas de carbón, sin final,
en equivalentes en él las llamas, como saludo
de los mineros,
cuento el ritmo...

6 Mancha en la córnea.

¿Es él, minero silesiano, quien arranca de la tierra
la corona de laureles
ennegrecidos en bloque,
o es el picapedrero italiano, scarpellino,
quien en la roca blanquinegra se hundió?
¿O la montaña blanca de mármol
resplandeciente en el valle
labró su cara como al mármol negro?

Cuento el ritmo de las ruedas
cargando levemente
el eco de los picos y martillos
suavizado por la lejanía…

Él es minero y escultor, maquinista, arquitecto:
Manomillonaria, quien
movió el siglo, como si empujara la montaña con su cima;
y quien levantó
Carraras de las ciudades, los cerros
levantados en los pedestales por orden de la mano;
encegueció por el esfuerzo,
como si por un momento
borrara esta belleza, una gota de su sudor;
y de nuevo con la mano multitudinaria
de la gente trabajadora
libera la llama
y la hermosura:
transmite el ritmo de la revolución.

Milán, 1949

A la obrera

Por los talleres de una fábrica, por una avenida de acero creciente
        de mano en mano,
creciente hasta la cima filosa:
como de una bala,
caminé, como si resolviera, soldando los sueños y la fuerza,
cómo darles una forma común
a las armas.

Contaba:
cinco martillos, pesados como cinco años,
en un momento
produjeron en mí
un golpe de tiempo:
se comprobó mi obra poética en las manos de las obreras y obreros.

¿Con el ritmo de miles de hombres muy hábiles
cómo voy a conmover a mis brazos?
El pulso de las máquinas forzó mi voluntad.

¡Te saludo fogonera, estrella gris de las chispas!
Tu mano, apartada del fuego, encontró la mía que maneja la pluma,
para que escriba con todas las manos estrechadas.

Moscú, diciembre de 1944

C. DRUMMOND DE ANDRADE

Brasil, 1902-1987

Manos tomadas

No he de ser el poeta de un mundo que caduca.
Tampoco cantaré al mundo futuro.
Estoy preso en la vida, veo a mis compañeros.
Taciturnos están pero alimentan enormes esperanzas.
Entre ellos, considero la vasta realidad.
Es tan grande el presente, no nos alejemos.
No nos alejemos mucho, andemos tomados de las manos,
No seré el cantor de una mujer, ni de una historia,
no contaré los suspiros al anochecer, el paisaje visto desde la ventana,
no distribuiré estupefacientes ni cartas de suicida,
no huiré a las islas ni me raptarán serafines.
Mi material es el tiempo, el tiempo presente, los hombres presentes,
la vida presente.

Mundo Grande

No, mi corazón no es mayor que el mundo.
Es mucho más pequeño.
En él ni caben mis dolores.
Por eso me gusta tanto hablar de mí.
Por eso me distribuyo,
por eso me voceo;
por eso frecuento los diarios, me expongo crudamente en las librerías;
necesito de todos.

Sí, mi corazón es muy pequeño.
Sólo ahora veo que no caben los hombres en él.
Los hombres están aquí afuera, están en la calle.
La calle es enorme. Mayor, mucho mayor de lo que yo esperaba.
Pero tampoco en ella caben todos los hombres.
La calle es menor que el mundo.
El mundo es grande.

Tú sabes cuán grande es el mundo.
Conoces los navíos que transportan petróleo y libros, carne y algodón.

Viste los diferentes colores de los hombres,
los diferentes dolores en los hombres,
sabes cuán difícil es sufrir todo eso, amontonar todo eso
en un solo pecho de hombre... sin que estalle.

Cierra los ojos y olvida.
Escucha el agua en los cristales,
tan apacible. No anuncia nada.
Entretanto corre por las manos,
¡tan apacible!, va inundándolo todo…
¿Renacerán las ciudades sumergidas?
Los hombres sumergidos —¿volverán?
Mi corazón lo ignora.

Tonto, ridículo y frágil es mi corazón.
Sólo ahora descubro
cuán triste es ignorar algunas cosas.
(En la soledad del individuo
desaprendí el lenguaje
con que se comunican los hombres).
En otro tiempo escuché a los ángeles,
las sonatas, los poemas, las confesiones patéticas.
Nunca escuché la voz de la gente.
En verdad soy muy pobre.

En otro tiempo viajé
por imaginarios países, fáciles de habitar,
islas sin contratiempos, no obstante agotadoras, e incitando al suicidio.
Mis amigos se fueron a las islas.
Las islas pierden al hombre.
Mientras, algunos se salvaron,
trajeron la noticia
de que el mundo, el mundo grande, crece todos los días,
entre el fuego y el amor.

Entonces, también mi corazón puede crecer.
Entre el amor y el fuego,
entre la vida y el fuego,
mi corazón crece diez metros y estalla.
—¡Oh, vida futura!, nosotros te crearemos.

Consideración del poema

No rimaré la palabra sueño
con la inequivalente palabra otoño.[7]
La rimaré con la palabra carne
o cualquier otra, todas me convienen.
Las palabras no nacen amarradas,
saltan, se besan, se disuelven,
son en el cielo libre a veces un dibujo

7 Riman en portugués.

son puras, abundantes, auténticas,
improstituibles.

Una piedra en medio del camino
o apenas un rastro, no interesa.
Estos poetas son míos. Con todo orgullo,
con toda precisión se incorporaron
a mi fatal lado izquierdo. Robo a Vinicius
su elegía más límpida. Bebo en Murilo.
Que Neruda me dé su llameante
corbata. Me pierdo en Apollinaire. Adiós,
Mayakovski.

Todos son mis hermanos, no son diarios
ni rodar de pantuflas entre camelias:
toda mi vida es lo que me jugué.

Estos poemas son míos. Es mi tierra
y aun más que ella. Es cualquier hombre
al mediodía en cualquier parque. Es el farol
en un mesón cualquiera, si aún los hay,
—¿Hay muertos? ¿Hay mercados? ¿Hay dolencias?
Todo es mío. Ser explosivo, sin fronteras,
¿por qué falsa mezquindad me atormentaría?

Deposítense besos en la cara blanca, en las arrugas
iniciales.
El beso es todavía una señal, ahora perdida,
de la ausencia de comercio,
que flota en tiempos sucios.

Poeta de lo infinito y la materia,
cantor sin piedad, sí, sin lágrimas frágiles,
boca tan seca, pero ardor tan casto.
Darlo todo por la presencia de los que se hallan lejos,
sentir que hay ecos, pocos, pero de cristal,
no apenas roca, peces que circulan
bajo la nave que lleva este mensaje,
y aves de pico largo confiriendo
su derrota, y dos o tres faros,
¡los últimos!, esperanza del mar negro.
Ese viaje es mortal, y comenzarlo.
Saber que hay de todo. Y moverse en el medio
de millones y millones de formas extrañas,
secretas, duras. He aquí mi canto.

Es tan bajo que el oído lo escucha

sólo al nivel del suelo. Pero es tan alto
que las piedras lo absorben. Está en la mesa
abierta en libros, cartas y remedios.
Se infiltró en las paredes. El tranvía, la calle,
el uniforme de colegio se transforman,
son ondas de cariño que te envuelven.

¿Cómo escapar del objeto minúsculo
o rehusar el grande? Los temas pasan,
yo sé que pasarán, mas tú resistes,
y creces como fuego, como casa,
como rocío entre los dedos
que en la hierba reposan.

Ahora ya te sigo a todas partes,
te deseo y te pido, estoy completo,
me destino, me vuelvo tan sublime,
tan natural y lleno de secretos,
tan firme, tan fiel... Como una lágrima,
te atraviesa, poema mío, el pueblo.

Carta a Stalingrado

Stalingrado...
¡Aún después de Madrid y de Londres, hay grandes ciudades!
No se ha acabado el mundo, porque de entre las ruinas
surgen otros hombres, negro el rostro de pólvora y de polvo,
y el hábito salvaje de la libertad
dilata sus pechos, Stalingrado,
sus pechos que estallan y caen
mientras se elevan otros, vengadores.

Huyó la poesía de los libros, ahora está en los periódicos,
Los telegramas de Moscú repiten a Homero.
Pero Homero es viejo. Los telegramas cantan un mundo nuevo
que en la oscuridad, nosotros, ignorábamos.
Fuimos a hallarlo en ti, ciudad destruida,
en la paz de tus calles muertas pero no resignadas,
tu jadeo de vida, más fuerte que el estruendo de las bombas,
tu fría voluntad de resistir.

Saber que tú resistes.
Que mientras dormimos, comemos y trabajamos, resistes.
Que cuando abrimos el diario en la mañana tu nombre (oro secreto)
firme estará en lo alto de la página.
Habrá costado miles de hombres, tanques y aviones, pero valió la pena.

Saber que velas, Stalingrado,
sobre nuestras cabezas, nuestros temores y nuestros confusos pensamientos distantes,
da un enorme aliento al alma desesperada
y al corazón que duda.

Stalingrado, mísero montón de escombros, ¡pero resplandeciente!
Las bellas ciudades del mundo te contemplan con asombro, en silencio.
Débiles a la vista de tu poder tremendo,
mezquinas en su esplendor de mármoles intactos e inmaculados ríos,
las pobres y prudentes ciudades, alguna vez gloriosas, entregadas sin lucha,
de ti aprenden el ademán de fuego.
También ellas pueden esperar.

Stalingrado, cuántas esperanzas:
¡Qué flores, qué cristales y qué músicas nos derrama tu nombre!
¡Cuánta felicidad brota de tus casas!
De unas apenas queda la escalera llena de cadáveres;
de otras la cañería del gas, la llave, un bacín para niños.
No hay ya libros para leer ni teatros funcionando ni trabajo en las fábricas,
todos murieron, se estropearon, los últimos defienden pedazos negros de pared,
pero la vida es prodigiosa en ti y pulula como insectos al sol
¡oh mi loca Stalingrado!

A tal distancia busco, indago, husmeo destrozos sangrientos,
palpo las desmembradas formas de tu cuerpo,
camino solitario por tus calles donde hay manos sueltas y relojes rotos,
te siento como una criatura humana y, ¿qué eres tú sino eso, Stalingrado?
Una criatura que no quiere morir y lucha,
contra el cielo, el agua, el metal la criatura lucha,
contra millones de brazos e inventos mecánicos la criatura lucha,
contra el frío, el hambre, la noche, contra la muerte la criatura lucha,
y vence.

¡Las ciudades pueden vencer, Stalingrado!,
pienso en la victoria de las ciudades, que entretanto es apenas una humareda que sube del Volga.
Pienso en el collar de ciudades que se amarán y se defenderán contra todo.
En tu suelo calcinado en que se pudren los cadáveres,
la gran Ciudad de mañana erigirá su Orden.

Versiones: David Cherician

NICOLÁS GUILLÉN

Cuba, 1902-1989

Puedes

¿Puedes venderme el aire que pasa entre tus dedos
y te golpea la cara y te despeina?
¿Tal vez podrías venderme cinco pesos de viento,
o más, quizás venderme una tormenta?
¿Acaso el aire fino
me venderías, el aire
(no todo) que recorre
en tu jardín corolas y corolas,
en tu jardín para los pájaros,
diez pesos de aire fino?

El aire gira y pasa
en una mariposa.
Nadie lo tiene, nadie.

¿Puedes venderme cielo,
el cielo azul a veces,
o gris también a veces,
una parcela de tu cielo,
el que compraste, piensas tú, con los árboles
de tu huerto, como quien compra el techo con la casa?
¿Puedes venderme un dólar
de cielo, dos kilómetros
de cielo, un trozo, el que tú puedas,
de tu cielo?
El cielo está en las nubes.
Altas las nubes pasan.
Nadie las tiene, nadie.
¿Puedes venderme lluvia, el agua
que te ha dado tus lágrimas y te moja la lengua?
¿Puedes venderme un dólar de agua
de manantial, una nube preñada,
crespa y suave como una cordera,
o bien agua llovida en la montaña,
o el agua de los charcos
abandonados a los perros,
o una legua de mar, tal vez un lago,
cien dólares de lago?

El agua cae, rueda.
El agua rueda, pasa.
Nadie la tiene, nadie.

¿Puedes venderme tierra, la profunda
noche de las raíces; dientes
de dinosaurios y la cal
dispersa de lejanos esqueletos?
¿Puedes venderme selvas ya sepultadas, aves muertas,
peces de piedra, azufre
de los volcanes, mil millones de años
en espiral subiendo? ¿Puedes
venderme tierra, puedes
venderme tierra, puedes?

La tierra tuya es mía.
Todos los pies la pisan.
Nadie la tiene, nadie.

Lenin

¿Sabes tú que la mano poderosa
que deshizo un imperio, también era
suave como la rosa?
La mano poderosa,
¿sabes tú de quién era?

¿Sabes tú que la voz de agua encendida,
terrestre impulso en que se ahogó tu dueño,
cantó siempre a la vida?
De esa voz encendida,
¿sabes tú quién fue dueño?

¿Sabes tú que aquel viento que bramaba
como un toro nocturno, también era
onda que acariciaba?
El viento que bramaba,
¿sabes tú de quién era?

¿Y sabes tú que el sol de rojo manto
de duras flechas implacable sueño,
secó Nevas de llanto?
Del sol de rojo manto,
¿sabes tú quién fue dueño?

Te hablo de Lenin, tempestad y abrigo.

Lenin siembra contigo,
¡oh campesino de arrugado ceño!
Lenin canta contigo,
¡oh cuello puro sin dogal ni dueño!
¡Oh pueblo que venciste a tu enemigo,
Lenin está contigo,
como un dios familiar simple y risueño,
día a día en la fábrica y el trigo,
uno y diverso universal amigo,
de hierro y lirio, de volcán y sueño!

La sangre numerosa

A Eduardo García, miliciano que escribió con su sangre, al morir ametrallado por la aviación yanqui, en abril de 1961, el nombre de Fidel

Cuando con sangre escribe
Fidel este soldado que por la Patria muere,
no digáis miserere:
esa sangre es el símbolo de la Patria que vive.

Cuando su voz en pena
lengua para expresarse parece que no halla,
no digáis que se calla,
pues en la pura lengua de la Patria resuena.

Cuando su cuerpo baja
exánime a la tierra que lo cubre ambiciosa,
no digáis que reposa,
pues por la Patria en pie resplandece y trabaja.

Ya nadie habrá que pueda
parar su corazón unido y repartido.
No digáis que se ha ido:
su sangre numerosa junto a la Patria queda.

A Conrado Benítez

Maestro, amigo puro,
verde joven de rostro detenido,
quién te mató el presente
¿cómo matar creyó que iba el futuro?
Fijas están las rosas de tu frente,
tu sangre es más profunda que el olvido.

En la sagrada tumba
donde al viento que pasa
los lirios dan su aroma,
mariposas de sueño hallan su casa;
y en la alta serranía
en que se alzó, resplandeció tu escuela,
se alza resplandeciente el blanco día
y una paloma entre fulgores vuela.

Lectura de domingo

He leído acostado
todo un blando domingo.
Yo en mi lecho tranquilo,
mi suave cabezal,
mi cobertor bien limpio,
tocando piedra, lodo, sangre,
garrapata, sed,
orines, asma:
indios callados que no entienden,
soldados que no entienden,
señores teorizantes que no entienden,
obreros, campesinos que no entienden.

Terminas de leer,
quedan tus ojos fijos
¿en qué sitio del viento?
El libro ardió en mis manos,
lo he puesto luego abierto,
como una brasa pura,
sobre mi pecho.
Siento
las últimas palabras
subir desde un gran hoyo negro.
Inti, Pablito, el Chino y Aniceto.
El cinturón del cerco.
La radio del ejército
mintiendo.
Aquella luna pequeña
colgando suspendida
a una legua de Higueras
y dos de Pucará.
Después silencio.
No hay más páginas.
Esto se pone serio.

Esto se acaba pronto.
Termina,
Va a encenderse.
Se apaga.
Va a nacer.

Che Guevara

Como si San Martín la mano pura
a Martí familiar tendido hubiera,
como si el Plata vegetal viniera
con el Cauto a juntar agua y ternura,

así Guevara, el gaucho de voz dura,
brindó a Fidel su sangre guerrillera,
y su ancha mano fue más compañera
cuando fue nuestra noche más oscura.

Huyó la muerte. De su sombra impura,
del puñal, del veneno, de la fiera,
sólo el recuerdo bárbaro perdura.

Hecha de dos un alma brilla entera,
como si San Martín la mano pura
a Martí familiar tendido hubiera.

A Chile cuando Alessandri rompió relaciones con Cuba

Chile, ¿será posible que de tu mano pura
caiga este golpe seco sobre mi patria altiva,
y ante el yanqui doblando la cerviz, de tu viva
pasión la llama enfríes y abajes tu estatura?

¿No su voz alzará desde la negra hondura
en que yace, tu cobre para estallar arriba?
¿No tu carbón ardiendo, de entraña sensitiva,
alumbrará la noche del páramo y la altura?

Así dije, y la voz del minero y del huaso
y el trueno del Osorno, del Calbuco la frente
y hasta el Mapocho mínimo me salieron al paso.

Gritaron: No confundas la charca y el torrente.
Este homúnculo triste de lamentable ocaso no es Lautaro,
ni sabe lo que Lautaro siente.

El cosmonauta

El cosmonauta, sin saberlo,
arruina el negocio del mito
de Dios sentado atento y fijo
en un butacón inmenso.
¿Qué se han hecho los Tronos y Potencias?
¿Dónde están los Castigos y Obediencias?
¿Y San Crescencio y San Bitongo?
¿Y San Cirilo Zangandongo?
¿Y el fumazo del incienso?
¿Y la fulígine de la mirra?
¿Y las estrellitas pegadas
al cristal ahumado nocturno?
¿Y los arcángeles y los ángeles,
y los serafines y los querubines,
y las Dominaciones en sus escuadrones,
y las vírgenes,
y todos los demás animales afines?

El cosmonauta
sigue su pauta.

Sube sube sube
sube sube sube
sube sube sube
sube sube sube
sube.

Deja atrás la última nube.
Rompe el último velo.
El Cielo. ¿El Cielo?
Frío.

El vasto cielo frío.
Hay en efecto un butacón,
pero está vacío.

Ho Chi Minh

Al final del largo viaje,
Ho Chí Minh suave y despierto.
Sobre la albura del traje
le arde el corazón abierto.

No trae escolta ni paje.
Pasó montaña y desierto:
en la blancura del traje,
sólo el corazón abierto.
No quiso más para el viaje.

Guadalupe W. I.

Pointre-à-Pitre

Los negros, trabajando
junto al vapor. Los árabes, vendiendo,
los franceses, paseando y descansando,
y el sol, ardiendo.

En el puerto se acuesta
el mar. El aire tuesta
las palmeras... Yo grito: ¡Guadalupe!, pero nadie contesta.

Parte el vapor, arando
las aguas impasibles con espumoso estruendo.

Allá, quedan los negros trabajando,
los árabes vendiendo,
los franceses paseando y descansando,
y el sol ardiendo...

No sé por qué piensas tú

No sé por qué piensas tú,
soldado, que te odio yo,
si somos la misma cosa
yo,
tú,
Tú eres pobre, lo soy yo;
soy de abajo, lo eres tú;
¿de dónde has sacado tú,
soldado, que te odio yo?

Me duele que a veces tú
te olvides de quién soy yo;
caramba, si yo soy tú,
lo mismo que tú eres yo.

Pero no por eso yo
he de malquererte, tú;
si somos la misma cosa,
yo,
tú,
no sé por qué piensas tú,
soldado, que te odio yo.

Ya nos veremos yo y tú,
juntos en la misma calle,
hombro con hombro, tú y yo,
sin odios ni yo ni tú,
pero sabiendo tú y yo,
a dónde vamos yo y tú...
¡No sé por qué piensas tú,
soldado, que te odio yo!

Yanqui con soldado

Grave, junto a la puerta del yanqui diplomático,
vela un soldado el sueño de quien mi ensueño ahoga;
ese cangrejo hervido, de pensamiento hepático,
dueño de mi esperanza, del palo y de la soga.

Allí, de piedra, inmóvil. Pero el fusil hierático,
cuando terco me acerco su rigidez deroga:
clávame su monóculo de cíclope automático,
me palpa, me sacude, me vuelca, me interroga.

¿Quién eres? ¿A quién buscas? Saco mi voz, y digo:
uno a quien el que cuidas, pan y tierra suprime.
Ando en pos de un soldado que quiera ser mi amigo.

Ya sabrás algún día por qué tu padre gime,
y cómo el mismo brazo que ayer lo hizo mendigo,
engorda hoy con la sangre que de tu pecho exprime.

El apellido

Elegía familiar

I
Desde la escuela
y aun antes... Desde el alba, cuando apenas
era una brizna yo de sueño y llanto,

desde entonces,
me dijeron mi nombre. Un santo y seña
para poder hablar con las estrellas.
Tú te llamas, te llamarás...
Y luego me entregaron
esto que veis escrito en mi tarjeta,
esto que pongo al pie de mis poemas:
las trece letras
que llevo a cuestas por la calle,
que siempre van conmigo a todas partes.
¿Es mi nombre, estáis ciertos?
¿Tenéis todas mis señas?
¿Ya conocéis mi sangre navegable,
mi geografía llena de oscuros montes,
de hondos y amargos valles
que no están en los mapas?
¿Acaso visitasteis mis abismos,
mis galerías subterráneas
con grandes piedras húmedas,
islas sobresaliendo en negras charcas
y donde un puro chorro
siento de antiguas aguas
caer desde mi alto corazón
con fresco y hondo estrépito
en un lugar lleno de ardientes árboles,
monos equilibristas
lotos legisladores y culebras?
¿Toda mi piel (debí decir),
toda mi piel viene de aquella estatua
de mármol español? ¿También mi voz de espanto
el duro grito de mi garganta? ¿Vienen de allá
todos mis huesos? ¿Mis raíces y las raíces
de mis raíces y además
estas ramas oscuras movidas por los sueños
y estas flores abiertas en mi frente
y esta savia que amarga mi corteza?
¿Estáis seguros?
¿No hay nada más que eso que habéis escrito,
que eso que habéis sellado
con un sello de cólera?
(¡Oh, debí haber preguntado!).
Y bien, ahora os pregunto:
¿No veis estos tambores en mis ojos?
¿No veis estos tambores tensos y golpeados
con dos lágrimas secas?
¿No tengo acaso
un abuelo nocturno

con una gran marca negra
(más negra todavía que la piel),
una gran marca hecha de un latigazo?
¿No tengo pues
un abuelo mandinga, congo, dahomeyano?
¿Cómo se llama? ¡Oh, sí, decídmelo!
¿Andrés? ¿Francisco? ¿Amable?
¿Cómo decís Andrés en congo?
¿Cómo habéis dicho siempre
Francisco en dahomeyano?
En mandinga ¿cómo se dice Amable?
¿O no? ¿Eran, pues, otros nombres?
¡El apellido, entonces!
¿Sabéis mi otro apellido, el que me viene
de aquella tierra enorme, el apellido
sangriento y capturado, que pasó sobre el mar
entre cadenas, que pasó entre cadenas sobre el mar?
¡Ah, no podéis recordarlo!
Lo habéis disuelto en tinta inmemorial.
Lo habéis robado a un pobre negro indefenso.
Lo escondisteis, creyendo
que iba a bajar los ojos yo de la vergüenza.
¡Gracias!
¡Os lo agradezco!
¡Gentiles gentes, thank you!
Merci
Merci bien!
Merci beaucoup!
Pero no... ¿Podéis creerlo? No.
Yo estoy limpio.
Brilla mi voz como un metal recién pulido.
Mirad mi escudo: tiene un baobab,
tiene un rinoceronte y una lanza.
Yo soy también el nieto,
biznieto,
tataranieto de un esclavo.
(Que se avergüence el amo).
¿Seré Yelofe?
¿Nicolás Yelofe, acaso?
¿O Nicolás Bakongo?
¿Tal vez Guillén Banguila?
¿O Kumbá?
¿Quizá Guillén Kumbá?
¿O Kongué?
¿Pudiera ser Guillén Kongué?
¡Oh, quién lo sabe!
¡Qué enigma entre las aguas!

II

Siento la noche inmensa gravitar
sobre profundas bestias,
sobre inocentes almas castigadas;
pero también sobre voces en punta,
que despojan el cielo de sus soles,
los más puros,
para condecorar la sangre combatiente.
De algún país ardiente, perforado
por la gran flecha ecuatorial,
sé que vendrán lejanos primos,
remota angustia mía disparada en el viento;
sé que vendrán pedazos de mis venas,
sangre remota mía,
con duro pie aplastando las hierbas asustadas;
sé que vendrán hombres de vidas verdes,
remota selva mía,
con su dolor abierto en cruz y el pecho rojo en llamas.
Sin conocernos nos reconoceremos en el hambre,
en la tuberculosis y en la sífilis,
en el sudor comprado en bolsa negra,
en los fragmentos de cadenas
adheridos todavía a la piel;
sin conocernos nos reconoceremos
en los ojos cargados de sueños
y hasta en los insultos como piedras
que nos escupen cada día
los cuadrumanos de la tinta y el papel.
¿Qué ha de importar entonces
(¡qué de importar ahora!)
¡ay! mi pequeño nombre
de trece letras blancas?
¿Ni el mandinga, bantú,
yoruba, dahomeyano
nombre del triste abuelo ahogado
en tinta de notario?
¿Qué importa, amigos puros?
¡Oh, sí, puros amigos,
venid a ver mi nombre!
Mi nombre interminable,
hecho de interminables nombres;
el nombre mío, ajeno,
libre y mío, ajeno y vuestro,
ajeno y libre como el aire.

NAZIM HIKMET

Turquía, 1902-1963

Conversación con Vladimir Ilich sobre Lenin

Vladimir Ilich:
cuando yo digo
Lenin
me siento tranquilo,
seguro de la gente,
de mí mismo,
de la tierra,
experimento una alegría inmensa...
Vladimir Ilich:
cuando yo digo
Lenin
una sola bandera por el cielo
como si fuera
una rosa muy roja
que florece
manzanas esparcidas.
Niños
blancos,
negros,
amarillos,
recogen las manzanas gritando alegremente.
Yo digo
Lenin
y ya hace 39 años
que yo sigo con el carnet del Partido,
me emociono
cada vez
que vengo a verle,
pero nunca se me ocurre
arrodillarme ante él.
Él es grande,
infinitamente grande,
pero su grandeza no me oprime.
Me toma de las manos
y
me levanta.

Yo sé que Vladimir Ilich
no quiere que lo alaben
ni que le dediquen poesías
porque a él no le gusta ser un ídolo.

Pero ante su Unión Soviética
ante su mundo socialista
ante la humanidad que acude
a oír su voz
en el día de su cumpleaños,
también su corazón se sentiría henchido
con la misma alegría
gratitud
admiración,
o usted mismo,
Vladimir Ilich,
no hubiera sido
¡Lenin!

1960

A la Revolución de Octubre

Cuántas felicidades diferentes hay en este mundo. Muy diversas
Por ejemplo: una orden del Partido.
En verano, durante noches enteras,
en la ladera de un monte
desentierras
con tres compañeros
una tipografía clandestina.
O bien, por ejemplo, eres poeta,
escribes versos
y he aquí que los obreros
comienzan a decirlos de memoria.
O bien, por ejemplo, estás enfermo
gravemente, sin esperanza.
El espía que tras la esquina vigila tu casa, escribe
en su informe: «Seguro
no llegará a mañana»
¡Y en cambio, tú estás vivo!

O bien, por ejemplo en primavera, encuentras a aquella
que has esperado durante quince años...
O bien, por ejemplo, llegas a Moscú
y estás en Moscú,
en Moscú...

En mi destino hay felicidades diferentes,
mas la piedra angular es una sola:
a los 19 años he venido hacia ti,
de ti he recibido la educación comunista,
a ti continúo fiel.

Tú eres el primer despertar durante un viaje maravilloso.
De ti han partido las más importantes expediciones.
Tú eres la semilla de toda semilla,
y desde que el mundo se convirtió en mundo,
sobre la tierra no cayeron jamás lluvias más fértiles que tú.
Y de ti los labios de los hombres han aprendido
las palabras más ardientes,
las palabras más honestas,
las palabras más ásperas,
las más tiernas.

¡Cuánta diversidad en el resplandor de la luz!
Por ejemplo, una ciudad cercana al mar
Una ciudad sobre siete colinas,
una ciudad amada
una ciudad que sufre.
Y por ejemplo, una noche cíe primavera
sobre una de las siete colinas
la más desierta,
estás esperando a los compañeros para una reunión clandestina;
junto con las estrellas arden, en el agua, las luces de la ciudad.
O bien, por ejemplo, un día de enero
has salido a pie de Erzerum...

Sobre la llanura cae blanca blanca la nieve,
negra negra es la noche.
Alrededor el ulular de los Jobos.
Estás cansado, tan cansado que ya no puedes más:
y de pronto, entre la nieve, un hilo de luz: una aldea.

O bien, por ejemplo, estás mirando unos ojos
de un verde-oro...
dos gotas de rocío brillan allí y adentro estás tú.
O bien, por ejemplo, has leído el libro
de uno de nuestros maestros:
tu cabeza, tu corazón, tu cara
están sumergidos por un verdadero
torrente
de rayos de sol.
¡Cuánta diversidad en el resplandor de las luces!
En el mundo he visto resplandecer variadas luces
pero la más intensa, la más maravillosa
es la de tu faro
ante el océano de los pueblos.

1952

Se llegará a la Luna

Se llegará a la Luna
y más lejos también
y aún allí adonde no pueden llegar los telescopios
¿pero cuándo
por fin
en nuestra Tierra
ya nadie tendrá hambre?
¿y ya nadie tendrá miedo de otro?
¿nadie podrá mandar sobre ninguno?
¿nadie será humillado?
¿y nadie robará la esperanza de nadie?
Si yo soy comunista
es porque he respondido a esta pregunta.

1962

Con sangre y con sudor

Cantan, los albañiles
Construir no es lo mismo que cantar
Es un asunto
un poco más difícil
El corazón del albañil rutila
Como un resplandeciente Luna Park[8]
Pero la obra no es un Luna Park
Aquí se encuentra barro y nieve y viento
Y las manos que sangran
El pan no siempre es fresco
Y no siempre caliente está el café
A veces falta azúcar
No son héroes aquí todos los hombres
Los amigos no siempre son leales
Construir no es lo mismo que cantar
Pero los albañiles son gente empecinada
Y el edificio sube al asalto del cielo
Arriba, arriba, siempre más arriba
Y ya en el primer piso
Han puesto unas macetas con sus flores
Y los pájaros llevan en sus alas
El sol hasta el balcón del tercer piso
Late en cada ladrillo un corazón
El edificio crece y va subiendo

8 Parque de diversiones. (*N de T.*)

Subiendo con la sangre y el sudor.

Carta de Polonia

Buenos días, mi rosa
He aquí que comienzo ya mi viaje
por la llanura polonesa:
Me siento como un niño,
maravillado, lleno de alegría,
me siento como un niño
que mira su primer libro ilustrado
y descubre de nuevo
          más hermosos
vestidos de colores más espléndidos
los hombres
                    los animales
                                        las cosas y las plantas.
La primavera en esta llanura polonesa
tan clara
          tan verde
es como aquella de nuestra llanura
Tú querrías planear cual gavilán
en esta claridad
Como carpa en sus ríos
quisieras deslizarte
Su verdura
completamente cruda querrías devorarla.
No se ve semejante primavera
sino en nuestras llanuras.
Sin preguntarte si te da la voz
te obliga a cantar
y te aterra hasta en sueños
Y tú ves, tú ves
                    las flores del manzano
Y tú ves, tú ves
                    las ramas cargadas del sol.

Mi rosa,
como una serpiente
                              la muerte
se arrolla en mi pecho, sobre el corazón:
y me espía buscando morderme de improviso,
Pero sería idiota de mi parte
                                        dejar el mundo en plena primavera

Mi bien amada, prima,
madre de mi Memet.

Uno de nuestros antepasados
fue un polaco emigrado
de 1848,
y tal vez es por eso
que te pareces tanto
(como si se tratara de gemelas)
a esta varsoviana tan hermosa;
y tal vez es por eso
que yo tengo tan alta la estatura
y bigotes tan rubios,
y los ojos del hijo que me diste
tienen el mismo azul del cielo nórdico
y tal vez es por eso
que todo aquí me evoca nuestras verdes llanuras
Y tal vez es por eso
que esta canción polaca
agita aguas dormidas
                                        en las profundidades de mi ser
en una claridad que a la sombra se mezcla.
Ese abuelo
vino desde Polonia
                                        trayendo en sus pupilas
la amarga oscuridad de la derrota,
la sangre todavía pegada a sus cabellos.
De aquel antepasado, de Borzenski, las noches desveladas,
debían ser como las mías
y tal vez también él, como yo,
su sueño había olvidado en algún lado
                                                                                bajo un árbol lejano
y tal vez, como a mí, también el aire
le traía el aroma de la patria querida
y a veces se sentía enloquecer
pensando que quizá no la vería más.

Mi dulce,
cada vez que la libertad se alzó a luchar
en la primera fila se encontraba un polaco
Estoy seguro
de que debe existir en canto negro
una canción que es entonada en Harlem
suave, muy suavemente,
las madres se la cantan a sus hijos
y ante la puerta
pasa, como amparándolos,
el jinete polaco
el de las alas blancas

el jinete polaco
que en Savannah cayó
por la liberación de los esclavos.

Era en la primavera de los pueblos
la libertad era la miel
Era flores abriéndose sobre montes abruptos a lo lejos
Y el pueblo era
las abejas, mi amada
Era en la primavera de los pueblos
Una gran primavera
Un viejecillo de carácter agrio
marchaba ante el ejército magiar
un viejecillo,
la rama más robusta de Polonia
    El general Bem.

Si yo pudiera ir a París, mi bella,
Si yo pudiera ir a París
Si ese día lloviera hasta las doce
Si por la tarde retornara el sol
Si el ocaso viniera como una enseña roja
Y si sobre la tumba de Dombrowski
yo pudiera poner la rosa blanca
que corté en los jardines de Varsovia...
Mi bella, el árbol de nuestra esperanza
fue plantado por Lenin
Tan sólo era un retoño todavía
Y el que lo protegió
dándole de sus manos el calor
en las noches nevadas,
fue el «chekista» cabal
    Félix Dzerjinski.

La sangre de setenta y siete pueblos
a la sangre española se ha mezclado
corriendo luego por la tierra ibérica.
Walter ese verano en Zaragoza
luchó como un león de crines rubias
Sabía que a la tierra no es posible atajarla
con alambres de púa en las fronteras
Porque la tierra —no en las sombras nocturnas
como un contrabandista— sino a la luz del día
y al claro de la luna atraviesa fronteras
    sin visado.
Walter también sabía que el incendio
que devoró a Madrid

podía devorar a su Varsovia
Varsovia ardió, mi bella,
y sobre las llanuras de Polonia
ya no creció la hierba
Luego la muerte con su cruz gamada
fue a golpear a las puertas de Moscú
Mas Moscú resistió
resistió Stalingrado
y la muerte debió ponerse en fuga
Walter estaba entre los que la echaron.
Mi bella, aquí en Polonia
todo el mundo se ocupa de una cosa:
de construir
                    el socialismo.
Comprende: el socialismo.
¿Cómo explicarte esto?
No es la ausencia del yugo:
                                        su imposibilidad.
¿Cómo explicarte esto?
Ese momento en que la libertad
es ya
la sal de nuestro pan
la voz en nuestros labios
el fuego en nuestro hogar
Cuando tú ya no tiemblas
como una leve hoja
ante el viento glacial.
Socialismo, mi bella, para decir mejor,
cuando todas las manos reunidas
pueden echar abajo las montañas
sin por eso perder su propia forma
o su calor individual.
Socialismo, mi bella,
es cuando nuestra amada
no espera de nosotros
ni dinero ni gloria:
únicamente la fidelidad.
El socialismo es cuando las leyes
designan a la dicha
como el deber del hombre.
O por ejemplo
(¡esto no te concierne, por supuesto!)
cuando se entra por fin a la vejez
en calma y sin temores
tal como a la penumbra de un jardín.
Cuando, esto es lo esencial,
escuchas por doquiera la risa de los niños

como manzanas de mejillas rojas.
Sí, la risa de todas las criaturas
He aquí de qué se ocupan
los polacos, ahora
Y yo estoy en verdad un poco orgulloso
que uno de mis abuelos haya sido polaco.

Tal vez mi última carta a Memet

Por una parte
los verdugos
como un muro nos separan
Y además
este cochino corazón
me ha hecho una malvada jugarreta
Mi niño, mi Memet
quizá la suerte
no me permitirá volver a verte

Lo sé
tú serás un muchacho
a la espiga de trigo parecido
Cuando joven
yo también era así
de elevada estatura, rubio, esbelto.
Vastos serán tus ojos como los de tu madre
con un rastro de pena amarga a veces
Tendrás la frente inmensamente clara
y una voz muy hermosa
Atroz era la mía

Cuando cantes
habrás de desgarrar los corazones
Y sabrás conversar brillantemente
Yo también fui un maestro en la materia
cuando no me irritaban
Desde tu boca brotará la miel
¡Ah, Memet,
qué verdugo serás
de corazones!
No es fácil educar a un hijo sin su padre
No apenes a tu madre
Yo no he podido darle la alegría
Que la tenga de ti
Tu madre
como la seda fuerte, dulce como la seda

Tu madre
será bella aún a la misma edad de las abuelas
como aquel primer día en que la vi
cuando tenía diecisiete años
a la orilla del Bósforo
Era el claro de luna
era el claro del día
semejante a la fruta más perfecta[9]
Tu madre
Una mañana, como de costumbre
nos separamos ¡hasta luego!
Era para no vernos nunca más
Tu madre
es la más bondadosa de las madres
Que ella viva cien años
y que Dios la bendiga
Mi hijo, mi Memet, yo no temo morir
pero a pesar de todo
a veces, trabajando,
o en esa soledad precursora del sueño
repentinamente
siento un sacudimiento
Contar los días es difícil
Uno no puede hartarse del mundo
Memet
no puede hartarse.
No vivas en la tierra
como un inquilino
ni en la naturaleza
al modo de un turista
Vive en este mundo
cual si fuera la casa de tu padre
Cree en los granos
en la tierra, en el mar,
pero ante todo el hombre.
Ama la nube, la máquina y el libro
pero ante todo, ama al hombre
Siente la tristeza
de la rama que se seca
del planeta que se extingue
del animal inválido
pero siente ante todo la tristeza del hombre
Que todos los bienes terrestres
te prodiguen la alegría

9 *Semejante a la fruta más perfecta:* Aquí el poeta ha incluido una expresión turca que resulta imposible traducir a otras lenguas y que implica dos graciosas imágenes. Llama a la amada «ciruela del alma», como popularmente se designa en Turquía a la más apetitosa de las ciruelas cuando está verde aún. Alude, a la vez, a aquella que en los cuentos de hadas de Oriente es llamada la bella entre las bellas, «la bella del mundo». (*N. del T.*)

Que la sombra y la luz
te prodiguen la alegría.
Que las cuatro estaciones
te prodiguen la alegría
Pero ante todo, que el hombre
te prodigue la alegría
Nuestra patria, Turquía
es un país hermoso
entre tantos países
y sus hombres
los que no están falseados
son laboriosos
meditativos y valientes
pero atrozmente miserables.
Se ha sufrido, se seguirá sufriendo todavía,
pero a pesar de todo habrá un futuro espléndido.
Tú en nuestra tierra, con tu pueblo
construirás el comunismo
Con tus ojos lo verás
Con tus manos lo tocarás.

Memet, yo moriré tal vez
muy lejos de mi idioma
lejos de mis canciones
muy lejos de mi sal y de mi pan
con la nostalgia de tu madre y de ti
y de mi pueblo y de mis camaradas
Pero no en el exilio
Mas no en el extranjero
En el país de mis sueños moriré
En la blanca ciudad de mis más bellos días
Memet, mi niño
Te confío
al partido comunista de Turquía
Me voy pero estoy calmo
La vida que se va extinguiendo en mí
proseguirá por largo tiempo en ti
y en nuestro pueblo, eternamente.

Dos palabras tan sólo

¡Comunista!
Quiero decirte sólo dos palabras:
ya seas Secretario del Comité Central
o un simple militante,

ya estés en el poder o encerrado en la cárcel,
es preciso que Lenin, cual si estuviera vivo,
pueda entrar en tu hogar, en tu trabajo,
penetrar en tu vida
cual si fuese la suya.

1956

Versiones: Alfredo Varela

LANGSTON HUGHES

Estados Unidos, 1902-1967

Lenin

Lenin camina alrededor del mundo.
No lo atan las fronteras: todo abarca.
Barracas, barricadas, no lo frenan.
El alambre de púas no lo marca.

Lenin camina alrededor del mundo.
Mulatos, negros, blancos, en tropel
lo reciben. La lengua no es frontera.
Los más raros idiomas creen en él.

Lenin camina alrededor del mundo.
Como una cicatriz se pone el sol.
Entre la oscuridad y la alborada
surge una estrella roja del crisol.

Carta a la Academia

Los caballeros que han llegado a ser clásicos y ahora son ancianos con barba (o muertos y en sus tumbas) darán amablemente un paso al frente y hablarán sobre el tema
De la Revolución. Quiero decir los caballeros que amorosamente escribieron libros sobre la derrota de la carne y el triunfo del espíritu que se vendieron por cientos de millones y se estudian en las secundarias y los lee la gente más selecta darán amablemente un paso al frente y
Hablarán sobre la Revolución —donde la carne triunfa (tanto como el espíritu) y el vientre hambriento come, y no hay gente selecta, y los pobres son fuertes, poderosos y ya no pobres, y los jóvenes por cientos de millones están libres del hambre para crecer y estudiar y amar y multiplicarse, almas y cuerpos desencadenados sin Dios Mío diciendo un plebeyo jamás ha de casarse con mi hija ni el Rabino gritando maldito sea el matrimonio entre judíos y gentiles ni Kipling escribiendo nunca los dos se encontrarán—
Porque se han encontrado. Mas por favor —todos ustedes caballeros con barba que son tan sabios y tan viejos y escriben mejor que nosotros y cuyas almas han triunfado (a pesar de las hambres y las guerras y los males a su alrededor) y cuyos libros se han encumbrado en quietud y belleza lejanos de la lucha de los estantes de las librerías y los escritorios de los estudiantes y que ahora son clásicos— adelántense y hablen sobre
El tema de la Revolución.

Deseamos saber qué coño nos dirán.

1933

Revolución

Gran Chusma que no conoce el miedo—
¡Salta al ruedo!
Y alza tu mano
Contra el tirano
De acero y oro y hierro,
El rico,
Que vendió y compró como un perro
A ti—
A cada uno—
Durante mil años y pico.
Salta al ruedo,
Gran chusma que no conoce el miedo,
Y átalo y déjalo sin resuello,
Escupe en su dorado cuello
De oreja a oreja,
Y acábalo por siempre sin una queja,
Ahora—
Este año—
Salta al ruedo,
Gran chusma que no conoce el miedo.

Buenos días, Revolución

Buenos días, Revolución:
    Eres la mejor amiga
    Que tuve jamás.
Vamos a andar muy juntos desde ahora.

Oye, Revolución:
El patrón con quien yo antes trabajaba,
El que me echó a la calle para bajar los costos,
Hizo una larga carta a los periódicos
Sobre ti: dijo que eras pendenciera,
Enemiga extranjera,
Hija de puta, dicho de otro modo.
Llamó a la policía
Y pidió que buscaran a una tipa
Llamada Revolución.

Resulta
Que el patrón sabe bien que eres mi amiga.
Nos ve que andamos juntos.
Ve que estamos hambrientos y andrajosos
Y no tenemos nada en este mundo—

Y que sobre eso vamos a hacer algo.

Por supuesto, el patrón tiene de todo,
Come bien,
Tiene un montón de casas,
Sale de vacaciones,
Rompe huelgas,
Maneja la política,
Soborna a la policía,
Paga a los congresistas
Y se anda pavoneando en todo el mundo.

Pero yo nunca tuve comida suficiente.
Nunca estuve caliente en el invierno.
No conocí jamás seguridad—
Viví toda la vida con una mano alante y otra atrás,
Una alante y otra atrás.
Oye, Revolución,
Somos socios, ¿comprendes?—
Podemos apoderarnos de todo:
Fábricas, arsenales, casas, barcos,
Ferrocarriles, bosques, campos, líneas
De ómnibus, telégrafos, radios
(¡Dios! ¡Que revienten de música los radios!)
Siderúrgicas, minas de carbón,
Pozos de petróleo, gasolina,
Todos los medios de producción
(¡Gran día que amanece!)
Todo—
Y devolverlo a quienes lo trabajan.
Gobernarlo nosotros los que lo trabajamos.

¡Ay! Entonces los radios
Trasmitirán desde el primer momento hacia la URSS:
Ha surgido otro miembro de la Internacional Soviética
Saludos a las Repúblicas Socialistas Soviéticas
Trabajadores que se alzan donde quiera, saludos
Y firmaremos: Alemania
Firmaremos: China
Firmaremos: África
Firmaremos: Italia
Firmaremos: América
Firmaremos con nuestro solo nombre: Obreros
Ese día en que nadie estará hambriento, helado ni oprimido
Nunca más en el mundo.
¡Ésa es nuestra tarea!

Hemos desesperado mucho tiempo,
¿Tú no?
¡Vamos, Revolución!

Versiones: David Cherician

NAKANO SHIGUEJARU

Japón, 1902- (?)

Canto

Tú no cantes
no cantes a las flores
ni a las alas de las libélulas
no cantes al murmullo del aire
ni al aroma del cabello de las mujeres.

Niégate
todas las cosas débiles
todas las cosas frágiles
todas las cosas melancólicas.

Rechaza
todas las cosas sentimentales
y canta con franqueza
lo que piensas
lo que llena nuestro estómago.

Canta las cosas que penetran al corazón
canta un canto que aullé cuando lo destrocen
un canto que brote desde el fondo del insulto.

Estos cantos
cántalos valerosamente en una melodía severa.
Estos cantos
clávalos con martillo en el corazón de la gente.

La estación de Shinagawa en la lluvia

Adiós, Shin
adiós, Kim
ustedes, que suben al tren en la estación de Shinagawa.
Adiós, Li, hombre.
adiós, Li, mujer
ustedes, que parten hacia el país de sus padres.

El río de Corea se congela en el invierno
su corazón rebelde se congela en el momento de la despedida.

El mar levanta su grito en este atardecer
las palomas mojadas por la lluvia descienden al techo de los trenes.

Ustedes, mojados por la lluvia, no olviden al Emperador del Japón que
les expulsa
ustedes, mojados por la lluvia, recuérdenlo bien, con su barba y lentes,
cargado de hombros.

En la lluvia vehemente se alza el semáforo verde
en la lluvia vehemente sus miradas se afilan.

La lluvia lava estas piedras, cae al mar oscuro
la lluvia resbala por sus ardientes mejillas.
Sus negras siluetas pasan por la boca de la estación
la falda de su vestido blanco flamea en la oscuridad del corredor.

La luz del semáforo cambia
ustedes suben...
Ustedes parten,
ustedes se van.

Adiós, Shin
adiós, Kim
adiós, Li, hombre
adiós, Li, mujer.

Vayan y destruyan aquellos hielos duros y traicioneros
hagan que estalle todo, que salte el agua tanto tiempo detenida.

Ustedes son el soporte del proletariado japonés.

¡Adiós,
hasta que volvamos a vernos
para reír con el júbilo de la venganza!

Saludos de la noche

Regresó la noche
mi compañero, mi sombra en la pared,
regresó la noche.
Voy a salir un rato
a echarme una copita.
Mi hermano sobre la pared,
vas a aburrirte solo
pero aguántate un poco
que regreso en seguida.

A mi regreso, claro,
podrás hacerme llorar como siempre

y así te divertirás.

A tus plantas
me echaré a llorar dócilmente.

Entonces, mi hermanito sobre la pared,
vuelvo en seguida.

Adiós a la madrugada

Hemos de trabajar
hemos de discutir nuestros asuntos.
Siempre que nos reunimos
nos asaltan los gendarmes
y nos golpean la nariz
nos golpean los ojos.
Por eso nos cambiamos a este segundo piso
con salida a callejones y atajos de refugio.

Aquí duermen seis adolescentes.
En la planta baja, un matrimonio y un niño de pecho.
No conozco a estos adolescentes
sólo sé que son mis camaradas.
No conozco el nombre del matrimonio
sólo sé que nos han prestado su segundo piso
con buena voluntad.

Pronto amanecerá
nos mudaremos otra vez
cargaremos el maletín
discutiremos minuciosamente
realizaremos bien nuestro trabajo
mañana por la noche dormiremos en otro colchón prestado.

Ya empieza a amanecer
este cuarto de seis metros cuadrados
pañales colgados del cordón eléctrico
el foco tiznado y desnudo
los juguetes de celuloide
los colchones prestados
las pulguitas.

De todo esto me despido
hay que continuar el trabajo
para hacerlas florecer
a nuestras flores;

la flor del matrimonio
la flor del niño de pecho
para que florezcan estas flores

de pronto, plenamente.

Una foto aparecida en el periódico

Fíjese en el segundo hombre colocado a la izquierda:
es mi hermano
el hijo de usted.

Es su otro hijo, mi hermano,
vestido con polainas
con mochila de campaña a la espalda
forrado con cartucheras
mi hermano
al que ordenaron levantar el fusil
rellenarlo de balas
desenfundar la bayoneta.

Allí
frente al paredón del arsenal de Shangai
donde le ordenaron ponerse de pie, despatarrado.
Mire, madre,
lo que su hijo va a hacer
su hijo está a punto de asesinar
está a punto de matar sin razón a gente desconocida
las manos de su hijo gentil
de repente golpearán
mire cómo los brazos de su hijo se repliegan
para que su bayoneta penetre un pecho
repentina, agudamente.

Y mire
más allá del paredón
en aquel edificio
en muchos cuartos, corredores, escaleras y sótanos
otros hijos de otras madres que se parecen a usted
hacen saltar los candados
saquean las cajas fuertes
despegan pisos y techos, robando, violando
destrozando las espaldas
los pechos que les oponen resistencia
pechos redondos, con tetas, pechos arrugados como los suyos
despedazados con bayonetas como la de su hijo.

Oh,
no aparte la mirada, madre,
no desvíe la mirada del hecho de que han convertido a su hijo en
asesino
de que publican su retrato de asesino en el periódico
no lo oculte con su palma que tiembla
ante la evidencia de que existen miles de madres a quienes han enterrado
un puñal en el pecho
ante la evidencia de que usted es sólo una de ellas,
Madre,
madre, la única para mi hermano y para mí,
no cierre sus ojos bañados en lágrimas.

RAFAEL ALBERTI

España, 1902-1999

Un fantasma recorre Europa...

... y las viejas familias cierran las ventanas,
afianzan las puertas,
y el padre corre a oscuras a los Bancos
y el pulso se le para en la Bolsa,
y sueña por las noches con hogueras,
con ganados ardiendo,
que en vez de trigos tiene llamas,
en vez de granos, chispas,
cajas,
cajas de hierro llenas de pavesas.
¿Dónde estás,
dónde estás?
Nos persiguen a tiros.
¡Oh!
Los campesinos pasan pisando nuestra sangre.
¿Qué es esto?

Cerremos,
cerremos pronto las fronteras.
Vedlo avanzar de prisa en el viento del Este,
de las estepas rojas del hambre.
Que su voz no la oigan los obreros,
que su silbido no penetre en las fábricas,
que no divisen su hoz alzada los hombres de los campos.
¡Detenedle!
Porque salta los mares,
recorriendo toda la geografía,
porque se esconde en las bodegas de los barcos
y habla a los fogoneros
y los saca tiznados a cubierta,
y hace que el odio y la miseria se subleven
y se levanten las tripulaciones.

¡Cerrad,
cerrad las cárceles!
Su voz se estrellará contra los muros.
¿Qué es esto?

Pero nosotros lo seguimos,
lo hacemos descender del viento Este que lo trae,
le preguntamos por las estepas rojas de la paz y del triunfo,
lo sentamos a la mesa del campesino pobre,

presentándolo al dueño de la fábrica,
haciéndolo presidir las huelgas y manifestaciones,
hablar con los soldados y los marineros,
ver en las oficinas a los pequeños empleados
y al alzar el puño a gritos en los Parlamentos del oro y de la sangre.

Un fantasma recorre Europa,
el mundo.
Nosotros le llamamos camarada.

El terror y el confidente

1
Desvelar el oído oyendo nada,
mientras la sangre sin dormir resuena
muriendo de una duda que le llena
de interminable espanto la almohada.

¿Denunciarás si fueras torturada,
si en la noche del juicio y la condena
un raspado de vidrio, sal y arena
te mordiera la lengua interrogada?

¡Hermanos, qué terror si yo pronuncio
un solo nombre ante las lentas cuñas
que enturbien mi razón y pulsos presos!

Ya el pensar solamente que os denuncio
me atranca los raigones de las uñas
y trastorna los quicios de los huesos.

2
¡Nunca! No lo diré. Mas si lo digo,
no culpéis a mi lengua, sí al tormento
que irresponsabiliza al pensamiento
que descuaja al dolor el enemigo.

Si un silencio de muerte irá conmigo,
mudo en mi sangre hasta el fallecimiento,
no culpéis a mi voz, sí al rompimiento
de sus venas, sin cauces ya ni abrigo.

Ni al delirio que ignora lo que explica,
ni al secreto expropiado a la locura,
ni a la desvariada confidencia
la pena capital los justifica.

¡No lo diré! Mas la mayor tortura
será siempre este estado de conciencia.

Yo también canto América

I too sing America
Langston Hughes

Tú mueves propiedades en tu cielo,
astros que son verdad, estrellas tuyas,
planetas confiscados que en la noche
pasan gimiendo un rastro de cadenas.

Mueves bosques con hojas como círculos,
puertas verdes al sueño de los pumas,
bosques que marchan, selvas que caminan
invadiendo la sombra de raíces.

En tu entraña, piquetas y explosiones
dan a luz en lo oscuro nuevos ríos,
puestos al sol por hombres expropiados
a tu matriz herida y desangrada.

Ellos son, deben ser, y no los otros,
los que arañen sus manos en tus grietas,
los que tenaz descuelguen su desvelo
en tus ocultas venas sacudidas.

Tú no eres un cadáver extendido
de mar a mar, velado por palmeras
Tú estás de pie, la sangre te circula,
pero entre dos orillas de fusiles.

Ni siquiera eres dueña de tus noches,
insultada en los bares y cantinas,
noches con ojos indios impasibles
por los que pasan flechas vengadoras.

Yo he visto Panamá desde las nubes
como albos continentes sin viajeros,
de Norte a Sur, y comprobando el Istmo,
sobre una larga zona de uniformes;

la flor del mar Pacífico, entrevista
como una cresta roja de mi infancia,
gritando, muda, por tus litorales

de azúcar y café, pero invadidos;

jacales y bohíos limosneros
que intentan vagamente ser aldeas,
con raigones en tierras que son suyas
y recelos de canes arrojados.

Oigo un clamor de pumas y caimanes,
de idiomas dominados a cuchillo,
de pieles negras atemorizadas,
entre un sordo rumor que se unifica.

Despierta, de improviso, en esa hora
que el terremoto verde de tus bosques
a tientas reconstruye con sonidos
los escombros nocturnos de sus ramas.

Despiértate, y de un salto reconquista
tu subterránea sangre de petróleo,
brazos de plata, pies de oro macizos,
que tu existencia propia vivifiquen.

Va a sonar, va a sonar, yo quiero verlo,
quiero oírlo, tocarlo, ser su impulso,
ese sacudimiento que destruya
la intervención armada de los dólares.

Las estrellas verdad se confabulen
con tu robado mar, la tierra, el viento,
contra esas trece bandas corrompidas
y esa Company Bank de estrellas falsas.
Recupera —ciclones en las manos,
sísmicas lavas de correr ardiendo—
el predominio vasto de tus frutas
y el control de tus puertos y aduanas.

Yo también canto América, viajando
con el dolor azul del mar Caribe,
el anhelo oprimido de sus islas,
la furia de sus tierras interiores.

Que desde el golfo mexicano suene
de árbol a mar, de mar a hombres y fieras,
como oriente de negros y mulatos,
de mestizos, de indios y criollos.

Suene este canto, no como el vencido

letargo de las quenas moribundas,
sino como una voz que estalle uniendo
la dispersa conciencia de las olas.

Tu venidera órbita asegures
con la expulsión total de tu presente.
Aire libre, mar libre, tierra libre.
Yo también canto América futura.

Los campesinos

Se ven marchando duros, color de la corteza
que la agresión del hacha repele y no se inmuta.
Como los pedernales, sombría la cabeza,
pero lumbre en su sueño de cáscara de fruta.

Huelen los capotones a corderos mojados,
que forra un mal sabor a sacos de patatas,
uncidos a los estiércoles y fangales pegados
en las cansinas botas más rígidas que patas.

Sonando a oscura tropa de mulos insistentes,
que rebasan las calles e impiden las aceras,
van los hombres del campo como inmensas simientes
a sembrarse en los hondos surcos de las trincheras.

Muchos no saben nada. Mas con la certidumbre
del que corre al asalto de una estrella ofrecida,
de sol a sol trabajan en la nueva costumbre
de matar a la muerte, para ganar la vida.

Galope

Las tierras, las tierras, las tierras de España,
las grandes, las solas, desiertas llanuras.
Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
al sol y a la luna.

¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

A corazón suenan, resuenan, resuenan
las tierras de España en las herraduras.

Galopa, jinete del pueblo,
caballo cuatralbo,
caballo de espuma.

¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

Nadie, nadie, nadie, que enfrente no hay nadie;
que es nadie la muerte si va en tu montura.
Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
que la tierra es tuya.

¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

Canción a la juventud

Esos relámpagos y flores,
esas centellas desasidas
que en derramados resplandores
lucen ganadas o perdidas.

Venas abiertas, duras fuentes
donde anegar al enemigo;
soles helados o calientes,
mas siempre soles para el trigo.

Eternidad de los doblados
por esa luz de una promesa;
navíos ya desamarrados,
brava la mar, mas la fe ilesa.

Diéranme a mí nuevos pulmones
con que arbolar las multitudes,
y un oleaje de canciones
de juventud, de juventudes.

A Ernesto Guevara

Te conocí de niño
allá en el campo aquel de Córdoba argentina,
jugando entre los álamos y los maizales,

las vacas de las viejas quintas, los peones...

No te vi más, hasta que supe un día
que eras la luz ensangrentada, el Norte,
esa estrella que hay que mirar a cada instante
para saber en dónde nos hallamos.

Roma, otoño 1972

GAFUR GULIAM

Uzbekistán, 1903-1966

El tapiz

Encuentro el nombre de la tejedora
si leo en el tapiz multicolor.
Una estrella disuelvo en el tintero
para que mis estancias den fulgor.

Espero desde siempre el nuevo día
que desplace el imperio de la noche.
La vida recomienza con el alba
y la dicha renace con el sol.

Abrí el cuaderno. Rojo estaba el cielo
y sobre el río el día se encendió.
Mi pluma aprisa va, de un verso a otro,
como un rayo de luz de flor en flor.

Que se refleje todo el blanco mundo
en el papel donde escribiendo estoy.
La muchacha se ríe sobre el río
y el río le responde en esplendor.

Versión: Luis Marré

Una gota de miel

Toda la primavera en una gota
de miel está, y en una gota el mundo:
así el olor de los manzanos brota,
dan los higos así su olor profundo.

Se encierra en ella el zumo de las flores,
de la almendra, del lirio, de la pera...
La tierra le dio todos los primores
y las fragancias de la primavera.

Puede ser que la abeja que del Norte
viene con sus hermanas en tropel
a un país de calor, lejos, transporte,
como en relevos, la sabrosa miel.

Pero hay en ella un amargor silvestre,
aroma de resinas... Y no en vano

me enorgullece que mi casa muestre
las muchas flores que plantó mi mano.

Al tomar miel en su país de nieve
quizá un héroe del Ártico perciba
el olor de mis flores, que se mueve
entre mis dedos como cosa viva.

Todo en mi verso uní para la gente:
flores, amor, ruidos de primavera,
y el mundo se ve en él, que es solamente
una gota de miel viva y entera.

Versión: Desiderio Navarro y David Cherician

CECIL DAY LEWIS

Irlanda, 1904-1972

La montaña magnética: 25

Ten esto en cuenta, porque nosotros los hemos condenado;
Conductores hacia tierra insegura, guías que perdieron la huella
O en alianza con los ladrones han trastocado los postes de señales, Irrespetuosos con los antepasados, irresponsables con los herederos. Nacidos ya marchitos, extravagante fruto, raíz en piedra,
Floreciendo infructuosos, cuyo follaje sofoca,
Savia de horchata, rechazan el sol.

El hombre con su lengua en la mejilla, la mujer
Con el corazón fuera de sitio, deformes, dañinos;
Han expuesto a los recién nacidos a algo peor que la intemperie,
Exiliado al honesto, saqueado al profeta.
Éstos han removido las granjas para hacer lagos de recreo,
En tiempo de sequía desaguan las reservas
A través de canales privados para baños y surtidores.

Aprovechadores, no procreadores; ganadores, no iniciadores;
Plañideros, no vencedores; no experimentadores, sí traidores;
Guiados por ninguna estrella, cuya luna nada significa.
Diariamente negando, incapaces de excavar:
A salvo en quintas de parientes,
Combatientes de cucharas y cómodos entre cojines
Ruegan por la paz, condenan el desastre.
Los que acepten soborno perecerán por el soborno,
Muriendo de raíz seca, terminando en asilos,
Una maldición para los hijos, una carga para el Estado.
Pero aún sus temores y fantasías nos infectan;
No hay droga ni aislamiento que curen este cáncer:
Es ahora o nunca, la hora del cuchillo,
La ruptura con el pasado, la operación mayor.

La montaña magnética: 32

Ustedes que aman a Inglaterra, y tienen el oído hecho a su música.
El lento movimiento de las nubes en estado de gracia,
Claras arias de luz que se estremecen sobre sus tierras altas
Sobre los acordes del verano que se sostienen apaciblemente;
Las hojas incesantes en contrapunto con un vivaz viento del Oeste,
Los capullos y vías que entonan el más encantador allegro;
Y las tormentas de las cuerdas de cobre del bosque en el final del año:
Escuchen. ¿No oyen cómo se anuncia la entrada de otro tema?

Ustedes que andan solos, en tándems o en motocicletas,
Hacia caminos arteriales paseando en abril,
O tristes junto a lagos en los que se reflejan
Y hacen fuego con hojas, sus alfas esperanzas ya perdidas:
Juntos ciclistas y caminantes, excursionistas de un día,
Refugiados de pueblos malditos y áreas devastadas:
Saben que buscan un mundo nuevo, un salvador para establecer
Un perdido parentesco y restaurar el logro de la sangre.

Ustedes que aman la paz, las cosas buenas, que son felices de un modo
 simple
Contemplando los pájaros o jugando al críquet con niños escolares,
Que pagan toda la ronda de los tragos, cuyo desastre no escogieron,
Y sin embargo, pasan molinos abandonados y establos que se arriendan.
Donde la desesperación se ha quemado a sí misma —los corazones en
 vilo,
Ustedes que sufren las pérdidas, conscientes de la vitalidad disminuida. Podemos
decirles un secreto, ofrecerles un tónico; sólo
Sométanse al ángel visitador, el nuevo y raro curandero.

Ustedes sobre lodos los que han llegado al límite, víctimas
De una máquina trituradora, que ya no pueden soportar;
Lo mismo en butacones, irritados por la impotencia,
Que contra el hambre, espías y matones, preservando
El nervio para la acción, la chispa de la indignación—
Necesitan no luchar más en la oscuridad, conocen ya a sus enemigos.
Ustedes serán los líderes cuando llegue la hora cero,
Gobernadores del poder y forjadores de un mundo nuevo.

Versiones: David Chericián

PABLO NERUDA

Chile, 1904-1973

Llegada a Madrid de la Brigada Internacional

Una mañana de un mes frío,
de un mes agonizante, manchado por el lodo y por el humo,
un mes sin rodillas, un triste mes de sitio y desventura,
cuando a través de los cristales mojados de mi casa se oían los chacales
        africanos
aullar con los rifles y los dientes llenos de sangre, entonces,
cuando no teníamos más esperanza que un sueño de pólvora, cuando
        ya creíamos
que el mundo estaba lleno sólo de monstruos devoradores y de furias entonces,
quebrando la escarcha del mes de más frío de Madrid, en la
        niebla
del alba
he visto con estos ojos que tengo, con este corazón que mira,
he visto llegar a los claros, a los dominadores combatientes
de la delgada y dura y madura y ardiente brigada de piedra.

Era el acongojado tiempo en que las mujeres
llevaban una ausencia como un carbón terrible,
y la muerte española, más ácida y aguda que otras muertes,
llenaba los campos hasta entonces honrados por el trigo.

Por las calles la sangre rota del hombre se juntaba
con el agua que sale del corazón destruido de las casas:
los huesos de los niños deshechos, el desgarrador
enlutado silencio de las madres, los ojos
cerrados para siempre de los indefensos,
eran como la tristeza y la pérdida, eran como un jardín escupido,
eran la fe y la flor asesinadas para siempre.

Camaradas,
entonces
os he visto,
y mis ojos están, hasta ahora llenos de orgullo
porque os vi a través de la mañana de niebla llegar a la frente pura
        de Castilla
silenciosos y firmes
como campanas antes del alba,
llenos de solemnidad y de ojos azules venir de lejos y lejos,
venir de vuestros rincones, de vuestras patrias perdidas, de vuestros
        sueños
llenos de dulzura quemada y de fusiles
a defender la ciudad española en que la libertad acorralada

pudo caer y morir mordida por las bestias.

Hermanos, que desde ahora
vuestra pureza y vuestra fuerza, vuestra historia solemne
sea conocida del niño y del varón, de la mujer y del viejo,
llegue a todos los seres sin esperanza, baje a las minas corroídas por
el aire sulfúrico,
suba a las escaleras inhumanas del esclavo,
que todas las estrellas, que todas las espigas de Castilla y del mundo escriban vuestro nombre y vuestra áspera lucha
y vuestra victoria fuerte y terrestre como una encina roja.

Porque habéis hecho renacer con vuestro sacrificio
la fe perdida, el alma ausente, la confianza en la tierra,
y por vuestra abundancia, por vuestra nobleza, por vuestros muertos,
como por un valle de duras rocas de sangre
pasa un inmenso río con palomas de acero y de esperanza.

A mi Partido

Me has dado la fraternidad hacia el que no conozco.
Me has agregado la fuerza de todos los que viven.
Me has vuelto a dar la patria como en un nacimiento.
Me has dado la libertad que no tiene el solitario.
Me enseñaste a encender la bondad, como el fuego.
Me diste la rectitud que necesita el árbol.
Me enseñaste a ver la unidad y la diferencia de los hombres.
Me mostraste cómo el dolor de un ser ha muerto en la victoria de todos.
Me enseñaste a dormir en las camas duras de mis hermanos.
Me hiciste construir sobre la realidad como sobre una roca.
Me hiciste adversario del malvado y muro del frenético.
Me has hecho ver la claridad del mundo y la posibilidad de la alegría.
Me has hecho indestructible porque contigo no termino en mí mismo.

Un minuto cantado para Sierra Maestra

Si un silencio se pide despidiendo
a los nuestros que vuelven a la tierra,
voy a pedir un minuto sonoro,
por una vez toda la voz de América,
sólo un minuto de profundo canto
pido en honor de la Sierra Maestra.
Olvidemos los hombres por ahora:
honremos entre tantas esta tierra
que guardó en su montaña misteriosa

la chispa que ardería en la pradera.
Yo celebro las bruscas enramadas,
el dormitorio duro de las piedras,
la noche de rumores indecisos
con la palpitación de las estrellas,
el silencio desnudo de los montes,
el enigma de un pueblo sin banderas:
hasta que todo comenzó a latir
y todo se encendió como una hoguera.
Bajaron invencibles los barbudos
a establecer la paz sobre la tierra
y ahora todo es claro pero entonces
todo era oscuro en la Sierra Maestra:
por eso pido este minuto unánime
para cantar esta Canción de Gesta
y yo comienzo con estas palabras
para que se repitan en América
«Abrid los ojos, pueblos ofendidos,
en todas partes hay Sierra Maestra».

Nuevo canto de amor a Stalingrado

Yo escribí sobre el tiempo y sobre el agua
describí el luto y su metal morado,
yo escribí sobre el cielo y la manzana,
        ahora escribo sobre Stalingrado.

Ya la novia guardó con su pañuelo
el rayo de mi amor enamorado,
ahora mi corazón está en el suelo,
        en el humo y la luz de Stalingrado.

Yo toqué con mis manos la camisa
del crepúsculo azul y derrotado:
ahora toco el alba de la vida
        naciendo con el sol de Stalingrado.

Yo sé que el viejo joven transitorio
de pluma, como un cisne encuadernado,
desencuaderna su dolor notorio
        por mi grito de amor a Stalingrado.

Yo pongo el alma mía donde quiero.
Y no me nutro de papel cansado,
adobado de tinta y de tintero.
        Nací para cantar a Stalingrado.

Mi voz estuvo con tus grandes muertos
contra tus propios muros machacados,
mi voz sonó como campana y viento
mirándote morir, Stalingrado.

Ahora americanos combatientes
blancos y oscuros como los granados,
matan en el desierto a la serpiente.
Ya no estás sola, Stalingrado.

Francia vuelve a las viejas barricadas
con pabellón de furia enarbolado
sobre las lágrimas recién secadas.
Ya no estás sola, Stalingrado.

Y los grandes leones de Inglaterra
volando sobre el mar huracanado
clavan las garras en la parda tierra.
Ya no estás sola, Stalingrado.

Hoy bajo tus montañas de escarmiento
no sólo están los tuyos enterrados:
temblando está la carne de los muertos
que tocaron tu frente, Stalingrado.

Desechas van las invasoras manos,
triturados los ojos del soldado,
están llenos de sangre los zapatos
que pisaron tu puerta, Stalingrado.

Tu acero azul de orgullo construido,
tu pelo de planetas coronados,
tu baluarte de panes divididos,
tu frontera sombría, Stalingrado.

Las águilas ardientes de tus piedras,
los metales por tu alma amamantados,
los adioses de lágrimas inmensas
y las olas de amor, Stalingrado.

Los huesos de asesinos malheridos,
los invasores párpados cerrados,
y los conquistadores fugitivos
detrás de tu centella, Stalingrado.

Los que humillaron la curva del Arco
y las aguas del Sena han taladrado

con el consentimiento del esclavo,
    se detuvieron en Stalingrado.

Los que Praga la Bella sobre lágrimas,
sobre lo enmudecido y traicionado;
pasaron pisoteando sus heridas,
    murieron en Stalingrado.

Los que en la gruta griega han escupido,
la estalactita de cristal truncado
y su clásico azul enrarecido,
    ahora dónde están, Stalingrado?

Los que España quemaron y rompieron
dejando el corazón encadenado
de esa madre de encinos y guerreros,
    se pudren a tus pies, Stalingrado.

Los que en Holanda, tulipanes y agua
salpicaron de lodo ensangrentado
y esparcieron el látigo y la espada,
    ahora duermen en Stalingrado.

Los que en la noche blanca de Noruega
con un aullido de chacal soltado
quemaron esa helada primavera,
    enmudecieron en Stalingrado.

Honor a ti por lo que el aire trae,
lo que se ha de cantar y lo cantado,
honor para tus madres y tus hijos
    y tus nietos, Stalingrado.

Honor al combatiente de la bruma,
honor al Comisario y al soldado,
honor al cielo detrás de tu luna,
    honor al sol de Stalingrado.

Tu Patria de martillos y laureles,
la sangre sobre tu esplendor nevado,
la mirada de Stalin a la nieve
    tejida con tu sangre, Stalingrado.

Las condecoraciones que tus muertos
han puesto sobre el pecho traspasado
de la tierra, y el estremecimiento
    de la muerte y la vida, Stalingrado.

La sal profunda que de nuevo traes
al corazón del hombre acongojado
con la rama de rojos capitanes
salidos de tu sangre, Stalingrado.

La esperanza que rompe en los jardines
como la flor del árbol esperado,
la página grabada de fusiles,
las letras de la luz, Stalingrado.

La torre que concibes en la altura,
los altares de piedra ensangrentados,
los defensores de tu edad madura,
los hijos de tu piel, Stalingrado.

Guárdame un trozo de violenta espuma,
guárdame un rifle, guárdame un arado,
y que lo pongan en mi sepultura
con una espiga roja de tu estado,
para que sepan, si hay alguna duda,
que he muerto amándote y que me has amado,
y si no he combatido en tu cintura
dejo en tu honor esta granada oscura,
este canto de amor a Stalingrado.

Oda a las Américas

Américas purísimas,
tierras que los océanos
guardaron
intactas y purpúreas,
siglos de colmenares silenciosos,
pirámides, vasijas,
ríos de ensangrentadas mariposas,
volcanes amarillos,
y razas de silencio,
formadoras de cántaros,
labradoras de piedras.

Y hoy, Paraguay, turquesa
fluvial, rosa enterrada,
te convertiste en cárcel.
Perú, pecho del mundo,
corona
de las águilas,

¿existes?
Venezuela, Colombia
no se oyen
vuestras bocas felices.
¿Dónde ha partido el coro
de plata matutina?
Sólo los pájaros
de antigua vestidura,
sólo las cataratas
mantienen su diadema.
La cárcel ha extendido
sus barrotes.
En el húmedo reino
del fuego y la esmeralda,
entre
los ríos paternales,
cada día
sube un mandón y con su sable corta
hipoteca y remata tu tesoro.
Se abre la cacería
del hermano.
Suenan tiros perdidos en los puertos.
Llegan de Pennsylvania
los expertos,
los nuevos
conquistadores,
mientras tanto
nuestra sangre
alimenta
las pútridas
plantaciones o minas subterráneas,
los dólares resbalan
y
nuestras locas muchachas
se descaderan aprendiendo el baile
de los orangutanes.
Américas purísimas,
sagrados territorios,
¡qué tristeza!
muere un Machado y un Batista nace.
Permanece un Trujillo.
Tanto espacio
de libertad silvestre,
Américas,
tanta
pureza, agua
de océano,

pampas de soledad, vertiginosa
geografía
para que se propaguen los minúsculos
negociantes de sangre.
¿Qué pasa?
¿Cómo puede
continuar el silencio
entrecortado
por sanguinarios loros
encaramados en las enramadas
de la codicia panamericana?
Américas heridas
por la más ancha espuma,
por los felices mares
olorosos
a la pimienta de los archipiélagos,
Américas
oscuras,
inclinada
hacia nosotros surge
la estrella de los pueblos,
nacen héroes, se cubren
de victoria
otros caminos,
existen otra vez
viejas naciones,
en la luz más radiante
se traspasa el otoño,
el viento se estremece
con las nuevas banderas.
Que tu voz y tus hechos,
América,
se desprendan
de tu cintura verde,
termine
tu amor encarcelado,
restaures el decoro
que te dio nacimiento
y eleves tus espigas sosteniendo
con otros pueblos
la irresistible aurora.

LACO NOVOMESKY

Hungría, 1904-1976

Negra y roja

Al paisaje completo
lo apagó el color asesino.
Hasta la blanca nieve,
en la noche tan negra, gris se hizo.

El vasto, el extenso paisaje
quitó su color a los cuervos.
Aun la amante de Ostrava
ojos tenía negros.

Negros son los mineros.
Arma negra los hiere.
Negro es el fuego de la piedra
sacado de la tierra negra.

Y negra es la bandera
que en la mina flamea otra vez.

Sólo la sangre,
la sangre por las minas derramada,
la sangre de los hombres, roja es.

Sabiduría

Existe esa sabiduría:
arrodillarse ante el concilio,
reconocer ante los cardenales
la herejía, el extravío, las faltas.

Mejor arrodillarse que caer en la hoguera,
mejor esconder la verdad dentro de sí
como en un cofre,
y luego decir otra vez: pero se mueve.

¿No es cierto, compañero Galileo,
que existe sabiduría?

Pero más inteligente que tal sabio es el niño,
ese del cuento, imprudentemente valiente,
el niño que gritó alto, por dios, bien alto,
que el rey está desnudo, totalmente desnudo.

V. I. L.

Junto a su idea, recta cual la Avenida Nevski,
piensas en el Smolni,
en la corona de alquitrán que hizo arder a la historia
por tantos lados.

No acertó Carlos Marx:
el fantasma recorre,
recorre continentes
y marcha calzado y descalzo
con el paso de siete leguas de sus proyectos.

¿En qué confían ellos? ¿En que ya así no hay gente?
Pasará el tiempo
y los nuestros aprenderán que 2 + 2 = 4.
Mas ellos son testarudos; vela de cera.

Que hagan lo que hagan
de las cenizas de los ceniceros
después de las reuniones de señores,
de las cenizas de Port Said, señores, de las Pompeyas.
—Bueno, ¿y qué?— se preguntan
sus ojos penetrantes.

Murió. Y no resucitó.
Pero mira al planeta:
hay la idea, hay el objetivo,
hay la ley, sí, la ley.
Y esa ley es así.

Versiones:Vera Hoffmann y Roberto Fernández Retamar

JOSÉ PORTOGALO

Argentina, 1904-1973

Elogio del esfuerzo

Ah, gota de sudor, perla, diamante o flor;
corazón del esfuerzo fecundo de los hombres;
semilla que florece sobre las frentes rudas
tal un trazo de estrella transparente en la noche.

Sobre las dos orillas de las cejas se engarza
como una aurora en medio de un bullicio de pájaros;
es ella la simbólica lonja de tierra fértil
donde germina el fruto de la espiga y del árbol.

Ah, gota de sudor:
eres llena de gracia por tu forma de lágrima
y de corazón.

Cuando trizas arrugas con tus otras hermanas
toda la vida es una palpitación de estrellas
hecha lumbre en las frentes que abren surcos al alba.

Frentes que son como ostras con tesoros de perlas.

El tema del alba en el trabajo

Entramos en el alba como en un Canto, alegres.
Ya no hay padecimientos, ni rencores, ni luchas,
porque aquí, frente al cielo, que es musgo en las palabras,
la vida no es invierno, ni es angustia.

Ni soledad blindada, ni desmayada sombra;
es sangre que calienta las manos y los labios
para impulsar los ímpetus que en espiral ascienden
con la voz de los pájaros, ¡con la voz de los pájaros!

Ante esta certidumbre de ternura que acendra
todo el cielo y el alba de este júbilo nuevo,
se amparan nuestras noches con su tropel de sombras
cuanto más fatigadas, más torvas en el sueño.
—Sueño con ceguedad y con torpeza
de incertidumbre en sórdidos refugios;
vago como esos gritos trashumantes
que utiliza el vórtice del mundo—.

E iremos cuesta arriba, más alto, ¡tanto! Como
transponer esa nube que mansamente mira
y quieta nos espera para el bautismo alegre
del éxodo en milagros de rubios mediodías.

La vida no es invierno, ni es angustia,
ni tremedal oculto, ni turbiedad de lágrimas;
si abajo gira el vértigo y la inmisericordia,
arriba reverberan nuestras manos y el alba
limpia, como el perdón del agua entre las rocas,
—¡porque el perdón del cielo no es más que gota de agua
revelando el prestigio de la efusión jugosa!

Hermanos míos: todos los rencores se amuran;
prevalece tan sólo, reflorecida en cantos,
como una intransitada demora, la ternura.

¡Que ella agriete la noche del vértigo de abajo!

Albañiles

Vigoroso hemisferio de luz en los andamios.

Torsos que se revelan sobre la piel del aire
en toda su potencia magnífica y creadora;
anónimos perfiles que amedallan la altura
avivando el incendio del sol en las ciudades
y enfrentando la sórdida presencia de la lluvia.

Con despaciosos giros de péndulo oscilante
sus flexibles cinturas recortan el espacio
como si al gesto torvo del día le arrancaran
calladas y maduras jornadas de trabajo.

Cuando bajan los soles a tatuarle los ojos
sus voces suman cantos al pentagrama rudo
del esfuerzo, que es música matinal y sonora,
como el repiqueteo de campanas festivas
arqueadas entre el puño de un dominio de sombras.

En los pliegues sinuosos de los linos del
alba ellos son como abejas laboriosas y humildes
libando el polen fresco de las nubes rizadas.

Los inviernos les curten la piel como a la tierra
el castigo filoso del atado y las lluvias;

en tanto que sus manos, arañas silenciosas,
empinan la alegría de los rojos ladrillos
y se abultan de duras prominencias callosas.

Vigoroso hemisferio de luz en los andamios;
exaltación soberbia del esfuerzo fecundo
del músculo que pulsa las alturas desiertas
donde sólo pájaros desbarbando los vientos
logran mojar sus picos con humedad de estrellas.

¡Humedad que madruga en parvas de rocío
sobre el labio entreabierto de la flor, y la hierba!

Albañiles, dedales de una labor anónima.

En vuestras manos ásperas se construyen los negros
y altísimos custodios que enlutecen la tierra
con sus graves sentencias de agresivo entrecejo.

Ah, y sobre los tablones que auscultan el espacio
vuestro ímpetu es diamante que resplandece al sol
tal la brasa encendida de la cresta de un gallo.

A una mano de jornalero

Mano de jornalero que haces sobre
el espacio tu mérito fecundo,
siempre serás, desnuda, frente al mundo
acre de la impiedad, ¡mano de pobre!

Mano de jornalero es esta mano;
tras ella es lumbre todo cuanto toca;
revela cielo su trabajo ufano.

Nace con sus quehaceres la alegría
y no hay aurora que el dolor apriete
si entre sus dedos un fervor porfía.

No desfallece por un contratiempo,
ni caduca su afán entre la sombra
que le depara traicionero tiempo.

Frente al despierto sol de la mañana
vibra y se agita su avivado empeño,
cuanto más alto, más blanda y liviana.

Cunde su esfuerzo, como el de un badajo
repicando insistente, cuando ensancha
su palma el duro callo del trabajo.

Mano de jornalero, mano amiga
de la herramienta que humaniza al hombre;
por ti depara sueños la fatiga,
por ella, humilde, puedo honrar tu nombre.

ARVO TURTIAINEN

Finlandia, 1904-1980

Despertar

...no tengo miedo ya,
no me asusta pensar
que mi deber será crear una vida
de mucho sufrimiento, de mucho amor,
rica en belleza,
en su sed ardiendo.

Miro adelante, con ojos encantados,
en mí vive un suspiro:
no te tengo miedo, vida.

Lamento del hierro...

¡Escucha, generación!
El hierro ha aprendido a llorar,
el acero llora.
Con gargantas de plomo aúllan en los mares nocturnos
los monstruosos cruceros acorazados.

¡Escucha, generación!
La tierra suspira bajo la ola de hierro de los regimientos,
y por debajo de la ola de acero de los tanques
sube un lamento agotado,
llenando de llanto el espacio,
los mares y la tierra
hasta el azul del cielo.

¡Escucha, generación!
El hierro llora.
El siglo de las cruces
llora con la voz del acero.

Llora el siglo de la locura
con su garganta de plomo.

Despedida de la amada...

Vendrá la guerra,
tengo que irme.
No me olvides.

Vendrá la guerra.
Vivimos a la sombra de las alas
de la muerte.
No tengas miedo, no me olvides.
Por esos ojos
que quiero:
No me olvides.

Volveré, soldado,
levantaré la bandera de la vida,
sobre las tumbas, sobre las ruinas levantaré la bandera
de la vida,
volveré con las alas de la revolución,
con el corazón colmado de amor.

Levantaremos la bandera del porvenir, toda roja.
Alegraos, muertos, vuestras lágrimas no fueron vanas.
Sonreíd, ruinas —crecerá otro mundo sobre vuestros hombros
Glorioso será el día cuando vuelvan los soldados.

Dos melodías

Cantad vuestras marchas militares,
dejad que suenen vuestros himnos patrióticos,
será fácil mecerse a su son, soñando con las espadas,
con las grandes hazañas.
La melodía de nuestra canción será otra.
En ella suena el duro murmullo de las fábricas,
el ruido de los árboles que caen en la niebla fría del Norte,
el gruñido bajo, terrestre, de los días de pago.
La vida nos ha dado las palabras,
ahí van:
Grande será tu levantamiento, pueblo engañado,
pisado, robado.

Versiones: Matti Rossi

JÓZSEF ATTILA

Hungría, 1905-1937

Canción para tararear

Sobre las aguas frescas, entre pinos,
nadando están los prados y caminos.
Ay, ay, ay, ay,
nadando están los prados y caminos.

Patatas, tenedor: esto tenemos.
Sobre nuestras basuras moriremos.
Ay, ay, ay, ay,
Sobre nuestras basuras moriremos.

¿Por qué, mi amor, refunfuñas así?
Yo pienso en una blusa sobre ti.
Ay, ay, ay, ay,
yo pienso en una blusa sobre ti.

Solo, pero sin luto, habrá vivido
aquel por quien vigila su Partido.
Ay, ay, ay, ay,
aquel por quien vigila su Partido.

La multitud

¡Trabajo! ¡Pan!
¡Trabajo! ¡Pan!
¡La Multitud, la multitud se acerca!
Igual que moscas asustadas
desde la multitud vuelan las piedras.
Rocallas y chispazos
cómo miran al abrir los ojos
los que son golpeados por un bastón de hierro.

La multitud
es una inmensa selva que avanza;
si se detiene sangran sus raíces.
Tierra fecunda son las plantas de sus pies y las palmas de sus manos.

Cien mil montañas son su pan,
toda la niebla no aplacaría su sed,
y aunque la niebla cubre los montes,
la multitud no tiene pan.

Como masa de pan está arrojada,
creciendo, fermentando,
la multitud.
Espesa célula primaria,
despliega sus antenas hinchadas,
se estira, se divide como ameba
y sus otros tentáculos retrae.
¡Mundo, te engulle la multitud!
De su nariz expulsa nubarrones,
sus dientes cariados no son más
que un curvo callejón de inquilinatos.

Trata de agarrar estirando al máximo las manos,
hacia la granja, la fábrica, la hacina,
hacia la jornada de siete horas,
hacia la Osa Mayor, las Pléyades
y el pozo de agua abundante en la llanura.

Sudados, encorvados padres míos,
mis dulces y flacas muchachas,
la multitud.
Alrededor, cañones humeantes.
La pajita quisiera detener el río,
¡pero, mirad, ya la arrastra la corriente!
y también se lleva los bancos,
los coches, las jaulas,
los cascos, los caballos
y las espadas en alto.

¡Oh!
Todo el resto es en vano:
¡regatear, maldecir, las palabras, el silencio!
Ella es
la construcción y el constructor;
abajo, los cimientos, allá arriba el techo,
el obrero, el proyectista.
Vivan los obreros, los campesinos,
no serán atrapados por la astucia burguesa,
pisoteada, pateada por un millón de pies.
¡Ea, multitud! ¡Adelante, adelante!

Los atrapados

Nos interrogaron hasta hacernos sangrar.
Camarada que todavía paseas como la luz,
piensa en nosotros que giramos en círculo

y a través de unos hierros miramos la distancia.
Nuestros músculos se aflojan, duros son nuestros catres,
nuestras bocas escupen la comida,
nos condenaron a podrirnos,
y si no nos destruimos nos destruyen.
Luchamos todavía con nuestros cuerpos rotos.
Hermano, ayuda a los atrapados.

En la casa la hornilla está quebrada y fría.
En una olla helada se prepara la cena:
una hojita de col, desperdicios
recogidos en las piedras húmedas del mercado.
La mujer, entre náuseas, reprende al niño
y la vecina grita por los pasillos
que nunca le devolveremos
ni un dedal del aceite de su lámpara.
Vendrá el invierno y brillarán la nieve y la hambruna.
Hermano, ayuda a los atrapados.

Pensad en el hediondo orinal
que con su niebla nos lanza una nueva peste.
Enviadnos jabón y carne de caballo y, en invierno,
dadnos ropas para nuestros cuerpos consumidos.
Enviadnos libros aunque sean muy tontos
pues la noche, blanda como una rata, nos enloquece
y sin mujeres nos roe la pasión.
Si eres obrero y libre, alivia nuestras penas,
camarada, tú que eres del Socorro Rojo.
Hermano, ayuda a los atrapados.

Luchábamos fielmente por la revolución,
no podemos morir, hay que seguir viviendo,
nos esperan murmurando libelos y soplones
y todos los burgueses con sus sueldos de hambre;
nos espera el Movimiento, el trabajo, la familia,
hasta que se derrumbe la explotación,
brillará la hoz y golpeará el martillo
y caerán los cerrojos de la cárcel y la fábrica.
¡Viva el Soviet, los Consejos Obreros!
Hermano, ayuda a los atrapados.

Socialistas

¡Abajo el capitalismo! ¡Carne y poder a los obreros!
Chapoteamos en la inmundicia del capital, nuestra arma querida nos
pincha las nalgas.

Pincha incesantemente, pincha, nuestra arma querida,
para que una y mil veces sepamos que, por casualidad, sin combatir,
no ganaremos la batalla.
No tenemos prisa, somos fuertes, innumerables son nuestros vivos y nuestros muertos.
Estamos deliberando en la colina, venimos del sótano, de la mina,
del foso.
El tiempo arrastra la niebla. Ya se ven claramente las cimas.

El tiempo arrastra la niebla, y el tiempo fue traído por nosotros,
lo trajimos con nuestro batallar, con nuestra miseria en reserva,
con el pan enmohecido antes de que el obrero lo corte,
con la gacha[10] maloliente antes de que el obrero la vierta en la olla,
con la leche cortada antes de agitarse en la vasija del obrero,
con el beso puteado antes de hacer latir el corazón del joven obrero,
con la casa vuelta escombros antes de que el obrero la habite.
con la ropa vuelta harapos antes de que el obrero la vista,
con la libertad vuelta opresión antes de que el obrero nazca,
con el puro vuelto mascada antes de que el obrero crezca,
con el capital vuelto trabajo antes de que el aprendiz sea un hombre
y golpee con su martillo, ¡oh mundo!
donde el hierro esté más al rojo vivo.
¡Anda, poesía, participa en la lucha de clases!
¡Irás ascendiendo junto con la masa!

Tú vas al Sur, tú al Oeste, y yo al Norte, Camarada.

Obreros

Se agitan los imperios capitalistas,
rechinan sus colmillos que desgarran al mundo.
Devoran la suave Asia y el África erizada
y derriban las aldeas pequeñas como nidos.
¡El mar es de saliva! ¡Oh, productora comilona!
La amarillenta boca del capital
engulle a los países ocultos y pequeños.
Nos cubre un cielo húmedo con su aliento podrido.

Donde la muela muerde las arrugas de la ciudad,
donde flota el vaho de las minas de hierro,
donde la máquina patalea y zumban las cadenas y lloran
los listones de las cajas, mientras chillan las correas
del volante, donde los chirriantes transformadores
se prenden de los senos de metal de los dínamos,
allí vivimos. Y nuestra suerte es un haz

10 Cocido de harina de maíz tierno.

de mujeres, niños y agitadores.

¡Allí vivimos! Nuestros nervios son una red convulsa
en que boquea el pez resbaladizo del pasado.
El salario, el precio de la mano de obra,
chilla en nuestros bolsillos mientras regresamos al hogar.
En la mesa, el pan envuelto en un periódico
en que está escrito que somos libres.
Perseguimos las chinches y a la luz del quinqué
nos hartamos de vino y de placer fugaz.

Camaradas y soplones cruzan el silencio,
un borracho tropieza, un joven se cuela en el prostíbulo.
El cielo nocturno, de bruces, con su camisa sucia,
descubre su pecho lleno de salpullido, bajo el humo.
Así vivimos. Dormimos, roncando, destrozados,
espalda contra espalda como un montón de leños carcomidos,
y a nuestro alrededor, en la pared ruinosa de la húmeda
y fría vivienda, el moho marca las fronteras de nuestra patria.

Pero, mis camaradas, éstos son los obreros,
los que en las luchas de clases se vistieron de hierro.
Mirad: ¡por ellos nos erguimos como las chimeneas!
e igual que perseguidos nos ocultamos.
Así es como el mundo se está preparando,
montado en la cadena de la historia,
donde la clase obrera, sobre la oscura fábrica,
clavará la estrella fundida del Hombre.

Versiones: Andrés Simor y Fayad Jamís

PETRUS BROVKA

Bielorrusia, 1905-1980

Ni monte adorna...

Ni monte adorna, palma o mar
esta tierra engalana;
sólo la desgracia o el pesar
miro en cada ventana.

Viejo país, inquieta tierra,
el trigo que la dora
era trillado por la guerra
con su vil trilladora.

Sé del desnudo y del hambriento,
la vida de verdad,
que aquí la espiga era alimento
sólo hasta navidad.

Nada segarnos ha podido,
país que de niño quiero:
tú que mis fuerzas has nutrido
aun sin el pan casero.

No hay humildad en nuestras almas
ni hay angustias de muerte.
Soy carne de esta carne calma,
por las tormentas fuerte.

Como un resorte soy tozudo,
de alquitrán tengo trazos.
Tuercen raíces en un nudo
las venas de mis brazos.

¡Raíces que dan vida allá abajo!
Cien pruebas vencí diestro
en esta tierra en que el trabajo
es ser, rey y dios nuestro.

Con paso elástico prosigo
mi estirpe indomeñable.
No da cuartel al enemigo
esta tierra implacable.

Mi arado ha abierto sus entrañas.
De penas no me aflijo.

Mejor no vive en tierra extraña
quien de este suelo es hijo.

Versión: Francisco de Oraá

Pan negro

Negro pan de centeno,
con toda el alma te bendigo,
pues nada más sabroso
en la vida he comido.

Pan negro, nos brindabas
la más dulce delicia
con cebolla, con sal,
con pobre mantequilla.

No habrá para nosotros
regalo más querido
que tú con un crujiente
pedazo de tocino.

¡Negro pan de centeno!
Nos perfumabas desde niños
el corazón con olor de hojas
de arce o de comino.

Recuerdo cómo ansiábamos
el encuentro contigo,
y salías del horno
en la paleta, henchido.

Con júbilo y respeto
acogíamos tu regalo,
y tu cara dorada
acariciábamos.

Latías bajo el lustre
de la seca corteza,
en el mantel sencillo,
sobre la pobre mesa.

Y dabas la frescura
del campo de centeno.
Pan negro, la memoria
hoy me invades de nuevo.

Hace tiempo que en casa
no estaba, compañeros;
hoy que he vuelto, regálenme
un trozo de pan negro.

Versión: Desiderio Navarro y David Cherician

RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN

Argentina, 1905-1974

Donde todo termina

A Alberto Sánchez

I
Donde el carbón se junta con la sangre
y la ametralladora bailarina
lanza sus abanicos de metralla.
Donde todo termina.

Ya vienen las mujeres con sus hijos
de la mano, en los brazos y en el vientre.
Dentro del gran bostezo de la mina
crece un grisú de soledad ardiente.
Donde todo termina.

Apuntad bien, que sobre el barro caigan
donde el terror se junta con la sangre.
Ya están ahí los mercenarios.
Donde todo termina.

Su sangre no es abono.
Por el río que arrastra el grano oscuro
corre la sangre favorable
de obreros fusilados contra el muro.
Donde todo termina.

¡Cómo se pasa del carbón al plomo!
¡Cómo se pasa del esclavo al hombre!
Somos miles de muertos favorables,
Donde todo termina.

Incorporáos sobre nuestra muerte
y en su arsenal de polvo
fundid las nuevas armas.
Donde todo termina.
Donde el carbón se junta con la sangre
pronto desbordará los horizontes
el ejército muerto que dirige
un mariscal de hueso y de ceniza.
Donde todo termina.

II
Escuchad la tormenta.
Bata el palo sobre la ropa oscura.

Lavad, mujeres de mineros,
la ropa oscura.

La ropa del carbón y de la muerte,
del barro y de la arena,
que en el Nalón y en el Caudal
arrastran las aguas de la cuenca.

¡Oh, veteranas!

Bandera el overall agujereado,
espectro del coraje el trapo comunero.
Detrás del viento, entre hulla y escarcha,
viene el invierno con el hambre.
Viene el invierno fusilando muertos,
decretando osamenta,
persiguiendo a los hijos de los muertos,
donde madura el grito de los muertos,
donde la dignidad va madurando.

Va madurando sobre la derrota
donde se junta el aire con el humo
y un sol de vidrio opaco, forastero,
ve desfilar hacia el túnel sonoro
mineros y mineros y mineros.
Donde todo termina.

Himno de la Confederación de Trabajadores

La vida es dura, agria la leche, triste el suelo y el pan amargo,
desde hace siglos caminamos por un largo camino largo.

Somos los dueños de la tierra que para otros trabajamos,
sobre el andamio construimos y a la oscura mina bajamos.

Hacia la inmensa Unión Soviética con ávidos ojos miramos,
dejando de ser Spartacus quisiéramos ser Stajánov.

Y porque el mundo será nuestro, nuestra esperanza sabe un canto,
—¡Arriba los pobres del mundo!— en todas las lenguas cantamos.

La lucha es brava, el tiempo apremia, nuestro camino está
poblado de grises cruces de madera y de fusiles mercenarios.

Nuestra insignia es una paloma de color rojo derramado
que viaja al filo de la aurora sobre el lomo de un gran leopardo.

En los recodos nuestra lucha tendrá impaciencia de relámpago,
mas los escollos salvaremos —a estrella lenta aliento largo—.

Porque en el fondo del camino la libertad está esperando
con una espada inexorable reluciendo en la ardiente mano.

Historia de veinte años

¿Te acuerdas de las señoritas antiguas con sus largas polleras,
sus grandes moños y sus finas caderas?
¿Has visto las fotografías de los balnearios color sepia,
los divertissement de las ferias y el agua lenta,
el agua perfumada,
el agua azul de los azules valses de Viena?

Entonces los reyes eran primos hermanos
y con primos hermanos se casaban las princesas.
Entonces Alfonso XIII tenía veinte años.
Entonces estallaban los primeros motines y se cortaban muchas cabezas.

Entonces ya se caía del caballo el Príncipe de Gales
y aún se elogiaban las manos de Eleonora Duse.
Fíjate cómo se amontona la historia,
cómo muere y renace todo,
cómo los que creíamos vivos han desaparecido,
cómo los que creíamos muertos están presentes.
Las crónicas de Jack el Destripador,
la cursilería de los sombreros con flores,
las primeras pantallas japonesas,
los globos cautivos y las novelas por entregas,
los angelitos de los cielorrasos
y las czardas de los restaurantes a la moda,
¿dónde, dónde han ido a parar?
Tu muñeca, tu retrato de novia —parecías menos joven—
aquella madurez tuya prematura y hoy deslumbrante,
¿dónde, dónde ha ido a parar?
Fíjate en los tiempos que nos toca vivir.
No se sabe cuándo pararemos, no tenemos destino fijo,
somos seres en borrador,
inconclusos, desparramados.
La fotografía de cada año nuestro
significa un acontecimiento tras otro.

1914, 1915, 1916, 1917, 1918.
Cae sobre el mundo la bomba tremenda de la guerra.

Millones de cruces de madera aparecen en los campos.
Fusilan a una enfermera en Bélgica.

Dicen que Guillermo se divierte con sus más feroces soldados.
Poincaré «la guerre» ha estado en Rusia
y los condes de Viena han estado en Berlín.
Condecoran a Basil Zaharoff con la Orden del Baño.
Llegan hasta nosotros, niños, las emanaciones de los gases.
Y hasta nuestras costas vienen los submarinos.
Ocultan la muerte de Francisco José.
A los quince días lo sacan al balcón del Palacio,
la gente de Viena lo ve, en lo alto, agitando los brazos.
Pero está muerto y relleno de estopa como una marioneta.
Francisco José ha muerto. ¡Que muera Francisco José!

Y el hombre de la bicicleta,
el hombre del pan bajo el brazo,
el dulce amigo de los niños,
va camino de Petrogrado.

Es Lenin, es nuestra esperanza,
es la insurrección de obreros, campesinos y marineros y soldados,
un gran resplandor viene de Rusia
y en el Volga cantan los insurrectos.
El Armisticio abre la tumba del Soldado Desconocido.
Los hipócritas ancianos de Francia lagrimean frente a la lámpara votiva.
Ese canalla de Briand, dice *L'Action Française.*
Ese bandido de Clemenceau, dice *L'Humanité.*
El evangelista Wilson, a quien han presentado bellas prostitutas,
se vuelve a la Unión con su carga de lapiceras.
Un nuevo cereal se descubre en el mundo;
son los millones de muertos que han florecido blancas cruces de madera.

Los social-demócratas traicionan al proletariado.
Carlos Liebnecht, el hombre que amaba las flores,
y Rosa Luxemburgo, la mujer que amaba los pájaros,
están caídos en un arroyo con los cráneos destrozados.
Han pasado cuatro años desde que mataron a Jaurès,
mientras tomaba café-crème frente a la vidriera del Croissant.
Los nobles, alemanes, austriacos, rusos, hacen el camarero y el ladrón
el sirviente y el maquereaux, el cabaretier y el bailarín.
Es algo espectral, algo terrible,
cuando un servil los reconoce y los saluda
y cuando se visten con trajes y con perfumes baratos.
¡Cómo están de cambiados con sus blusas apolilladas
y sus largos guantes!
Algunos se han hecho tatuar.

Algunas se entregan en los recovecos.
Y Francisco José lleno de estopa
estuvo asomado a la ventana del Palacio.

1919, 1920, 1921, 1922, 1923, 1924, 1925.
Un temblor histérico corre por la espina dorsal del mundo.
Una falsa prosperidad se instala en las ciudades y en los campos.
Preparan la cadena con Ford, Citroën, Coty, Fiat.
¡Atención al cinematógrafo!
Pero los burgueses absorben todo y envilecen todo.
Turati entrega las fábricas a un delirante hombrecillo,
a un traidor de su clase,
y la desesperación burguesa se llama ahora fascismo.
Se habla de Einstein, de Freud, de Spengler, de Joyce, de Lawrence.
Los blues traen del Sur de la Unión toda la tristeza negra,
aunque ya los barcos a turbina no recorren el Mississippi,
ni la dorada luna de los circos se pasea en el cable.
Nos echan todo abajo,
nos hablan en otro idioma,
nos consideran muertos,
nos voltean los dioses,
nos destruyen los dogmas.
Hay que cambiar a cada rato de casa.
Es como si nos muriéramos por etapas.
Ay, los riñones, los sesos, el hígado, el corazón, los pulmones,
todo se está pudriendo,
lo más flamante se pudre y se viene abajo con estrépito.
Centenares de hombres se ahogan en los submarinos perdidos.
¿Qué importa una catástrofe después del Marne, Jutlandia, Verdún?
Ebert bebe Champagne y Grosz lo desnuda.
Los libros de guerra alumbran los escaparates.
Se forman los grandes comités internacionales.
Se viaja vertiginosamente
y toxicómanos, invertidos, locos, mutilados, invaden las ciudades.

Los generales mueren en la cama, caen ministerios.
Basil Zaharoff anda en coche de inválido.
¿Quién no está despierto, quién no permanece atento
en la noche del caos?
Todavía hay artepuristas en el mundo,
todavía hay sacerdotes y militares,
todavía Gandhi predica la desobediencia pasiva.

1926, 1927, 1928, 1929, 1930, 1931, 1932, 1933.
Ruge China con sus millones de campesinos y coolies.
El Kuo Ming Tang traiciona la Revolución.
Los mariscales se venden por millones de dólares.

Los imperialismos yanqui, inglés, japonés, avanzan sobre el mundo.
¡Nos han echado a perder Honolulú, Papeete, Samoa!
El dedo acciona en el gatillo en Chicago.
Morgan tiene su equivalente en Capone.
Gobernadores, jueces, policías, se entregan impúdicamente.
La Cadena sigue enloqueciendo a los hombres.
Prosperity es una mala palabra.
Los desocupados marchan su hambre sobre las ciudades
y Sacco y Vanzetti ya están secos, quemados,
con las uñas hundidas en las sienes.
Los fusilamientos en masa de obreros y soldados
es la única música que se conoce.
Un grupo de morfinómanos, pederastas y locos se apodera de Alemania,
violan a las muchachas judías,
patean los vientres de las madres,
escupen sobre los padres en los fosos,
queman pilas de libros en las plazas públicas.
Goering incendia el Reich y encarcela a 200 000 comunistas.
Roosevelt habla por radio, inventa el Águila Azul,
no acaba con la cadena, defiende la propiedad,
acosa a las muchedumbres agrarias,
y alimenta la desocupación.

Dimitrov dice:
        «¿Tenéis miedo a los comunistas?».
Dimitrov dice:
        «La sexta parte del mundo».

Oh, no me olvido de la Unión Soviética.
Allí la libertad no es una abstracción,
allí está la dignidad del hombre,
allí está el arte reflorecido,
allí está el cine purificado,
allí está el viento de los trigales y la oscura
sinfonía de los tractores.
Allí está el Plan Quinquenal y sus Brigadas de Choque.
Fíjate cuánta historia amontonada, empujada,
fíjate cuánto acontecimiento junto,
y el más grande,
y el único,
        —el hombre de la bicicleta
        —el hombre del pan bajo el brazo
        —el dulce amigo de los niños
camino de Petrogrado.

Imágenes de Cuba

Estuve en un país cuya magia subyuga.
Dulcemente nos hace sus esclavos,
incita y promueve la luz, el aire, la mañana.

Traigo de Cuba ecos victoriosos de batallas civiles
que siguieron al río de sangre del desvelo,
y visiones fugaces, pero intensas; imágenes
que en la retina hallaron la exacta coyuntura.

La fragancia, la música de un pueblo
levantado, feliz, a la altura del hombre
y el tamaño del día.

Quizás quedaron otras imágenes situadas
en el laboratorio sutil de la memoria:
aquello que después se convierte en saudade,
en un poema, en un cuadro o en un sueño.

He visto lo que hicieron; lo que hacen cantando
—es un decir— y también el futuro...
entre vagos aromas de plantas familiares
y retratos de Martí y Sarmiento y Fidel,
a través de esos rostros cautivantes
de los niños de un Círculo Escolar luminoso
líenos del sol y el aire de la Isla elegida.

Tuve tiempo de ver y tiempo de escuchar
y entrar en el paisaje y la humana geografía
para salir de allí con su expresión.
Tiempo de andar la Habana Vieja y su encanto profundo
y allá en Pinar del Río la granja colectiva,
el tabaco, la caña, las palmas en febrero.

Tiempo de amar el alba con sus tropas traslúcidas
y la sonrisa azul del crepúsculo marino.
La casa de los Pita Rodríguez, el silencio
de los antiguos patios
y el esplendor de las nuevas construcciones...

Y la luna habitual encima del bloqueo
alevoso y nocturno,
alumbrando a este pueblo alerta y fraternal
y alegre y laborioso y combativo
que avanza por el rumbo de la estrella
aplastando gusanos y despertando rosas,

en plena primavera del acontecimiento.
Y, como quiso Goethe, siempre adelante,
siempre adelante... *¡por encima de los muertos!*

Víctor Jara

¿Qué es un cantor cabal, qué era Víctor Jara
—un cantor y señor de la guitarra—
sino aquel, con su duende y con su ángel,
el sutil equilibrio entre la mano y la garganta?

Y aún con las manos rotas simulaste
acariciar las cuerdas de tu guitarra muerta
y en un esfuerzo insólito ¡Cantaste!
Y ahí te fusilaron los milicos fascistas.

Pero hoy tu instrumento y tus canciones
vigilan tu memoria en Chile y por el mundo, Víctor Jara,
perduran en las voces de todas las guitarras
de aquellos que caminan con su época
en la hora del tiempo guerrillero.

Porque no terminó la batalla de Chile y el futuro
verá allí en sus bíblicas esencias
a hombres libres y gozosos cantando
junto a las lámparas del trigo y de las rosas.

Y en la caja profunda como el agua profunda
habrá siempre un lugar para la fantasía y la lucha,
los sueños, el amor y la aventura y esa cierta magia
de la violencia y de la ternura latinoamericana.

Y a la consigna nazi: «Cuando oigo decir
la palabra cultura, quito el seguro a mi revólver»
Víctor Jara responde desde su claro espectro:
«Cuando oigo la palabra Pinochet, quito el seguro
a mi guitarra, que puede disparar como un fusil.»

Oh, cuántas primaveras perdidas por septiembre,
cuánta muerte flotando en los turbios Mapochos.
¡Ellos serán vengados!
Ahora y en la hora de Víctor Jara. Amén

WALTER LOWENFELS

Estados Unidos, 1897-1976

La ejecución

Y después que el Gobernador Faubus guiara su ejército contra Little Rock y el General Walker dirigiera sus tropas contra la Suprema Corte y el Gobernador Wallace echara sus granaderos sobre Birmingham
y después de 300 años de: *«si eres blanco, entra; pero si eres negro, fuera!»*
y después que 20 millones de nosotros dijimos: *ahora, ahora mismo, y* un cuarto de millón marchamos sobre Washington
y después que el ejército secreto del Gobernador X y el Senador Y violara 41 veces la Constitución en Birmingham y nadie fuera arrestado,
acorralamos a cuatro niñas negras en el sótano de una Iglesia y las ejecutamos usando dinamita en una fórmula secreta.
Y sus nombres eran Denise McNair, de 11 años; Carrol Robertson, Addie Mac Collins y Cynthia Wesley, todas de 14.
Y Cynthia fue identificada sólo por su ropa y un anillo.
Y después nadie dijo una palabra, sólo su memoria quedó inquieta entre nosotros preguntando
¿las amaremos tanto tiempo como crece la hierba y las llevaremos en el corazón cuando triunfemos, algún día,
y comprenderemos que realmente ellas murieron para que nosotros siguiéramos viviendo?
Y la fecha de ejecución fue el Día de la Juventud en la Iglesia Bautista de la Calle 16, en Birmingham.

«Esta nación bajo Dios...»

Tu voz hendida ¡la de tus huesos y mis sueños! ¡Qué atrás de tu dolor se quedan las palabras! ¡Qué sílabas pequeñas para dolor tan grande!

Luis Cardoza y Aragón

Y Dios dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen
con pinchazos eléctricos
quemaron los genitales
de los manifestantes de Georgia;
con el arma oculta
apuntaron a la espalda de Medgar Evers
en Jackson Mississippi.
Y Dios dijo: En el principio era el Verbo
y dinamitaron iglesias en Birmingham, Alabama
y un domingo quemaron vivas a cuatro niñas.
Y Dios miró todo lo que había hecho:

desde los radioactivados campos arroceros de Viet Nam del Sur
hasta los estudiantes presos en Plaquemine, Louisiana.
Y vio que era bueno:
Porque el sol sale por la mañana con las tropas federales
que garantizan la Integración por la fuerza.
¿Y qué de la ciudad de Baal en Texas?
¿También los adoradores de Petróleo en Dallas
serán salvados?
Y Dios dijo:
dejad que los niños se acerquen a mí.
Y cuando supieron que el Presidente había sido asesinado
gritaron ¡Viva! ¡Viva! y agitaron las manos.
Eli, Eli —¿qué ángel vengador
ordenó estos horrores televisados
que paralizaron la Tierra durante 3 días
mientras sólo nuestros corazones latían?
¿Descansarán los culpables
hasta que sospechemos
de los ídolos bronceados de la General Motors?
de las pétreas imágenes de ***Tel and Tel?***[11]
de la Gomorra de la Bolsa de Valores?
Eli, Eli, ¿seguiremos al caballo sin jinete
hasta el fin de nuestros días?
Y los cielos se abrieron y Elías sentado en una rueda
dijo: Mirad, Dios ha hablado
y el sol sale por la mañana
para aquellos que buscan
heredar la libertad en la Tierra.

Carta al Presidente
(fragmentos)

Querido Señor Presidente:

Lo que está en riesgo es la supervivencia de mi país —no como cráter geológico sino como pura e independiente nación. Naturalmente que ésta es una aventura amorosa para mi vida, porque no tengo otro lugar como esta casa.
En un extremo del arco iris
están un muchacho y una muchacha.
Es lo mismo en todos los idiomas.
¿Por qué envidiar las rosas de Siria
o las madres oaxaqueñas con
sus olivos?
Las puertas del cielo están esperando ser abiertas
en casa.

11 Monopolio privado de telégrafos y teléfonos de los Estados Unidos.

¿Por qué no amarnos tú y yo en casa
y dejar las mujeres de las islas
a otros nadadores?

No es la idea de verme convertido en cenizas junto con Lillian y nuestra casita en los pinares de South Jersey; a los 65 años no me queda tanta vida como para que importe. Lo que me horroriza es la vergüenza de semejante cosa; que yo sea responsable por lo que he hecho o dejado de hacer para evitar que mi país sea convertido en un lote baldío, allí donde la civilización de Manhattan florecía.

¡Oh, mástiles del Pacífico!
crean en mi vergüenza, en mis lágrimas:
en todos estos años
no han inventado en el Gobierno una oficina
para el Colector de Poesía.
La Cumbre sólo escucha canciones que la aplaudan.
Pero: ¿es que quienes están sabiamente gobernados,
necesitan arcos
cubiertos de edictos
y escuelas para niños felices con las puertas cerradas?
El Colector de Poemas debería colectar
la verdadera voz del Pueblo
y aquellos que son criticados deberían escuchar a
tiempo:
¡Soldado! —quédate, hermoso como eres
¡En casa!

No me anima saber que mis pinares no serán los únicos en desaparecer, y no me aflige el futuro de la raza humana —ella sobrevivirá con gente interesante del Tibet, Tierra del Fuego y el Yukcn, como descendientes socialistas de lémures y dinosaurios. La amiba en nosotros no será olvidada.

Escarabajos de cinco estrellas en posturas militares,
magnates de *polaris y* otros importantes vampiros
todos ellos productores de mierda
planean nuestra supervivencia.
....
¡Pero escuchen!
¿Han pensado en un poema?
Si no,
los diccionarios electrónicos os maldecirán.
La sintaxis ciclotrónica deshará vuestros huesos
y vuestros sermones no serán escuchados por los
querrilleros, Fulano de Tales y otros
fantasmas de la palabra
que antes tan dulcemente cantaran desde
la Puerta, de Oro hasta Harteras.

Supongo que se debe a mi extracción burguesa —esta persistencia de nacionalismo en mí— pero es el destino de mi país el que más me importa.
La humanidad entera puede cuidarse a sí misma —eso es asunto suyo y está bien entrenada para hacerlo— habiendo sufrido ya la Caída de Egipto, Grecia, Roma, la

Dinastía T'ang y Carlomagno. Pero mi pobre, pequeño Estados Unidos —tan frágil con su pulida superficie de 200 años, tan despistado aún ahora, con 20 millones de nosotros insistiendo: «¡unamos a los Estados Unidos!»

El sol trepa la escala solar;
viene de su recóndito hogar
con polen en las manos
para que todos los niños
inhalen el sagrado aliento de la vida
a su manera
¡África! ¡África!
El sol no puede trepar solo.
¿Dices que esperas el alba?
¡Si tú eres el alba!
A través de la barrera de calor
la vida dorada flamea con certidumbre.
A través del Congo y el Mississippi
tus hijos reúnen sus multitudes,
cada uno de ellos como sol que ilumina el Nuevo Mundo.

¿Qué será de Abraham Lincoln en su tumba de Washington si lo asesinan de nuevo y esta vez para siempre? ¿Estará acaso, tan orgulloso como Whitman, de los jóvenes caídos en la batalla de Gettysburg? ¿Y dónde, en el resto del mundo, podrá florecer otra vez una raza como la nuestra?

....

Confieso mi debilidad: no es la humanidad la que me duele,
sino la idea de lo que nosotros en los Estados Unidos
pudimos haber sido.
Porque: ¿qué otro pueblo podría haber hecho del socialismo
un deporte, tan rápidamente como los chicos y chicas de
Harlem, Chicago Sur, las cuevas del Golden Gate y de
otros puntos del Norte y el Sur? No es nuestra desaparición
física lo que mueve mi ansia. Es la idea de nosotros,
ahora, que si nos extinguimos quedaremos como una mentira.

...y Horacio lo dijo así al pueblo romano hace 2 000 años...

¿A dónde van ustedes tan apresurados
en esos uniformes recién lavados?
¿Es que no hay suficientes soldados ya
en Gaul y los Pirineos?
¿Temen que no vayamos
a quemar las torres de Seythia
o que nos abstengamos de manifestar en las calles de Cartago;
o que, de acuerdo con el oráculo de Delfos,
sus catapultas se abrasen en su propio fuego?
¿Por qué, en vez, no luchan con
osos pardos en la Vía Appia?
O podrían vencer a los dragones de Cathay aquí en casa.
Respondan —la manera como corren al infierno

hace pensar que están ahogados en vino siciliano.
¿O es que encceguecieron por cruzar
tan a menudo los Alpes?
....
Y yo
estoy ahora experimentando maneras de hacer sobrevivir el
papel (no preguntando, como Shakespeare, por
qué la calamidad estaría cubierta de palabras), sino
trabajando duro en una elegía para todos los hijos de
nuestra Era Interglacial.

Vamos a extinguirnos —no como la luz, sino como la Negra
Muerte, que el resto del mundo impedirá a nuestras ratas propagar.
Es nuestra ausencia de todas las fiestas y celebraciones y danzas de mañana lo que me parte el alma hoy. Porque la única muerte es morir
solo.

Ésta es la época del suicidio limitado porque
te salvo de que te destruyas con ametralladoras y bayonetas,
porque tengo una bomba de 100 megatones fabricada por
el Dios Serpiente a quien no importa cómo mueras
—ni en cuántos fragmentos—
lo que interesa es que la deuda nacional se reduzca
a tiempo para que otra generación de robots
renueve el ataque.
Y es esencial saber con precisión las fallas del computador
enemigo, si quieres conservar la ventaja
a tu favor.
También, a qué microsegundo del día llega a su punto
medio, para que puedas ajustar el sistema de
alarma a sus altas y bajas.
En estas circunstancias nuestros vecinos vivieron una
vida pura y normal,
el porcentaje de nacimientos aumentó, el de muertos
descendió, y todos vivieron felices en los barrios
de colorín colorado.

A través del istmo humano, donde el último profeta aguarda la palabra final y nuestro Sueño Norteamericano espera vivo, imploro de todos nosotros aquella palabra que hará vivir hoy a nuestro hermoso mañana.

Y como nuestros antepasados indios lo dijeron:

¿Qué cosa es más hermosa
que una tierra sin tumbas
donde el miedo ha sido desterrado?
Donde la bravura no sangra
porque no hay enemigo,

donde los guerreros de las Ciento Una Tribus
arrancan el más enhiesto pino
y en el agujero que deja
arrojan sus armas y petardos,
profundo en la tierra,
tiran todas sus lanzas,
y plantan de nuevo el árbol. Luego,
una vez ganada la Gran Paz,
encontraremos la tierra
donde la verdad no tiene nombre
porque no hay más mentiras;
donde la caridad no tiene hogar
porque no existe el hambre;
donde nadie es ya
Héroe Desconocido
y nadie es profeta—
porque la luz de la sabiduría
está en todas partes...

y el amor
AMOR AMOR
(y más amor)
que nos reparte el sol,
que pone fiesta en las tormentas
y convierte cada cuerpo en una flor
que te busca, América.

ARTUR LUNDKVIST

Suecia, 1906-1991

El viento en pie

La Revolución es el viento en pie. El viento que camina erguido como un hombre.

Un viento tan ancho como todo el país, arremolinado hacia lo alto y verde como la hierba que camina.

Revolución: loba que da su leche. La Naturaleza vencida por su maternidad.

Revolución: pita que florece en un tejado, cabeza de clavo que ha rechazado el óxido.

Revolución: árbol combado que se endereza y lanza a sus pájaros directamente contra el aire.

Revolución: ojo de aguja que ciegan las lágrimas de una viuda y fuego que empieza a arder en mitad de la mesa de la cena.

Revolución: criada que vuelca el orinal en la cabeza del amo y se aleja galopando en su caballo.

Revolución: terremoto que, a medianoche, derrumba el palacio, pero que apenas derrama agua del pozal en la choza del pobre.

La Revolución arranca los árboles que carecen de raíces, pero hace cantar al bosque.

La Revolución transforma las nubes de la ciudad en candentes viviendas para un pueblo desconocido.

La Revolución persigue a las ratas con colas en llamas y a los fugitivos con huevos chafados en los bolsillos, que huyen ante ella.

La Revolución trabaja por la noche a la luz de un soplete mientras la costurera escupe los alfileres que tiene entre los labios.

La Revolución también se sienta junto a la ventana, de noche, con la mano en la barbilla.

Mira por encima del hombro de una persona que está leyendo el periódico bajo un árbol.

Cava en la tierra como si buscase agua.

De pie en las cumbres, mira fijamente todo el país.

Se aposenta, como un pájaro grande, en la copa de un árbol y desafía la fuerza del viento.

Se necesita una enorme opresión para la liberación.

Se necesita una gran calma para que nazca una tormenta.

Se necesita una gran pena para que estalle un júbilo incontenible.

Se necesita una gran alegría virginal para mover una

montaña.

Se necesita una lenta combustión en las cosechas almacenadas para que prenda un incendio.

Se necesita una gran esperanza para contrapesar la muerte.

Se necesita todo eso para una Revolución.

La Revolución es el país en la misma medida que es el pueblo. Inseparables.

El país espera, igual que el pueblo.

El país llora con el pueblo en la melancolía del viento a la caída de la tarde, en el temblor de la hoja solitaria, en la hierba que corre como el agua, en el agua que se ara como la hierba, en la cinta del cielo, en la nube que se para delante del sol.

Hay espera y tristeza en el sendero que desaparece entre los árboles.

Una mancha de arena, en medio de un prado, espera como la palma de una mano extendida.

Las flores abiertas esperan hasta lo imposible. ¡Una vez más en vano!, y suspirando dejan caer sus pétalos.

Un postigo espera en su marco, ya esté abierto o cerrado.

Nubes veteadas de oro se demoran sobre una región que, oscurece, y esperan.

Una vena de agua socava un camino, y espera.

El óxido muerde un puente de hierro, y espera.

El país está ahí, extendido, como una mujer encadenada, sangrando en su carne, y espera.

El país sólo puede esperar y callar con sus labios secos o mirar con ojos de gotas de agua, condenadas a caer una tras otra.

El país sólo tiene un eco como respuesta a todos los gritos.

El país está indefenso como un dios asesinado, disperso, perdido en sus propias distancias. Sólo el pueblo puede levantarlo.

Pero el pueblo no se conoce a sí mismo, no puede comprender sus propios deseos ni oír su propia voz.

El pueblo es agua, gotas que se reúnen y corren, un ciego torrente que martillea, como las olas, contra los diques, o se evapora.

El pueblo es un bosque cuyos árboles no saben que son un bosque, un bosque palpitante bramando entre los horizontes.

El pueblo es también un árbol introvertido, ciego para el sol que da en su copa, ignorante del manantial

que hay junto a sus raíces.
El pueblo es una roca que apunta hacia sus propias tinieblas y devora al relámpago impotente.
El país y el pueblo se buscan mutuamente. ¿Qué abismo los separa?
La Revolución es el puente que une al país con el pueblo.
Es el pueblo en movimiento, con bosques y mares en marcha.
El país va con el pueblo y se eleva por el espacio.
No hay metáforas que expliquen cómo el país y el pueblo se apoyarán mutuamente y caminarán juntos.

Dadnos un sueño

Trabajamos allá abajo, en la profundidades, como en una mina. Tenemos los ojos llenos de polvo de carbón. Nuestras manos se aferran al pico y al burdo mango del martillo.

Dadnos un sueño luminoso que nos acompañe como una buena hermana, que esté a nuestro lado en las tinieblas, que nos susurre palabras vivas y que coloque su fresca mano en nuestras frentes.

Dadnos un sueño de un sol que resplandece en la lejanía, de un viento que huele a flores y a tierra mojada tras la lluvia, de árboles altísimos que mecen sus hermosas copas, de hogares felices, de risas de niños cuando se lavan por la mañana y cuando las últimas pelotas bailan bajo las estrellas al atardecer.

Dadnos un sueño luminoso —y nuestras manos seguirán agarrando el pico y el burdo mango del martillo. Trabajamos allá abajo, en las profundidades. Necesitamos un sueño. Luminoso.

Vida como hierba

Y la hierba caminando por el mundo,
el río más ancho y más verde bajo el viento.
La hierba siempre en camino,
subiendo las laderas de las montañas, entrando en ciudades que duermen,
cruzando llanuras, sabanas, estepas
donde el centauro jamás ha sido vencido,
donde las distancias redoblan bajo los cascos de los caballos
y la leche fermenta en las tiendas de campaña de fieltro
al resplandor de una luna de ojos oblicuos.
La hierba
aguanta el aguacero con sus miríadas de espaldas
y sujeta el suelo con sus innumerables piececillos.
La hierba cruza sin temor sus tenues deditos
sobre una calavera.

La hierba trabaja infatigablemente y no duda nunca,
se abre camino con explosiones o escala los obstáculos
y a toda amenaza responde creciendo.
La hierba ama al mundo como a sí misma
y se siente feliz hasta en los días difíciles.
La hierba es un torrente de enraizamiento, viaja
sin preparativos,
muestra siempre su multiplicidad, su solidaridad, su unidad.
La hierba es el mejor compañero de viaje del hombre
y se inclina ante el recuerdo que forma parte del olvido.
La hierba prepara la cama para el cuerno del unicornio
y para el hacha del indio,
crece en torno al manantial como pestañas protectoras
y dibuja con altos ramilletes oscuros
la silueta de animales muertos por el rayo.
El ratón de campo
hace en la hierba una raya
con el peine de sus estremecimientos:
la hierba sin fronteras
que sirve tanto a la tierra como a los animales,
víctima del fuego o del frío
que siempre resucita
y que nunca sueña convertirse en dientes o cuchillos:
vida como hierba.

La gente del hambre

La gente del hambre no llegará nunca a ser más que niños a medio
crecer.
Tienen el esqueleto flexible como una mimbrera, cubierto apenas por
la arpillera de la piel.
Sus pisadas son tan tenues que sus marcas parecen huellas de hojas.
Toda la fuerza parece concentrada en la áspera y negra espesura del
cabello.

Avanzan tambaleándose como si estuviesen medio dormidos, nunca están
despiertos del todo.
(El hambre es como un humo denso que les impide despertarse y ver
claro).
Con sus estómagos hinchados parecen estar todos embarazados: niños
sin sexo preñados con nuevos niños.
Una serpiente dibujada en piedra basta para hacerles caer al suelo de
rodillas.
Ungen a los dioses, que quizá también pasen hambre, con un poco
de saliva alrededor de la boca.
El campo yace encadenado en una oscura red de grietas.

Las cobras atormentadas por la sed son tan mansas como los animales
domésticos.
Crujen insomnes bajo la seca hojarasca del árbol del pueblo.
El adivino descifra bostezando destinos humanos tan iguales entre sí
como los juncos de una alfombra.
Se considera que dormir con una piedra como cabecera proporciona
sueños que resultan ciertos.
La dificultad estriba en recordarlos por la mañana.

El río ha caído enfermo y el agua ya no quiere correr.
Se ha cubierto de una lámina grisácea como un ojo muerto.
Las serpientes de agua están acostadas sobre las piedras blancas y defienden el lecho
del río.
Las jorobas de los bueyes cuelgan como bolsas sin dinero.
Las hienas arrancan las mejillas de los niños dormidos.

Por la noche se ve un bosquecillo envuelto en llamas aunque no arde.
Hay un hombre de pie, el oscuro viento hace ondear su blanca cabellera.
Él se ha convertido en un árbol que espera lluvia.
Se entrega al rayo con los pies hundidos en la tierra.
Otro hombre se deja atar a unas piedras para que lo bajen a un pozo.
A los tres días lo sacan del agua, vivo y lozano como un tallo de loto.
Pero no, no ha conseguido influir en las decisiones de los dioses.

La locura libera a algunos del tormento de ser hombres.
Sus ojos asemejan los de las fieras y todos se apartan de ellos.
Un niño encuentra una pelota de tenis y la esconde: una fruta que
quizá madure.
Los excrementos humanos arden mal por mucho que se hayan secado.
Caen tijeretas en la fría olla de hierro.
Derramados por el suelo hay unos montoncitos de azafrán como si fuesen
la última siembra de esperanzas.
Sin embargo, allí donde todo es una roca de fe no hay ningún motivo
de desesperación.

DASHDORZHIIN NATSAGDORZH

Mongolia, 1906-1937

Mi tierra natal

Altas montañas majestuosas de Khentel, Khangai y Soyón,
Bosques y colinas de gruesos árboles, la belleza del Norte,
El Gran desierto de Gobi, las extensiones de Menen, Sharga
y Nomin,
Y los océanos de desiertos de arena que dominan el Sur;
Ésta es mi tierra natal,
Mi país hermoso, mi Mongolia.
Los ríos de cristal de la sagrada Kherlen, Onon y Tuul,
Arroyos, manantiales y quebradas que dan salud a todo mi pueblo,
Los lagos azules de Khuvsugul, Uvs y Buir, anchos y profundos,
Ríos y lagos donde la gente y el ganado calman la sed;
Ésta es mi tierra natal,
Mi país hermoso, mi Mongolia.
Los más hermosos ríos de Orkhon, Selenge y Khukhii,
Montañas y desfiladeros, fuente de los metales y la abundancia,
Antiguas estructuras y ruinas de ciudades y fortalezas,
Caminos y carreteras que corren hacia países distantes;
Ésta es mi tierra natal,
Mi país hermoso, mi Mongolia.
Las altas coronas de nieve eterna en las montañas que brillan
a lo lejos,
El paisaje virgen, interminable bajo el claro cielo azul,
Las nobles cumbres que se ve alzarse en la distancia,
Y los ilimitados campos donde el alma halla la paz al fin;
Ésta es mi tierra natal,
Mi país hermoso, mi Mongolia.
La vasta tierra de Khalkha entre los desiertos y las montañas,
Tierra que atravesamos una y otra vez desde los verdes días
de la juventud,
Cadenas de montañas como torres donde se cazan lobos y venados,
Y los hermosos valles donde galopan los caballos espléndidos;
Ésta es mi tierra natal,
Mi país hermoso, mi Mongolia.
La tierra donde las puras hierbas se balancean en la brisa,
La tierra de llanuras abiertas de espejismos fantásticos,
Rocas firmes y remotos parajes donde los Hombres de Bien
acostumbraban encontrarse,
Y los antiguos oboos, pedestales de los dioses y los antepasados;
Ésta es mi tierra natal,
Mi país hermoso, mi Mongolia.
Tierra de grandes pastos de hierba fina y pura,

País donde todos pueden andar y desplazarse y pasear a voluntad,
País donde el pueblo vive libremente todas las estaciones del año,
Y la tierra de suelo fértil, donde crecen las variadas espigas;
Ésta es mi tierra natal,
Mi país hermoso, mi Mongolia.
Las mejores montañas, cunas donde yacen nuestros antepasados,
Donde crecimos y maduramos,
La tierra donde varias especies de ganado ramonean en los llanos,
Y la tierra saturada del alma de generaciones de mongoles;
Ésta es mi tierra natal,
Mi país hermoso, mi Mongolia.
Tierra donde en invierno todo se cubre de hielo y nieve,
Y las hierbas titilan como vidrios y cristal,
Tierra donde en verano es todo una alfombra de flores
Y se llena de pájaros de las tierras distantes del Sur;
Ésta es mi tierra natal,
Mi país hermoso, mi Mongolia.
La rica tierra entre las montañas de Altai y de Khingan,
La tierra que mi padre y mi madre habitaron y bendijeron
para nosotros al pasar,
Tierra que pacíficamente crece bajo el dorado sol
Y brilla para siempre bajo la luna de plata;
Ésta es mi tierra natal,
Mi país hermoso, mi Mongolia.
Tierra de mis antepasados desde el tiempo de Hun y Sung,
Gloriosa tierra donde se sintió el poder de los Mongoles Azules,
Tierra que nos ha cobijado desde los albores del tiempo,
Y la tierra esparcida bajo la Roja Bandera de la Nueva Mongolia;
Ésta es mi tierra natal,
Mi país hermoso, mi Mongolia.
La patria en que nacimos y crecimos es la que más estrechamente
amamos,
A cualquier invasor rechazamos desde las mismas puertas,
Déjanos incrementar el poder de nuestro pueblo renacido,
Y construir con nuestros méritos un mundo nuevo;
Ésta es mi tierra natal,
Mi país hermoso, mi Mongolia.

Versión: David Chericián

MIKLÓS RADNÓTI

Hungría, 1907-1944

Marcha forzada

Loco es el que cae al suelo
y con un dolor errático
Sin embargo, como si alas
la fosa en vano le llama
y si preguntas por qué
que le esperan la mujer
Pues sí que es loco y es cándido,
ya desde hace mucho sólo
y derribó las paredes
y erizada está de miedo

¡Ay! si creer pudiera: llevo
de cosas que aún valen y una
¡si aún la hubiera! y como antes
al enfriar la mermelada
de la paz, y entre las huertas
sol entre frondas y frutas
y Fannin me esperaría
y escribiría una lenta
¡pero aún quizá es todavía!
No sigas andando, amigo,

se levanta y vuelve al trillo
mueve rodilla y tobillo.
le salieran, vuelve a andar,
porque él no se va a quedar,
tal vez aun diga esta cosa:
y una muerte más hermosa.
porque sobre cada hogar
el viento abrasa al pasar,
y el ciruelo de raíz,
la noche de su país.

no sólo en mi pecho un mar
casa para regresar:
en la veranda amplia y vieja
sentir zumbar a la abeja
soñolientas cogería
que desnudas ondearían,

rubia ante el seto de grana,
   sombra la lenta mañana,
         ¡la luna es redonda, y tanto!
¡grítame! ¡Y yo me levanto!

Bor, septiembre 15, 1944

España, España

Ya hace dos días que diluvia así, y al abrir mi ventana
París sobre sus techos brilla,
en mi mesa una nube se establece
y una húmeda luz corre por mi mejilla.

Estoy parado encima de las casas, y por lo tanto en lo profundo,
el hollín lluvioso me llora,
y me avergüenzo de este barro desgarbado
y del ocaso lóbrego de noticias de ahora.

¡Ay, guerra restallante de alas negras,
volante espanto de la vecindad!
Ya no siembran, ni siegan, ni cosechan
y tampoco hay vendimia allá.

Ya no canta el polluelo, ni escuece el sol del cielo,
ni las madres dan hijos de su entraña,
y sólo tus sangrientos ríos corren
espumosos, ¡España!

Mas vienen nuevas tropas, si es necesario de la nada,
igual que fieros huracanes
un ejército parte de las tierras heridas
y las profundidades de minas y volcanes.

Los pueblos gritan tu destino: ¡libertad!
esta tarde también la canción por ti fue cantada;
y con duras palabras cantaron a tu lucha
los pobres parisienses con la cara mojada.

Tarjetas postales

I

Desde Bulgaria rueda un cañonazo intenso,
vibra en la cresta y luego titubea en descenso;

se apilan bestias, hombres, carretas, pensamientos,
el camino relincha, corre el cielo entre vientos.
En este caos móvil tú eres eterna en mí,
en lo hondo de mi mente siempre te veo así:
muda, inmóvil, como ángel que admirara el desierto
o el insecto sepulto dentro del árbol muerto.

Entre las montañas, agosto 30, 1944

II

Sólo a nueve kilómetros de aquí
queman almiares, casas, prados,
y aquí sentados los aldeanos fuman
sus pipas mudos y alarmados.
Aquí aún se riza el agua si entra al lago
la pastora con pie desnudo
y nubes bebe al inclinarse al agua
el rebaño lanudo.

Cservenka, octubre 6, 1944

III

Los belfos de los bueyes manan baba sangrienta,
todos los hombres, todos, sudan y orinan sangre,
baña el siglo un feroz chaparrón pestilente.
Sobre nosotros sopla la muerte fieramente.

Mohács, octubre 24, 1944

IV

Me acerqué al lado de él, su cuerpo se volvió,
tenso y rígido estaba, como cuerda al vibrar.
Un disparo en la nuca. —Puedes estar tranquilo—,
me dije —así también tú vas a terminar.
Ahora la paciencia en muerte ha florecido.
—*Der springt noch auf*[12] —encima de mí dijo un sonido.
Una sangre fangosa se ha secado en mi oído.

Szentkirálysabedje, octubre 31, 1944

Versión: Susana Vályi Nagy y David Chericián

12 Él aún se mueve.

Séptima égloga

¿Ves?, anochece. Feroz, erizada de púas,
la valla de roble y la barraca flotan, aspiradas por la noche.
El cuadro de nuestro cautiverio escapa a la lenta mirada,
y sólo la razón —sólo ella— conoce la tensión de la alambrada.
¿Ves, amada? Aquí hasta la fantasía sólo así cobra alas.
Nuestros cuerpos magullados serán disueltos por el sueño
hermoso, liberador,
y entonces todo el campo emprenderá la marcha.

Harapientos, rapados, roncando, los prisioneros echan a volar
desde las cimas ciegas de Servia hasta ocultos parajes de la patria.
¿Existen todavía esos parajes? ¿Y qué ha sido de nuestras casas?
¿Las omitieron las bombas? ¿Están como cuando partimos?
Y ese que gime a mi derecha y el que yace a mi izquierda, ¿regresarán?
Dime, ¿hay todavía una patria donde comprendan este hexámetro?
Sin poner los acentos, tanteando en cada renglón,
escribo en la penumbra, escribo como vivo,
casi sin ver, recorriendo el papel como una oruga:
la lámpara, el cuaderno, todo me lo quitaron los guardianes.
Ningún correo llega, sólo la niebla aplasta la barraca.

Entre falsos rumores y parásitos aquí viven franceses, polacos,
italianos ruidosos, servios separatistas, judíos melancólicos.
Cuerpos febriles y rotos que, a pesar de todo, viven una vida,
esperan buenas nuevas, palabras femeninas, un libre destino humano,
y, mientras llega el fin, envueltos en la espesa penumbra, milagros.

Estoy tendido en la tabla, entre insectos, animal cautivo. El asedio
de las pulgas se reanuda, pero el enjambre de las moscas se ha calmado.
Ya es de noche. ¿Ves?, el cautiverio es un día más corto
y la vida también es un día más corta. El campo duerme. El paisaje
se baña en la luna y los alambres se atesan de nuevo en su luz,
y, a través de la ventana, las sombras de los guardias armados
marchan proyectadas en el muro entre los rumores de la noche.

El campo duerme. ¿Ves, amada? Se escucha el susurrar del sueño,
alguien gime sobresaltado, gira en el camastro, y
cae otra vez, pálido, en el sueño. Sentado, sólo yo velo,
en mi boca una colilla reemplaza el sabor
de tus besos, y no acude el sueño sosegante
pues sin ti ya no puedo ni morir ni vivir.

Versión: Andrés Simor y Fayad Jamís

JACQUES ROUMAIN

Haití, 1907-1944

Sucios negros

Pues bien he aquí:
nosotros
los negros
los *niggers*
los sucios negros
no aceptamos más
esto es simple
se acabó
estar en África
en América
vuestros negros
vuestros *niggers*
vuestros sucios negros
no aceptamos más
esto os asombra
decir: *oui missié*
mientras lustramos vuestras botas
oui mon pé
a los misioneros blancos
oui maître
cosechando para vos
la caña de azúcar
el café
el algodón
el cacahuete
en África
en América
como negros buenos
como pobres negros
como sucios negros
que éramos
que ya no seremos
Se acabó ya lo veréis bien
nuestros *yes Sir*
oui blanc
sí Señor
y
cuádrese, cazador
sí, mi Comandante,
cuando nos den la orden
de ametrallar a nuestros hermanos árabes
en Siria

en Túnez
en Marruecos
y nuestros blancos camaradas huelguistas
reventando de hambre
oprimidos
expoliados
despreciados como nosotros
los negros
los *niggers*
Sorpresa
cuando la orquesta en vuestras *boîtes*
de rumbas y de *blues*
os toque algo muy distinto
que no esperaba la putería hastiada
de vuestros gigolós y *salopes* endiamantadas
para quienes un negro
no es más que un instrumento
de cantar, claro,
de bailar, *of course*
de fornicar *naturlich*
no más que una mercancía
para comprar para vender
en el mercado del placer
no más que un negro
un *nigger*
un sucio negro
Sorpresa
jesúsmaríajosé
sorpresa
cuando atrapemos
riendo espantosamente
al misionero por la barba
para enseñarle a nuestra vez
a patadas en el culo
que
nuestros ancestros
no son
galos
que nos importa un bledo
un Dios que
si es el Padre
pues bien entonces es que nosotros
los negros
los *niggers*
los sucios negros
tenemos que creer que no somos más que sus bastardos
y es inútil gritar

jesúsmaríajosé
como una vieja bota reventada por las mentiras
es preciso
que te enseñemos
lo que cuesta en definitiva
sermonearnos a golpes de látigo y de yo pecador
la humildad
la resignación
a nuestra suerte maldita
de negros
de *niggers*
de sucios negros
Las máquinas de escribir mascarán las órdenes de represión
castañeteando los dientes
fusilad
degollad
a esos negros
a esos *niggers*
a esos sucios negros
Enviscados como moscas enloquecidas
en la telaraña de los gráficos de
cotizaciones de la bolsa derrumbadas
los grandes accionistas de las compañías mineras
y forestales
los propietarios de fábricas de ron y de plantaciones
los propietarios
de negros
de *niggers*
de sucios negros
y la T. S. F. delirará
en nombre de la civilización
en nombre de la religión
en nombre de la latinidad
en nombre de Dios
en nombre de la Trinidad
en nombre de Dios caramba
de las tropas
de los aviones
de los tanques
de los gases
contra esos negros
esos *niggers*
esos sucios negros
Demasiado tarde
hasta el corazón de las junglas infernales
repercutirá precipitado el terrible tartamudeo
telegráfico de los tam-tams repitiendo infatigables

repitiendo
que los negros
no aceptan más
no aceptan más
ser vuestros *niggers*
vuestros sucios negros
demasiado tarde
pues habremos surgido
de las cavernas de ladrones de las minas de oro del Congo
y de África del Sur
demasiado tarde será demasiado tarde
para impedir en los algodonales de Luisiana
en los centrales azucareros de las Antillas
la cosecha de venganza
de los negros
de los *niggers*
de los sucios negros
será demasiado tarde os lo digo
pues hasta los tam-tams habrán aprendido el lenguaje
de la Internacional
pues nosotros habremos escogido nuestro día
el día de los sucios negros
de los sucios indios
de los sucios hindúes
de los sucios indochinos
de los sucios árabes
de los sucios malayos
de los sucios judíos
de los sucios proletarios
Y henos aquí de pie
Todos los condenados de la tierra
todos los justicieros
marchando al asalto de vuestros cuarteles
y de vuestros bancos
como un bosque de antorchas fúnebres
para terminar
de una
vez
por
todas
con este mundo
de negros
de *niggers*
de sucios negros

Versión: Fayad Jamís

CESARE PAVESE

Italia, 1908-1950

Casa en construcción

Con las cañas ha desaparecido también la sombra. Ya el sol, al sesgo,
atraviesa las arcadas y se descarga por agujeros
que serán ventanas. Trabajan algo los albañiles,
mientras dura la mañana. Cada tanto se lamentan
de cuando aquí rumoreaban todavía las cañas
y un caminante acalorado podía echarse en la hierba.

Los muchachos comienzan a llegar con el sol alto.
No temen al calor. Los pilares aislados en el cielo
son un campo de juego mejor que los árboles
o la calle de siempre. Los ladrillos descubiertos
se llenan de azul, para cuando las bóvedas
estén cerradas, y para los muchachos es una alegría verse desde el fondo
sobre la cabeza los recuadros de cielo. Lástima el sereno,
porque un chaparrón de agua allí arriba desde aquellos agujeros
gustaría a los muchachos. Sería como lavar la casa.

Ciertamente esta noche —de poder venir— era mejor:
el rocío bañaba los ladrillos y, tendidos entre los muros,
se veían las estrellas. Quizá podían encender
un buen fuego y alguno atacarlos y agarrarse a pedradas.
Una piedra de noche es capaz de matar sin un ruido.
Además están las culebras que bajan por los muros
y que caen como una piedra, sólo que más blandas.

Lo que ocurra de noche allí adentro, sólo lo sabe el viejo
que de mañana se ve descender por las colinas.
Deja brasas de fuego allí dentro y tiene la barba chamuscada
por la llama y ya ha tomado tanta agua, que, como el terreno,
no podría cambiar de color. Hace reír a todos
porque dice que los otros se hacen la casa
con sudor y el duerme allí sin sudar. Pero un viejo
no debería quedarse a noche descubierta.
Se comprende una pareja en un prado: están el hombre y la mujer
que se tienen apretados, y después vuelven a casa.

Pero aquel viejo no tiene ya una casa y se mueve con fatiga.
Ciertamente algo le sucede allí dentro,
porque todavía de mañana murmura para sí.

Al rato los albañiles se echan a la sombra.
Es el momento, en que el sol ha abordado cada cosa

y un ladrillo al tocarlo te quema las manos.
Se ha visto ya una culebra sumergirse huyendo
en la charca de cal: es el momento en que el calor
hace enloquecer hasta a las bestias. Se bebe una vez
y se ven las otras colinas todo alrededor, quemadas,
tremolar en el sol. Sólo un tonto
seguiría trabajando y en efecto ese viejo
a esta hora atraviesa las viñas, robando los melones,
También están los muchachos sobre los puentes, subiendo y bajando.
Cierta vez una piedra terminó sobre el cráneo
del patrón y todos detuvieron el trabajo
para llevarlo al torrente y lavarle la cara.

Disciplina

Los trabajos comienzan al alba. Pero nosotros comenzamos
poco antes del alba a encontrarnos nosotros mismos
en la gente que anda por la calle. Cada uno recuerda
que está solo y tiene sueño, al descubrir a los pocos
que pasan —cada uno desvaría para sí,
sabe bien que en el alba tendrá que abrir los ojos.

Cuando llega la mañana nos encuentra asombrados
contemplando el trabajo que ahora comienza.
Pero ya no estamos solos y ya nadie tiene sueño
y pensamos con calma las ideas del día
hasta dar en sonrisas. En el sol que regresa
ya estamos convencidos. A veces una idea
menos clara —una mueca— nos toma de improviso
y volvemos a mirar como antes del sol.

La ciudad clara asiste a trabajos y muecas;
Nada puede alterar la mañana. Todo puede
suceder y nos basta con alzar la cabeza
del trabajo y mirar. Muchachos escapados
que no hacen nada aún caminan por la calle
y hasta hay uno que corre. Las hojas echan sombras
sobre la calle y sólo falta la hierba,
entre las casas que asisten inmóviles. Algunos
en la orilla del río se desnudan al sol.
La ciudad nos permite levantar la cabeza
para pensar en esto, bien sabe que después la inclinamos.

Externo

Aquel muchacho desaparecido de mañana, no vuelve.
Ha dejado la pala, todavía fría, en el gancho
—era el alba— ninguno ha querido seguirlo:
se ha arrojado sobre ciertas colinas. Un muchacho
de la edad que comienza a desatar maldiciones,
no sabe de discursos. Ninguno
ha querido seguirlo. Era un alba quemada
de febrero, cada tronco color de sangre
agrumada. Ninguno sentía en el aire
la tibieza futura.

La mañana ha pasado
y la fábrica libera a mujeres y obreros.
En el bello sol, alguno —retoma el trabajo
en media hora— se tiende a comer, hambriento.
Pero hay una dulce humedad que muerde la sangre
y da estremecimientos verdes a la tierra. Se fuma
y se ve que el cielo está sereno, y a lo lejos
las colinas son violáceas. Valdría la pena
quedarse mucho tiempo por tierra en el sol.
Mientras tanto se come. ¿Quién sabe si ha comido
aquel muchacho testarudo? Un seco obrero dice
que, está bien, el lomo se rompe trabajando,
pero comer se come. Y se fuma también.
El hombre es como una bestia, no querría hacer nada.
Son las bestias quienes sienten el tiempo, y el muchacho
lo ha sentido desde el alba. Y hasta hay perros
que terminan putrefactos en un foso: la tierra
toma todo. ¿Quién sabe si el muchacho no termina
dentro de un foso, hambriento? Ha escapado en el alba
sin hacer discursos, con cuatro maldiciones,
la nariz alta en el aire.
En eso piensan todos
esperando el trabajo, como un rebaño desganado.

Fumadores de papel

Me ha llevado a oír su banda. Se sienta en una esquina
y empuña el clarín. Comienza un tumulto infernal.
Fuera, un viento furioso y los golpes, entre los relámpagos,
de la lluvia hacen que la luz se vaya,
cada cinco minutos. En la sombra, las caras
miran dentro asustadas, al tocar de memoria
un bailable. Enérgico, el pobre amigo

los dirige a todos, desde el fondo. Y el clarín se tuerce,
rompe el barullo sonoro, se eleva, se desahoga
como un alma sola, en un seco silencio.

Estos pobres latones son magullados a menudo:
campesinas las manos que aprietan las teclas,
y las frentes, tozudas, apenas miran la tierra.
Miserable sangre cansada, extenuada
por las muchas fatigas, se siente mugir
en las noches y el amigo los guía con fatiga,
él que tiene manos duras como para alzar una maza,
llevar una garlopa, arrancarse la vida.

Tuvo en un tiempo compañeros y sólo tiene treinta años.
Fue de aquellos de después de la guerra, crecidos en el hambre.
Vino también él a Turín, buscándose la vida,
y encontró la injusticia. Aprendió a trabajar
en las fábricas sin una sonrisa. Aprendió a medir
sobre la propia fatiga el hambre de los otros,
y encontró por todas partes injusticia. Intentó darse paz
caminando, soñoliento, las calles infinitas
en la noche, pero vio solamente millares de faroles
lucidísimos, sobre la iniquidad: mujeres roncas, ebrios,
vacilantes fantoches perdidos. Había llegado a Turín
un invierno, entre relámpagos de fábricas y escorias de humo;
y sabía qué era el trabajo. Aceptaba el trabajo
como un duro destino del hombre. Pero que todos los hombres
lo aceptasen y en el mundo habría justicia.
Pero se hizo compañeros. Aguantaba las largas palabras
y debía escuchar, esperando el final.
Se hizo compañeros. Cada casa tenía familias.
La ciudad estaba toda cercada por ellos. Y el rostro del mundo
estaba todo cubierto por ellos. Sentían dentro suyo
tanta desesperación como para vencer al mundo.

Suena seco esta noche, a pesar de la banda
que se ha instruido uno a uno. No piensa en el barullo
de la lluvia y en la luz. El rostro severo
mira atento un dolor, mordiendo el clarín.
Esos ojos los he visto una noche, en que solos,
con el hermano, diez años más triste que él
velábamos a una luz deficiente. El hermano estudiaba
sobre un inútil torno construido por él.
Y mi pobre amigo acusaba al destino
que los tiene clavados a la garlopa y a la maza
para nutrir dos viejos, no solicitados.
De repente gritó

que no era el destino si el mundo sufría,
si la luz del sol arrancaba blasfemias:
era el hombre, culpable. *Al menos poder irse,*
hacer el hambre libre, decir que no
a una vida que usa amor y piedad,
la familia, el pedacito de tierra, para atarnos las manos.

Leña verde

A Massimo

El hombre quieto tiene delante colinas en la sombra.
Mientras estas colinas sean de tierra,
los campesinos deberán zaparlas. Las mira y no ve,
como quien aprieta los ojos en prisión bien despierto.
El hombre quieto —que ha estado en prisión— mañana retoma
el trabajo con algunos compañeros. Esta noche está solo.

Las colinas le parecen de lluvia: es el olor remoto
que a veces llegaba a prisión en el viento.
Alguna vez llovía en la ciudad: abrirse paso
con aliento y con sangre hasta la calle libre.
La prisión tomaba la lluvia, en prisión la vida
no terminaba, a veces se filtraba hasta el sol:
los compañeros esperaban y el futuro esperaba.

Ahora está solo. El olor inaudito de tierra
le parece salido de su mismo cuerpo, y recuerdos remotos
—él conoce la tierra— lo constriñen al suelo,
a ese suelo real. No sirve de nada pensar
que los campesinos clavan la zapa en la tierra
como sobre un enemigo y que se odian a muerte
como tantos enemigos. Tienen también una alegría
los campesinos: ese pedazo de tierra roturado.
¿Qué importan los demás? Mañana en el sol
las colinas estarán tendidas, cada uno la suya.

Los compañeros no viven en las colinas
nacieron en la ciudad donde en lugar de la hierba
hay rieles. A veces lo olvida también él.
Pero el olor de tierra que llega a la ciudad
no sabe ya de campesinos. Es una larga caricia
que hace cerrar los ojos y recordar los compañeros
en prisión, en la larga prisión que espera.

Versiones: Rodolfo Alonso

THEODOSIS PIERIDES

Chipre, 1908-1968

Canción de ira y duelo

En memoria de los ahorcados en Nicosia

El sol que hoy ha salido
no alumbrará al muchacho hermoso.

El hermoso muchacho entró a la Muerte
por la puerta que sólo los hombres totalmente verticales cruzan.

El hermoso muchacho entró en nuestro corazón
a través de las calles invadidas por los grandes vientos
que vienen a barrer nuestra oxidada calma.

Él entró en nuestra vida
a través de las llanuras donde campean los indomables jinetes,
los que guían la tormenta, asiéndola en el puño,
los que la lanzan justo en el seno de las ruinas
y las derriban para que los humanos puedan construir.

El hermoso muchacho que ellos prendieron y colgaron
hoy, al alba, en Nicosia.

Versión: David Chericián

MICHAEL DEI-ANANG

Ghana, 1909 - 1977

¿Hacia dónde vas, África?

Bajo la cúpula estrellada del cielo
Me senté, observando
Cómo la silenciosa,
Apacible luna,
Desplegadas las velas,
Navegaba
Por su ruta.

Como si no le importara
El destino que le deparó la naturaleza...
Ella navegaba,
Sin sentir dudas,
Y silenciosamente sonreía
Un poco desde lo alto.

Y aquí,
Oh África,
Tierra de célebres faraones
Y pirámides cuya creación
Obedeció a leyes desconocidas,
Oh África, patria mía,
Aquí he pensado en ti:
Tú, como la luna, navegas,
Con las velas izadas.
Pero el país promisorio,
¿Dónde está?
Respóndeme, África,
¿Hacia dónde navegas?
Hacia allá, donde el tambor despertó a la madrugada,
Donde las palmas curadas por el sol
Hacían sombra a las rondas,
Hacia atrás, hacia aquellos tiempos ingenuos
Cuando, por miedo a los dioses,
Las doncellas prudentemente conservaban su honor
Y los jóvenes evitaban los vicios;
¿Hacia atrás,
Bajo los techos de las chozas de caña,
Donde en medio de las tinieblas reinaba la bondad
Y el consuelo,
Y la superstición?

¿O hacia adelante?

¿Y en el futuro?
Tugurios,
Casas y gente: basurero
Donde la miseria de las infelices capas medias
Tiene su nido,
Donde todo es tristeza y oscuridad,
¡Hacia adelante! ¿Y en el futuro?
Malditas fábricas,
Monstruoso molino
Que con molares de acero
Reduce a cenizas el plazo que nos asignaron.

¿O hacia adelante?
¿Y en el futuro?
El espíritu fétido
De las bestialidades feudales,
Allá, los azores de origen ario
En el ávido grito de sus bombas y cañones
Muestran al mundo su superioridad
Sobre la raza inferior.
¿Hacia adelante, hacia la civilización?

¿Hacia las estruendosas máquinas
Y las desvergonzadas ganancias:
AI empeño inevitable
De la lucha a muerte?

Hacia adelante,
A las intrincadas leyes
De Adam Smith
Que revuelven los mercados,
Y dan a los corazones
Un temple tan fuerte
Que la gente puede quemar y ocultar
Lo que puede alimentar a medio mundo,
Y medio mundo se muere de hambre.

¿Atrás?
¿Hacia la fuente de todos los principios morales,
El amor al prójimo
Y el temor a dios,
Los que viven en las almas incultas,
Libres, alegres,
Abiertas a la bondad?

La luna navega
Tranquila y silenciosamente

Por el cielo sembrado de estrellas
La ruta predestinada desde tiempos inmemoriales.

¡Navega tú también, patria mía!
Por las rutas conocidas. Las velas izadas.
Navega, oh África...
Pero el país promisorio
¿Dónde está?

Intrépidos pescadores (fragmento)

En el mar bailan las olas,
Brillo de luna en las crestas.
Ribera y casa. El ama
Al anochecer prepara la cama:
A todo lo ancho tiende la estera,
En este simple lecho,
Apagada la tenue lámpara,
Coloca a los niños.

¡Ya es hora! El amo de la casa, el pescador,
Se levanta y sale a la noche,
Camina, acostumbrado a su oficio,
Al pesado remo de la barca.

La vida del pescador
Es una batalla infinita.
Las olas rugen como trompeta de miel,
Cada noche,
A despecho del mar,
El pescador entra en discusión con el destino.

Van por el mar sin mapa,
Sin brújula ni sextante.
Ya desde los tiempos de los tatarabuelos
Fue trazado el curso por las estrellas.
Los ásperos fondos de las barcas
De esta dinastía de pescadores
Durante muchas generaciones
Les abrieron el camino.

Ellos pueden conocer el carácter
De las olas por el color
Y en tiempo de tormenta
No salen a la oscuridad en vano,
Por el olfato sienten el pez,

Oportunamente escogen el aparejo,
En una palabra, saben todo lo que debe
Saber un verdadero marino.

Sorteando todos los peligros
Que acechan a los que
En tormentosa noche
No ha quebrantado el mar,
Fuertes y tranquilos
Regresan los pescadores a casa.
Regresan con la pesca,
Mientras que la aurora
Toca con suaves dedos
Los párpados del cansado sol
Cerrados de sueño,
Y la cortina de los ojos
Se desprende lentamente...

RUI DE NORONHA

Mozambique, 1909-1943

Levántate y anda

¡Duermes! y el mundo marcha, oh patria de misterio.
¡Duermes! y el mundo avanza, el tiempo va siguiendo…
El progreso camina a lo alto de un hemisferio
y en el otro tú duermes tu interminable sueño…

La selva hace de ti un siniestro ermiterio,
donde, sola, en la noche, la fiera anda rugiendo.
La esclavitud, la sombra, tienen aquí su imperio,
Y tú, al tiempo extraña, oh Africa, durmiendo…

Despierta. Hace ya mucho que en lo alto vuelan cuervos
ansiosos de caer y de beber a sorbos
tu sangre aún caliente, oh sonámbula esclava...

Despierta. Tu dormir es ya más que terreno...
Oye la voz del progreso, ese otro Nazareno,
que te extiende la mano y dice: —*¡África, levántate y anda!*

YANNIS RITSOS

Grecia, 1909-1990

El loco

El carro se ha parado frente al mar
con seis toneles de hierro, rojos.
Lleva uno más, de un verde asombroso.
El caballo pace en el prado. El carretero
bebe en la taberna. El loco de la isla
se detiene junto al pequeño muelle, y grita:
«Con ese verde os venceré.»
Y señala el séptimo tonel, sin que sepa
lo que contiene ni de quién es.

Escala de sensaciones

En naranja y rosa el sol se ha hundido.
El mar es de un verde azul sombrío.
Lejos, una barca se mece
como un oscilante punto negro.
Alguien se levanta, y grita: «¡Una barca, una barca!»
Los demás, sentados en el café,
se levantan a su vez. Miran.
Sin duda es una barca.
Pero el que gritó,
ahora bajo la mirada furiosa de los otros
inclina la cabeza con un aire culpable y murmura:
«¡Perdón, os he mentido!»

Obrero del verbo

Trabajó durante toda su vida,
sin reposo, ardiente y exaltado, casi seguro de la inmortalidad,
—la suya, por supuesto, en primer término.
Hasta que una noche
el viento sopla de repente.
La puerta se cierra con estrépito.
Él ve las estatuas caer
y golpearse las narices contra el suelo, y comprende.
Las palabras que él había escrito con tanto celo por años y por años,
se habían endurecido.
Las sentía bajo sus dedos
como la pelambre seca y neutra de una bestia muerta. Sin
embargo, continuó su trabajo como de costumbre,

hasta confundir la muerte y la inmortalidad,
la embriaguez y el olvido.
Pero llegó a poner en claro
lo que es exactamente el trabajo entre la futilidad y el orgullo.
El sonoro vaivén del péndulo
tenía la resonancia de un tambor en la noche,
como si ritmara una marcha de soldados somnolientos
entre dos batallas.

Versiones: Nicolás Guillén.

NIKOLA VAPTSAROV

Bulgaria, 1909-1942

Cine (Fragmento)

Fuera era el ruido
y titilaban los anuncios.
Decía
un cartel:
Un drama humano.
Fuera era el ruido.
El caballero de Krum
sudaba
por la opresión
de mi mano.

Oscureció:
en el blanco rectángulo
el león de la Metro
bostezó somnoliento.
De golpe: una calzada,
tras ella un bosque
y al fondo el cielo
vasto y azulado.

Y justamente
en el recodo de la vía
tropiezan dos lujosos limousines.
He aquí nuestro héroe
y nuestra heroína.
Tras la colisión
emerge el *gentleman*
y carga la muchacha moribunda
como plumita en sus brazos de acero.

Abre los párpados:
sus ojos arden,
se humedecen,
miran al firmamento...
¡Hermano, si vieras qué muchacha,
como una jaca de semental!

MIGUEL HERNÁNDEZ

España, 1910-1942

El niño yuntero

Carne de yugo, ha nacido
más humillado que bello,
con el cuello perseguido
por el yugo para el cuello.

Nace, como la herramienta,
a los golpes destinado,
de una tierra descontenta
y un insatisfecho arado.

Entre estiércol puro y vivo
de vacas, trae a la vida
un alma color de olivo
vieja ya y encallecida.

Empieza a vivir, y empieza
a morir de punta a punta
levantando la corteza
de su madre con la yunta.

Empieza a sentir, y siente
la vida como una guerra,
y a dar fatigosamente
en los huesos de la tierra.

Contar sus años no sabe,
y ya sabe que el sudor
es una corona grave
de sal para el labrador.

Trabaja, y mientras trabaja
masculinamente serio,
se unge de lluvia y se alhaja
de carne de cementerio.

A fuerza de golpes, fuerte,
y a fuerza de sol, bruñido,
con una ambición de muerte
despedaza un pan reñido.

Cada nuevo día es
más raíz, menos criatura,

que escucha bajo sus pies
la voz de la sepultura.

Y como raíz se hunde
en la tierra lentamente
para que la tierra inunde
de paz y panes su frente.

Me duele este niño hambriento
como una grandiosa espina,
y su vivir ceniciento
resuelve mi alma de encina.

Lo veo arar los rastrojos,
y devorar un mendrugo,
y declarar con los ojos
que por qué es carne de yugo.

Me da su arado en el pecho,
y su vida en la garganta,
y sufro viendo el barbecho
tan grande bajo su planta.

¿Quién salvará a este chiquillo
menor que un grano de avena?
¿De dónde saldrá el martillo
verdugo de esta cadena?

Que salga del corazón
de los hombres jornaleros,
que antes de ser hombres son
y han sido niños yunteros.

Elegía segunda

A Pablo de la Torriente, comisario político

«Me quedaré en España, compañero»,
me dijiste con gesto enamorado.
Y al fin sin tu edificio trotante de guerrero
en la hierba de España te has quedado.

Nadie llora a tu lado:

desde el soldado al duro comandante,
todos te ven, te cercan y te atienden

con ojos de granito amenazante,
con cejas incendiadas que todo el cielo encienden.

Valentín el volcán, que si llora algún día
será con unas lágrimas de hierro,
se viste emocionado de alegría
para robustecer el río de tu entierro.

Como el yunque que pierde su martillo,
Manuel Moral se calla
colérico y sencillo.

Y hay muchos capitanes y muchos comisarios
quitándote pedazos de metralla,
poniéndote trofeos funerarios.

Ya no hablarás de vivos y de muertos,
ya disfrutas la muerte del héroe, ya la vida
que no te verá en las calles ni en los puertos
pasar como una ráfaga garrida.

Pablo de la Torriente,
has quedado en España
y en mi alma caído:

nunca se pondrá el sol sobre tu frente,
heredará tu altura la montaña
y tu valor el toro del bramido.

De una forma vestida de preclara
has perdido las plumas y los besos,
con el sol español puesto en la cara
y el de Cuba en los huesos.

Pasad ante el cubano generoso,
hombres de su Brigada,
con el fusil furioso,
las botas iracundas y la mano crispada.

Miradlo sonriendo a los terrones
y exigiendo venganza bajo sus dientes mudos
a nuestros más floridos batallones
y a sus varones como rayos rudos.

Ante Pablo los días se abstienen ya y no andan.
No temáis que se extinga su sangre sin objeto,

porque éste es de los muertos que crecen y se agrandan
aunque el tiempo devaste su gigante esqueleto.

Las manos

Dos especies de manos se enfrentan en la vida,
brotan del corazón, irrumpen por los brazos,
saltan, y desembocan sobre la luz herida
a golpes, a zarpazos.

La mano es la herramienta del alma, su mensaje,
y el cuerpo tiene en ella su rama combatiente.
Alzad, moved las manos en un gran oleaje,
hombres de mi simiente.

Ante la aurora veo surgir las manos puras
de los trabajadores terrestres y marinos,
como una primavera de alegres dentaduras,
de dedos matutinos.

Endurecidamente pobladas de sudores,
retumbantes las venas desde las uñas rotas,
constelan los espacios de andamios y clamores,
relámpagos y gotas.

Conducen herrerías, azadas y telares,
muerden metales, montes, raptan hachas, encinas,
y construyen, si quieren, hasta en los mismos mares
fábricas, pueblos, minas.

Estas sonoras manos oscuras y lucientes,
las reviste una piel de invencible corteza,
y son inagotables y generosas fuentes
de vida y de riqueza.

Como si con los astros el polvo peleara,
como si los planetas lucharan con gusanos,
la especie de las manos trabajadora y clara
lucha contra otras manos.

Feroces y reunidas en un bando sangriento,
avanzan al hundirse los cielos vespertinos
unas manos de hueso lívido y avariento,
paisaje de asesinos.

No han sonado: no cantan. Sus dedos vagan roncos,

mudamente aletean, se ciernen, se propagan.
Ni tejieron la pana, ni mecieron los troncos,
y blandas de ocio vagan.

Empuñan crucifijos y acaparan tesoros
que a nadie corresponden sino a quien los labora,
y sus mudos crepúsculos absorben los sonoros
caudales de la aurora.

Orgullo de puñales, arma de bombardeos
con un cáliz, un crimen y un muerto en cada uña:
ejecutoras pálidas de los negros deseos
que la avaricia empuña.

¿Quién lavará estas manos fangosas que se extienden
al agua y la deshonran, enrojecen y estragan?
Nadie lavará manos que en el puñal se encienden

y en el amor se apagan.

Las laboriosas manos de los trabajadores
caerán sobre vosotras con dientes y cuchillas.
Y las verán cortadas tantos explotadores
en sus mismas rodillas.

Canción del esposo soldado

He poblado tu vientre de amor y sementera,
he prolongado el eco de sangre a que respondo
y espero sobre el surco como el arado espera:
he llegado hasta el fondo.

Morena de altas torres, alta luz y ojos altos,
esposa de mi piel, gran trago de mi vida,
tus pechos locos crecen hacia mí dando saltos
de cierva concebida.

Ya me parece que eres un cristal delicado,
temo que te rompas al más leve tropiezo,
y a reforzar tus venas con mi piel de soldado
fuera como el cerezo.

Espejo de mi carne, sustento de mis alas,
te doy vida en la muerte que me dan y no tomo.
Mujer, mujer, te quiero cercado por las balas,
ansiado por el plomo.

Sobre los ataúdes feroces en acecho,
sobre los mismos muertos sin remedio y sin fosa
te quiero, y te quisiera besar con todo el pecho
hasta en el polvo, esposa.

Cuando junto a los campos de combate te piensa
mi frente que no enfría ni aplaca tu figura,
te acercas hacia mí como una boca inmensa
de hambrienta dentadura.

Escríbeme a la lucha, siénteme en la trinchera:
aquí con el fusil tu nombre evoco y fijo,
y defiendo tu vientre de pobre que me espera,
y defiendo tu hijo.

Nacerá nuestro hijo con el puño cerrado,
envuelto en un clamor de victoria y guitarras,
y dejaré a tu puerta mi vida de soldado
sin colmillos ni garras.

Es preciso matar para seguir viviendo.
Un día iré a la sombra de tu pelo lejano,
y dormiré en la sábana de almidón y de estruendo
cosida por tu mano.

Tus piernas implacables al parto van derechas,
y tu implacable boca de labios indomables,
y ante mi soledad de explosiones y brechas
recorres un camino de besos implacables.

Para el hijo será la paz que estoy forjando.
Y al fin en un océano de irremediables huesos
tu corazón y el mío naufragarán, quedando
una mujer y un hombre gastados por los besos.

El herido

Para el muro de un hospital de sangre

I

Por los campos luchados se extienden los heridos.
Y de aquella extensión de cuerpos luchadores
salta un trigal de chorros calientes, extendidos
en roncos surtidores.

La sangre llueve siempre boca arriba, hacia el cielo.

Y las heridas suenan, igual que caracolas,
cuando hay en las heridas celeridad de vuelo,
esencia de las olas.

La sangre huele a mar, sabe a mar y a bodega.
La bodega del mar, del vino bravo, estalla
allí donde el herido palpitante se anega,
y florece y se halla.

Herido estoy, miradme: necesito más vidas.
La que contengo es poca para el gran cometido
de sangre que quisiera perder por las heridas.
Decid quién no fue herido.

Mi vida es una herida de juventud dichosa.
¡Ay de quien no esté herido, de quien jamás se siente
herido por la vida, ni en la vida reposa
herido alegremente!

Si hasta los hospitales se va con alegría,
se convierten en huertos de heridas entreabiertas,
de adelfos florecidos ante la cirugía
de ensangrentadas puertas.

II

Para la libertad sangro, lucho, pervivo.
Para la libertad, mis ojos y mis manos,
como un árbol carnal, generoso y cautivo,
doy a los cirujanos.

Para la libertad siento más corazones
que arenas en mi pecho: dan espumas mis venas,
y entro en los hospitales, y entro en los algodones
como en las azucenas.

Para la libertad me desprendo a balazos
de los que han revolcado su estatua por el lodo.
Y me desprendo a golpes de mis pies, de mis brazos,
de mi casa, de todo.

Porque donde unas cuencas vacías amanezcan,
ella pondrá dos piedras de futura mirada
y hará que nuevos brazos y nuevas piernas crezcan
en la carne talada.

Retoñarán aladas de savia sin otoño

reliquias de mi cuerpo que pierdo en cada herida.
Porque soy como el árbol talado, que retoño:
porque aún tengo la vida.

ALEXANDR TVARDOVSKI

Rusia, 1910-1971

Si siempre como un ruiseñor solitario...

Si siempre como un ruiseñor solitario pudiera
aquí entre terraplenes cubiertos de hierba vivir,
y encontrar cómo un verso tras otro me diera
poesías en ciclos que habrán de venir.

Sobre hierbas distintas en prados no hollados.
Sobre campos de hongos, albas de pastores.
Sobre bondadosos silvanos barbados.
Sobre manantiales y tardes y vados
de ríos nocturnos y trenzas de niñas o flores...

Si apartado de las sendas populosas
Pudiera en este campo vivir, cantar a gusto,
satisfecho del eco pequeño de las cosas,
cuánta felicidad. Pero, en verdad, no es justo.

Íntegro el corazón se da a otros sueños,
cual si alguien al nacer me hubiera contratado
para dar toda el alma a otros empeños,
rabiar, luchar por lo imposible y lo ignorado.

Y observar, desgarrado de pasión,
con alarma y dolor el día de hoy correr.
Y bailar su dicha inquieta el corazón
en el día de hoy, no en el de ayer...

¡Sí! Mas diré: sin este otro camino
donde hoy mi huella se plantó,
sin rocío en el hilo de telaraña que orna el pino,
recuerdo de años tiernos de la niñez que se esfumó,
sin el otro sendero, aunque mezquino,
¿vivir, cantar? De nuevo: no...

Y no es por un capricho diferente
que pago mi tributo a este rincón de encanto.
Amo lo que los hombres aman, simplemente,
y lo que me es querido —eso lo canto.

Versión: David Chericián

Me han matado cerca de Rzhev (Fragmento)

Caí cerca de Rzhev,
en un pantano perdido
y en la quinta Compañía;
yo en el flanco izquierdo iba
en una cruel incursión.
Yo ni aun oí la explosión,
yo no vi la llamarada,
yo me hundía en el abismo
sin fondo ni protección.
Y en el total de este mundo,
hasta que acaben sus días,
no se verán las insignias
que llevaba en mi guerrera.
Estoy donde la raíz ciega
se alimenta de tinieblas
y en esa nube de polvo
del centeno en la colina,
y donde el canto del gallo
ensancha, rociando el alba,
donde las máquinas rompen
el silencio de las sendas;
donde se unen hierbecillas
y el río hila los prados...,
donde ni aún vendrá mi madre
para asistir a mi entierro.
Calculad vosotros, vivos,

(Fragmento)

Tal vez, tal vez... ¡Que se cumpla
el sagrado juramento!
Pues si recordáis, Berlín,
fue citado ante Moscú.
Hermanos que quebrantasteis
el fuerte, tierra enemiga.
¡Si los muertos, los caídos
pudieran llorar ahora!
Si las salvas de victoria
pudieran resucitarnos
a los mudos y los sordos
entregados a lo eterno.
¡Oh mis fieles compañeros,
sólo entonces, en la guerra
percibíais plenamente

un infinito de dicha!
En esa dicha se vive
sin duda lo que aportamos:
Nuestra fe, y odio, y pasión,
con los que acabó la muerte.
Os dimos cuanto era nuestro
sin trampa, en la dura lucha.
Lo entregamos todo, todo.
No nos quedamos con nada.
Todo os lo hemos transferido
para siempre, y no con plazo.
No es un reproche a los vivos
nuestra voz imaginada.
Hermanos, en esta guerra
no advertimos diferencias:
Los vivos y los caídos
éramos todos iguales.
Y ninguno de los vivos
tiene deuda con nosotros,
ninguno de los que en marcha
tomaron nuestra bandera.
Me han matado junto a Rzhev,
otro cayó ante Moscú.
¿Dónde estáis, soldados, dónde
los que aún quedáis con vida?
¿En las grandes capitales,
en la aldea, entre familia?
¿En un centro militar,
muy lejos de nuestra tierra?
Tierra nuestra o tierra extraña
cubierta de flor o nieve...
Lego a todos mi existencia.
Pues ¿qué más podría hacer?
Yo os lego **é**sta mi vida.
¡Y que seáis muy felices!
¡Seguid con honra sirviendo
a nuestra amada Patria!
Soportad, dignos, las penas
sin inclinar la cabeza,
y alegráos, sin jactancia,
en la hora de la victoria.
¡Y guardad sagradamente,
hermanos, vuestra gran dicha,
en memoria del hermano
que luchó y murió por ella!

1945-1946
Versión: Gabriel Celaya

EUGEN JEBELEANU

Rumania, 1911-1991

Pesantez

Me quedé más pobre que todos,
no pude elegir siquiera
la piedra en hoja de su lápida.
¡Es todo tan difícil, resulta tan pesada!
¿Cómo encontrarla, de tal modo
que fuera más liviana?

Los hijos me dicen
que si tuviera menos peso
tal vez sería arrastrada por el viento,
convertida en polvo por los molinos
de las lluvias, o arrancada
por las garras de las tormentas de la nieve.

¿Cómo hubiera podido elegir una hoja de piedra,
con qué valor dejarla encima de tu pecho
para decirme a mí mismo: es la última hoja,
quizá la que más duele,
porque en ella está escrito el fin?

Haré de mis huesos una roca delicada,
una flauta con música de sol
para abrazarte, arrullándote.

Memoria

Siento frío. No puedo más.
Es el recuerdo del invierno definitivo,
de aquellos lirios, de un lugar cualquiera,
quizá de las montañas;
de un lugar cualquiera donde, para mí,
nada será de ahora en adelante.
Pero, ¿ha sido ciertamente?
Mas, de no ocurrir así, todo esto no sería.
¡Qué desengaño! Si así no fuera,
¿de dónde saldría tanto dolor? Sin duda,
de las pasadas alegrías perdidas para siempre.
Ha sido y persiste su nombre,
pero sólo restan sus huesos, la radiografía,
la helada memoria de los lirios,
su perfume ahogadizo, los rayos vueltos en ataque

de espada que acomete...
Ah, el áspero perfume de esos lirios,
que no era de tu gusto.
Los lirios viven.   Tú te has callado para siempre.
Yo me callo.

Versiones: Alberto Rocasolano

La luz

En memoria de Ernesto Che Guevara

Echado a sus pies, este santo.
¡Arcángel Gabriel,
frente a él,
como la vela te marchitas!
bajo esta luz inmensa
que al brillar ha dicho
todo lo que tenía que decir.
Cantante luz,
pero no en cualquier cuerda,
pero no en cualquier modo,
no para los que quieren dominar
para ellos mismos y para sus hijastros.
Luz poderosa,   realizada, cumplida
por sí misma, por su conciencia,
por ese brillo que nacía
de una sonrisa, acaso del dolor.
No sé... Tal vez...
Acaso del dolor,
pero dolor aceptado
con los ojos abiertos
desde el principio.
Con los ojos abiertos se quedó
oyendo el trino de los ruiseñores,
los ruiseñores que aún no han nacido,
quedó esperando la profanación
de su cuerpo, las brechas de su cuerpo,
donde las balas hundieron sus ratas.
¡Malditos sean! y ciegos.
¡Ciegos los asesinos de la luz!
Incluso ellos la conocerán
pero cegándolos.
Este cuerpo verán de otra manera,
este lirio rasgado,
este perfume tremendo de la muerte y de la vida,
sobre el cual nada saben.
¡Que te muerdes los labios por los celos!
¡Arcángel Gabriel!

Han querido matar
su luz y él ya era más hermoso
que tú, más bello porque él es
luz de la luz que no termina.
¡Marchítate, Gabriel!
y si algo puedes,
dame la paz, la paz
semejante a su luz.

Versión: David Chericián

DENNIS OSADEBEY

Nigeria, 1911-1994

Resolución de la joven África

No hablaré más.
No escucharé a nadie más hablar,
no esperaré más;
hacia mi meta iré,
aunque innumerables obstáculos obstruyan mi camino
y a cada lado acechen los peligros.
Iré adelante, haré, me atreveré.

Ante las puertas de las bibliotecas
golpearé alto y ganaré la entrada;
leeré la fortaleza
de naciones pasadas y presentes,
sacudiré el polvo de antiguos pergaminos
y bebiendo en lo hondo de la corriente pírrica
iré adelante, haré, me atreveré.

Navegaré los mares
y aprenderé del poder de Dios y el hombre;
atar una cadena de alfabetos,
de nutrientes quimeras, tras mi nombre.
Regresaré con poderosas armas preparadas,
iré adelante, haré, me atreveré.

Versión: David Cherición

Oda al Níger

El gran hijo de las vastedades tropicales,
mi Níger, tú, invariable desde tiempos inmemoriales,
siempre se satisface aquel
que se esfuerza en adivinar tus secretos.
¿Dónde está Park, dónde Clapperton? Tú, seca las lágrimas,
lleva sus balsas por la corriente del Lete.[13]

Oh Níger, vástago de Madre-Primavera,
crecen tus palmeras para que con sus frutos
tus hijos se alimenten.

Tú, genio bondadoso de las junglas,
las beldades gemelas Asab y Osh,
de pie, en las orillas de tus verdes aguas.

13 Uno de los ríos de los infiernos, cuyo nombre significa *olvido*.

Soberano de los ríos, amante de tu suave corriente,
y feliz de haber nacido en Asab,
en la patria de las artes, cerca de ti.

Yo siento de tus labios la respiración,
tú, oscuro, aunque tu ola sea clara.
Al país regalaste tu nombre,

y nunca se separa,
todopoderoso dios, marchan con tu bendición
los hijos de Nigeria y del Níger.

Versión:Victoria Carneada

AIMÉ CÉSAIRE

Martinica, 1913-2008

Sol serpiente

Sol serpiente ojo fascinante mi ojo
y el mar piojoso de islas crujiendo entre los dedos de las rosas
lanzallamas y mi cuerpo intacto de fulminado
el agua levanta las osamentas de luz perdidas en el colador sin pompa
torbellinos de carámbanos aureolan el corazón humeante de los cuervos
nuestros corazones
es la voz de los rayos amansados que giran sobre sus goznes de
hendidura
transmisión de anolis a un paisaje de cristales rotos
son las flores vampiros subiendo a relevar a las orquídeas
elixir del fuego central
fuego justo fuego mango nocturno cubierto de abejas
mi deseo un azar de tigres sorprendidos en los azufres
pero el despertar estañoso se dora de yacimientos infantiles
y mi corazón de guijarro comiendo peces comiendo
palomas y sueños
el azar de la palabra Brasil en el fondo del pantano

Las armas milagrosas

El machetazo del placer rojo en plena frente había sangre y ese árbol que se llama framboyán y que nunca merece tanto su nombre como en vísperas del ciclón y de las ciudades saqueadas la nueva sangre la razón roja todas las palabras de todas las lenguas que significan morir de sed y sólo cuando morir tenía el sabor del pan y de la tierra y el mar un sabor de antepasado y ese pájaro que me grita que no me rinda y la paciencia de los aullidos en cada rodeo de mi lengua
el más bello arco que es un surtidor de sangre
el más bello arco que es un cerco lila
el más bello arco que se llama la noche
y la belleza anarquista de tus brazos en cruz
y la belleza eucarística que llamea en tu sexo en nombre del cual saludo a la palizada de mis labios violentos
había la belleza de los minutos que son las joyas rebajadas del bazar de la crueldad el sol de los minutos y su bonito hocico de lobo que el hambre hace salir del bosque la cruz roja de los minutos que son las anguilas en marcha hacia los viveros y las estaciones y las inmensas fragilidades del mar que es un pájaro loco clavado muerto en la puerta de las tierras cocheras había hasta el miedo tales como el relato de julio de los sapos de la esperanza y de la desesperación mondados de astros encima de las aguas allá donde la fusión de los días que asegura el bórax da razón de las lamparillas gestantes las fornicaciones de la hierba que no deben contemplarse sin precaución las copulaciones del agua reflejada en el

espejo de los magos las bestias marinas para ser tomadas en la cavidad del placer los asaltos de vocablos todos portañolas humeantes para celebrar el nacimiento del heredero macho en instancia paralela con la aparición de las praderas siderales en el flanco de la bolsa en los volcanes de ágaves de precios de silencio el gran parque mudo con la ampliación silúrica de juegos mudos de las tristezas imperdonables de la carne de cañón según la dosis siempre repetida de los gérmenes que deben ser destruidos
escolopendra escolopendra
hasta el párpado de las dunas sobre las ciudades prohibidas golpeadas por la cólera de Dios

escolopendra escolopendra
hasta la ruina crepitante y grave que arroja las ciudades enanas a la cabeza de los caballos más fogosos cuando en plena arena levantan su rastrillo sobre las fuerzas desconocidas del diluvio

escolopendra escolopendra
cresta cresta cimacio rompe rompe como sable caleta pieles como
ciudades
dormido sobre sus piernas de estacas y de safenas de agua cansada en un momento se producirá el desastre de los silos venteados de cerca
el azar cara de pozo de condotiero a caballo con una armadura de charcas
artesianas y las cucharitas de las sendas libertarias
cara de viento
cara uterina y lemúrida con dedos ahoyados en las monedas y en la
nomenclatura química
y la carne volverá las grandes hojas bananeras que el viento de las zahúrdas
alejadas de las estrellas que señalan la marcha atrás de las heridas de la noche hacia
los desiertos de la infancia fingirá leer
en un instante habrá la sangre derramada donde las luciérnagas tiran las
cadenitas de las lámparas eléctricas para la celebración de las compitales
y las chiquilladas del alfabeto de los espasmos que suscita los grandes ramajes de la
herejía o de la connivencia
habrá el desinterés de los paquebotes del silencio que surcan
día y noche las cataratas de la catástrofe en los alrededores de las sienes
sabias en trashumancia
y el mar hará regresar sus pequeños párpados de halcón y tú tratarás de coger el instante el gran feudatario recorrerá su dominio a la velocidad de oro fino del deseo en los caminos de neuronas mira bien al pajarito si no se ha tragado la estola el gran rey aturdido en la sala llena de historias adorará sus manos limpias sus manos levantadas en el rincón del desastre entonces el mar regresará a sus pequeños zapatos procura cantar para no apagar la moral que es la moneda
obsidional de las ciudades privadas de agua y de sueño entonces el mar se sentará a la mesa lentamente y los pájaros cantarán lentamente en las básculas de sal la canción de cuna congolesa que los soldadotes no han olvidado pero que el muy piadoso mar de las cajas craneanas conserva sobre sus folios rituales

escolopendra escolopendra

hasta que las cabalgatas pindongueen en los prados salobres de abismos
con el zumbido humano en las orejas ricas de prehistoria

escolopendra escolopendra

en tanto que no hayamos alcanzado la piedra sin dialecto la hoja sin torre el agua frágil sin fémur el peritoneo seroso de las tardes de fuente

Para saludar al Tercer Mundo

¡Ah,

mi duermevela de isla tan turbio
en el mar!

Y he aquí que desde todos los puntos del peligro
la historia me hace la señal que esperaba.
Veo brotar naciones
verdes y rojas, ¡os saludo,
estandartes, gargantas del viento antiguo,
Malí, Guinea, Ghana

y os veo, hombres,
nada torpes bajo este nuevo sol!

Escuchad:
desde mi lejana isla
desde mi vigilante isla
os digo ¡Hoo!
Y vuestras voces me contestan
y lo que dicen significa:
«El tiempo es claro.» Y es verdad:
aun a través de la tormenta y de la noche
para nosotros el tiempo es claro
Desde aquí veo a Kiwu cerca de Tangañica bajar
la escalera de plata del Ruzizi
(es la muchacha talluda a cada paso
bañando la noche con un escalofrío de cabellera)

desde aquí veo anudados
a Benué, Logone y Tchad;
atados: Senegal y Níger.
Rugir, silencio y noche rugir, desde aquí oigo
como ruge el Nyarogongo.

Odio, sí, el destierro y la tranca
y el arreo que rechina, pero
de tenso viento, que nos ha magullado, he visto
menguar el hocico negrero.

Veo el África múltiple y una
vertical en la tumultuosa peripecia
con sus rodetes, sus nódulos,
un poco aparte, pero al alcance
del siglo, como un corazón de reserva
Y repito: ¡Hoo madre!
          y levanto mi fuerza
inclinando la cabeza.
          ¡Oh tierra mía!

Quiero desmenuzarla lentamente entre el pulgar y el índice
quiero frotarme con ella el pecho, el brazo,
el brazo izquierdo
y acariciarme el derecho.
¡Hoo mi tierra es buena
          tu voz también es buena
          con ese apaciguamiento que da
          una salida de sol!

Tierra, forja y silo. Tierra que muestras nuestros caminos,
es aquí donde una verdad se atreve,
acallando al oropel del viejo brillo cruel

Mira:
          África ya no es
          un diamante de infortunio
          un negro corazón que se estría;

nuestra África es una mano fuera del cesto,
es una mano derecha, con la palma hacia delante
y los dedos muy juntos;

es una mano tumefacta,
una-herida-mano-abierta,
tendida,
          morenas, amarillas, blancas,
a todas las manos, a todas las manos heridas
del mundo.

Indivisible

contra todo lo que pesa valor de lepra
contra el mal sortilegio
nuestra arma sólo puede ser
la estaca llameante de mediodía
para reventar en toda la era
la espesa pupila del crimen

contrabando
cuidas mal a un dios y que siempre se escape
tu humo, tu hambre, tu holgorio
Libertad

Versiones: Agustí Bartra

IVÁN GORAN KOVACIC

Croacia, 1913-1943

Fosa
(fragmentos)

De repente sentí olor a ceniza;
Desde mi aldea y sus casas quemadas
Vino con más recuerdos en la brisa:
Bodas, vendimias, bailes, animadas
Tertulias, duelos, que sembró la vida
Hoy por la muerte en nada convertida.

¿Dónde quedó la mínima alegría
Que relumbró en los nidos, el aroma
Del huerto, y el rosal que se movía
Con un tenue susurro de paloma
Y en polvo de oro el sol del mediodía?

¿Dónde el rumor del huso, la ventana
Con pedazos de cielo, la despierta
Levadura que canta, la mañana
Alumbrando el umbral de cada puerta?
¿Dónde están los cencerros del ganado
Que de lejos se escucha por las huellas?
Cien años a mi aldea han sepultado,
Viene el sueño y se encienden las estrellas.

No hay llantos, risas, cantos, juramentos;
La luna entre ceniza a brillar vino:
Se secaron las fuentes, soplan vientos
Negros; un perro muerto en el camino.

¿Hay sitio aquí para tristezas, males,
Donde soporta y sufre el ser humano
Y los culpables viven como iguales,
Hay sitio aquí donde golpee la mano?

¿Hay sitio donde tenga llanto el niño,
Padre la hija, el hijo madre, y pena
La hermana, y que el hermano con cariño
Ponga en su pecho muerto una azucena?

¿Lo hay para que den dicha las flores
Y pida sacrificio su belleza?
¿Hay más riquezas que unos sinsabores,
Una choza, su arcón, su única mesa?

Truena en el bosque un ruido de montañas.
Luego una ráfaga hija de su ruido.
Después, perdiéndose, oigo las guadañas
Por encima de mí, sólo un sonido.
Se lucha. ¡Vienen ya los vengadores!
¡La alegría me inunda de clamores!

En mi pecho arden todos los hogares;
Por la sangre vertida, la venganza
Es torrente en mis venas; mis pesares
Un sol de libertad rompe en su danza;
Hacia el humo de hogueras más ardientes,
Irrumpo, hacia clamores más potentes.

Me hallaron entre rocas extendido
Héroes desconocidos, mis hermanos;
Cantaron como el sol recién nacido
Que fulgura, su luz tuve en mis manos.
Dije: «Es un sueño. ¿Quién, quién a mi lado
Cantó? ¿Quién las heridas me ha curado?

Por mi frente sentí una mano suave
Y una voz dulce dijo: «¡Camarada,
Guerrilleros! Descansa. Que ya acabe
Tu sufrir, tu agonía está vengada.»
Alcé las manos a la voz gentil,
Palpé el cabello, el rostro... y el fusil.

Rompí a llorar y lloro todavía
Con el pecho y la voz, pues no tengo ojos,
Que mis últimas lágrimas un día
Rodaron con mi sangre y sus despojos.
¡Pero aun sin fuerzas ni pupilas quiero
Con ustedes luchar, ser guerrillero!

¿Quiénes? ¿De dónde? No lo sé, mas siento
Que me alumbra su luz, que su alegría
En mi silencio canta. Y sé, contento,
Que aunque me muero vivo todavía...
Vuelvo a ver en su canto ancho y fecundo
Como el pueblo y el sol de un nuevo mundo.

Versión: David Chericián

VINICIUS DE MORAES

Brasil, 1913-1980

Obrero de la construcción

Era él quien hacía casas
Sobre el puro suelo llano.
Como un pájaro sin alas
Subía él con las casas
Que brotaban de su mano.
Mas todo desconocía
De su grandiosa misión:
No sabía, por ejemplo,
Que toda casa es un templo,
Un templo sin religión,
Como tampoco sabía,
Que la casa que él hacía,
Siendo su liberación,
Su esclavitud también era.
De hecho ¿cómo podía
—Obrero de construcción—
Comprender por qué un ladrillo
Siempre vale más que un pan?
Al ladrillo colocaba
Él con su albañilería;
En cuanto al pan —lo comía.
Mas ladrillo, ¿quién tragaba?
El obrero así seguía
Con sudor y con cemento,
Alzando una casa aquí,
Allá, un apartamento,
Allí, una iglesia, al frente
Un cuartel y una prisión:
Prisión donde él estaría,
De no ser, eventualmente,
Obrero de construcción.

Pero él desconocía
Un extraordinario hecho:
El obrero hace la cosa
Y la cosa hace al obrero.
De forma que, cierto día,
Cortando, en la mesa, el pan,
El obrero fue tomado
de una súbita emoción,
Al constatar asombrado
Que todo en aquella mesa

—Botella, plato, mantel—
Era él el que lo hacía,
Él, un obrero humildísimo,
Obrero de construcción.
Observó a su alrededor:
¡Sartén, vaso, palangana,
Banco, mesa, colador,
Vidrio, paredes, ventana,
Casa, ciudad, y nación!
¡Todo lo que allí había,
Era él quien lo construía,
Él, un obrero humildísimo,
Un obrero que sabía
Ejercer su profesión!

¡Ah, hombres de pensamiento,
Nunca conoceréis cuánto
Aquel obrero humildísimo
Aprendió en ese momento!
En esa casa vacía
Que él mismo había levantado,
Un mundo nuevo nacía
Del que nunca sospechara.
El obrero emocionado
Contempló su propia mano,
Su ruda mano callosa
De obrero de construcción,
Y con la mirada en ella
Lo sobrecogió el saber
Que no había en este mundo
Cosa que fuese más bella.
Fue con esa comprensión
De ese instante solitario
Que, como la construcción,
Creció también el obrero.
Creció a lo alto y lo profundo,
En tamaño y corazón.
Y como todo el que crece,
Vio que no crecía en vano.
A más de lo que sabía
—Ejercer la profesión—,
Aquel obrero adquirió
Una nueva dimensión:
Dimensión de poesía.

Y un hecho nuevo se vio
Que a todos los admiró:

Lo que un obrero decía,
Otro obrero lo escuchaba.
Así fue como el obrero
De la casa en construcción,
Que siempre decía «sí»,
Comenzó a decir que «no».
Y aprendió a mirar las cosas
A que no daba atención:
Miró que su cantinita
Era el plato del patrón;
Que su cerveza barata
Era el Whisky del patrón;
Que su mono tan sudado
Era el traje del patrón;
Que la choza en que vivía
Era mansión del patrón;
Que sus pies tan andariegos
Eran ruedas del patrón;
Que lo duro de su día
Era noche del patrón;
Que su tremenda fatiga
La amiga era del patrón.

Y el obrero dijo «¡no!»
Y el obrero se hizo fuerte
Con esa resolución.
Y como era de esperarse,
Las bocas de la traición
Empezaron a babear
Al oído del patrón.

Mas el patrón no quería
ninguna preocupación:
—Convénzanlo de lo opuesto—,
Dijo él sobre el obrero,
Y al decirlo, sonreía...
Al otro día, saliendo
De la obra en construcción,
El obrero fue cercado
Por los de la delación
Y sufrió, por destinado,
Su primera pateadura.
Le escupieron en la cara,
Tuvo un brazo fracturado,
Mas cuando fue preguntado
El obrero dijo «¡no!»
En vano sufre el obrero

Esa primera agresión;
Muchas otras se siguieron,
Otras muchas seguirán.
Pero, por imprescindible
En la casa en construcción
El obrero proseguía,
Y todo ese sufrimiento
Se mezclaba con cemento
En la casa que crecía.

Sintiendo que la violencia
Al obrero no doblega,
Un día intenta el patrón
Usar el modo contrario:
De modo que fue llevándolo
Arriba a la construcción,
Y en un segundo de tiempo
Enseñóle la región
Y señalando al obrero
Le hizo esta proposición:
—Te doy todo ese poder
Para tu satisfacción,
Porque a mí me pertenece
Y se la doy a quien quiero,
Te doy tiempo de reposo,
Te doy tiempo de mujer...
¡Todo lo que ves, por tanto,
Será tuyo si me adoras,
Y lo tendrás, si abandonas
Lo que te hace decir no!
Dijo y vio luego al obrero
Mirando y reflexionando;
Mas lo que veía el obrero
El patrón nunca vería.
El obrero veía casas,
Y dentro, en sus estructuras,
Veía cosas, objetos,
Productos, manufacturas.
Vio aquello en que consistía
El lucro de su patrón
Y en las cosas que veía
Misteriosamente había
La marca que hizo su mano.
Y el obrero dijo ¡no!
—¡Locura! —gritó el patrón,
¿No ves lo que te estoy dando?
—Mentira —dijo el obrero—.

No puedes darme lo mío.

Y se hizo un gran silencio
Dentro de su corazón.
Un silencio de martirios,
Un silencio de prisión,
Un gran silencio poblado
Por pedidos de perdón,
Un silencio temeroso
Con el miedo en soledad,
Un silencio de torturas
Y gritos de maldición,
Un silencio de fracturas
En la pavimentación.
Y el obrero oyó la voz
De tantos hermanos suyos,
De sus hermanos que han muerto
Por otros que vivirán.
Una esperanza sincera
Le creció en el corazón.
Dentro de la tarde mansa
Se agitó la razón
De un hombre pobre, olvidado,
Razón que lo transformara
De obrero de construcción
en obrero construido.

Versión: Helio Dutra y Roberto Fernández Retamar

EFRAÍN HUERTA

México, 1914-1982

Elegía de Lídice

Pequeña mártir, tú, Lídice desgarrada,
llanto de fiebre y pólvora, de espanto desangrado,
diezmada flor de luto,
Lídice de sollozos y penetrante angustia,
calosfrío del paisaje de cenizas y cruces.

¿Qué pueden ser tu cielo y el meridiano donde
la sangre es una llama y la muerte una estela?
Eras pura y severa, Lídice solitaria,
Lídice de mineros, parientes fidedignos del metal;
eras tendido abrigo para el recio antinazi
que en la noche, en el día, desde sus mismas venas
disparaba y mataba.

Pequeño pueblo muerto, orquídea mutilada,
arrasada por sorda fusilería de crimen,
hermana de las dulces aldeas de Yugoslavia
que han caído incendiadas.

Lídice: diez de junio es tu gloria y tu símbolo.
Diez de junio de rabia, de rencor sin remedio,
de odio y furia infernales.
¡Cómo suena tu nombre de flor maravillosa,
de geranio y clavel, de violeta marchita,
de alto y débil desnudo frente al paisaje roto!

Pero cierra los ojos y escucha, cercenada,
cómo hay en todo el mundo un aliento de vida,
una voz de esperanza,
un grito de terrible y concreta victoria.
Mira que tu substancia, tu esencia derrotada,
se alza en los Grandes Lagos,
junto al Mississippi,
donde una aldea hermana ha tomado tu nombre,
tu perfil de muchacha, tu cuerpo atravesado.
Y mira, en otro valle de inhumana belleza,
al pie de las montañas también, Lídice mártir,
tu sangre encuentra cauce para soñar sus frutos.
Estás en nuestro seno, Lídice americana,
Lídice mexicana.

Para ti, flor de muerte, de vida y de martirio,

nuestra tierra es un canto,
nuestro amor es un puño
y nuestro corazón sobre tu tumba,
¡Lídice victoriosa!

Cantata para el Che Guevara

Andaba suelta la amarilla muerte de ciegos ojos,
de ciegos ojos la amarilla muerte andaba suelta.
Agrios pasos azules en medio del follaje y el fango.
Agria y espesa muerte buscadora, mortalmente buscona.
Gran muerte, grande y maldita muerte, feroz perseguidora.
Andaba suelta aquella muerte tuya, aquella dentellada,
aquellas balas, aquel verde-gusano de las boinas verdes.
Suelta andaba la muerte aquel día de las balas
y tus pies lastimados y tus cabellos ultrajados
y tu reseca voz de follajes malditamente mutilados.
Si dijiste *Déjenme vivir. Para ustedes*
valgo más vivo que muerto, te respondieron las blasfemias
y las hojas más altas de los pinares volaron al cielo,
porque siempre te cuidaba una parvada de palomas
y tus palabras de amor eran orquídeas y mariposas
para la sintaxis impecable de nuestro claro porvenir.
Andaba suelta como una jauría aquella muerte tuya,
Che Guevara. Suelta andaba con sus pasos de plomo.
Con sus pasos de plomo suelta andaba la muerte, Che Guevara.
Había plomo en la boca del delator y del traidor,
y barranca arriba subía un río de plomo y de miedo.
La boina verde andaba a la caza de la orquídea salvaje
y el helicóptero buscaba con furia a la mariposa.
Aquella muerte verdinegra te asediaba en la escaramuza
y en los hombres tuyos prisioneros y torturados.
Por el hocico del gorila salía la negra muerte
y era tu muerte lo que sudaban los mercenarios.
Los ríos llevaban en su lomo la espuma de tu muerte
y había sangre tuya en las heladas cresterías.
Ya te teníamos muerto en nuestras venas de agonizantes
y una noche la guillotina nos cortó el habla y el sueño.
Te sabíamos rodeado, aislado, enfurecido y triste
como el último capitán de nuestra esperanza,
Che Guevara. De aquella esperanza de dulces verdes
bolivarianos, de verdes mexicanos y de verdes hermanos.
Las pequeñas y grandes patrias se estremecieron
con los irremediables disparos que te dieron la muerte,
y luego, dicen, te cercenaron los dedos,
y después, asegura el sanguinario mayor, te llevaron

a lo desconocido para quemar tu cuerpo
y convertirlo en las cenizas infinitas de nuestro amor,
Che Guevara cargado de la muerte de los siglos,
Che Guevara padre e hijo de la independencia,
nieto de todas las libertades de todo el mundo,
forjador de poemas, hacedor de futuros.
Así que aquella muerte te encontró, la encontraste,
y así las balas te lastimaron de muerte
y una selvática oscuridad recorrió cordilleras, colinas,
pampas, llanuras, desiertos, bosques, mares, ríos...
Oh comandante herido y muerto, oh comandante llorado
hasta no sabemos, sí sabemos cuándo y a qué hora.
En la precisa hora de tu muerte sonó la hora de nuestra libertad.

18 de noviembre de 1967

La oración por Tania

Bajo tus pies la nieve se hizo llanto,
bajo tu desgarrada piel y tus ojos con fiebre
crecieron los sollozos, los cristales del odio
penetraron tu carne de doncella del triunfo.
Bajo el ciclo de invierno, una mañana,
fuiste un árbol,
un árbol de tortura y de martirio,
árbol de los incendios,
árbol puro, árbol de la venganza.

Bajo ese fuego, Tania, bajo tu propia sed,
sigue, elevado, el luto,
y sigue, arrollador, el paso de tus hombres,
de los tanques y de los guerrilleros, tus hermanos,
Bajo tus pies, doncella, la nieve se hizo llanto.

Venían por ti los lobos. Te encontraron,
te mutilaron y arrancaron la voz,
te azotaron, los nazis.
Y luego, por el frío, por las calles,
tus pies abrieron surcos.
(¡Tus pies desnudos, Tania!
¡Tus dieciocho años, Tania!)

Pero sobre esos surcos, como de tus heridas,
cayó, como bandera, la semilla sagrada.
Bajo tus pies de cálida locura,
bajo aquel brusco cielo de Petrishevo, Tania,
la nieve se hizo llanto,

y del llanto,
como de un despertar de cuchillos con sangre,
nació, como ascendiendo, el sentido del odio.

De sol a sol digamos esta noble oración,
esta turbia oración entrecortada,
por Tania, doncella comunista ahorcada por los nazis:

«El odio, en este día o penumbra,
no ha caído del cielo,
sino del vasto y ciego vértigo
donde los ojos del soldado
revelan el calor de la amarga ceniza,
el fruto amargo del helado heroísmo.

Si el odio viniese del cielo,
como apunta el rastreador de espíritus,
no habría por qué decir, entonces,
que el hombre es una agonía en pie
o que la tierra es fértil
gracias a la lluvia verdinegra del odio.

Pero el odio, por suerte, no ha caído del cielo.
La ventana se ha mantenido cerrada
desde la hora del primer hombre asesinado.
Por eso el odio ha llegado con machacada lentitud
de bestia, con apagado zureo de paloma herida,
con un suave batir de alas en derrota.
Así ha llegado el odio,
petrificándose,
originándose, fiero, en un lago de amor,
llameando, raspando la piel,
yéndose a fondo.

¡Odio, odio fiel!
¡Odio perfecto! Respiración, sacudimiento.
Odio a la terrible mentira y al saqueo,
odio al devastador y al incendiario,
odio petrificado, odio purificado,
odio por centenares de razones y sangre.
Odio maravilloso cuando hay, en el lodo y la nieve,
una lágrima fresca y un niño degollado.
Y cuando de una horca de sombrío destino,
como campana victoriosa pende
el cuerpo de una joven guerrillera».

KUBA (KURT BARTHEL)

Alemania, 1914-1967

Rebelde

El golpe en la nuca,
el puntapié sea alabado—
el latigazo que en la
cara quema.
Siempre cuando el dolor humano
al orgullo humano se enfrenta,
surge el esclavo Espartaco
el insurgente

Este siglo en rebeldía
brinda al milenio rebelde—
un saludo,
¡llega tu día, camarada Espartaco!
Vi mil veces
despuntar los brotes primaverales
desde tu muerte,
pero
nunca antes hubo tal esplendor.
Si bien suspira Europa—
¡sin embargo Asia ríe!
La cálida África está plena
de frescas fuentes.
Vi brillar dientes, fuertes y blancos,
vi
cabezas lanudas, que se inclinan
sobre los libros.
Pero sudan los dioses blancos
y su miedo demuestran,
Camarada Espartaco: El momento está cerca,

...Hasta en Prusia;
aun cuando giman
los viejos y los nuevos amos—
pedazo a pedazo
la propiedad robada de los antepasados retorna
a los hijos,
a la mano campesina la hacienda del amo.
Largo tiempo fue siervo el campesino,
pero ya se acostumbrará.
También se vive,
cuando no hay que pagar al hacendado.

La lógica cojea—
la dialéctica sonríe.
La época
lleva una estrella roja al pelo,
adornada,
para más rica y sabia regresar
al comunismo y las
buenas teorías
del que un día partió en busca
de la felicidad y la riqueza.

Sobre nuestros días se dirá

Tenían hierros viejos y algo de audacia apenas,
pues casi no tenían fuerzas tras la derrota.
Sobre nuestros días se dirá:
Sus corazones llenos de amarga hiel estaban,
y sus vidas corrían por rieles desgastados,
se dirá—
y se estará sobre terrazas encristaladas—
y se señalarán los puentes—
y se mostrarán los jardines—
y a los pies se verá la ciudad nueva
y se dirá:
De aquellos que pusieron sus cimientos
se burlaban, y ellos pasaron hambre,
pero a pesar de todo,
plantaron, construyeron y removieron
los escombros.
Y junto con la acción bien meditada,
maldecían.
Ay,
aún dudaban de sus propias fuerzas.
Pues una herencia maligna,
la guerra y el engaño de la guerra, perturbó sus sentidos.
Pero a las guerras siguió la época de las emulaciones.
Y la época de las emulaciones.
fue el comienzo de todo.

Tú, feliz jardinero

¡Qué arduo es, hambriento, cavar la tierra dura
y encontrarse sediento ante el vino espumoso!
Ay, tener pozos, minas y a la vez tener hambre,

y ser sabio y a un tiempo pobre como un mendigo.

Ay, el hambre empequeñece, la pobreza corrompe,
el amo de este siglo aún no tiene zapatos.
Tú, mano laboriosa, tú, cubre, tú, libera
con bienestar la tierra. ¡Mano, bendita seas!

Por las flores de mayo, cerezos que se besan,
se deshiela en lo hondo el manantial dorado.
¡Pon raíles, extrae carbón, luz de los ríos!
Llena está de miel la época, y sus abejas de ira.

Madura el grano y no deja esperar por él.
Qué fácil es estar hambriento y ser un sabio.
Tú, feliz jardinero, tú, escarda tu jardín,
tú, feliz jardinero, ¡el jardín es ya tuyo!

Versiones: Malena Barro y David Chericián

BRANKO COPIC

Bosnia, 1915-1984

La canción de los proletarios muertos

En la XII noche, oscura y lluviosa, unas cuantas decenas de proletarios de Craina, rodeados cerca de un hospital montuno, libraron su último combate contra un enemigo diez veces más poderoso. Así fallecieron heroicamente en la batalla desigual.

En nuestra tierra espiga el trigo. Nuestras manos
sembraron la simiente.
La siega nos espera,
nos espera el nocturno, suave canto de las adolescentes.
Pero hemos caído, camaradas, hermanos.
La siega fue de primavera,
joven y verde cayó el trigo, demasiado temprano.
Neblinosa tristeza con susurros de lluvia
giran encima de las canciones muertas.
Muertas están las manos, los fusiles difuntos.
Formamos fila aun en la muerte juntos
el camarada con el camarada al lado. Aquella vez
eran en proporción de uno por diez.
Diez contra uno en noche de aguaceros.
Y nosotros estábamos cansados
y hambrientos y mojados.
Uno por diez, uno por diez, diez animales fieros
por cada compañero.
¿Esto es posible? Sí; somos obreros.
Al alejarnos del hogar nos despedía
el llanto, con susurros el nativo
bosque por nuestra suerte pensativo:
¿Volverán algún día?
Las madres pasan noches sin dormir y vigilan
el camino, esperando al mensajero.
Vendrá otra juventud, los días nuevos se perfilan,
continuaremos nuestro canto roto,
en fuegos vivos ya acuñado, entero,
el canto habla de lejos, del comienzo remoto,
vivo ve en él la madre al hijo de su llanto,
se ve al hermano, al novio, al compañero.
Vendrá la gloría, nuestra será la gloria plena,
desaparecerá toda salvaje hiena,
y en estos días marcharán por el camino abierto
de nuestra libertad los proletarios muertos.

María en Pressima

*María Bursoch, heroína nacional juvenil, nace en la aldea Kamenica, situada en las cercanías de Drvar. Durante una batalla contra el campamento alemán Pressima, como bombardera de la X brigada de Kecina, María conquista tres fortificaciones (*bunkers*) enemigas y hace cuatro prisioneros alemanes. Herida mortalmente en el último* bunker*, es llevada al hospital donde espera la muerte cantando y alentando a sus compañeros heridos.*

La gorra le ocultó las trenzas:
era no más que una muchacha combatiente
contra el fascismo, pero la artillera
se fue con todo el corazón al frente.

En la noche el relámpago tres veces.
María en tres asaltos resplandece.

Ataca el primer *bunker*. Como borra
a la vida el relámpago, su aldea
ve María entre llamas, y los blancos
rebaños muertos nadie pastorea.

Vuelve a atacar María de Kamenica
y junto al Drina ve senderos muertos
y en Drvar, entre llamas y cenizas,
deformes maquinas, seres inciertos.

Y al atacar el tercer *bunker* ella
el nido oscuro ya la muerte exhala,
y la bala al halcón le parte el ala:
vio Kamenica como cae una estrella.

Sus ojos ven alba final sin llanto,
sus labios cantan el último canto.

Versiones: Miomira Dakovic y Francisco de Oraá

BERNÁRD BOUA DADIÉ

Costa de Marfil, 1916

Tam-tam festivo

Salta,
Salta,
hechicera.
¿Escuchas? Con el estruendo del tam-tam
te llama el viento en derredor.
Cuba,
joven reina,
para ti
son todos estos compases,
el ritmo de Saloum[14]
el ritmo de Baule.[15]
¿Por qué la luna
alumbra con tan viva luz?
Ilumina en derredor
de la violenta danza.
¿Qué es esto, pues? Una canción,
la canción del festivo tam-tam.
Salta,
Salta,
danzarina.
¿Escuchas? Con el estruendo del tam-tam
te llama el viento en derredor.

¡Seca las lágrimas!

¡Seca, África, las lágrimas!
Vuelven tus hijos,
a través de tormentas y huracanes vienen
de su infructuoso vagabundear.

Bajo la risa del oleaje y el susurro de la brisa
en el oro del alba,
en el púrpura del ocaso,
desde las arrogantes cimas,
desde las llanuras inundadas de sol,
vienen hacia ti,
a través de tormentas y huracanes,
de su infructuoso vagabundear.

14 Río del Senegal.
15 Nacionalidad que vive en el territorio de Costa de Marfil.

¡Seca, África, las lágrimas!
Nuestras almas han bebido un poco
de todas las fuentes,
de la amarga fortuna
y de la gloria.
Nuestras almas abiertas
al resplandor de tu belleza,
a los aromas de tus bosques,
al hechizo de tus aguas,
al azul de tus cielos,
a la caricia de tus rayos,
al sortilegio del verdor en las perlas de rocío.

¡Seca, África, las lágrimas!
Vuelven tus hijos.
En las palmas de sus manos traen un regalo
para el corazón: amor.
Vuelven para vestirte
con ropas de sueños y esperanzas.

Versiones: Antonia María Tristá y David Cherician

Manos

Manos libres,
vivas manos
que saben abrazar
y no ahogar,
regalar,
no quitar.
Manos creadas para percutir el ritmo,
para limpiar de maldad el mundo.
Manos ramosas,
nudosas,
callosas manos
de picapedrero,
de leñador,
de terraplenero,
de pescador,
de jornalero de las plantaciones de café,
de algodón
y de caña
de azúcar,
demacrados por el trabajo,
templados al viento,
¡quemados como carbón!
Las manos hablan

francamente y hasta el final,
cavan hasta las raíces,
se levantan hacia arriba,
se encuentran,
se tocan,
se estrechan en fraternal apretón.
Los puños, cual brotes desarrollados,
símbolos de la vida, símbolo de la unidad.
La mano del niño,
la palma de la mano del anciano, más pesada por la sabiduría,
los dedos de la mujer que irradian compasión...

Las manos lavan el cansancio y el polvo,
las manos señalan el camino,
las manos disipan las tinieblas,
las manos ¡son tu adorno, hombre!

Las manos negras
conservan el amor,
adquieren callos,
barren la maldad,
quitan el resabio amargo de los días,
arrancan las máscaras de los falsos dioses.

¡Manos, yo les pongo
el brazalete de la alegría y la esperanza!
Manos negras,
¡tomen
el martillo y los clavos!
El universo de un muro sordo.
Clávenle
una antigua inscripción:
«¡La caza de personas está prohibida!»
Manos de mendigos y de oprimidos,
manos, desde el Congo hasta el Mississippi,
en los desfiladeros entre rascacielos,
¡en los caminos que conducen al corazón!
Manos del constructor y del hombre:
en la tierra y en el cielo,
a la luz del día,
bajo las estrellas de la noche,
en los rocíos mañaneros,
en la suavidad de las sombras,
hoy, ayer y mañana,
¡en todo lo que vive y canta
y gira en una danza!
Manos negras,

manos de hermano
he tendido hacia ti.
sobre océanos y montañas
para que se fundan
los colores de nuestras manos,
para encontrarte
y saludarte,
¡Amigo!

Versión: Antonia María Tristá

DASHTSEVEGUIN CENGUEE

Mongolia, 1916-1959

La paloma

No tiene la paloma las uñas del halcón,
No dispone tampoco del valor de las águilas,
Jamás ella ha cantado igual que un ruiseñor.
¡Y la gloria jamás ha hablado de ella —¡lástima!...

Pero ella —tranquila y amable— es enemiga
De crímenes y guerras, destrucciones, matanzas.
A los enamorados sus alas ella tiende,
Por eso la veneran, la quieren y la aman.

La paloma en su vuelo cruza espacios lejanos
Que el hombre con los ojos deseó tanto tiempo,
Pero alejada de ellos, allá por las alturas
No era una realidad, sino un hermoso sueño.

¡La paloma que a todos parecía inalcanzable
Respondió a pesar de eso al llamado del pueblo!
Fieles a las ideas de paz del leninismo
acudió la paloma a los hombres soviéticos.

Ellos le dieron alas mayores, como al águila,
En su pecho pusieron el valor del halcón,
Igual que el ruiseñor a cantar le enseñaron,
¡Le encendieron de fuego vital el corazón!

¡Ave fuerte y valiente! ¡Desde ahora a los hombres
Nunca abandonará, permanecerá fiel!
La paloma y la paz: Dos palabras gemelas
Que se repiten una y otra vez y otra vez.
La paloma es el bálsamo de los enamorados,
De todos los que viven en la tierra. ¡Eso es!

La paloma transporta la voz de todo el pueblo:
«¡Que no se vierta sangre! ¡Que no haya amenazas!
¡Que no truenen de nuevo los ruidosos cañones!
¡No se fisione el átomo para bombas macabras!»
Agitando veloces las alas poderosas
La paloma destruye lamentos y dolor.

¡Al encuentro del sol vuela airosa y alegre,
Haciendo polvo la mentira y la traición!
¡Paloma! ¡Con nosotros estás! ¡Tú eres valiente
Y eres fuerte! ¡Destruye al traidor opresor!

Versión: Rubén Martí y David Cherician

TREFOSSA (HENRY DE ZIEL)

Surinam, 1916-1975

Un poema verdadero

Un poema verdadero es algo que te aterra,
un poema verdadero es una lucha a muerte.
Un poema verdadero es otro país
al que se puede ir cuando ya
se ha cruzado el umbral de la muerte.

Un poema verdadero está hecho de palabras que permanecen
cuando todas las otras de la vida de uno son barridas:
una sola semilla
pero que puede hacer brotar
la vida nueva.

Fluyan pues sobre mí,
Arusubanya[16] del mundo.
Quizás un día, un día
mi boca se abrirá
para decir a los humildes sólo un par de palabras
que, al crecer, germinarán en estrellas maduras,
las que aun ahora estoy buscando.

Versión: David Cherician

16 Salto del río Marnina.

MOHAMED AZIZ LAHBABI

Marruecos, 1922-1993

Rabat

¡Oh, ciudad triste, aunque borracha de sol,
Ciudad abrumada por la humedad!
Tú no escuchas mis flautas delicadas.
Mi corazón su eco ha perdido.
Escribo con espuma ensangrentada sobre la página tremante.

¡Ciudad de la Amargura,
Insensible, Rabat!
Se prohíben a sí mismos los poetas aquí
Dar ritmo a las palabras.
En corro entablan sus conversaciones
Y no hablan de nada en absoluto.
Entre el rumor se mueren las palabras,
Las flores se marchitan
Y el viento barre sin piedad su aroma.
Si la gente se pudiera reír
Sería siempre joven.

Quién creó a quién

¡Qué débiles somos con vosotros!
Y aunque para Alá,
Para Brahma,
Para Dios padre,
Los hombres son la cima de la creación del mundo.
Sin embargo, cualquier nimiedad:
Un infusorio, algún triste microbio,
Sin grandes esfuerzos
Nos lleva a la tumba.

¡Oh, dioses de bronce!
¡Creación de las manos del hombre!
A su imagen y semejanza
Él os creó, dioses.
Rezad al hombre,
Rezad por el hombre,
Porque mucho le debéis.

¡Oh, dioses de piedra!
Intrépidos y fuertes
El hombre os esculpió

Débil y temeroso...
Desde la altura de vuestros pedestales
Veis transcurrir los siglos sin descanso
Y ni el tiempo ni las tempestades
Pueden quitaros grandeza y poder.

Dad vuestra gracia pues a quien la vida os dio,
Quien os creó y, como quien dice, os colocó en el pedestal.
Él, vuestro creador, ama las flores: con rabia las arranca el torbellino,
Él teme las enfermedades: vosotros esparcís microbios,
Él aprecia su vida: vosotros podéis destrozarla en broma,
Olvida él que a vosotros os sacó, dioses, de la nada.
Os respeta, os limpia la suciedad y el polvo.
Alza suntuosos templos para que viváis rodeados de lujo.
El bronce, la madera, la piedra vivifica para que reencarnéis
Y para que la ardiente fe
Hasta el suelo se incline ante vosotros.

Y sin embargo,
Bajo el peso de sus constantes ocupaciones e inquietudes,
Con todo, vuestro creador no pudo
Daros corazón.
¡Y por culpa del hombre
Sois insensibles, dioses!

Versiones: Antonia María Tristá y David Chericián

LOUISE BENNETT

Jamaica, 1919-2006

¡Aquí está!

¡Al fin vino, aquí está m'hija!
¡Está escrito en el periódico!
«¡Paul Robeson llega hoy!»
¡Vengan a mirar su foto!

¡Dios, qué vista pa'l mal de ojo!
¡Dios, qué historia pa' contar!
¡Yo aquí en un rincón del mundo
Y su encanto llega acá!

¡Que bárbaro, en el Ward Theatre
En persona se va a parar!
¡Va a saludar, va a sonreír,
Y entonces él va a cantar!

¡Va a cantar! ¡Yo allí, Miss Matty,
No estaré, pero sé yo
Que un jardín lleno de canto.
Le crece en el corazón!

Y que de su boca abierta
le sale con la canción
el corazón que acaricia
con el sonido 'e su voz.

¡Y al acabar, qué de aplausos,
La multitud, qué barullo!
¡Y en cada negro un sabroso
Corazón lleno de orgullo!

Del hombre 'el cantor; mi dios,
Gracias, porque orgullo de él
Es de su raza y la nuestra
Y de nosotros también!

¿Volver a África?

¿Volver a África, Miss Matty?
¿Sabe lo que dice usté?
Hay que venir de algún sitio
Pa' regresar luego a él.

Sé que tu tárara-tárara-
Tátarabuela africana fue
¿Pero tu tátara-tárara-
Tátarabuelo no era inglés?

¿Y el padre ‘el tátara-tátara-
Buelo ‘e tu padre Judío, Jum?
¡Y tu abuelo por part’e madre
Fue franchute parlevú!

Pero el resto ‘e tu familia,
Los de tu generación,
Todos en Bun Grung nacieron
Todos jamaicanos son.

¿Adónde vas pues, Miss Matty?
¡Oh, es que la cara te has visto
Y que entre tú y lo’ africano’
Existe un gran parecido!

¡Si así es to’ lo’ americano’
Blanco’ y que ojo’ azules tengan
Por tener abuelo’ inglese’
Deben volver a Inglaterra!

¡Qué clase ‘e barullo habría,
Qué tropel y qué jaleo
Si todo el mundo se fuera
pa’ donde vino su abuelo!

Si huyes de tiempos difíciles,
Vete; ¡pero mira bien
De ‘onde sales, pa’ que luego
Tengas a donde volver!

Ve a buscar fortuna afuera;
Pero a nadie digas más
Que vas a buscar tu patria,
¡Porque ahí es donde ahora estás!

Versiones: David Cherician

EDUARDAS MEZHELAITIS

Lituania, 1919

Partícula de la tierra madre

La piedra es cuerpo de la madre tierra,
y su espinazo la escapada sierra,
los ríos son las venas y la sangre...
mi carne es hija de la madre tierra.

De las flores campestres he nacido,
de las lluvias y el viento en las barrancas.
Soy agua, llama, tiempo, rama, nido,
y movimiento de las nubes blancas.

Estoy hecho de los copos de nieve,
tallos y fresas que el otoño muerde,
de la arena amarilla que el río mueve,
del bosque joven, otoñal y verde.

Estoy hecho del pan que en tierra amada
se engendra en el centeno trabajoso;
estoy hecho del grano de cebada
y del lúpulo ardiente y espumoso.

De la unidad del pez y el agua en viaje,
del metal que se funde en el crisol,
de la fruta que en medio del follaje
nos recuerda una réplica del sol.

Soy una parte de la madre tierra
dispersa en cauce y ramas del otoño,
de mis cenizas nazco en nueva guerra
como un joven, elástico retoño.

Versión: Desiderio Navarro y David Cherición

El hombre

Afirmado en mis pies sobre la tierra
Alzo el sol con mis manos.
Estoy entre dos globos
—El de la tierra y el del sol—.
Las honduras, las capas del cerebro
Son como las entrañas de las minas.
Como el carbón, extraigo de ellas
Aquello con que forjo el hierro,

Los barcos que atraviesan los océanos,
Los trenes que a la tierra envuelven,
La herencia de las aves —los aviones—,
El eco del relámpago —los cohetes—,
Todo esto hice salir de mi cabeza
Redonda, como el globo de la tierra.
Mi cabeza —globo del sol
Que irradia todo lo terrestre,
Que puebla al mundo con los hombres—.
¿Qué es la tierra sin mí?
Muerto, arrugado, machacado globo
Perdido en el espacio sin fronteras,
Se miró en el espejo de la luna
Y vio qué muerto estaba,
Vio qué deforme era.
Fui creado por la tierra —desde un punto—
La tierra, en un momento triste,
El globo me donó de la cabeza,
Como la tierra, como el sol.
Dócil me fue la tierra, y yo
Le regalé belleza.
La tierra me creó.
Pero yo la recreé,
La hice nueva, mejor, hermosa —tal
Como antes nunca fuera—.
Afirmado en mis pies sobre la tierra
Alzo el sol con mis manos.
Soy un puente entre ambos.
Por mí
Baja el sol a la tierra,
La tierra sube al sol.

Giran en torno mío,
Como un tiovivo abigarrado,
Todas las creaciones, obras,
Labores de mis manos,
Giran ciudades, plazas,
Sólidos edificios,
Puentes llenos de autos y de hombres,
Barcos y aviones —a mi alrededor—,
Carros, tractores —a mi alrededor—,
Cohetes —a mi alrededor—.

Estoy así de pie:
Hermoso, sabio, firme,
Musculoso, ancho de hombros,
Desde la tierra llego al sol.

Lanzo a la tierra
Las sonrisas del sol.
Al Este, al Oeste,
Al Norte, al Sur.
Estoy así de pie
Yo, hombre,
                    yo, comunista.

Versión: Roberto Fernández Retamar

MOHAMMED DIB

Argelia, 1920-2003

Puertos

El bullicioso puerto. Llueve. ¿He venido a qué?
¿A contemplar las blancas naves aquí de pie?

Se oscurece en el muelle todo con el gentío.

Sobre el gentío, en el humo, el sol quedó colgado.
Puede que te olvidase. Dime ¿qué te ha pasado?

Levó anclas el barco, navega en la distancia.

En torno, invierno, y todo es como un sueño en medio
de esta lluvia terrible, rodeado por el tedio.

Dime si puedes, ¿dónde tranquilizas tus penas?

La lluvia en el espacio desata tu poder.
Sólo ha pasado medio día y es ya anochecer.

¿En qué lugar te escondes, dónde encuentras refugio?

¿En el cine? ¿O en el rincón de un bar acaso?
Se bebe, hay voces, luces tras la sombra del vaso.

¡Y sobre tus palabras escupirán aquí!

Florecerá la primavera

Llega el alba y con ella
el paisaje, con sangre dibujado,
surge ante mí.

Canta y canta la voz,
canta y vuela sobre las colinas
en el país de la pena, el dolor, el destierro.

En derredor hay sólo el hielo, el viento,
la tempestad mortal. Pero la voz
canta porque el destierro no sea eterno,

porque otra vez la menta dé su flor
y ofrezca la palma sus fruto

y termine nuestro dolor...

¡Oh, muchacha de corazón entristecido,
en el invierno ensangrentado cantas
tú que florecerá la primavera!

Versiones: Miriam Rosabal y David Cherician

TO HUU

Viet Nam, 1920-2002

Mamá

Quién volvería a la aldea a decir a mi vieja
que esta noche su hijo lejano la recuerda.

¿Tienes frío, mamá? El viento de las cimas
no se termina nunca, ni la fría llovizna.

Te vas a cultivar el arroz en el fango,
las briznas de la siembra temblándote en los brazos.

Con cada una de ellas que hundes en la tierra
un pensamiento para tu hijo ya se eleva.

La llovizna ha calado tu sencillo vestido
y con cada gotica mi cariño ha crecido.

Si me quieres, viejita, si es que me oyes,
no te afanes por mí de día ni de noche.

Cientos de montes y arroyos he atravesado
y tú miles de penas has afrontado.

Mis diez años de guerra son muy poca cosa
ante tus sesenta de vida heroica.
Me voy lejos, al frente, para allí defenderos
a ti y a mi patria, las dos madres que tengo.

Por mí no te preocupes, ya que mucho me quieres,
¡que mi madre es madre de un combatiente!

Aunque lejos de ti, muy cerca estaré siempre,
junto a mis compañeros que me protegen.

Estamos unidos de corazón, mamá,
unos con otros, todos los hijos de Viet Nam.

Cada paso que doy tropiezo con la guerra,
pero mientras avanzo nuevas madres me llegan,

madres que me han curado como a sus propios hijos,
dado calor y ropa, un hogar y cariño.

Pero yo estoy curtido ¡cuánto he crecido ya!

Y sólo me preocupo por ti, mi mamá.

Piensa en tu hijo, pero no te entristezcas;
echado el enemigo, pronto estaré de vuelta.

La madre de cabellos grises escuchaba
esa noche una voz silenciosa y lejana.

Luom

Hue se desangraba,
yo volvía de Hanoi.
En el Barrio Balsas
vi al sobrino Luom.

Maletín al hombro
andaba el chiquillo,
canillas de fuego,
cabeza de pícaro,

gorra revirada,
piquito sonoro,
como un reyezuelo
en sendero de oro.

—Magnífico, ¿sabes?
Yo soy mensajero.
Mejor que en mi casa
en Mang Ca[17] me quedo—.

Rojas las mejillas,
mi sobrino, riendo,
—adiós, camarada—
marchóse contento.

Se marchó el sobrino.
El tío se fue.
Llegó el mes de junio
carta de Hue.

Luom...
Pues...

En una mañana
como tantas otras,

17 Guarnición de Hue.

mi compañerito,
portando una nota,

pasaba las líneas.
¡En eso, dos ráfagas!
¡Un mensaje *urgente*
no teme a las balas!

En campos desiertos
la espiga cayó,
volaba una gorra
por sobre el arroz.

Relumbra un disparo…
Mi compañerito.
Todo ha terminado,
la sangre ha caído.

La espiga apretada,
sabe a leche el grano.
Hay un alma errante
que va por el llano.
¿Luom, estás ahí?

Maletín al hombro
andaba el chiquillo,
canillas de fuego,
cabeza de pícaro,

gorra revirada,
piquito sonoro,
como un reyezuelo
en sendero de oro.

Avanzamos

Vamos a plena luz
por el camino.
En calma, sin ningún
sobresalto,
por el camino de ocho metros de ancho,
infinito,
que va de Bac Son a Dinh Ca,
de Dinh Ca a Thaí Nguyen,
del Noroeste a Dien Bien[18],

18 Dien Bien Phn.

de la Revolución al fin de la batalla.
¡Y que hoy vira hacia la nueva mar
de esta tierra roja, virgen, inmaculada!

¡Hermosa es esta patria amada!
Los bosques de palmas,
el té de las montañas,
las verdes llanuras perfumadas,
el Río Claro con sus mil llamas,
los remeros coreando aah... aaah... aaah..
¡Y la resaca oscilante de las olas
bajo las chalanas de Binh Ca!

Quién pasa por Phu Tho.
Quién baja hacia Trung Ha.
Quién vuelve a Hung Hoa.
Quién llega a la Zona Tres.
Quién vuelve a la Zona Cuatro.

Seguid el torrente de Libertad hacia la patria.
¡Ya el francés arrancó con fortines y postas!
El Río Rojo celebra el triunfo ola tras ola.
¿Va usted para Hanói? Coja puesto en mi barca

¡Así, pues, nueve años han pasado!
Tres mil días de lucha sin tregua.
Van fuertes mis rodillas, firmes mis piernas.
El otoño de agosto iluminado
extiende sobre un su cielo espléndido,
una nube se escurre blandamente...
¡Qué día tan excelente!
Son nuestras las nubes, el cielo de la patria,
¡nuestra República Democrática!
La sombra enemiga se ha fugado.
Ved los soles de otoño y el agosto: ¡victoria!
¡Hacia la capital, que el Tío nos aguarda!
¡Tras los cabellos blancos, la bandera roja!

¡Madre, seca tus lágrimas!
El enemigo ha huido.
El bambú de la aldea
en el jardín, y el plátano,
renacerán;
volverán nuestros búfalos
por las costas y playas.
Diez veces más que antes de las matanzas
el llano cantará.

¿Hermanitos, ya vais a la escuela?
Nosotros os construiremos aulas nuevas
que no serán quemadas más,
vuestros cantos y juegos por la colina se abrirán
como un enjambre de pájaros en torno a la aldea.

Quién va al Sur del país,
hacia los brazos del Mekong;
quién entre en la ciudad Ho Chi Minh,[19]
nombre glorioso en letras de oro constante;
quién regresa a la indómita Llanura de los Juncos,
nuestro bastión más alto, carne de nuestra carne,
tierra sagrada, enemigo sepulcro.

Quién llega a Phu Yen, Khan Hoa;
quién vuelve a Phan Rang, Phan Thiet;
quién sube al altiplano: Kontum, Darlac,
la extensa Zona Cinco, entraña nuestra, país querido;
quién vuelve a mi tierra natal,
el Río de los Perfumes, el Vado de Hat, la Playa de los Pinos

Quién va con los hermanos, quién va allá
a decir a la otra mitad de Viet Nam;
cada palmo de tierra es suelo de la patria,
¡la patria vietnamita, la República Democrática!
Somos hijos de un mismo padre, hermanos de sangre.
La carne siente cuando los huesos sufren,
el corazón está atado a la mente.

Tenemos tres pies
(¡sí, tres!).
Que el burro rebuzne
a más no poder,
que no nos incumbe.
Que vengan a hacer
fronteras, ¿y qué?
¡Junto a Ho Chi Minh
y siempre de pie
hasta ver el fin!

Sí, hemos crecido en medio de la guerra.
Los pies trabajadores de este pueblo de héroes
han perdido por siempre sus cadenas.
Los pies que, saliendo del fango, del carbón,
han andado hacia el sol de la Revolución.
Los pies de Ba To, Cao Lang, Hoc Mon,

19 Saigón

que en Dien Bien hicieron temblar toda la tierra.
¡Los pies que han hundido a los Señores del Imperio
en el negro pantano de los tiempos!

Adelante, adelante, adelante,
firmes como de bronce, duros como de acero.
Somos miles, millares,
avanza nuestro ejército
largo como los ríos, como los montes alto.
Avanza nuestro cuerpo,
avanza como el inmenso Mar de China,
inmenso.

Adelante. La patria es de una pieza,
nadie la podrá destrozar.
De la Punta Camau a la Puerta de China
un mismo cielo sobre nuestras cabezas,
de Norte a Sur un solo mar.
No hay paralelo para cada corazón,
en un mismo afecto por nuestro Tío Ho,
en un mismo amor por la misma capital,
en la misma esperanza por un solo Viet Nam.

Versiones: Rafael Hernández

ÓSCAR ALFARO

Bolivia, 1921-1963

El pájaro revolucionario

Ordena el cerdo granjero:
-¡Fusilen a todo pájaro!
Y suelta por los trigales su policía de gatos.

Al poco rato le traen
Un pajarillo aterrado
Que aún tiene dentro del pico
Un grano que no ha tragado.

-¡Vas a morir por ratero!...
-¡Si soy pájaro honrado,
De profesión carpintero, que vivo de mi trabajo!
-¿Y por qué robas mi trigo?
-Lo cobro de mi salario.
Que Ud. Se negó a pagarme.

Y aún me debe muchos granos.
Y lo mismo está debiendo
A los sapos hortelanos,
A mi compadre el hornero
Y al minero escarabajo
A las abejas obreras
¡Y a todos los que ha estafado!
Usted hizo su riqueza
Robando a los proletarios…
-¡Qué peligro!...¡Un socialista!
¡A fusilarlo en el acto!
¡Preparen!... ¡Apunten!...
¡Fuego!
¡Demonio… si hasta los pájaros
En la América Latina
Se hacen revolucionarios!...

ERNESTO CARDENAL

Nicaragua, 1925

Canto nacional (fragmento)

Al FSLN

(...)
Pero sucedió que otro país tenía necesidad de estas riquezas.
Por los préstamos de 1911 Nicaragua cedió sus aduanas
a los prestamistas y la dirección del Banco Nacional reservándose
también los banqueros el derecho
de adquirir el Banco Nacional. Por los de 1912
comprometió además los Ferrocarriles. El 2 de febrero de 1911
el grupo de banqueros Brown Brothers & Co.
se interesó en nosotros. Para pagar un empréstito
    se recurriría a otro, y así
sucesivamente. (Una vez que se entra no se puede salir)
    Los banqueros vinieron como barracudas.
Los marinos desembarcan a restablecer el orden
y se quedaron en Nicaragua por 13 años. No basta
el control de las aduanas, los bancos, los ferrocarriles.
    Nicaragua también vendió su territorio.

Adolfo Díaz empleado de la mina Ángeles Mining Co.,
  con 35 dólares a la semana, fue el «capitalista»
de la «revolución», prestando al movimiento 600.000 dls.
El pago del empréstito a Brown Brothers
      quedaba garantizado con las rentas de aduanas.
Corrupción, corrupción nacional fue el banquete de los banqueros
      un banquete de zopilotes
caballeros de negro frac en rueda como zopilotes.
Y los políticos: como murciélagos ciegos que nos cagan
      colgados en lo oscuro cagándonos y orinándonos
cagadas y meadas de los muciélagos de color de tinieblas
      negras alas revoloteando en el aire negro.
Otros 500.000 dls. prestados para la estabilización del cambio
pero —el banquete de los banqueros—
el dinero tampoco sale de manos de los banqueros de Nueva York.
    La garantía era entregar el país a los prestamistas.
El dinero del préstamo de 1911 era para crear el Banco Nacional
pero se dejaba el Banco Nacional en manos de los banqueros.
Los banqueros Brown Brothers compraron todo el papel que quisieron
o sea todo el papel moneda que quisieron, a 20 por un dólar
y lo vendieron a 12.50 por el dólar, todo el papel que quisieron
o sea 20 pesos comprados costaban 1 dólar (y podían comprar

los que quisieran) y vendidos (cuando ellos quisieran) valían
un dólar sesenta. Es decir
compraban dinero barato para venderlo caro
se lo compraban al país para venderlo al país
con lo cual encarecieron el maíz, las casas, la educación,
las danzas, el tiquete de tren.
Ése fue el saqueo de la mafia de banqueros.
Asaltaron como pistoleros la moneda nacional.
Después los banqueros prestaron al país el dinero del país
al 6% de interés.
Las rentas nacionales recaudadas por banqueros extranjeros
depositadas en un Banco Nacional en poder de tales banqueros
extranjeros, y distribuidas por los banqueros extranjeros
asociados con el secretario de Estado de los Estados Unidos
(que tenía acciones en la Ángeles Mining Co.)
Como los impuestos de Honduras eran recaudados por Morgan
Morgan el feroz
como cuando viene el chancho de monte chas-chas-chas
o hay en el aire un olor a puma.
Después fue vendido el territorio nacional en 3 millones
de dólares (Tratado Chamorro-Bryan)
que también fueron directamente a manos de los banqueros
(Los EE.UU. adquieren sin limitaciones una zona de Canal
2 islas en el Caribe
y una base naval
la patria por 3 millones —y el dinero para los banqueros—
y las aduanas siguen regentadas por los prestamistas por
tiempo indeterminado —hasta la cancelación total de los créditos—
y los prestamistas han adquirido el Banco Nacional, y también
los Ferrocarriles, comprando en 1 millón de dls. el 51% de
las acciones, (y de lo que era la nación sólo ha quedado la bandera)
Oscura la noche y sin querosín en el rancho.
Un tecolote canta sobre la patria.
Han callado el canto del pequeño pijul.
No había necesidad de anexarse el territorio
le bastaba a EE.UU. dominar el país (con Díaz
y todos los demás presidentes hasta el presente) con
todas las ventajas de la anexión sin sus riesgos ni sus gastos
«a no ser que quiera jugarse con las palabras
—un profesor, por 1928, al Daily News en París—
nadie duda que la independencia de Nicaragua
no existe».
Para colocar capitales en Nicaragua y protegerlos una vez
colocados, para eso estaba el Departamento de Estado.
Expansión política con miras a la expansión económica:
y expansión económica porque el capital no era suficientemente
reproductivo en los Estados Unidos o lo era menos

que en Nicaragua
that is: imperialismo
        intervenciones para inversiones o viceversa.
La diplomacia mediante los banqueros sojuzgaba el país
los banqueros mediante la diplomacia extraían el dinero.
        Reunidos, de rigurosa etiqueta, los zopilotes fúnebres.
Alrededor del Producto Nacional Bruto.
    —También igual que el tiburón cuando ha olido sangre.
La intervención extranjera era favorecida por la desorganización
y corrupción de adentro, de ahí que la intervención fomentara
la desorganización y la corrupción y las desarrollara
            (claro como el ojo del piche).
De ahí pues:
el imperialismo como elemento perturbador desorganizador etcétera
factor de atraso, de corrupción en Nicaragua: ha violado
tratados, constituciones, decisiones judiciales,
            provocado guerra civil manipulado elecciones sobornado
ha amparado robos prostituido la política empobrecido al pueblo
impedido la unión sostenido en el poder a sus agentes contra
            la voluntad del pueblo encarecido la vida defendido
            la opresión, traído la muerte.
Nicaragua se encontraba (cuando apareció Sandino) con
una parte de su territorio enajenado, la deuda exterior
acrecentada, la vida financiera sometida al
Sindicato de Banqueros de Nueva York, y sin ningún progreso.
        El país entero
como lo que es ahora Cabo Gracias a Dios: ya sólo una hilera
de chozas, con una única calle, y en ella, a dos metros del mar
un zopilote y un perro disputándose una tripa de pescado.

Decía que desovan las iguanas... Es el proceso. Ellas
(o las ranas) en el silencioso carbonífero
        emitieron el primer sonido
        la primera canción de amor sobre la tierra,
        la primera canción de amor bajo la luna
        es el proceso.
El proceso viene desde los astros.
    Nuevas relaciones de producción: eso
también es el proceso. Opresión. Tras la opresión, la liberación.
La Revolución empezó en las estrellas, a millones
de años luz. El huevo de la vida
        es uno. Desde
el primer huevo de gas, al huevo de iguana, al hombre nuevo.
Sandino se gloriaba de haber nacido del «vientre de los oprimidos»
            (el de una indita de Niquinohomo).

Del vientre de los oprimidos nacerá la Revolución.

Es el proceso.
Entre los alcatraces el macho hincha el buche para el cortejo
luego coge a la hembra.
El proceso es más todavía:
el Che después de muerto sonríe como recién salido del Hades.
(...)

Ay la United Fruit
Ay la Standard Fruit
Unas compañías pasaron por aquí como ciclones.
Ha habido domingos en que las muchachas misquitas
han ido a la iglesia (Bautista) desnudas en pelota
señoritas misquitas, por no tener nada que ponerse.
Y hay quienes han muerto de hambre literalmente.
Hermano Pedrón Altamirano!
Imagino las lucecitas tristes de las minas.
Veo el viaje del oro desde un afluente del Prinzapolka
hasta el sótano de un Banco en Wall Street.
Es contra Wall Street que canta en Prinzapolka el ave-sol.

La lucha era nacional, decía Sandino
pero después sería internacional.
En las minas de oro de míster Spencer examinan
a los mineros con rayos X cada 6 meses
para ver si están tuberculosos.
Si hay alguna sombra, el hombre es inmediatamente
despedido. Cuando al tiempo escupe sangre
y quiere demandar a la mina, la mina lo despidió sano
la enfermedad la contrajo después, la mina
no es responsable. Y muere en una acera de Managua.
(Si es indio sumo o misquito va a su aldea
a contagiarla. Aldeas enteras han quedado despobladas).
Y compañías que pasaron por la Costa como chapulín:
sólo quedaron los tocones de lo que fueron pinares.
Nada vuelve a crecer por donde pasaron.
Por aquí pasó la Magnavox.
Atraída por el olor de las materias primas.
Y como dijo aquel presidente de General Motors
lo bueno para General Motors es bueno para Estados Unidos
y viceversa.
El imperialismo dice que nos quiere hacer felices.
Selva en las dos orillas, y en el medio
el río como una selva líquida.
Supongamos que es un palenque de misquitos al que llegamos
y oímos una canción de amor en misquito, con la palabra amor
kupia-kumi = «un solo corazón».
«Un solo corazón» parece que son ahora el militarismo con

el dinero (los que no tienen corazón). Pero no, el kupia-kumi
verdadero es el amor, la unión del pueblo para hacer
la Revolución. Sólo el amor es el verdadero «un solo corazón». Caribbean Bener
Lumber Co. Bluefields Lumber Co. Gold
Mining Co. Luz Mines Ltd. American Smelting Refining Co.
Neptune Mining Co. Long Leaf Pines Co. Cukra Development
Co. Nicaragua Lumber Co. qué sé yo cuántas más
Magnavox qué sé yo cuántas más.
Mi general Sandino
los marinos han venido al rancho!
han venido al rancho a violar a la muchacha!

Hermano que andas descalzo y tenes tungsteno...
Analfabeta en tu mina de antimonio.
La International Telephone and Telegraph
por allí anda suelta, como el tigre.
(Sí cómo no y
que el general Ya-Sabemos-Cuál desvirgue más niñitas
y más campesinos sean echados desde los helicópteros
y Mons. Chávez bendiga al régimen)
¿Decían que el Ministro de Economía defendería a su pueblo
y no a la Esso?
Todavía están las encomiendas.
Y cuando suena la campana a la hora de cierre
en la Bolsa de Valores de Nueva York
algo que vos no sabes hermano te han quitado.
Cuando dicen en Wall Street los Money Managers: «Perdimos
cinco millones en efectivo esta tarde»
en el lenguaje de Wall Street quiere decir
que compraron acciones por valor de cinco millones.
Los secretarios de Estado pasan como aves migratorias
pero permanece la Standard Oil.
El canadiense dijo al misquito: el comunismo es malo
nos quita todo. Y el misquito, que oía Radio Habana en misquito
contestó: Malo para vos que tener todo
bueno para misquito
misquito no tener nada.
Después sería internacional
dijo Sandino. Y Sandino decía a los campesinos:
«Algún día triunfaremos. Y si yo no lo veo
las hormiguitas llegarán a contármelo bajo la tierra».
Darío a su regreso, recibido en triunfo, había
profetizado a los jóvenes, en brindis, el buen Rubén,
un país con más glorias, «triunfo nacional y definitivo»...
(fue en el diez, un año después, en el once, vinieron
los banqueros).
Todavía tenemos la lucha: Sandino contra marinos

y ay, tantos Rubén Daríos hay en el monte
macheteando. Habitantes de ranchos en perpetua noche.
El filósofo que se quedó lustrador.
El pintor genial entre los chivos. No sólo
no saber leer y escribir:
tampoco pensar, querer, soñar.
¿Ves esos buses que van llenos de gente pobre? Son los dueños
ellos hicieron el edificio del Banco de América
—a la puta qué alto— ellos quién más
y los puentes, las presas. Sólo falta que lo cojan.
Los pobres. Sobre
todo los más pobres
(los jodidos pendejos comemierdas).
Un vuelo de aviones de propulsión a chorro mancha el azul celeste
y hermano te han marginado de su civilización, si
vos con tu zacate-limón les das —y no sabes—
la citronela para sus aviones de propulsión a chorro.
Tu madera de mora color de oro para plataforma de camiones
tu guayacán de gran dureza para hélices, poleas y —bueno—
acompáñame con la guitarra esta canción:
las cosas son importantes pero más son las personas
de pronto bajo ceibos y caobas sin descubrirlo antes
estamos en el campamento —Chozas. Con fogones,
con tinajas piedras de moler, tapescos de cuero crudo, tasajos
de carne salada, una lamparita de carburo ante San Antonio
y calabazas con tapones de olote, un niño tierno llora
en una hamaca de cabuya con borlas de vivos colores
y se oye una vitrola, también una guitarra, y afuera
a la luz de una fogata Sandino leyendo El Quijote
—el cuartel inaccesible como nido de quetzal—
Sandino está otra vez en el Chipote muchachos.
Ataca otra vez de noche Telpaneca.
Otra vez Pedrón anda por el Coco
o tal vez por Boaco.
Los campesinos dejan otra vez sin tapiscar el maíz
sin aporrear los frijoles
y van con Sandino a cercar a las minas, a verguear a los marinos
pegarle fuego a la Standard Fruit.
—La noche es oscura y con neblina y 140 sandinistas
sorprenden a los centinelas del cuartel—
—Al atardecer los sandinistas se apuestan en un camino
por donde van a pasar los marinos—
—Miguel Ángel Ortez surge en la noche
con su larga cabellera rubia y sus pantalones negros—
—Rifles y machetes y 2 viejas ametralladoras Lewis
y gritos VIVA SANDINO! entre los tiros y PATRIA LIBRE O
[MORIR!

—Se disipa la neblina, y los sandinistas han desaparecido—
—Al oscurecer los marinos van a entrar a un bosque de pinos
(alcanzan a oír un bordoneo de guitarra tras los pinos)
y de repente te detiene el retén en San Rafael del Norte:
«¿Quién vive?»
«¡Viva Nicaragua!»
«Santo y seña»
«No venda nunca a la patria».
Y otra vez Pedrón y Ortez se juntan para atacar Jinotega
Pedrón va otra vez de pueblo en pueblo diciéndoles que no voten
tras un ataque los marinos oyen los adioses y el
trote del tropel de muías y traquidos de carretas en la noche
y Lee ha caído herido...
Vienen las grandes cooperativas campesinas
ya va a empezar la campaña de alfabetización
van a estudiar ballet los muchachos en Muy-Muy
teatro en Tecolostote, en Telpaneca. Ah la visión
de una tierra con la explotación abolida!
Repartida la riqueza nacional todos por igual
el producto nacional bruto, toditos por igual.
Nicaragua sin Guardia Nacional, veo el nuevo día!
Una tierra sin terror. Sin tiranía dinástica. Cantá
cantá zanate clarinero.
Ni pordioseros ni prostitución ni políticos.
Claro, no hay libertad mientras haya ricos
mientras haya libertad para explotar a otros, libertad
de robarle a los demás
mientras haya clases no hay libertad.
No hemos nacido para ser peones
ni para ser patrones
sino para ser hermanos
sino para ser hermanos hemos nacido.
Capitalismo / qué otra cosa que compra-venta de gente?
Porque qué viaje es éste hermanos para dónde vamos
con pasajes de Primera y pasajes de Tercera
tenemos el níquel esperando al hombre nuevo
la caoba esperando al hombre nuevo
el ganado enrazado esperando al hombre nuevo
sólo hace falta el hombre nuevo.
Vengan
vamos a arrancar los cercos de alambres compañeros.
Ruptura con el pasado. Es que no era nuestro este pasado!
...los que quieren seguir explotando la casa de putas.
Como me dijo la muchacha cubana: «La Revolución es sobre todo
una cuestión de amor».

SÉKOU TOURÉ

Guinea, 1922-1984

La gran renovación

Dedicado al 6° Congreso de CNTG[20]

Ha sonado y bien clara en el Reloj
la hora de la gran renovación
llamando al hombre nuevo
a disipar la opaca nuebe
que había oscurecido los cerebros
y armado a los vampiros borrachos de carroña.
¡Y la clase del verdadero Pueblo
con vigor y con fiera decisión
empuñando los picos, las palas, los martillos,
las hoces, las escuadras, los cuchillos,
se alza fiera y áspera de rabia!
No se le debe escapar la cosecha.
¡Oh, camaradas, oh hijos del Pueblo,
al incesante ritmo de los tiempos
vamos aprisa, siempre más aprisa!

Ha sonado y bien clara en el Reloj
la hora de la nueva etapa,
los constructores en cerradas filas
unidos y confiados en su fuerza
van al asalto de la historia.

Las condiciones y los medios
de Acción son las Ciudades, las Fábricas, las Granjas
osadamente arrancadas en septiembre,
remodeladas y reforzadas en noviembre!
Aplastarán sin piedad a los que empañan
el cielo, a los que enturbian el gran camino.
¡Verdaderos hermanos de labor,
cabeza alta y tensos músculos,
vamos aprisa, siempre más aprisa!

Ha sonado y bien clara en el Reloj
la hora de la severa depuración
El partido y el CUP y el Sindicato
son las espadas aceradas.
¡Abajo los ladrones y los vagos!
El poder del Pueblo está ahí

20 Confederación Nacional de Trabajadores de Guinea.

firme, vigilante y terrible.
Obreros, campesinos, intelectuales
guían el faro de la renovación,
exigen que el Trabajo Socialista
sea el que honre en todas partes
para que triunfen lo justo y lo bello.
¡Todos los Trabajadores de todos los lugares,
bien confiados en nuestras energías creadoras,
vamos aprisa, siempre más aprisa!
Ha sonado y bien clara en el Reloj
la hora del salto cualitativo.
¡pronto, la manga al codo!
Nuestras la iniciativa y la ofensiva,
nuestras la acción y la victoria.
Nuestro el poder y sus conquistas.
La aguerrida clase obrera
y en lo adelante dueña de los medios
no debe vacilar ni recular.
El enemigo del progreso y sus cómplices
deben ser reducidos a la nada;
y la luz será entonces más brillante,
y más acogedor y ancho el camino.
¡Aprisa, camaradas, y siempre más aprisa:

Marzo 24 de 1972

¡Hombre de África!

Tu vida es sinónimo
de participación concreta
en la vida del Pueblo.
Tu utilidad es sinónimo
de valorización para el Pueblo
de aquello que él te ha dado.
Tu devenir es sinónimo
del desarrollo permanente del Pueblo.
Pues, a la vez sujeto y objeto de la historia,
de este proceso de transformaciones sin fin,
que corresponde más a una carrera de larga distancia
que a una ciega carrera de velocidad,
el Hombre, ese producto biológico y social
perpetuamente en movimiento y desarrollo,
gracias a sus facultades que sienten y perciben,
a sus capacidades de interpretación y de adaptación.
a su potente genio de creación infinita,
actúa sobre la naturaleza y sobre la Sociedad
de modo más o menos eficaz y dinámico

según la calidad y el nivel de su conciencia.
Todo valor real, o es social o es histórico.
Pues el pueblo, su vida y la eterna esperanza
que envuelve su combate por la felicidad,
de igual modo que la naturaleza de la acción del hombre,
el significado de su pensamiento y de su ser
son fundamentalmente y todo el tiempo
la única y verdadera fuente fecundadora
de la inspiración y de la creación cultural;
y cuanto más reflejen una síntesis
cualitativa de las realidades presentes y futuras,
más el historiador, el arquitecto, el escritor,
el músico o el artista, son entonces
la encarnación auténtica, mejor un «continente»
de lo que lo contiene y puede sólo valorarlo
en el Espacio y en el Tiempo: la Sociedad y la Historia

Versiones: David Cherician

AGOSTINHO NETO

Angola, 1922-1979

El llanto de África

El llanto durante siglos
en sus ojos traidores por la servidumbre de los hombres
en el deseo alimentado entre ambiciones de alientos románticos
en los tambores llanto de África
en las sonrisas llanto de África
en las hogueras llanto de África
en los sarcasmos el trabajo de África

Siempre el mismo llanto en su alegría inmortal
mi hermano Nguxi y mi amigo Mussunda
en el círculo de las violencias
incluso en la magia poderosa de la tierra
y de la vida chorreante de las fuentes y de todas partes y de todas las
almas...
y de las hemorragias de los ritmos de las heridas de África
y también en la muerte de la sangre al contacto con el suelo
y en el fragante florecer de la floresta
hasta en la hoja
en el fruto
en la agilidad de la cebra
en la sequedad del desierto
en la armonía de las corrientes o en el sosiego de los lagos
incluso en la belleza del trabajo creador de los hombres.
En el llanto de siglos
inventado en la servidumbre
en historias de dramas negros almas blancas perezas
y espíritus infantiles de África
las mentiras sollozos verdaderos en sus bocas

El llanto de siglos
donde la verdad violentada se debilita en el círculo de hierro
en la deshonesta fuerza
que sacrifica los cuerpos cadavéricos
enemiga de la vida
cerrada en los estrechos cerebros de máquinas contadoras
en la violencia
en la violencia
en la violencia

El llanto de África es un síntoma

¡Nosotros tenemos en nuestras manos otras vidas y alegrías

desmentidas en los falsos lamentos de sus bocas
por nosotros!
Y amor y los ojos secos.

Crear

Crear crear
crear en el espíritu crear en el músculo crear en el nervio
crear en el hombre crear en la masa
crear
crear con los ojos secos

Crear crear
sobre la profanación de la selva
sobre la fortaleza impúdica del látigo
crear sobre el perfume de los troncos aserrados
crear
crear con los ojos secos

Crear crear
carcajadas sobre el escarnio de la palmatoria
coraje en las puntas de las botas del colono
fuerza en los restos de las puertas violentadas
firmeza en la roja sangre de la inseguridad
crear
crear con los ojos secos,

Crear crear
estrellas sobre el hacha guerrera
paz sobre el llanto de los niños
paz sobre el sudor sobre la lágrima del contrato
paz sobre el odio
crear
crear paz con los ojos secos.

Crear crear
crear libertad en los caminos esclavos
vínculos de amor en las sendas paganizadas del amor
sones festivos sobre el balanceo de los cuerpos en horcas simuladas
crear
crear amor con los ojos secos.

Contratados[21]

Una larga fila de cargadores
domina el camino
con pasos rápidos

Sobre las espaldas
llevan pesadas cargas

Van
miradas extraviadas
corazones medrosos
brazos fuertes
sonrisas profundas como aguas profundas

Largos meses los separan de los suyos
y van llenos de nostalgia
y de recelo
pero cantan

Fatigados
agotados por el trabajo
pero cantan

Llenos de injusticias
calladas en el fondo de sus almas
y cantan

Con gritos de protesta
sumergidos en las lágrimas del corazón
cantan

Allá van
se pierden en la distancia
en la distancia se pierden sus cantos tristes

¡Ah!
ellos cantan.

Más allá de la poesía

Allá en el horizonte
el fuego
y las siluetas oscuras de los baobabs

21 Eufemismo con que se designa a los jornaleros reclutados a la fuerza por las autoridades coloniales.

de brazos erguidos
En el aire el verde olor de las palmeras quemadas

Poesía africana
En el camino
la fila de los bamboleantes cargadores
que gimen bajo el peso de los fardos
En el cuarto
la mulatica de ojos cariñosos
que se retoca el rostro con polvo y colorete

La mujer bajo las anchas sayas menea las caderas
En la cama el hombre insomne pensando
en comprar tenedores y cuchillos para comer en la mesa

En el cielo el reflejo del fuego
y las siluetas de los negros que golpean
los tambores con los brazos erguidos
En el aire la melodía caliente de las marimbas

Poesía africana

Y en el camino los cargadores
en el cuarto la mulatica
en la cama el hombre insomne

Los braseros consumiendo
consumiendo
la tierra caliente de los horizontes llameantes

Un cumpleaños

Decían las cartas y los telegramas
de la familia:
—Muchos parabienes y muchas felicidades
Y un hermano enfermo
la madre llena de nostalgia
y la pobreza
aceptada serenamente en la existencia religiosa.

¡Y la gloria de tener un hijo graduado en Medicina!

Fuera del hogar
un ex virtuoso amigo que se embriaga
nuestros exportados para São Tomé
la prostitución

la angustia general
la vergüenza

¡Y la esperanza de tener uno de los nuestros graduado en Medicina!

En el mundo
Corea ensangrentada a manos de los hombres
fusilamientos en Greda y huelgas en Italia
el *apartheid* en África
y el afán en las fábricas atómicas para matar
en masa matar cada vez más hombres
Ellos golpeándonos
y predicando el terror

Pero en el mundo se construye
en el mundo se construye

¡Y nuestro graduado en Medicina
construirá también!

Nosotros con la certeza y con la incertidumbre de los instantes
con nuestro derecho y tomando por caminos escabrosos
nosotros los fuertes huyendo como gacelas débiles.

Y en el mundo se construye
en el mundo se construye.

Éste es el día de mi cumpleaños
uno de nuestros días
de la vida que sabe a tamarindo
en que nada decimos nada hacemos nada sufrimos
como tributo a la esclavitud

Un día inútil como tantos otros hasta un día
Pero de una necesaria inutilidad.

Noches de prisión

En las cálidas tardes
cuando miradas y voces llenan la carretera de Cuca
y allá por la Lixeira
o en las colinas de Malanga
de esta tierra del todo empobrecida por el miedo
y enriquecida por la certidumbre
resucitan el fuego y la magia
y las palabras ardientes de impaciencia

En esas tardes cálidas
y en las noches de luna
—cuando en duelo el tambor llora un cadáver
y las muchachas cantan—
hay una celda de plomo sobre los hombros de nuestro hermano
nuestra sangre nuestro espíritu
dikamba dietu[22]

Late su corazón
con el estruendo de las bombas
y algunos tienen miedo de su amor
erguido eternamente
sobre un cuerpo fatigado de prisiones
de noches de vigilia
de ajenos sufrimientos
de odio escupido en el rostro por la hipocresía

Al lado
alguien gime
con los dedos empapados en sangre
que corre de las uñas reventadas por la palmatoria

Piensa en la victoria
y no hay sueño que llegue para sus días de prisión
o sueños que llenen el vacío de su soledad

Hay minutos en que el mundo
se resume en la sala de tortura

¡Oh!
¿quién dormirá
cuando tiene al lado los gritos del loco
que saltan por la ventana para apuñalearle la carne
sobre el cansancio de insomnios angustia y expectación?

¿Quién dormirá
cuando presencia el enloquecimiento de su mejor amigo
en la celda contigua
muerto el espíritu por la tortura?

A veces
recuerda la magnífica sonrisa de Marina
y también la mirada ingenua
del joven barbudo como Fidel
que habla con petulancia hacia las nubes

22 «Nuestro amigo», en lengua kimbundu.

¡Es nuestra!   ¡Es nuestra!
Xi ietu manu
kelokota
Kizuua a ndo tu bomba
kolokotenu…[23]

En el silencio sepulcral
de las cuatro paredes sin sol
lee en la Biblia
regalo de esperanza de su madre:

«¡Bienaventurados los que tienen hambre
y sed de justicia…».

Porque de ellos será la patria
y el amor de su pueblo.

Adiós a la hora de la partida

Madre mía
(todas las madres negras
cuyos hijos partieron)
tú me enseñaste a esperar
como esperaste en las horas difíciles

Pero la vida
mató en mí esa mística esperanza

Ya no espero
soy aquel por quien se espera

Soy yo Madre mía
somos nosotros la esperanza
tus hijos
que hemos partido hacia una fe que alimenta la vida

Hoy
somos niños desnudos en las aldeas del monte
muchachos sin escuela que juegan con pelotas de trapo
al mediodía en los arenales
somos nosotros mismos

---

23 Hermano, la tierra es nuestra
firmeza
algún día se prosternarán ante nosotros
coraje…

los contratados para quemar nuestras vidas en los cafetales
los hombres negros ignorantes
que deben respetar al hombre blanco
y temer al rico
somos tus hijos
de los barrios de negros
allá donde no llega la luz eléctrica
los hombres borrachos hasta caerse
abandonados al ritmo de un toque de muerte
tus hijos
con hambre
con sed
avergonzados de llamarte Madre
con miedo de cruzar las calles
con miedo de los hombres
nosotros mismos
Mañana
entonaremos himnos a la libertad
cuando conmemoremos
la fecha de la abolición de esta esclavitud

Vamos en busca de la luz
tus hijos Madre

(todas las madres negras
cuyos hijos partieron)

Van en busca de vida.

Versiones: David Cherician

RASUL GAMZATOV

Rusia, 1923-2003

Dos puertas

Todos en esta casa hallan dos puertas:
una de entrada y otra de salida.
Entré un día por una de esas puertas,
crucé sin ruido y la cerré en seguida.

Según costumbre de mi tierra amada
al huésped una gran copa se entrega,
Tal copa me ofrecieron a la entrada.
Bebo y bebo y mi sed no se doblega.

¡Cuánto hace que traspuse los umbrales!
Me dieron un *kumuz* desde la cuna.
Cuántos años que pulso sus leales cuerdas,
y mi canción es sólo una.

Soy viejo y me apresuro
a escribir, amar, creer, en mi carrera,
porque sé de seguro
que, como a los demás, tras ese muro
de la otra puerta, a mí nada me espera.

Pero de cierto aquí está mi camino,
y casi en el umbral de la otra puerta
escucho su chirriar terco y cansino,
y puedo verla ya un poco entreabierta.

Y todo es muy oscuro tras la puerta,
pero sé que, además, de antigua fecha
hubo también una ventana abierta:
para los sueños suficiente oferta,
mas para un hombre demasiado estrecha

Hacia ella voy como en un ansia vana,
en la inutilidad de mis momentos
choco con el cristal de la ventana
y me cortan las manos sus fragmentos

Al no alcanzar las ignoradas huellas
que seguí, sé que no hay más puertas,
sé que hace algún tiempo entré por una de ellas,
que se abre ya la otra y pasaré.

Versión: Desiderio Navarro y David Cherician

Una hazaña...

¡Una hazaña es difícil!   En la historia
sólo un momento es, pero una vida
digna después de mantener la gloria
es aún más difícil y aguerrida.

¡Ser ladrón es difícil, o traidor!
Ese momento es breve, pero es
más difícil borrar el deshonor
o la vida con él vivir después.

Si de pronto...

Si de pronto en metal me convirtiera,
no hagan de mí monedas. No he de ser
tintineo en ningún bolso o cartera,
mala luz en los ojos encender.

Pero si mi destino es ser metal,
hagan de mí armas, para que al salir
de la vaina, ya espada o ya puñal,
salga zumbando presto a combatir.

Versiones:Valeri Gurenko y David Cherician

PATRICIO LUMUMBA

República Democrática del Congo, 1925-1961

Que festeje nuestro pueblo

¡Llora, mi querido hermano negro,
En la bestia milenaria!
Simunes y huracanes esparcen tu ceniza por la tierra.
Tú, que antaño erigiste pirámides
Para todos tus verdugos poderosos,
Tú, acorralado en las redadas, tú, derrotado
En todos los combates donde la fuerza triunfa,
Tú, que aprendiste en la escuela secular
Una sola consigna: «esclavitud o muerte»,
Tú, que te has ocultado en selvas sin salida
Encontrando en silencio miles de muertes
Bajo la máscara de la fiebre amarilla
O bajo la de grandes colmillos de tigre,
O en brazos del pantano cenagoso,
Que ahoga como la boa, poco a poco...
Y llegó el día en que apareció el blanco.
Astuto y más malvado que todas las muertes,
Trocó tu oro
Por espejos, collares sin valor,
Y violó a tus hermanas, tus mujeres,
Y emborrachó a tus hijos, tus hermanos,
Y arrojó a las bodegas a tus niños.
Entonces el tam-tam en las aldeas
Retumbó, y por él la gente supo que soltó sus amarras
El navío extranjero hacia orillas lejanas,
Donde el dólar es rey y el algodón es oro.
Sentenciado a un destierro interminable,
Trabajando como bestia de carga
Bajo el sol implacable, todo el día
Te enseñaron a alabar en los cánticos
A tus amos y fue cantada en himnos
La dicha prometida de otro mundo mejor.
Y solamente les pedí una cosa:
Que te dejaran vivir, que te dejaran vivir.
Y en el fuego, en la alarma, en las confusas
Ilusiones te desahogaste en ritmos lastimeros,
Sin palabras y simple como la tristeza.
Ocurría que incluso te alegrabas
Y danzabas, fuera de ti, en un exceso de vigor.
Y toda la magnificencia de la madurez,
Toda la joven voluptuosidad
Rugió en cuerdas de cobre, en tambores de fuego,

Y al comienzo de esta potente música
Surgió del jazz, su ritmo, y como un torbellino
Declaró, en alta voz, al hombre blanco
Que no era suyo todo este planeta.
Tu, música, también nos permitiste
Alzar el rostro y mirar a los ojos
La futura liberación de nuestra raza.
¡Que las orillas de los anchos ríos
Que llevan al futuro vivas olas
Sean tuyas!
¡Y que el ardiente sol del mediodía
Queme tu tristeza!
¡Que se evaporen en los rayos solares,
Y las lágrimas que tu bisabuelo
Vertió en estos trigales humillantes!
¡Que nuestro pueblo, ya libre y feliz,
Viva y se regocije en nuestro Congo,
Aquí, en el grande corazón del África!

Versión: Antonia María Tristá y David Cherićián

ABDEL WAHAB AL BAYATI

Irak, 1926-1999

Escritos de algunos condenados a muerte después de la caída de la Comuna de París

1

He nacido en la era de las traiciones
en los tiempos del dolor y de las revoluciones
mi padre era un esclavo, cayó muerto sobre su arado
y yo era un poeta errante
en mi niñez yo perseguía la mariposa de la luna
en las terrazas de las ciudades de cobre
en su ausencia, yo hacía resonar las campanas
en mis poemas, yo cavaba un túnel
hacia el cielo de mi aldea azul
yo emigraba con los pájaros y los idiomas de los libros de los
revolucionarios
he nacido exorcizado, mis pies transportaban el viento
mi corazón entregado a las manos del destino
como un martillo rojo
he percibido en la videncia de lo invisible
en las estrellas que puntean
y en la experiencia de las noches: un pájaro carnicero surgiendo con el
alba se abatía sobre el rebaño
descuartizando las leyendas de esas ciudades desfiguradas en la tempestad
del trueno y las garras de acero
plantando el pico en su carne dentada
desplegando sus alas sobre las ruinas del viejo mundo.
Yo he visto: los reyes del mundo, sus criados
y la cara de los tiranos
aterrorizados
cercando los rebeldes
y el pájaro del trueno sin alas
lanzar un grito y abatirse, destripado por un puñal envenenado

2

Mi padre era un esclavo, cayó muerto sobre su arado
pero bajo la cuchilla del verdugo yo muero como mártir

3

Que se alcen las banderas de la Comuna de París
y que de nuevo se levanten los pobres de la tierra

4

sangre sobre las iglesias góticas rojas
sangre sobre las campanas
sangre sobre los poemas de las lluvias y de los cuadros
sangre sobre los cuadernos escolares
sangre sobre París
derramándose como tromba sobre las casas
y cae la nieve

5

en mis poemas rompo el cerco
de esas ciudades degolladas y andrajosas

6

Vendrá de nuevo el Cristo fiel
pero esta vez, vendrá al país de la noche, de la nieve, de atrás de esta
muralla acribillada
he aquí que lo veo en el éter manteniéndose a la puerta del futuro lejano sosteniendo en una mano una espada, en la otra una rama de olivo depositando su crucifijo sobre las ruinas del viejo mundo

7

Que arda París
nuestro amor es una herida y esa sangre en su cielo es una profecía di: incendio
en mi prisión el guardián me ha deslizado un libro de cubierta negra
no tenía título
hablaba de San Agustín
y de milagros del pájaro del trueno y de las revelaciones de un oscuro
profeta de China
lo he disimulado bajo mi camisa agradeciéndole al guardián sumido en
su mutismo y su capote usado
mis lágrimas se han secado antes de nacer en mis ojos
he escrito en el margen del libro
una carta a una mujer desconocida
yo la había amado en los tiempos de la juventud
le he dicho: Oh lago poblado
de frases de amor, de estrellas y de peces
le he dicho: adiós
he dibujado en los cuadernos de la muerte un talismán
he besado sus ojos verdes
le he dicho... y el tiempo se ha cortado
el ángel ha descendido sobre París

y los muertos se han levantado de sus tumbas
aclamando al Mesías del mundo nuevo
esperando al visitante desconocido que viene de los poemas de amor y
de las alas de la primavera
coronado de fuego y de nieve
He dicho, pero la mano de San Agustín
ha bendecido al niño
en el vientre de la que yo he amado en los tiempos de la juventud
le he escrito en los cuadernos de la muerte una larga carta
que habla del dolor, de la presencia
y de los milagros de la luz

9

Que se alcen las banderas de la Comuna de París
y que de nuevo se levanten los pobres de la tierra

10

la separación fue la muerte
ella venía con el alba para extraer del cofre de ese cuerpo
las joyas
la esperanza viajera
y la llama de la vida
ella venía con el verdugo
trayendo la herencia de siglos que han ardido sus tiranos en los rayos
    del nacimiento
con el dominador de la naturaleza, el hombre
pare pues, madre!
mi ataúd sobre la mariposa del relámpago se dirige hacia los campos
    y los bosques
siémbrame, pues, como cenizas de la mañana
en las ciudades del hambre y en los tiempos del dolor y de las revoluciones yo naz-
co —a través de ese mundo que promete el diluvio— de nuevo
con los millones a los que tortura su larga espera
para que se levante en esta ciudad mártir
una nueva Comuna.

Versión: Francisco de Oraá

JEAN SÉNAC

Argelia, 1926-1973

Ciudadanos de belleza

Y ahora cantaremos el amor
Pues no hay revolución sin amor,
No hay mañana sin sonrisa.
La belleza en nuestros labios es un fruto continuo.
Ella tiene el sabor exacto de los erizos de mar que se recogen en el alba
y en las olas modula su canto.
Pues todo es canto —¡exceptuando la muerte!
¡Te amo!
Hay que cantar, Revolución, el cuerpo sin cesar renovado de la Mujer
La mano del Amigo,
El garbo como una escritura en el espacio
De todos esos transeúntes
Que dan a nuestro andar su verdadera luz,
Su impulso a nuestro corazón.
¡Oh vosotros todos los que constituís la belleza serena o violenta,
Cuerpos puros en la alquimia incansable de la Revolución,
Miradas incorruptibles, besos, deseos en los tanteos de nuestra lucha, Puntos de
apoyo, puntos reales para puntuar nuestra esperanza.
¡Oh vosotros, hermanos y hermanas, ciudadanos de belleza, entrad en el
Poema!
He aquí el mar. La bahía (puesto que ella es un fruto de la luz y de
nuestra mirada).
Los jóvenes cuerpos están llenos de signos del mar
(Oh, esto lo repito pues la belleza en nuestra página es de un infinito
reconocimiento...)
Todo es luz y canto mientras la Revolución forja sus herramientas.
He aquí el mar. Tu cuerpo, pantano salino donde reino sediento.
Beberemos el mar. Yo beberé tu alma.
Ebrio de sal. Ebrio de sed. A sorbos pequeños me bebo tu alma.
¡Qué espacio entre nuestras más cerradas conexiones!
¡Qué mutaciones en este alambique saqueado!
Tú irradias, portadora de planetas,
Al borde de los abismos de lino.
En el otro vertiente de nosotros mismos
Nos tambaleamos. He aquí el mar.
He aquí los campos. Los sarmientos retorcidos. Y también los retoños,
la adornada yerba, la tierra
¡Ancha como tus caderas! Y las palmas a lo largo
De las largas carreteras asfaltadas. Cantaremos el amor
Pues la Revolución en esta tierra es el elemento de fecundación capital ¡Qué gloria
en esta simple mirada infantil —bajo ese velo
Qué promesa! Cuán turbadoras son aquí las mañanas,

Perpetuamente nuevas en sus modulaciones.
—¿Quién cantará aquí dos veces el mismo canto?
Y ahora el amor hasta saciarse.
En nuestros dientes estallan las nuevas granadas,
¡Las granadas de la conciencia popular, los frutos!

Tu cuerpo era casi impalpable —¡y yo lo recorría con mis labios!
Tan grande era sobre ti la multitud del sol
Y alrededor las arenas.
(Las palabras, dime, oh amor mío, vamos a renovar las palabras,
A vestirlas de nuevo —que ya no sientan vergüenza en la ganga donde
la desgracia las había puesto.
Que salgan, que vayan a la calle, por el muelle, a los campos,
Que, como tú, tengan la sonrisa apaciguada. En
la boca de las palabras el espesor del mar, ¡el espesor de tus labios!

La belleza en tus labios es un fuego continuo,
El pájaro del sol que se empeña sobre su nidada milagrosa
—¡Y acierta!
¡Oh, no acabo nunca de saludar al día, de poner mi delirio
En el orden cotidiano, de ordenarlo sobre tu cuerpo
y de dar vida al alfabeto del sueño!
Te amo. La Revolución asciende.
Entre la pura sinfonía de los jóvenes cuerpos frente al mar.

Y nosotros nos hemos acercado. ¡Qué deslumbramiento, tierra leal
Qué bondad!
La belleza estaba allí, para el primer llegado, al alcance de la mano
Vulnerable y huraño, un fruto en equilibrio
Entre la mirada y el hambre. En mí
los pájaros, los pájaros
Aleteaban, las palabras tomaban
Sus sandalias de caminar. ¡Revolución,
Ella era la mañana!

He visto al más bello pueblo de la tierra
Sonreír a la fruta y a la fruta entregarse.
Pues la fruta concurre si tú la convidas a las fiestas del hombre,
La fruta estalla como una pupila.
Tú crees que ella está en el desorden pero va nadando a brazadas
regulares.
Escucha el erizo a la medusa
que se despliega para defenderse:
Una melodía del espacio —y el cosmonauta responde.
Tu corazón no estalla de alegría, se redondea, se compone.
La paz es dulce sobre nuestra piel…
Te amo. Tú eres fuerte como un comité de gestión

Como una cooperativa agrícola
Como una cervecería nacionalizada
Como la rosa de mediodía
Como la unidad del pueblo
Como una célula de alfabetización
Como un centro profesional
Como una palabra de meddah
Como el olor del jazmín en la calle de Tayeb
Como un gouache de Benanteur
Como el canto de las paredes y la metamorfosis de las consignas
Como la *soleá* de mí madre
Los azules los tierras de Zerarti
Como los bañistas en Pointe-Pescade
Como el Negro de Timgad
La Venus de Cherchell
Mi corazón mis graffiti.
Te amo. Tú eres mi locura positiva.
Como una sandía muy roja
Como la sonrisa de Ahmed
Como una camisa de China
Una djebbah de Yasmina
Como un hermoso discurso político
Como un camión lleno de risas
Como una muchacha que se quita el velo
Como otra que se lo vuelve a poner
Como un carnicero que anuncia precios bajos
Como un espectáculo logrado
Como la multitud que aclama
Como Jean quien sobre una piedra
Coloca otra y nombra la tierra
Como el chorro de agua en el patio
Como la bouqala en la noche
Como una oración de Djelal
Una elegía de Anna Greki
Como una fórmula matemática
Como la historia de Medjnoun
Y su leila
Como el desfile del 1° de Noviembre
Como la certidumbre de Bachir
Como las escaleras de Odessa
Como los olivos en Tilioua
Como un danzarín de hadaoui
Como el Anka y su paloma
Como Yahia pelando el noun
Y como Natalie que pela
Una naranja.
Tú eres mi poesía activa. Te amo.

Sí, tú eres fuerte, eres bella
Como las palabras que en la hoja encuentran
Su sitio
Nuestro dolor cicatrizado
Nuestro milagro del perdón
Como los youyous[24] en las terrazas
El satélite que responde
Como un guijarro entre tu mano
Y mi mano
Para dar testimonio del verano.
Juntos hemos afrontado el ridículo,
Las costumbres adquiridas, las imágenes corrientes,
Las fundiciones del capital.
Este verano las cosechas fueron buenas.
El mar muy azul. Casi verde. Te amo.

Y ahora para nuestros niños digo el color de Tolga,
Ese azul que ha venido a golpear en nuestra ventana,
No el azul del mar sino un lecho más profundo
Para los ocios simples del alma.
Y nuestro corazón, igual que una sábana, lo teñimos con este azul
(Míralo: ¡Brilla!)
¡La sonrisa azul de Tolga entre sus ruinas y sus palmas!
¡Y la dignidad de El Hamel!
¡M'Chouneche que crepitaba de audacia al fondo de las cañadas!
Ya nunca acabaré de avivar nuestras fraguas,
No acabaré jamás de nombrar sobre tu cuerpo
Los infinitos prolegómenos...

¡Oh Revolución paciente

Y obstinada!
¡Oh estos dientes que son la blanca página
Donde mi poema se construye!
¡Oh noche tan suave
En el ajenjo de tus brazos!

Sí, no temas, diles
Que eres bella como un comité de gestión
Como una cooperativa agrícola
Como una mina nacionalizada.
¡Osemos, oh amor mío, adornar con flores nuevas
El cuerpo del nuevo poema!

Y aun mismo si el horror se nos enfrenta
(Puesto que nada es fácil, no, y todo sin fin se pospone).

24 Gritos de guerra, de llanto o de alegría

En la terraza de los cafés nuestros inflados simios
Mordisquean el mañana con sus cacahuetes
Y hablan de Ben M'Hidi como de un objeto de consumo anodino
(¡Oh hermano-dinamita! ¡Oh hermano-llama desnuda!
¡Oh hermano-viento activo que desarraigas la gangrena!),
Aunque el desaliento y la irrisión nos asaltan,
Ahora ya sabemos que estamos a salvo
En el gran gesto socialista
Pues la Revolución y el Amor han renovado nuestra carne
(¡Salvas! ¡Cien veces salvas de tzaghrit y de semillas!)
Te amo. Hacia el mar
Los hijos del alfabeto erigen su alegría como juncos.
Nos sentamos a la sombra
Y tú te maravillas
Porque una vaquita de San Antón ha venido a posarse en mis
rodillas.
Sí, aquellos que perecieron no nos ha engañado
Es por eso que ahora cantaremos el amor.

Argel, enero de 1963 — Pointe-Pescade, octubre de 1963

Versión: Fayad Jamís.

¡Salam, hermanos!

¡Sea la paz con Cuba!

De trigo y rosas nocturnas
es nuestro canto para saludar a Cuba.

Se ha levantado un pueblo,
un diente de ajo apenas, un grano de maíz
enfrenta al enorme potencial del crimen,
y he aquí que su palabra
ardiente y clara —¡campesino!—
impone a toda la orquesta, a la maquinación,
su pequeña música de libertad,
y el mundo al escucharla
se regocija.

La Soumman[25] saluda a la Sierra Maestra!

Hace ya años (¡siglos!)
que a estos curiosos, bizarros y tenaces barbudos

25 Soumman: lugar donde se inició la plataforma política e ideológica del FNL a través del I Congreso del mismo, en plena lucha.

se les metió en la cabeza dar a la libertad sílabas españolas
y lo lograron.
Y fueron a meter esas sílabas en la cabeza de todos los hombres
(¡incluso de una vieja «negra»!
—curioso, ¿no es verdad?)
y esta libertad ha cobrado tales proporciones
—proporciones revolucionarias—
que todos los hombres han puesto manos a la obra
de la reforma agraria, la alfabetización,
de la conciencia cívica.
Curiosos bizarros hombres tenaces,
hace ya siglos de esto...

¡Los Aurès[26] saludan a Guantánamo-cubano!

¡Hermano, almarada, álzate! Es exaltante esta historia.
No hace siglos de esto,
esa historia es la nuestra,
científica y bella como una mañana de verano sobre las terrazas
de Tlemcen.[27]
¡Libertad!
¡Hurra!

¡La Casbah saluda a La Habana!

Argel, enero de 1963, para el cuarto
aniversario de la Revolución Cubana.

Versión: David Cherician

26 Región al este de Argelia, uno de los bastiones de la Revolución.
27 Antigua capital de Argelia antes de la colonización.

DAVID DIOP

Senegal, 1927-1960

Escuchad camaradas

Escuchad camaradas de siglos de incendio
El ardiente clamor negro de África a las Américas
Mataron a Mamba
Como también allá a los siete de Martinsville
Como al Malgache allá en el chisporroteo débil de las cárceles
Había en su mirada camaradas
La cálida fidelidad de un corazón sin angustias
Y su sonrisa más allá de los sufrimientos
Por encima de las heridas sobre su cuerpo surcado
Conservaba los claros colores de un ramo de esperanza
Es verdad que mataron a Mamba de los cabellos blancos
Que diez veces nos ofreció la leche y la luz
Siento su boca sobre mis sueños
Y el temblor apacible de su pecho
Y mi memoria duele
Como la planta arrancada fuera del seno materno
Pero no
He aquí que estalla más alto que mi dolor
Más puro que la mañana que despertó la fiera
El grito de cien pueblos aplastando las guaridas
Y mi sangre de años de exilio
La sangre que ellos creyeron agotar en el ataúd de las palabras
Recobra el fervor que traspasa las brumas
Escuchad camaradas de los siglos de incendio
El ardiente clamor negro de África en las Américas
Es el signo de la aurora
El signo fraternal que vendrá a nutrir el sueño de los hombres.

A los mistificadores

Cínicos monstruos con tabacos
Desplegados en elevadas orgías
Y paseando la igualdad en una jaula de hierro
Predicáis la tristeza encadenada al miedo
El canto melancólico y el renunciamiento
Y vuestros dementes mantos
Precipitando la muerte sobre cada naciente verano
Inventan la pesadilla de los pasos cadenciosos en los circos de
los negros
Hoy vuestras ciudades prohibidas
Se abren con llantos tardíos y solemnes juramentos

Y vuestras alambicadas palabras se arrastran inagotablemente
Entre las ruinas acumuladas
Es la hora en que vuestros pensadores acometidos de súbitos
    dolores
Dan a luz en coro la unidad
Y convierten la claridad en un monótono centelleo
Que cederá al invisible torpor
A las trampas tejidas alrededor de las cunas carcomidas
Que cederá a las trompetas bautismales
Mientras que las cuerdas estallan en el recio viento
Y mueren las mascaradas mordidas de roca a roca
Basta el temblor del maíz
El grito del maní atormentando el hambre negra
Para dirigir nuestros pasos hacia la verdadera luz
Y a nuestras noches de alcohol de propaganda
A vuestras noches aplastadas por saludos automáticos
A vuestras noches de piadosos silencios e interminables sermones
Opondremos el himno de los tensos músculos
Que saludan la resplandeciente partida
El insólito himno del África andrajosa
Desgarrando las tinieblas establecidas por mil años.

África

África mi África
África de los fieros guerreros en las sabanas ancestrales
África a quien canta mi abuela
A la orilla de su río lejano
No te he conocido nunca
Pero mi mirada está llena de tu sangre
Tu bella sangre negra a través de los campos regada
La sangre de tu sudor
El sudor de tu trabajo
El trabajo de la esclavitud
La esclavitud de tus hijos
África dime África
Eres tú pues esa espalda que se dobla
Y se tiende bajo el peso de la humildad
Esa espalda temblorosa de surcos rojos
Que dice sí al látigo en las carreteras del mediodía
Entonces gravemente una voz respondió
Hijo impetuoso ese árbol robusto y joven
Ese árbol allá
Espléndidamente solo en medio de flores blancas y marchitas
Es África tu África que vuelve a crecer
Que vuelve a crecer pacientemente obstinadamente

Y cuyos frutos tienen poco a poco
El amargo sabor de la libertad.

La agonía de las cadenas

Dimbokro Poulo Condor
La ronda de las hienas alrededor de los cementerios
La tierra saturada de sangre la risa burlona de los quepis
Y en los caminos el gruñido siniestro de las carretas de odio
Pienso en el vietnamita caído en el arrozal
En el forzado del Congo hermano del linchado de Atlanta
En la macabra emboscada del silencio
Cuando el ala de acero pasa sobre las risas nacientes
Dimbokro Poulo Condor
Ellos creían en las cadenas que estrangulan la esperanza
En la mirada que se extingue bajo el sudor eterno
Sin embargo se trata del sol que brota de nuestras voces
Y de las sabanas a las selvas
Nuestras manos crispadas en el abrazo del combate
Muestran a los que lloran chispazos de porvenir
Dimbokro Poulo Condor
Escucháis cómo ruge la savia subterránea
Es la canción de los muertos
La canción que nos lleva a los jardines de la vida.

Los buitres

En aquel tiempo
A fuerza de palabras de civilización
A fuerza de agua bendita sobre las frentes domesticadas
Los buitres construían a la sombra de sus garras
El sangriento monumento de la era tutelar
En aquel tiempo
Las risas agonizaban en el infierno metálico de las carreteras
Y el ritmo monótono de los Pater-Noster
Cubría los gritos de las plantaciones con provecho
Oh el recuerdo ácido de los besos arrancados
Las promesas mutiladas al choque de las ametralladoras
Hombres extranjeros que no eran hombres

Ustedes sabían todos los libros. Ustedes no sabían el amor
Y las manos que fecundan el vientre de la tierra
Las raíces de nuestras manos profundas como la rebelión
A pesar de vuestros cantos de orgullo en medio de los montones
de muertos
Las aldeas desoladas África dividida

La esperanza vivía en nosotros como una ciudadela
Y de las minas de Suazilandia al pesado sudor de las fábricas
de Europa
La primavera tomará cuerpo bajo nuestros pasos de claridad.

Versiones: Agustí Bartra

RAÚL GÓMEZ GARCÍA

Cuba, 1928-1953

¡...!

Ya estamos en combate.
Por defender la idea de todos los que han muerto.
Para arrojar a los malos del histórico Templo.
Por el heroico gesto de Maceo,
Por la dulce memoria de Martí.

En nuestra sangre hierve el hado azaroso
De las generaciones que todo los brindaron,
En nuestros brazos se alzan los sueños clamorosos
Que vibran en el alma superior del cubano.
Ya estamos en combate...

En nombre de las madres y de los hijos de nuestra tierra heroica
En nombre del honor y del decoro que construyó su historia
Por la estrofa magnífica del himno
«Que morir por la patria es vivir».

La libertad anida entre los pechos de los que viven hombres
Y por verla en la estrella solitaria es un honor luchar
A la generación del centenario le caben los honores,
De construir la patria que soñara el Maestro Inmortal.

Ya estamos en combate... ¡Adelante!
Adelante hasta el nido superior de la gloria
Para que nazca en esta nueva aurora
La república digna y decorosa
Que fue el último anhelo de Chibás.

No importa que en la lucha caigan más héroes dignos
Serán más culpa y fango para el fiero tirano
Cuando se ama a la patria como hermoso símbolo
Si no se tiene armas se pelea con las manos.

Ya estamos en combate... ¡Adelante!
De nuestra lucha heroica depende la Cuba verdadera
La furia loca de Gómez y Agramonte...
La lucha pura de Mella y de Guiteras...
Adelante, Cubanos... ¡Adelante!

Por nuestro honor de hombres ya estamos en combate
Pongamos en ridículo la actitud egoísta del Tirano
Luchemos hoy o nunca por una Cuba sin esclavos

Sintamos en lo hondo la sed enfurecida de la patria
Pongamos en la cima del Turquino la Estrella Solitaria.

17 de julio de 1953——26 de julio de 1953

KATEB YACINE

Argelia, 1929-1989

La bomba y el tiempo

(Nedjma debía permanecer de pie, muy cerca de la portera, su bulto a los pies, fingiendo olvidarlo entre el tumulto, y bajar rápidamente en la próxima estación.

Pero todo ha cambiado ahora... Los viajeros deben sentarse y mantener sus paquetes en las rodillas. Nedjma permanece impasible, pero se oye su voz grabada en un murmullo: «Me toca a mí ahora. Me llevaré del mundo...» Mientras ella contempla la multitud de viajeros. Gritos y risas de niños. Rostros de madres, de viejos. Paisajes de Argelia desfilan en la pantalla. Desvía la mirada; parece ver a Marguerite por primera vez.)

Nedjma:
No olvides bajar.

Marguerite:
Yo bajaré contigo.

(Un silencio. Nedjma coge la mano de Marguerite. Las dos voces alternan:)

Ah qué rápidamente pasa el tiempo
Pero ¿qué es el tiempo
Sino una bomba que tarda
Y que tarda?
Mustafá:
La misma bomba nos arrastra, responsables sin serlo,
Y rechazados entre los inocentes, como monstruos de
clarividencia!

Nedjma y Marguerite:
En fin, él se quita como una venda
El tiempo, esa larga mentira
El tiempo, el Tiempo que mata
El tiempo que hasta ahora nos mataba en silencio
El tiempo ha vuelto a hallar su ritmo sanguinario
Su galope, su furor
El tiempo, esa larga mentira

(Tictac precipitado cubierto por las dos voces)

El tiempo ha vuelto a hallar su ritmo sanguinario
Él no sabe mentir, él galopa extenuado
Él no podrá jamás puntuar el mensaje
Que otros mutilados y otros muertos nos han trasmitido

Mustafá:
El tiempo, era nuestra ignorancia
A los ojos de los que luchan
Un falso mundo se hunde
Ellos están ya en otra parte
Ya están en paz en la secreta morada
En la que todo el tiempo está engullido
Como una piedra
Sin valor
Y sin mentira
Entre las hierbas del olvido

Nedjma y Marguerite:
El tiempo, era nuestra ignorancia
Nosotros llegábamos sin saberlo,
Inseparables de la bomba

Mustafá:
Apenas si una militaba
Y la otra era simpatizante
Y helas aquí
Helas aquí voluntarias
Y helas aquí voluntarias de la muerte

Nedjma y Marguerite:
En verdad, la muerte no es nuestro dominio
Rápidamente pasamos este negro momento

Mustafá:
Por vuestros ojos la nación verá el día

Nedjma y Marguerite:
Reducidas a ser una explosión viviente
Y que se hace esperar en el corazón del enemigo
Es preciso que nuestra sangre se encienda y que cojamos
fuego
Para que se conmuevan los espectadores
Y para que en el mundo se abran al fin los ojos
No sobre nuestros despojos sino sobre las heridas de los supervivientes

VÍCTOR VALERA MORA (EL CHINO)

Venezuela, 1935-1984

Livia incendia la pradera

Livia Margarita Gouverneur, héroe del
pueblo de Venezuela, muerta en combate
contra los gusanos batisteros

El moscardón de secas soledades,
reyezuelo de alma grasienta y sombrío corazón
coronado bajo aguaceros de muerte
con sotanas y lunas.
Soberbio y los verdes social verdugos
atendiendo órdenes de la Embajada americana,
dijeron que a Cuba había que destruirla:
abrieron las puertas
a la resaca de todo lo podrido
y facturaron el basural del mundo.
Insurgieron contra el hombre.
Buscaron poderío en el hambre y la miseria.
A la tuberculosis, al suicidio,
fueron entregados 500 mil desempleados
(el resto para abonarlos a corto plazo)
y mandaron a crecer y multiplicarse.
Se aliaron con los curas, el odio, el silencio.
Se aliaron con el ordenamiento de las bayonetas,
con la noche de las alambradas y la crueldad de los
[burgueses.
Se aliaron con lo más cercano al deshonor,
con la identidad de la podredumbre.

Y así la flor del cundeamor y la curva de la colina.
Así el insaciable volcamiento de los bosques
y la vastedad sonora y caballar de la llanura.
Así el color del que te digo desde las hondonadas
y el heredado caudal de los ríos
(el Orinoco es el gran prisionero del imperialismo).
Así las rutas espaciales,
los mares fundados, los puntos cardinales,
nuestro petróleo, nuestro hierro,
nuestras placentas enterradas:
todo fue entregado con dulzura
a los mil veces malditos yankis.

Porque no son más
que judas, cancerberos, ratas desplegadas.

Entonces muchacha combatiente,
camarada solar, rosa del pueblo,
novia y hermana de lo que esperamos:
con tus puños tus uñas tus zapatos
tu libreta de apuntes tus canciones
el vestido que no estrenaste
tu digna bandera tu pistola
y tu corazón que no aguantaba más,
te despeñaste a rabia y fuego
sobre toda su playa de traidores.
Ahora, fue duro golpe tu caída.

Hoy sonreír es una desvergüenza.
Tú lo sabes mejor que nadie,
y aceptamos esta vida de cuchillo
y de violencia desatada.
Hoy no sabemos si Cristo
es mujer o es hombre,
sólo que el pueblo de nuevo fue crucificado.

Pero tu agonía volcada
incendia la pradera,
y hay jóvenes y sombras de jóvenes
ardiendo por los montes
en la inexorable luz de la guerrilla,
para darnos la oportunidad de cumplir las canciones
y la venganza más terrible.

Manifiesto

Nací de parto bravo
y vivo sin dolerle a nadie.

Mi padre era obrero,
lo mató una tuberculosis pulmonar
cuando yo siendo niño, iniciaba
mi rojo andar del río a los caminos.
Mi madre desde muy pequeñita
es un asunto de naranjos y cereales.

Poeta militante del Partido del hombre,
no vine a esta tierra a contar
cuentos contados.

Sino a cantar con mis anchas espaldas,
a despellejarme en consignas.

Camino por las calles como me da la gana,
saludo a todos los que sonríen
con las manos al viento
y no me detengo,
porque no hay tiempo ni para morir.
Ignoro todo
y creo solamente en el modo
que adopta el latido.

Bien vale explicar de nuevo.
Señores,
soy poco acostumbrado a llorar
y cuando sucede,
me llora hasta el pelo y la camisa.
No es mi deseo dar pie
para que los ríos guarden un minuto
de silencio por mi tristeza.

Por eso no vengo a pedir nada
para esta sed y este ojo derecho.
Pero sí, a reclamar lo que me corresponde
como piel y relincho:

Dejad que mi mujer ría honestamente.
Dejad que los novios tiendan sus hogueras,

sus latidos, sus sábanas comunes.
Y os prometo, que asistiremos todos
al derrumbamiento definitivo de las catedrales y la injuria.

Con la solvencia de los pequeños vegetales
decid donde leen los niños,
que la lluvia es incapaz de quebrarle
el corazón a nadie.
Por favor, decidle,
es de urgencia para sus sienes escolares
que en los paredones de las almas malditas
no se repita el fusilamiento de la ternura.

Yo pido a voz y puños,
que los únicos oradores públicos
sean los panes recién salidos del horno,
porque no es justo que los obreros vivan
desayunando saludos solamente.

Por último, por doblemente triste,
dejad de hablar en vida eterna.
Porque alguien
a quien aún conocíamos,
en este mismo instante
estira sus huesos para siempre.

Es todo por hoy, amigos míos,
mañana cuando mi verso se alargue el pantalón

regresaré con el viento en armas,
a reclamar algunas y otras cosas.

Junio, 1958

Carta de los niños a los señores gobernantes

Ha llegado el reemplazo,
por un instante dejo
la trinchera que me tocaba defender.
Husmeante aún sobre la mesa
pongo mi pistola 45,
suavemente como una buena amistad.
El aire de la Ciudad Universitaria
duro y sonoro se desborda en la tarde,
comienzo a escribir el orden del día,
a mi lado ella brilla desesperadamente
pero su acerado corazón
no asoma rencores hacia mí,
porque las armas justas
jamás renegaron del oficio del poeta.

En medio de la batalla
junto a los ladridos de la fusilería,
se discute algo más
que la posibilidad de morir,
la noticia que nos traen
los periódicos clandestinos:

COMO EN AÑOS ANTERIORES
LAS MANOS DE LOS NIÑOS
SÓLO TENDRÁN AUSENCIAS.

Pues bien, señores,
ya el pueblo enterró a sus muertos,

cura los heridos
y prepara sus fuerzas
para el asalto y juicio final.

Yo escribo esta carta
porque los niños pobres
reunidos en Asamblea General
y en forma unánime
me nombraron para ello.

No voy a pediros
¡CAMBIAD DE POLÍTICA!
No estoy para hacer bromas,
porque en este país
los niños son muy hombrecitos
y el mes de la masacre, Octubre,
lo llevó atravesado en la frente
de sien a sien
como un clavo al rojo vivo.

Continuemos, entonces,
con lo nuestro:
señores, magistrados elegidos,
hagamos un poco de memoria:
el Zar de todas las Rusias
no amaba a los niños.
Chang el mercenario
sonreía asesinando hijos de obreros.

En Hiroshima y Nagasaki
Mr. Truman en 1945
les dio una ración
de democracia occidental
y cultura cristiana.
El generalísimo Francisco Franco
cuando oye cantar un niño,
acostumbra
echar mano a su pistola.
Antes de enero
las mujeres de los patriotas cubanos,
durante dos años consecutivos
vistieron 20 mil veces de luto.
En Argel los ultracolonialistas
masacran aldeas
y crucifican cuadernos escolares.

Pero la historia es inexorable

y cuando el hombre camina con dos piernas
encuentra el mañana.

Y digo estas cosas, recordando,
la noticia más pura que llegó a mi pecho.
En Moscú, sobre el monte Lenin,
construyen un parque
en desagravio a los pequeñitos del mundo
que no tienen alegrías:
allí se pueden cortar flores,
gritar a todo pulmón,
trepar árboles,
tenderse sobre la hierba hasta crecer.
Lo terminantemente prohibido:
ponerse triste
(cosas del socialismo).

Pues bien, en la URSS,
en las Democracias Populares,
la economía se planifica
en base al estado de ánimo de los pioneros.
Hoy día en Cuba
los niños van a la escuela,
juegan beisbol,
suben cantando las colinas
y dirigen sus ojos fieros
hacia el corazón del imperialismo.

Señores, libérrimos «punto-fijistas»,
no seáis cabeza dura,
aprended de la historia:
¡Un niño sin juguetes
es más peligroso que un océano de furias
decidido a conquistar por asalto
la más lejana estrella...!
Hasta aquí, esta carta.

Me voy, regreso a mis combates,
porque es vieja costumbre en mí
escribir el último verso del poema
en las barricadas heroicas del pueblo.

Residencia Estudiantil no 1
Noviembre, 1960

Tendrá que ser así

Sinuosos tiempos, estaciones, caminos que nos tocan,
propicios para el heroísmo más completo
o para guardarnos como cautelosos erizos.
Tempranamente fuimos aventados
al margen de las cosas más simples y necesarias,
clavados con alambradas alrededor de nuestra sangre
y candados en la boca para oscurecernos.

No tenía remedio
la vida atada a lo melancólico.

Terribles días.

Pero recoge las páginas
donde los enamorados escriben cortando con navajas,
revisa los libros,
busca en las grandes piedras talladas y en los manuscritos del mar,
desde Gutenberg hasta las dos declaraciones de La Habana
busca, acumula, reúne, clasifica,
sal a la calle con balanza y metro, pesa y mide
blanco y negro, amor y olvido, agua y fuego,
filo geográfico y campana celeste.
Al final todo más claro.
Bañamos nuestra cabalgadura sólo una vez en aguas del mismo río.
Camina a paso de monte y hasta amigo del viento
que llevará los pesares al sitio de tu arrebato.
Que los solitarios no te enfaden, pero resuélvete en multitud.
Habla lo necesario con la gente sencilla
y a su lado vive con ardor.

A los soberbios embóscalos, tírales por mampuesto.
Si nada tienes, llénate de coraje y pelea hasta el final.

No te amargues.

Agarra a la amargura por los cuernos y rómpele la nuca
y si la muerte te señala, sigue cantando
y en el primer bar que encuentres pide un trago de viejo ron
y bébete la mirada de la novia y bébete su risa
y la proximidad de su cadencia y el saludo de su cabellera.

Bébete la vida.

No hay que dejar que el camello de la tristeza
pase por el ojo de nuestros corazones.

ROQUE DALTON

El Salvador, 1935-1975

Mi hermano Luis y yo

Mi hermano Luis y yo hemos hablado seriamente,
es la primera vez. Si atacan
los policías y los guardias la Escuela
vamos a resistir hasta el final;
tenemos piedras y corazones más grandes que las piedras
y
lo que es más importante, conocemos
las causas de la lucha.

Si alguno de los dos cae peleando
el otro llevará flores a mamá
y le dirá que para ella también
hay puestos en nuestras filas.

Es raro,
pero hasta diría que me siento alegre...

O.E.A.

El presidente de mi país
se llama hoy por hoy Coronel Fidel Sánchez Hernández
pero el General Somoza, Presidente de Nicaragua,
también es presidente de mi país.
Y el General Stroessner, Presidente de Paraguay,
es también un poquito Presidente de mi país, aunque menos
que el Presidente de Honduras o sea
el General López Arellano, y más que el Presidente de Haití,
Monsieur Duvalier.
Y el Presidente de los Estados Unidos es más Presidente de mi país
que el Presidente de mi país,
ése que, como dije, hoy por hoy,
se llama Coronel Fidel Sánchez Hernández

Sobre dolores de cabeza

Es bello ser comunista,
aunque cause muchos dolores de cabeza.

Y es que el dolor de cabeza de los comunistas
se supone histórico, es decir

que no cede ante las tabletas analgésicas
sino sólo ante la realización del Paraíso en la tierra.

Bajo el capitalismo nos duele la cabeza
y nos arrancan la cabeza.
En la lucha por la Revolución la cabeza es una bomba de retardo.
En la construcción socialista
planificamos el dolor de cabeza
lo cual no lo hace escasear, sino todo lo contrario.

El comunismo será, entre otras cosas,
una aspirina del tamaño del sol.

Karl Marx

Desde los ojos nobles de león brillando al fondo de tus barbas
desde la humedad polvorienta en las bibliotecas mal alumbradas
desde los lácteos brazos de Jenny de Westfalia
desde los remolinos de la miseria en los exilios lentos y fríos
desde las cóleras en aquellas redacciones renanas llenas de humo
desde la fiebre como un pequeño mundo de luz en las noches sin fin
le corregiste la renca labor a Dios
tú oh gran culpable de la esperanza
oh responsable entre los responsables
de la felicidad que sigue caminando

OTTO RENÉ CASTILLO

Guatemala, 1936-1967

Nuestra voz

Para que los pasos no me lloren,
Para que las palabras no me sangren:
canto.
Para tu rostro fronterizo del alma
que me ha nacido entre las manos:
canto.
Para decir que me has crecido clara
en los huesos más amargos de la voz:
canto.
Para que nadie diga: tierra mía!
con toda la decisión de la nostalgia:
canto. Por lo que no debe morir, tu pueblo:
canto.
Me lanzo a caminar sobre mi voz para decirte:
tú, interrogación de frutas y mariposas silvestres,
no perderás el paso en los andamios de mi grito,
porque hay un maya alfarero en su corazón,
que bajo el mar, adentro de la estrella,
humeando en las raíces, palpitando mundo,
enreda tu nombre en mis palabras.
Canto tu nombre, alegre como un violín de surcos,
porque viene al encuentro de mi dolor humano.
Me busca del abrazo del mar hasta el abrazo del viento
para ordenarme que no tolere el crepúsculo en mi boca
Me acompaña emocionado el sacrificio de ser hombre,
para que nunca baje al lugar donde nació la traición
del vil que ató su corazón a la tiniebla, negándote!

Vámonos patria a caminar

Vámonos patria a caminar, yo te acompaño.
Yo bajaré los abismos que me digas.
Yo beberé tus cálices amargos.
Yo me quedaré ciego para que tengas ojos.
Yo me quedaré sin voz para que tú cantes.
Yo he de morir para que tú no mueras,
para que emerja tu rostro flameando al horizonte
de cada flor que nazca de mis huesos.

Tiene que ser así, indiscutiblemente.

Ya me cansé de llevar tus lágrimas conmigo.
Ahora quiero caminar contigo, relampagueante.
Acompañarte en tu jornada, porque soy un hombre
del pueblo, nacido en octubre para la faz del mundo.

Ay, patria,
a los coroneles que orinan tus muros
tenemos que arrancarlos de raíces,
colgarlos en un árbol de rocío agudo,
violento de cóleras del pueblo.
Por ello pido que caminemos juntos. Siempre
con los campesinos agrarios
y los obreros sindicales,
con el que tenga un corazón para quererte.

Vámonos patria a caminar, yo te acompaño.

Distante de tu rostro

Pequeña patria mía, dulce tormenta,
un litoral de amor elevan mis pupilas
y la garganta se me llena de silvestre alegría
cuando digo patria, obrero, golondrina.
Es que tengo mil años de amanecer agonizando
y acostarme cadáver sobre tu nombre inmenso,
flotante sobre todos los alientos libertarios.
Guatemala, diciendo patria mía, pequeña campesina.

Ay, Guatemala,
cuando digo tu nombre retorno a la vida.
Me levanto del llanto a buscar tu sonrisa.
Subo las letras del alfabeto hasta la A
que desemboca al viento llena de alegría
y vuelvo a contemplarte como eres,
una raíz creciendo hacia la luz humana
con toda la presión del pueblo en las espaldas.
Desgraciados los traidores, madre patria, desgraciados.
¡Ellos conocerán la muerte de la muerte hasta la muerte!
¿Por qué nacieron hijos tan viles de madre cariñosa?

Así es la vida de los pueblos, amarga y dulce,
pero su lucha lo resuelve todo humanamente.
Por ello patria, van a nacerte madrugadas,
cuando el hombre revise luminosamente su pasado.
Por ello patria,
cuando digo tu nombre se rebela mi grito

y el viento se escapa de ser viento.
Los ríos se salen de su curso meditado
y vienen en manifestación para abrazarte.
Los mares conjugan en sus olas y horizontes
tu nombre herido de palabras azules, limpio,
para llevarte hasta el grito acantilado del pueblo,
donde nadan los peces con aletas de auroras.

La lucha del hombre te redime en la vida.

Patria, pequeña, hombre y tierra y libertad
cargando la esperanza por los caminos del alba.
Eres la antigua madre del dolor y el sufrimiento.
La que marcha con un niño de maíz entre los brazos.
La que inventa huracanes de amor y cerezales
y se da redonda sobre la paz del mundo,
para que todos amen un poco de su nombre:
un pedazo brutal de sus montañas
o la heroica mano de sus hijos guerrilleros.

Pequeña patria, dulce tormenta mía,
canto ubicado en mi garganta
desde los siglos del maíz rebelde:
tengo mil años de llevar tu nombre
como un pequeño corazón futuro,
cuyas alas comienzan a abrirse a la mañana.

De los de siempre

Usted,
        compañero,
es de los de siempre.
De los que nunca
se rajaron,
carajo!
De los que nunca
incrustaron su cobardía
en la carne del pueblo.
De los que se aguantaron
contra palo y cárcel,
exilio y sombra.

Usted,
        compañero,
es de los de siempre.

Y yo lo quiero mucho,
por su actitud honrada,
milenaria,
por su resistencia
de mole sensitiva,
por su fe,
más grande
y más heroica
que los gólgotas
juntos
de todas las religiones.
¿Pero, sabe?
Los siglos
venideros
se pararán de puntillas
sobre los hombros
del planeta,
para intentar
tocar
su dignidad
que arderá
de coraje,
          todavía.

Usted,
compañero,
que no traicionó
a su clase,
          ni con torturas,
          ni con cárceles,
          ni con puercos
          billetes,
usted,
          astro de ternura,
tendrá edad de orgullo,
para las multitudes
delirantes
que saldrán
del fondo de la historia
a glorificarlo,
                    a usted,
al humano y modesto,
al sencillo proletario,
al de los de siempre,
al inquebrantable acero
del pueblo.

Revolución

Los que no ven
nos dicen ciegos,
pero tú nos has enseñado
a ver el color
del tiempo que viene.

Los que no oyen
nos dicen sordos,
pero tú nos has enseñado
a escuchar en todas partes
el ágil sonido
de la ternura humana.

Los cobardes nos dicen cobardes,
pero contigo nos enfrentamos
a las sombras
y les cambiamos el rostro.
Los criminales nos dicen criminales,
pero contigo revivimos la esperanza,
le marcamos el alto al crimen,
a la prostitución,
al hambre.
Y le ponemos ojos,
voz,
oídos,
alma,
al corazón del hombre.
Los racistas nos dicen antihumanos,
pero contigo le damos al odio
su tumba mundial
en la ciudad de los abrazos.

Nos dicen tantas cosas.

Y los que las pronuncian
olvidan,
estúpidos que son,
que sus nietos
amarán mañana
jubilosamente
la palabra estrellada
de tu nombre:
revolución.

AGUSTÍN GÓMEZ-LUBIÁN

Cuba, 1937-1957

...?

La dama blanca besó mi frente
con beso casto, beso de hermano.
Besa la frente, la dama blanca
a los que deben morir temprano.

La sombra juega con mis cabellos,
pasa por ellos su negra mano,
con los cabellos juega la sombra
de los que deben morir temprano.

Extraña ansia siento en mi pecho,
mi frente intenta buscar en vano,
siento en mi pecho la extraña ansia
de los que deben morir temprano.

Nada me importa lo que suceda,
de todo ello me siento ufano.
¡Lo que suceda qué les importa
a los que deben morir temprano!

SERGIO SAÍZ

Cuba, 1940-1957

Elegía a Karl Marx

Profeta de la cara cubierta
por blanco que sobra
de adentro del alma.

Apóstol sencillo, de los de mano dura,
encía en desilusión
y pecho cubierto que toca las nubes.

Cantor al martillo y a los ojos tristes,
defensor de hombres que lloran atados
a un monstruo aceitado.

Karl, el duro de tu nombre
sirve de ariete, en el asalto final
al enemigo de piernas fuertes y tórax grasoso.

Marx, el suave latir acompasado de tu apellido,
es el nuncio profético, del nuevo mundo
de justicia y decoro.

Germano de cuerpo, universal de miras,
en el fondo de tu cerebro siempre brilló
la frase inmortal:
«Proletarios del Mundo, ¡Uníos!».

Karl Marx el espacio se puebla de solemnidad,
al vibrar en sonoro, tu obra de redención
tu mano golpeó muy hondo,
arremetió muy cerca, para dormir en paz.
Te saludo, lanzo al imperio de los soles,
el grito sin sonidos, de mi corazón,
y uno mi mano, a tu cuerpo rudo
para luchar en alto por la dignidad.

9 de agosto de 1957

JACQUES VIAU

Haití, 1942-1965

Nada permanece tanto como el llanto

II

Ya no es necesario atar al hombre para matarlo.
Basta con apretar un botón
y se disuelve como montaña de sal bajo la lluvia.
Ni es necesario argüir que despreciaba al amo.
Basta con proclamar —ceñuda la frente—
que comprometía la existencia de veinte siglos.
Veinte siglos,
dos mil años de combatida pureza,
dos mil años de sonrisas clandestinas,
dos mil años de hartura para los príncipes.
Ya no es necesario atar al hombre para matarlo.
La noche,
los rincones,
no,
nada de eso sirve ya.
Plazoletas y anchas calles se prestan bulliciosas.
No cuenta el asesino con los pacientes,
no cuenta el príncipe con los sumisos.
Todos han olvidado que el hombre es aún capaz de cólera.
Las llamas se extinguen sin haber consumido el odio.
El día irredento ha postergado la resurrección del hombre.
Y los otros,
aquellos que presencian la matanza sentenciando:
«Locos, habéis tocado a las puertas de la muerte
y ella se quedó en vosotros!».
ésos
sólo saben predecir la muerte.
No han aprendido a cobijar la tierra en el corazón
ni a ganar la patria para el hombre.
Y el sumiso, qué hace?
Dónde deposita su silencio?
En qué lugar del corazón teje la venganza?
Nadie lo sabe.
Todos le han olvidado.
Se ha dictaminado que su morada sea la sombra,
que el pan deshabitado sea su alimento,
que el pico le prepare el lecho
y la pala le cubra el corazón.
Qué es del hombre combatido?
Nadie lo recuerda.

Lo visten de trapos.
Lo arrojaron en la parte trasera de la casa
y allí
con los residuos
un guiñapo se amontona.
Las llamas se extinguen.
Se arrinconan los hombres en una sola sombra,
en un solo silencio,
en un solo vocablo,
en un llanto solo,
y cuando todo sea uno,
uno el llanto y el vocablo uno,
no habrá paz sobre la tierra.
No habrá paz!
Y aquellos que dictaminaron el destino del hombre,
los que jamás contaron con los sumisos,
amasarán con sangre su propia podredumbre.
No habrá paz!
Llanto para quebrar el llanto,
muerte para matar la muerte!

VI

Que los hambrientos comprendan que la vida les pertenece.
Que el callado plañidor de las calles,
edifique con lo que nunca sus manos han tocado.
Que el viento socave el armazón del llanto.

Es preciso que el silencio deje de secundar nuestra voz.
Que las sombras depongan su hostil armadura ante la vida.

Precisamos de hombres tristes para hablar del hombre,
de mendigos trotamundos para combatir la bota.

Que los hombres de la tierra derriben los templos,
lancen corazones derribados a los dioses que predican
la muerte.
Pródiga la muerte que mata al que fecunda.
Pródigo el cañaveral que se alza devorándonos.
Pródiga la fiebre que nos consume,
a pesar de las raíces y de las hojas amargas.
Se han congregado los plañideros para abordar el día.
Cuál será el lugar que sus brazos ofrezcan,
cuál el camino que a recorrer invitan?
Qué preciado tesoro inventar con sus mentes afiebradas
para que yo,
sencillo mediador de palabras,

adivine un silencio más largo que toda la sordera del mundo?
Tengo miedo.
Tanto y tanto golpeado.
Tanto y tanto caído.

Muchos creyeron en la posibilidad de la muerte.
Otros en la posibilidad del arribo.
Milenarias voces fatigadas levantaban un clamor.
Toda la genealogía de la tristeza combatía por la pureza.
Muchos antes de nosotros empujaron la barca,
otros después de nosotros continuarán empujándola.

No hemos sido los primeros,
no seremos los últimos ciertamente,
pero somos lo que del hombre no ha cesado de ser.
Los niños apretujaban su inabordable tristeza.
Sus rostros domeñaban los corceles,
mas la máquina arremetía.
Cómo reconquistar la vida para el hombre?
En qué lugar del corazón dar forma a la venganza?
En qué rincón deshabitado recomponer la alegría?

Toda la prole de los callejones,
toda la gente de la periferia,
toda la adolescencia de la tierra concurría al encuentro con la vida,
y un olor a pureza machacada abundaba en el viento.

No ha habido tregua,
toda la prole acarició la sangre en los rostros amigos que apetecían
la vida.
Crecieron de pronto los niños de la patria.

Sus miradas se han hecho inexpresivas,
parecen continuamente azorados o ciegos.
Han comenzado a ver y a oír y a sentir,
ya saben que hay abundancia de dones,
que hay estrellas a la altura de sus cabecitas para guiar al hombre,
que hay techos de dureza, manos, hombres y mujeres y aun niños
de dureza.
Han crecido ya los últimos testigos de estos días
y la tierra tarda en prodigarse.
Las niñas también han crecido.
El sexo las acosa con fiebres,
sus vientres acumularon ventarrones.
Ahora hay collares en sus cuellos
y en sus ojos noche,
temblores en sus senos

y en sus ovarios muerte.
Volvió el hombre a su morada
con la antigua sensación de muerte en los labios.
Nada ha permanecido tanto como el llanto.
Hemos sido testigos del esfuerzo de unos brazos,
del hombre que mordiera el pavimento gritando la palabra redentora.

JAVIER HERAUD

Perú, 1942-1963

Plaza Roja 1961

Plaza Roja 1961.
Verano de otoños incendiados.
Palomas que circundan el aire
a cada paso nuestro.
Hombres que se detienen.
Aire libre y puro y sano.

(San Basilio canta su hermosa
balada de colores.)
Lenin, dormido,
vigila la marcha de su pueblo.
(Allí está. Pueden verlo.
No es engaño.)

Adoquines y pasos.
Gente que se reúne:
Gagarín que regresa de su vuelo
con una flor que arrancó a las estrellas.
(Titov besa a las mujeres y a los niños.)

Plaza Roja 1961.
El Kremlin reposa con su muralla
exprimida del fondo de los siglos.
Gorki en la pared
canta a los niños su historia repetida.
(En los jardines del Kremlin
los niños juegan con helados
de frutas y con globos.)
Los enamorados se besan
bajo árboles frondosos.
La campana rota calla su sonido.
(Del cañón salen palomas
que juegan a los trinos.)

Plaza Roja 1961.
Aquí yo he estado en el centro del incendio,
en plena Plaza Roja y varias veces,
tragándome mis penas
y forzando mi pequeñísima alegría.
He dicho Paz en rojo, en calles,
en plazas y jardines.

Y digo paz en Moscú, en Tashkent,
o en el corazón herido de mi pueblo.

Arte poética

En verdad, en verdad hablando,
la poesía es un trabajo difícil
que se pierde o se gana
al compás de los años otoñales.

(Cuando uno es joven
y las flores que caen no se recogen
uno escribe y escribe entre las noches,
y a veces se llenan cientos y cientos
de cuartillas inservibles.
Uno puede alardear y decir
«yo escribo y no corrijo,
los poemas salen de mi mano
como la primavera que derrumbaron
los viejos cipreses de mi calle».)
Pero conforme pasa el tiempo
y los años se filtran entre las sienes,
la poesía se va haciendo
trabajo de alfarero,
arcilla que se cuece entre las manos,
arcilla que moldean fuegos rápidos.

Y la poesía es
un relámpago maravilloso,
una lluvia de palabras silenciosas,
un bosque de latidos y esperanzas,
el canto de los pueblos oprimidos,
el nuevo canto de los pueblos liberados.

Y la poesía es entonces,
el amor, la muerte,
la redención del hombre.

Madrid, 1961 — La Habana, 1962

EDUARDO SIFONTES

Venezuela, 1947-1974

Los cadáveres están sepultados verticales, rojos, amarillos y violetas extraño en el aire podrido. Un sapo mea una flor, lo pongo en la mira de mi fusil y, ya, está listo, petrificado. A unos treinta metros del combate, el ejército enemigo encontró la cartera de Froilán, tirada en unas piedras; por eso pudieron identificarlo fácilmente. No te preocupes. Sé firme. Sin temerle ni a la tortura ni a la muerte. Hoy estás entre los más bellos sonidos de las montañas, avanzando entre nosotros, llevando dentro tus propias orquestas con esa influencia que ellas encierran; ¡enorme! Hacia el oeste, a unos treinta kilómetros de la carretera Ojo de Agua y el frente está en buenas condiciones luego de unos pequeños bombardeos. En la actualidad, el cuadro ofrece otros colores. Tenemos 20 años. Jamás moriremos.

***

La ciudad está declarada en emergencia. Sólo me queda caminar, mirando un punto cualquiera del cielo, stop, quedar estático, mudo, ciego, con los ojos arropados puestos en algún astro sin luz. Stop. Estado de sitio. Y, paff, nuevamente los colores, lo telúrico, la dialéctica, lo bello, lo amargo y lo cotidiano, la cerveza, los destinos, el Che Guevara, la fuga, los bigotes amarillentos, Baudelaire, escala de valores, las estaciones juntas, el status quo, las cuatro paredes, León Trotski, las botas marrones, las flores, el revolver, los despegues, Elsa, los blue jeans, los cuatro puntos cardinales, el curriculum vitae, las transparencias, los juegos del amor, las desapariciones, eh... Amigos todos, estoy sangrando. Con el pie izquierdo en la espalda, boqueando, decorativo, fugaz. Ahora sí, estoy bien muerto, me mató el rayo violeta de unos ojos café. Propongo esperanzarme en un planteamiento de resurrecciones. Eso sería una locura. Pero al fin ¿que puedo hacer? Aquí estoy yo. Elsa, Froilán, Ramar, Vicenta, Camaradas todos, he vuelto.

LEONEL RUGAMA

Nicaragua, 1949-1970

Las casas quedaron llenas de humo

Ay, patria,
a los coroneles que orinan tus muros
tenemos que arrancarlos de raíces
colgarlos en un árbol de rocío agudo,
violento de cóleras del pueblo

Otto René Castillo

A los héroes sandinistas:

Julio Buitrago Urroz
Alesio Blandón Juárez
Marcos Antonio Rivera Berríos
Aníbal Castrillo Palma

Yo vi los huecos que la tanqueta Sherman
abrió en la casa del barrio Frixione
Y después fui a ver más huecos
en otra casa por Santo Domingo.
Y donde no había huecos de Sherman
había huecos de Garand
o de Madzen
o de Browning
o quién sabe de qué.
Las casas quedaron llenas de humo
y después de dos horas
Gente sin megáfono
gritaba que se rindieran,
Y antes hacía como dos horas
y antes hacía como cuatro horas
y hacía como una hora
gritaba
y gritaba
y grita
que se rindieran.
Mientras la tanqueta
y las órdenes
Las Browning
las Madzen
las M-3
los M-l
y las carreras
las granadas

las bombas lacrimógenas...
y los temblores de los guardias.
NUNCA CONTESTÓ NADIE
Porque los héroes nunca dijeron
que morían por la patria,
sino que murieron.

POESÍA PALESTINA DE COMBATE

SAMIH AL QASSIM

1939

Aún queda

La sangre de mis más altos ancestros
corre en mí todavía
y siempre escucho
el relinchar de los corceles y el chocar de las espadas
llevo un sol en mi mano derecha
y repito
en las encrucijadas de la noche
el canto del dolor

Lo gritaré

Mientras me queden algunas pulgadas de tierra
mientras me quede un olivo
un naranjo
un pozo... un bosquecillo de cactus
mientras me queden recuerdos
una pequeña biblioteca
la foto de un antepasado... un muro
mientras queden en mi país palabras árabes
y cantos populares
mientras queden manuscritos de poemas
y los cuentos de Antar Al'Absi
«las guerras del Llamado en las comarcas de Roma y Persia»,[28]
mientras me queden ojos
libros
manos
mientras me quede aliento
lo gritaré de frente al enemigo
lo gritaré, declaración de guerra
en nombre de los hombres libres
obreros, estudiantes, poetas
lo gritaré... y que las panzas flojas
y los enemigos del sol
se harten del pan de la vergüenza
mientras me quede aliento
y aliento me quedará
mi palabra será el pan y el arma
en manos de los guerrilleros

28 El poeta evoca un ciclo de cuentos populares árabes.

Los labios cortados

Yo habría podido relatar
la historia del ruiseñor asesinado
yo habría podido relatar
la historia...
si ellos no me hubieran cortado los labios.

MAHMUD DARWISH

1941-2008

En espera de los que volverán

Mi gente plantó sus tiendas en la arena
y yo estoy despierto con la lluvia
soy el hijo de Ulises el que esperó el correo del Norte
me llamó un marinero, pero yo no he partido
he amarrado los barcos y he subido a la cima de una montaña
—Oh roca en la que oró mi padre
para que fuera abrigo del rebelde
yo no te vendería por diamantes
yo no me iré
                    yo no me iré
Las voces de mi gente hienden el viento,
sitian las ciudades
—Oh madre, espéranos en el umbral
nosotros regresamos
Este tiempo no es ya como ellos imaginan
el viento sopla según la voluntad del navegante
y la corriente es vencida por la embarcación
¿qué has cocinado para nosotros? nosotros regresamos
han robado los jarros de aceite Oh madre y los sacos de harina
trae las hierbas de los pastos
tenemos hambre
los pasos de mi gente resuenan como el suspiro de las rocas
bajo una mano de hierro
y estoy despierto con la lluvia
En vano escruto el horizonte
me quedaré en la roca... en la roca inconmovible.

Luna de invierno

Cogeré tu cadáver mártir
haré fundir en sal y azufre
después lo tragaré
          como té
          como aguachirle
como un poema
en el mercado de la mala poesía
y diré a los poetas
Oh poetas de nuestra gloriosa nación
yo soy el asesino de la luna
de la que ustedes eran los esclavos.

TAWFIQ AZ-ZAYAD

No nos iremos

Aquí
encima de vuestros pechos
persistimos
    como una muralla
en vuestras fauces
    como cascos de vidrio
        imperturbables
y en vuestros ojos
    como una tempestad de fuego

Aquí
encima de vuestros pechos
persistimos
    como una muralla
en lavar los platos en vuestros tugurios
en llenar los vasos de los señores
en frotar las losetas en las negras cocinas
para trasegar
    el bocado de nuestros pequeños
de vuestros azules colmillos

Aquí
en vuestros pechos
persistimos
    como una muralla
hambrientos
    desnudos
    provocadores
    declamando poemas
Somos los guardas de la sombra
de los naranjos y de los olivos
sembramos las ideas como la levadura en la pasta
nuestros nervios son de hielo
pero nuestros corazones despiden fuego
cuando tengamos sed
    exprimiremos las piedras
comeríamos tierra
    si tuviéramos hambre
PERO NO NOS IREMOS
y no seremos avaros de nuestra sangre
Aquí
tenemos un pasado
    un presente

Aquí
está nuestro futuro.

Escrito en el tronco de un olivo

Porque yo no hilo lana
porque yo estoy expuesto cada día
a órdenes de arresto
y mi casa está expuesta
a las visitas policíacas
a las pesquisas
a las «operaciones de limpieza»
porque me encuentro en la imposibilidad
de comprar papel
grabaré todo lo que me sucede
grabaré todos mis secretos
en un olivo
del patio
de mi casa
yo grabaré mi historia
y el retablo de mi drama
y mis suspiros
en mi jardín
y las tumbas de mis muertos
y grabaré
todas las amarguras
que borrará un décimo de las dulzuras por venir
grabaré el número
de cada caballería despojada
de nuestra tierra
el emplazamiento de mi aldea, sus limites
las casas dinamitadas
mis árboles arrancados
cada florecita aplastada
los hombres de los que se han regodeado
en descomponer mis nervios y mi hálito
los nombres de las prisiones
las marcas de todas las esposas
cerradas en mis puños
las botas de mis carceleros
cada juramento
arrojado a mi cabeza

y grabaré Kafr Kassem
yo no lo olvidaré
y grabaré

Dir Yassin
tu recuerdo me devora
y grabaré
hemos alcanzado la cima de la tragedia
la hemos alcanzado

grabaré todo lo que me descubre el sol
me murmura la luna
lo que me narra la tórtola
en los pozos
cuyos enamorados se han exiliado
para que lo recuerde
me quedaré de pie para grabar
todo el retablo de mi drama
y todas las etapas de la derrota
de lo infinitamente pequeño
a lo infinitamente grande
en un tronco de olivo
en el patio
de mi casa

FADWA TUQAN

1917-2003

La peste

Cuando la peste se propagó en mi ciudad
yo salí
con el pecho desnudo
gritando la dureza de las tristezas a los vientos:
Soplad oh vientos
y traednos las nubes
haced caer la lluvia
para que purifique el aire de mi ciudad
para que lave las casas, las montañas y los árboles
Soplad oh vientos
y traednos las nubes
y que la lluvia caiga
que la lluvia caiga.

Me basta estar en su regazo

Me basta con morir en mi país
estar aquí enterrada
y disolverme y anonadarme
resucitar hierba en la tierra
resucitar flor
que cortará un niño crecido en mi país
me basta con estar en el regazo de mi patria
tierra
          hierba
                    flor.

Suspiros ante la ventanilla de los pases[29] (En el puente Allenby)

Detenerse ante el puente
para pedir pasaje
¡ah! pedir el pasaje
estupor
el aliento cortado
suspendido en el horno del mediodía
siete horas de espera
¿quién cortó las alas al tiempo?

29 Se trata de los pases que las autoridades israelíes entregaban (sobre todo antes de la guerra de junio del 67) a los palestinos que deseaban regresar al otro lado del Jordán.

¿quién alargó los pasos del mediodía?
el calor me escuece la frente
el sudor chorrea en mis párpados como sal
¡ah! mil ojos
como espejos dolorosos
suspendidos por la impaciencia
sobre la ventanilla de los pases
mañas
espera, espera
pedimos el pasaje
y la voz atroz de un soldado resuena
como un silbato frente a la multitud:
«Árabes, anarquía, perros
reculen
no se peguen a la barrera, ladren perros»
una mano golpea la ventanilla
como un silbato frente a la multitud
¡Ah! mi humanidad sangra, mi corazón
gotea su hiel, mi sangre se ha hecho veneno y fuego
«¡árabes, anarquía, perros...!».
Socorredme
Oh venganza de los míos
no tengo más que la espera
¿quién cortó las alas al tiempo?
¿quién alargó los pasos del mediodía?
el calor me escuece la frente
el sudor chorrea en mis párpados como sal
Oh mi llaga
el verdugo restregó mi llaga en el fango

¿Quién testimoniará
este encierro humillante?
me he vuelto hiel
mi sabor es mortal
un odio aterrador
se hunde en el fondo mi alma
mi corazón es piedra y azufre
geiser de fuego
mil Hind[30] en mi piel
excepto sus hígados
Oh mi odio aterrador
ellos mataron el amor en mí
transformaron mi sangre
en glicerina y alquitrán.

30 Hind, madre de Mu'asoiah, fundadora de la dinastía de los Omeyas. Célebre por su crueldad y su hostilidad al profeta Mahoma antes de adherirse al Islam. Ella habría, en el curso de la batalla de Uhud, abierto el pecho de Hamzah, tío del profeta, que había matado a su padre en una batalla precedente y lacerado su hígado.

SALIM JABRAN

1947

El hombre ahorcado

Se podía ver, en algunas ferias en Israel,
juguetes que representaban…
un árabe ahorcado

Un hombre ahorcado
juguete para niños
se vende en los mercados

No... no se venden ya
no los busques
que tu niño comprenda
que ya se han acabado

Oh espíritus de los muertos
en los campos de concentración nazis
el hombre ahorcado
no es un judío de Berlín
el hombre ahorcado
es un árabe
          como yo
de mi pueblo
que tus hermanos cuelgan
Perdón
no tus hermanos
los aspirantes a nazis
                              en Sion
Oh espíritus de los muertos
en los campos de concentración nazis
si supieran ustedes
                              si supieran ustedes

A Sartre

Si se degüella a un niño
y sus verdugos tiran su cadáver
en el fango
¿te encolerizarás?
¿qué dirás tú?

Soy palestino
cada año me degüellan

cada día
cada hora
ven
observa bien la barbarie
minuciosamente
muchos espectáculos
y el menor
es que mi sangre corre... corre

Habla
¿por qué te has vuelto insensible?
¿no tiene nada que decir?

Poemas encontrados en cadáveres de guerrilleros vietnamitas caídos en combate

ANÓNIMO

La estación del fósforo líquido

Racimos germinan varas de plata
el cielo nos ha reservado en esta
estación de fuego líquido y fósforo
la lluvia en la caída diseca las hojas de hierba
y en mis ojos campesinos se abren
los mirtos maduros de la muerte.
Qué nos ha reservado el cielo qué granizo
qué siembra, pueblo mío, tenemos condicionen

Patria total

Veo otra vez tus manos, Tinh, cuando plantan el arroz
a media agua aparecen tus manos veloces
sólo la verde punta de los tallos aflora.
Como el arroz, bajo el agua, estoy sembrando mis años
sólo aflora el futuro de mi patria total.

NGUYEN THIEN

1939

La muerte del zángano

Finalmente golpeado ulula el helicóptero
—zángano enloquecido— ulula grita gime
araña el aire con sus mancas hélices
se empluma a contraviento el helicóptero
verde pardo que no quiere morir.
Brinca desesperada la blanca estrella guerrera
pero helo aquí al zángano de la muerte
el pequeño fusil le ha arrancado las alas
y ahora yace grasiento el tierno vientre al sol
cebo de sangre entre la verde trampa
de la selva. ¡Oh, zángano,
oh, zángano, ven!

HO THIEN

El niño que no habló

Tenía doce años aquel niño
vietnamita cuyo nombre no sé
los mercenarios lo capturaron junto a su padre
cuyo nombre no sé, una mañana en los Grandes Altiplanos.
El Boina Verde miró al muchacho flaco
sus ojos de cabra herida y se convenció pronto
de que bastaba amedrentarlo para hacerlo hablar.
Así el Boina Verde dio una rápida orden:
y los mercenarios se llevaron al padre tras la verde muralla
«ahora fuerza, muchacho, dinos dónde está el Frente
dinos dónde está el Frente o matamos a tu padre».
Delgado era el muchacho, delgados sus ojos impávidos
delgada su voz cuando repuso no.
«Un solo minuto, muchacho —aulló el Boina Verde—
para decir dónde está el Frente o hacer morir a tu padre»
y el pulso con el reloj se acercó a su cara,
corría la manecilla un paso tras otro.
«Ya basta, muchacho, faltan diez segundos,
así que fuerza, muchacho, dinos dónde está el Frente».
Después la manecilla de plata en el pulso del Boina Verde
despedazó con el último paso el tiempo el cielo los árboles
«maten al viejo» —aulló el Boina Verde
tras la verde muralla se oyeron los rápidos golpes.
El cielo y el bosque quedaron en silencio entonces
y los mercenarios en silencio, sólo el niño lloraba,
en silencio el Boina Verde sólo el niño
sentado en la tierra lloraba
como lloran los niños cuando muere su padre.
«Rayos —dijo un mercenario al Boina Verde—
el muchacho no sabía nada, hemos matado al viejo por nada»
así se fueron, los mercenarios y el Boina Verde,
en cambio el muchacho sabía. Todo lo sabía, del Frente,
las cuevas, las pistas, los caminos, los nombres.
Y en aquel mismo instante
inexorablemente protegido por la coraza de su llanto,
tierno niño cuyo nombre no sé,
el Frente movía en los Grandes Altiplanos su paso de tigre.
Esto lo ha escrito Ho Thien, de la cuarta unidad de llanura,
lo oyó narrar a una mujer en Dalat sobre los Altiplanos
sesenta días después del año nuevo.

NGUYEN VAN KAT

Dientes de tigre

En Da Nang, para capturar algunos dientes de tigre,
y durante el ataque al foso atrincherado
los tensos proyectiles buscaban mi bandera
cuando el mortero amigo vociferó su injuria
calibre ciento cinco contra el foso atrincherado
manos siempre distintas llevaban adelante la bandera
porque los soldados mueren sobre el mar de la tierra
también los soldados viet mueren sobre el mar de la tierra
sólo mi grande y alegre bandera no morirá jamás.

ANÓNIMO

El camino que lleva a Bien Hoa[31]

El camino que lleva a Bien Hoa
lo he recorrido de ida y vuelta
he conocido el dragón y el lagarto
en el camino que lleva a Bien Hoa.
Hojas fusiles plasma arroz zapatos
cajas carne té fruta verdura
bombas morteros cargadores sonrisas de mujer
de ida y vuelta han viajado
por el camino que lleva a Bien Hoa.
Sé que otros días irán y vendrán
la lúcida mañana que a traición nos agarra
y luna sol perros viento lluvia
niños mutilados y guerrilleros muertos
olas negras olas blancas nafta y alcol
a la gran deriva de Bien Hoa
hasta que el gran monzón del pueblo
sople sobre el camino de Bien Hoa.

Versiones: David Chericián

31 Una de las bases más importantes de las fuerzas armadas yanquis en Viet Nam.

ERNESTO CHE GUEVARA

1928-1967

Canto a Fidel

Vámonos,
ardiente profeta de la aurora,
por recónditos senderos inalámbricos
a liberar el verde caimán que tanto amas.

Vámonos,
derrotando afrentas con la frente
plena de martianas estrellas insurrectas,
juremos lograr el triunfo o encontrar la muerte.

Cuando suene el primer disparo y se despierte
en virginal asombro la manigua entera,
allí, a tu lado, serenos combatientes,
nos tendrás.

Cuando tu voz derrame hacia los cuatro vientos
reforma agraria, justicia, pan, libertad,
allí, a tu lado, con idénticos acentos,
nos tendrás.

Y cuando llegue al final de la jornada
la sanitaria operación contra el tirano,
allí, a tu lado, aguardando la postrer batalla,
nos tendrás.

El día que la fiera se lama el flanco herido
donde el dardo nacionalizador le dé,
allí, a tu lado, con el corazón altivo,
nos tendrás.

No pienses que puedan menguar nuestra entereza
las decoradas pulgas armadas de regalos;
pedimos un fusil, sus balas y una peña.
Nada más.

Y si en nuestro camino se interpone el hierro,
pedimos un sudario de cubanas lágrimas
para que se cubran los guerrilleros huesos
en el tránsito a la historia americana.
Nada más.

México, año 1956



ÍNDICE GENERAL



A manera de presentación para esta edición 7

Prólogo a la primera edición 9

Nota de la primera edición sobre la traducción de los poemas.............. 11

HEINRICH HEINE
Los tejedores de Silesia.. 13
Himno 14

SÁNDOR PETÖFI
El pueblo.. 15
La guerra siempre 15
Canto nacional 16
Se rebeló el mar 17
¡Ahorcad a los monarcas!... 18

GEORG WEERTH
Canción de los mozos errantes 20
El pobre Tom.. 20

POETAS DE LA COMUNA DE PARÍS

JEAN-BAPTISTE CLÉMENT
El tiempo de las cerezas 22

GASTON CRÉMIEUX
A Clovis Hugues 23

CLOVIS HUGUES
En una inscripción... 24

VÍCTOR HUGO
El proceso a la revolución 25

ACHILLE LE ROY
El canto de los proletarios.. 26

LOUISE MICHEL
A mis hermanos.. 28

EUGÈNE POTTIER
La Internacional 29

JULES VALLÈS
Horas de exilio 31

JRISTO BOTEV
El ahorcamiento de Vasil Levski 34
Jadyi Dimiter 34
Mi plegaria 36
Compartimos 37
Lucha 37

MIHAI EMINESCU
Emperador y proletario 40

A. GUERRA JUNQUEIRO
A la mocedad de las escuelas 46
El cazador Simón 46
La bendición de la locomotora 47
A Inglaterra 48

JOSÉ MARTÍ
Versos sencillos 52
Académica 53
Hierro 54
Banquete de tiranos 56
Contra el verso retórico 57
Antes de trabajar 58
Bien: yo respeto 58
Pollice verso 59
Al buen Pedro 61
Dos patrias 61
Yugo y estrella 62

RUBÉN DARÍO
A Roosevelt 64

AHMED CHAUKI
Oh velas sobre el Tíger 66

ANTONIO MACHADO
El mañana efímero 67
A don Francisco Giner de los Ríos 68
El crimen fue en Granada 68
El crimen... 68
El poeta y la muerte 69
Meditación del día 70
Sonetos 70
La primavera 70
El poeta recuerda las tierras de Soria 71
Amanecer en Valencia desde una torre 71
La muerte del niño herido 72

ENDRE ADY
El nieto de György Dózsa....74
Alzó el vuelo el pavorreal....74
Canción del hijo proletario....75

TUDOR ARGHEZI
Yo, sombra....76
¿Por qué estar triste?....76
Una ambulancia....77

ALEXANDR BLOK
Los doce....79

LEÓN FELIPE
Romero sólo....89
Revolución....89
El llanto... el mar....90
No he venido a cantar....91
Comunión....92
Al Che Guevara, mi gran amigo....93
El gran relincho....93

HO CHI MINH
La visita....95
de la mujer del preso....95
En camino....95
Leyendo la Antología de los mil poetas....95
Buen tiempo....95
Luna llena de enero....96
Noticias de la victoria....96
Poema dedicado al anciano Bui Bang Doan....96
Sin título....96

CLAUDE MAC KAY
Si debemos morir....97
Volveré....97

ERICH WEINERT
La canción de la bandera roja....98
A un muchacho obrero alemán....99

JOHANNES R. BECHER
El que conmovió el sueño del mundo — Lenin....100
Alemania....101
La bandera....102
Sé que este tiempo....102

PAVLO TICHINA
Rondeles 103

HUGH MAC DIARMID
A casi todo el mundo en Europa 104
Otro epitafio para un ejército de mercenarios 104
El esqueleto del futuro 104

CÉSAR VALLEJO
Himno a los voluntarios de la República 105
Masa 109
España, aparta de mí este cáliz 109
¡Cuídate, España...! 110
Los nueve monstruos 111
Traspié entre dos estrellas 113

VLADIMIR MAYAKOVSKI
¡Danos un motor! 115
Negro y blanco 119
Conversación con el camarada Lenin 123
Marcha de izquierda 125

JAROSLAW IWASZKIEWICZ
Morir en París 127
Paz 128
Suspiro 129

KIM JIONG ZIK
El pino verde de la colina Nam San 130
El país del sol 130
No está lejos el día de la independencia 130

MANUEL NAVARRO LUNA
Raíces bravas 131
El General Antonio 131
¡Adelante...! 133
Santiago de Cuba 133
Canto de las azadas 135

PABLO DE ROKHA
Marx 138
Oda a la memoria de Gorki 139

PAUL ÉLUARD
Advertencia 144
Valor 144
Las hermosas balanzas del enemigo 145

Tontos y malvados 146
En España 147
A la memoria de Paul Vaillant-Couturier 147
Libertad 148

SERGUEI ESENIN
El ayer que desaparece 151
Carta a una mujer 153

ELMER DIKTONIUS
Obreros 156
Crea, creador 156
Quiero lanzar 157
El dios de los pobres 158

REGINO PEDROSO
Salutación fraterna al taller mecánico 160
Y lo nuestro es la tierra 162
Mañana 162
Canción de fragua 164
Nueva canción 164
Una mañana clara cantaba en lo infinito 165

LOUIS ARAGON
¿Conoces el país de los obreros? 170
La rosa y la reseda 171

WLADYSLAW BRONIEWSKI
¡No pasarán! 173
A los pioneros 173
En nuestra tierra 174
Mazovia 176

BERTOLT BRECHT
Cantata por el aniversario de la muerte de Lenin 177
Elogio del revolucionario 178
Loa al Partido 179
A los soldados alemanes en el Este 180

FEDERICO GARCÍA LORCA
Romance de la Guardia Civil española 184
Oda al rey de Harlem 187
New York 190
Oficina y denuncia 190
Grito hacia Roma 192

DESANKA MAKSIMOVI
Fábula sangrienta 194
Fábula del fusil de la sublevación 195

JRISTO SMIRNENSKI
Mineros de la hulla 196
Los escuadrones rojos 197
Esto es la calle 198

PÍO TAMAYO
Homenaje y demanda del indio 199

RUBÉN MARTÍNEZ VILLENA
San Pedro 204
La ruta de oro 204
El gigante 205
Mensaje lírico civil 206
Grito 210

VITZSLAV NEZVAL
A orillas del río Svratka 213
Tú, seas quien seas 214
En Las Tres Flores 214

JIRI WOLKER
Balada de los ojos del fogonero 216
Los ojos 218
El mar 219

JULIÁN PRZYBOS
Los amurallados 221
El carbón y el mármol 221
A la obrera 222

C. DRUMMOND DE ANDRADE
Manos tomadas 224
Mundo Grande 224
Carta a Stalingrado 227

NICOLÁS GUILLÉN
Puedes 229
Lenin 230
La sangre numerosa 231
A Conrado Benítez 231
Lectura de domingo 232
Che Guevara 233
A Chile cuando Alessandri 233

rompió relaciones con Cuba 233
El cosmonauta 234
Ho Chi Minh 234
Guadalupe W. I. 235
Pointre-à-Pitre 235
No sé por qué piensas tú 235
Yanqui con soldado 236
El apellido 236
Elegía familiar 236

NAZIM HIKMET
Conversación con Vladimir Ilich sobre Lenin 240
A la Revolución de Octubre 241
Se llegará a la Luna 243
Con sangre y con sudor 243
Carta de Polonia 244
Tal vez mi última carta a Memet 248
Dos palabras tan sólo 250

LANGSTON HUGHES
Lenin 252
Carta a la Academia 252
Revolución 253
Buenos días, Revolución 253

NAKANO SHIGUEJARU
Canto 256
La estación de Shinagawa en la lluvia 256
Saludos de la noche 257
Adiós a la madrugada 258
Una foto aparecida en el periódico 259

RAFAEL ALBERTI
Un fantasma recorre Europa... 261
El terror y el confidente 262
Yo también canto América 263
Los campesinos 265
Galope 265
Canción a la juventud 266
A Ernesto Guevara 266

GAFUR GULIAM
El tapiz 268
Una gota de miel 268

CECIL DAY LEWIS
La montaña magnética: 25 270
La montaña magnética: 32 270

PABLO NERUDA
Llegada a Madrid de la Brigada Internacional 272
A mi Partido 273
Un minuto cantado para Sierra Maestra 273
Nuevo canto de amor a Stalingrado 274
Oda a las Américas 277

LACO NOVOMESKY
Negra y roja 280
Sabiduría 280
V. I. L. 281

JOSÉ PORTOGALO
Elogio del esfuerzo 282
El tema del alba en el trabajo 282
Albañiles 283
A una mano de jornalero 284

ARVO TURTIAINEN
Despertar 286
Lamento del hierro... 286
Despedida de la amada 286
Dos melodías 287

JÓZSEF ATTILA
Canción para tararear 288
La multitud 288
Los atrapados 289
Socialistas 290
Obreros 291

PETRUS BROVKA
Ni monte adorna... 293
Pan negro 294

RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN
Donde todo termina 296
Himno de la Confederación de Trabajadores 297
Historia de veinte años 298
Imágenes de Cuba 302
Víctor Jara 303

WALTER LOWENFELS
La ejecución ... 304
«Esta nación bajo Dios...» ... 304
Carta al Presidente ... 305

ARTUR LUNDKVIST
El viento en pie ... 310
Dadnos un sueño ... 312
Vida como hierba ... 312
La gente del hambre ... 313

DASHDORZHIIN NATSAGDORZH
Mi tierra natal ... 315

MIKLÓS RADNÓTI
Marcha forzada ... 317
España, España ... 318
Tarjetas postales ... 318
Séptima égloga ... 320

JACQUES ROUMAIN
Sucios negros ... 321

CESARE PAVESE
Casa en construcción ... 325
Disciplina ... 326
Externo ... 327
Fumadores de papel ... 327
Leña verde ... 329

THEODOSIS PIERIDES
Canción de ira y duelo ... 330

MICHAEL DEI-ANANG
¿Hacia dónde vas, África? ... 331
Intrépidos pescadores (fragmento) ... 333

RUI DE NORONHA
Levántate y anda ... 335

YANNIS RITSOS
El loco ... 336
Escala de sensaciones ... 336
Obrero del verbo ... 336

NIKOLA VAPTSAROV
Cine (Fragmento) ... 338

MIGUEL HERNÁNDEZ
El niño yuntero....339
Elegía segunda....340
Las manos....342
Canción del esposo soldado....343
El herido....344

ALEXANDR TVARDOVSKI
Si siempre como un ruiseñor solitario.......347
Me han matado cerca de Rzhev (Fragmento)....348
(Fragmento)....348

EUGEN JEBELEANU
Pesantez....350
Memoria....350
La luz....351

DENNIS OSADEBEY
Resolución de la joven África....353
Oda al Níger....353

AIMÉ CÉSAIRE
Sol serpiente....355
Las armas milagrosas....355
Para saludar al Tercer Mundo....357
Indivisible....359

IVÁN GORAN KOVACIC
Fosa....360

VINICIUS DE MORAES
Obrero de la construcción....362

EFRAÍN HUERTA
Elegía de Lídice....367
Cantata para el Che Guevara....368
La oración por Tania....369

KUBA (KURT BARTHEL)
Rebelde....371
Sobre nuestros días se dirá....372
Tú, feliz jardinero....372

BRANKO COPIC
La canción de los proletarios muertos....374
María en Pressima....375

BERNÁRD BOUA DADIÉ
Tam-tam festivo 376
¡Seca las lágrimas! 376
Manos 377

DASHTSEVEGUIN CENGUEE
La paloma 380

TREFOSSA (HENRY DE ZIEL)
Un poema verdadero 381

MOHAMED AZIZ LAHBABI
Rabat 382
Quién creó a quién 382

LOUISE BENNETT
¡Aquí está! 384
¿Volver a África? 384

EDUARDAS MEZHELAITIS
Partícula de la tierra madre 386
El hombre 386

MOHAMMED DIB
Puertos 389
Florecerá la primavera 389

TO HUU
Mamá 391
Luom 392
Avanzamos 393

ÓSCAR ALFARO
El pájaro revolucionario 397

ERNESTO CARDENAL
Canto nacional 398
(fragmento) 398

SÉKOU TOURÉ
La gran renovación 405
¡Hombre de África! 406

AGOSTINHO NETO
El llanto de África 408
Crear 409
Contratados 410

Más allá de la poesía 410
Un cumpleaños..411
Noches de prisión..412
Adiós a la hora de la partida 414

RASUL GAMZATOV
Dos puertas..416
Una hazaña... 417
Si de pronto... 417

PATRICIO LUMUMBA
Que festeje nuestro pueblo 418

ABDEL WAHAB AL BAYATI
Escritos de algunos condenados a muerte después de la caída de la Comuna de París..420

JEAN SÉNAC
Ciudadanos de belleza 423
¡Salam, hermanos! 427
¡Sea la paz con Cuba! 427

DAVID DIOP
Escuchad camaradas..429
A los mistificadores..429
África..430
La agonía de las cadenas..431
Los buitres 431

RAÚL GÓMEZ GARCÍA
¡...!..433

KATEB YACINE
La bomba y el tiempo..435

VÍCTOR VALERA MORA (EL CHINO)
Livia incendia la pradera 437
Manifiesto..438
Carta de los niños a los señores gobernantes 440
Tendrá que ser así 443

ROQUE DALTON
Mi hermano Luis y yo 444
O.E.A...444
Sobre dolores de cabeza..444
Karl Marx 445

OTTO RENÉ CASTILLO
Nuestra voz 446
Vámonos patria a caminar 446
Distante de tu rostro 447
De los de siempre 448
Revolución 450

AGUSTÍN GÓMEZ-LUBIÁN
…? 451

SERGIO SAÍZ
Elegía a Karl Marx 452

JACQUES VIAU
Nada permanece tanto como el llanto 453

JAVIER HERAUD
Plaza Roja 1961 457
Arte poética 458

EDUARDO SIFONTES
Los cadáveres están sepultados 459

LEONEL RUGAMA
Las casas quedaron llenas de humo 460

POESÍA PALESTINA DE COMBATE

SAMIH AL QASSIM
Aún queda 462
Lo gritaré 462
Los labios cortados 463

MAHMUD DARWISH
En espera de los que volverán 466
Luna de invierno 466

TAWFIQ AZ-ZAYAD
No nos iremos 467
Escrito en el tronco de un olivo 468

FADWA TUQAN
La peste 470
Me basta estar en su regazo 470
Suspiros ante 470
la ventanilla de los pases 470

SALIM JABRAN
El hombre ahorcado 470
A Sartre 470

Poemas encontrados en cadáveres de guerrilleros vietnamitas caídos en combate

ANÓNIMO
La estación del fósforo líquido 472
Patria total 472

NGUYEN THIEN
La muerte del zángano 473

HO THIEN
El niño que no habló 474

NGUYEN VAN KAT
Dientes de tigre 475

ANÓNIMO
El camino que lleva a Bien Hoa 476

ERNESTO CHE GUEVARA
Canto a Fidel 477

3.000 ejemplares
Se terminó de imprimir en la
Fundación Imprenta de la Cultura

Guarenas, octubre 2010

